LA VIDA APASIONADA DE GUY DE MAUPASSANT

STEPHEN COULTER

Título original: Damned Shall Be Desire

Traducción de José M. Ramos González

CAPÍTULO I

Corre entre las ramas. Cuando las zarzas extienden sus largos brazos espinosos a través del sendero, baja su cabeza abriéndose paso. Se detiene en un pequeño claro, agudizando el oído. Ahora debe estar seguro... a menos que no hayan enviado a otros cazadores y perros al extremo opuesto, cerca del lago. Se gira, emite un breve ladrido, el ladrido del gran lobo gris, luego parte trotando. De pronto percibe un movimiento ante él, dos pequeños rabos blancos resurgen en la difusa luz: ¡ conejos! Los persigue hasta la madriguera, riendo al verlos ocultarse presas del pánico. Se extiende ante la entrada, registrándola con un palo tan a fondo que su brazo apenas puede alcanzar. Su rostro infantil se ilumina, se imagina un inmenso y misterioso laberinto donde brillan por todas partes ojos de conejos.

Se incorpora, unas briznas de hierba y alguna hojas se le han pegado a la ropa. De regreso al lindero, sale con cuidado hacia un largo camino bordeado de cañas. Al final se encuentra el Castillo Blanco de Gustave de Maupassant, un gran edificio gris, con su parque y sus senderos partiendo hacia los cuatro puntos cardinales. El sol hace brillar los tragaluces como si fuesen medallas. Por un instante deja de ser el lobo gris y cuenta: en el primer piso, la tercera ventana desde la izquierda, es la de su habitación, luego viene la de Hervé, finalmente la de sus padres. Hervé debe acostarse al lado de ellos, pues apenas tiene cinco años.

Unas cornejas vuelan alrededor de las chimeneas y van a posarse sobre las copas de los árboles. Las ráfagas de viento agitan y hacen crujir las ramas. Pronto anochecerá, otra jornada habrá

acabado. ¡ Que pronto pasan las vacaciones ! Ya se acaba septiembre, dentro de algunos días: el regreso. Este verano parece tan corto..., solo ha hecho una visita a sus primos Le Poittevin, sin embargo Fécamp no está más que a unos diez kilómetros. Y cuando papá se va a París, va solo.

Ahora las ventanas deslumbran; las mira y, en un instante, el castillo se convierte en el cuartel general enemigo. Bombardeados por sus cañones, los pisos superiores son presa de las llamas que la guarnición se esfuerza en dominar, mientras que él, capitán de las tropas imperiales, conducirá a sus hombres al asalto antes de que lo consigan. Avanza por el bosque, corre unos veinte metros bajando. Apostado en el cuarto de Josèphe, un tirador de élite lo ve y abre fuego con precisión, una bala rasga su manga. Con consumada habilidad de viejo soldado, pues aunque muy joven entonces, participó en las últimas campañas napoleónicas, se pone a cubierto. Hace una señal a sus hombres para que no se muevan, espera un instante, sigue con su carabina las ventanas de los sirvientes, al llegar a la de Joséphe, apunta con cuidado, dispara. Un clamor se levanta tras él cuando el fusil del tirador cae a plomo desde el techo hasta el canalón; todos se abalanzan, pero el enemigo recibe refuerzos; en el camino, un escuadrón de coraceros de brillante armadura carga hacia él. Con un gesto ordena a su tropa que le siga, se introduce en el follaje y, con un amplio recorrido, sale por la retaguardia de la carga, cerca de la terraza del castillo. Se detiene. El mundo imaginario se disipa.

Papá y mamá descienden por el camino. Su presencia en ese lugar es insólita; él permanece inmóvil mirándolos.

Adora a su madre. Desde luego respeta a su padre pero no existe ninguna intimidad entre ellos. Sus compañeros encuentran también a sus padres difíciles de entender. Sus padres caminan juntos, lentamente; todavía están bastante lejos. Papá, cubierto con su chistera, hunde las hierbas con su bastón; mamá lleva la cabeza descubierta, como de costumbre. ¡ Sería divertido asustarlos ! Ya comienza a oscurecer; el viento refresca y hace oscilar y gemir a los gigantescos árboles del camino; las ramas se agitan y unas hojas rosadas revolotean, girando, planeando al igual que pájaros o corren a ras de suelo como bestezuelas asustadas.

Él es al mismo tiempo un lobo gris, capitán y cazador furtivo. Al abrigo de los setos, se desliza hacia sus padres. Todavía a diez metros y, como una fiera, se lanzará sobre ellos rugiendo, los asustará. La sonrisa sube a sus labios mientras se prepara para saltar.

De repente se paraliza, su corazón se encoge. En la penumbra del sendero, sus padres se detienen y él escucha la voz alta y airada de su padre:

— Por décima vez te repito. Tengo horror a cualquier género de reproche. ¡ Vende esta tierra, es tuya... sino, vete al diablo!

Mamá le hace frente, los brazos rígidos, pegados al cuerpo.

- Te digo que no la venderé. Es todo lo que podré dejar a los niños. Tú tienes el deber...
- ¡ Dios ! Para de agobiarme con lo que consideras que es mi deber.
- Debemos ya tres trimestres a la pensión de Guy, ¿ cómo puedo enviar allí a este niño ?
 - Ya te lo he dicho, no tendrás ni un céntimo más de mí.
- Sin embargo no puedo continuar endeudándome para mantener esta casa y pagar al personal, Gustave.
- ¿ Por qué diablos recorres todo el país alquilando castillos para que tus hijos nazcan en ellos ? Primero Miromesnil¹, luego este.
- No pido nada para mí, pero tus hijos están por encima de esas mujeres, esas rameras con las que dilapidas tu dinero.
- ¡ Basta ¡ ¡ Vete al diablo ! grita papá temblando de cólera.

Toma a mamá por el cuello y comienza a golpearla en el rostro, su mano se levanta, cayendo luego con violencia. Con los cabellos alborotados, mamá retrocede, buscando en vano protegerse. El sombrero de papá cae al suelo. Él, como un loco, golpea, golpea, profiriendo insultos. Mamá cae, se encoge sobre si misma, ocultando el rostro con sus brazos. Mientras se retuerce de dolor, él la gira brutalmente sobre la espalda y vuelve a golpearla. Detrás de un árbol, el muchacho asiste a la escena, mudo de terror. Le parece que ha llegado el fin del mundo. Todas las leyes han mutado, incluso las leyes eternas. Nada puede protegerlo contra el mal que reina en las tinieblas del camino. La vida se le muestra bajo un nuevo aspecto, espantosa.

Se vuelve, corre, corre, corre todavía. Con un nudo en la garganta, siente que va a vomitar. Las ramas azotan su rostro,

rasgan sus ropas, él prosigue su camino cayendo para levantarse, tambaleándose y volver a partir. Su espíritu es presa del horrible espectáculo. Una última caída, queda tendido en el barro y las hojas, con los ojos cerrados, los puños apretados, no queriendo volver a ver, no queriendo entender nada. En la noche ya cerrada, queda así mucho tiempo, sin moverse. De lejos llega una voz amortiguada:

— ¡ Guy ! ¡ Guyyy ! Es hora de regresar.

Es Josèphe quién lo llama desde el castillo.

Se levanta de un salto, enjugando sus lágrimas. No quiere verla, no quiere ver a nadie. Camina a través del bosque, luego se orienta dirigiéndose hacia la casa. Advierte las luces llegando a la terraza. Josèphe está allí con un hombre que tiene una linterna, su luz hace bailar las sombras.

— ¿ Eres tú, Guy ? ¡ Deberías venir cuanto te llamo !— Él no reduce la velocidad y volviendo la cabeza pasa cerca de ella entrando en el castillo. Una vez en su habitación, echa el cerrojo. Lo que ha visto le martillea en las sienes. Da un puñetazo sobre la mesa, queriendo arrojar lejos de él esa visión, negarla, hacerla desaparecer de su existencia.

— ¡ No ! ¡ No ! ¡¡¡ NO !!!

A primera hora del día siguiente, está solo a orillas del lago cuando la campana del castillo suena para el almuerzo. Regresa, abre la puerta del comedor, vacila durante un instante, luego entra. Mamá está en su sitio habitual, vigilando apaciblemente que Hervé esté bien servido. Su rostro está un poco hinchado, como si hubiese estado llorando, y debe haber usado maquillaje para ocultar las marcas de los golpes. Levanta sus ojos y sonríe cuando él entra. Debe contenerse para no correr hacia ella y hundir su cara en su vestido. Papá come sin decir nada; Guy toma asiento evitando su mirada.

- Parece ser que has salido con el barco, querido dice mamá — Es una buena idea.
 - Sí, mamá.
- Ten cuidado, dice papá con su voz normal Me han dicho que las tablas del fondo no son muy sólidas.
 - Sí, papá.
 - Pásame la pimienta, muchacho.

La conversación prosigue de ese modo. De repente, el muchacho queda sorprendido por esos buenos modales que tal actitud les imponen. Es monstruoso que estén así, almorzando como si nada hubiese sucedido. ¿ Cómo se atreve su padre a mostrarse ? Sin embargo ahí está, pulcramente vestido, como de costumbre: levita gris, corbata a lunares, zapatos relucientes, comiendo con apetito, limpiándose cuidadosamente el bigote con su servilleta, y el tono de sus respuestas demuestra a las claras que está dispuesto a dar rienda suelta a su mal humor. Realmente los adultos, sobre todo los padres, son incomprensibles.

Su madre está más tranquila que de costumbre. Sus libres gestos, a veces incluso un poco exuberantes, se han atemperado. Habla poco, pero su rostro tiene una expresión que Guy conoce bien, la que ella adopta cuando ha tomado una decisión firme. Sus ojos se detienen un momento sobre Guy: debe adivinar que él lo sabe todo. Él se siente enrojecer violentamente. Con intención de disimular su turbación, dice:

— Me vendría bien un gorro, libros y muchas cosas para la escuela. Cuando nos vayamos...

Su padre, molesto, lo interrumpe:

— Ya se ocupará tu madre... — luego, más hiriente aún — si tú se lo pides te dará más paga.

Nadie replica. La señora de Maupassant permanece con los ojos bajos. Guy está avergonzado y contrito. Ya había adivinado entre sus padres cierta frialdad que no podía explicar, pero nunca lo había imaginado de ese modo. Lo raro es que su padre busca disputa con respecto al dinero; siempre han tenido bastante. Esta es la situación. Gustave de Maupassant es hijo de un ruenés acomodado, director en el Monopolio Imperial de los Tabacos y, además, propietario de un gran patrimonio en La Neuville Champ d'Oisel, cerca de Ruán, maravillosa joya medieval que la industrialización ha ido desfigurando poco a poco. El viejo Jules de Maupassant, personaje orgulloso, aunque sin motivos, siempre había sido generoso con su hijo y cuando Gustave le hizo partícipe de su intención de casarse con Laure Le Poittevin, gruñó pero aumentó la pensión, aunque la familia de Laure fuese tan afortunada como los Maupassant; su padre poseía unas fábricas de tejidos de algodón en Rúan y su madre descendía de una familia de armadores de Fécamp. Laure aporta entonces una considerable dote. De este modo Gustave de Maupassant no tuvo nunca necesidad de trabajar para mantener a su familia y nunca mostró inclinación alguna para asegurar algo a sus descendientes.

En todo caso, Guy jamás se sintió inferior a sus compañeros. Su familia no es quizás tan rica como los Tannay, cuyo castillo está a unos veinte kilómetros de aquí, pero después de todo los Maupassant también viven en un castillo, incluso aunque no sea un bien de familia, lo alquilan. Guy no puede comprender las palabras exasperadas de su padre diciendo que su madre « recorría el país, alquilando castillos para que sus hijos nazcan ». Detecta en esas palabras una intención malévola que no puede definir; eso lo irrita. Si su madre ha querido situarlos al mismo nivel que la alta sociedad local, no puede reprochársele nada. Su madre a menudo le ha repetido que su abuelo Jules posee documentos familiares, demostrando los derechos de los Maupassant al título de marqués. Fue él quién obtuvo la partícula, añadiendo el noble « de » a su apellido, y hace imprimir su papel de cartas con unas armaduras sobre las que se encuentra una corona de marqués.

Guy no entiende a su padre, pero han conseguido hasta el momento entenderse sin demasiad dificultas.

Gustave poseía un gusto inveterado por la ociosidad, inclinado permanentemente a perseguir a las mujeres, un espíritu hueco, ningún sentido de la economía y una débil voluntad. Se dedicaba a la pintura como aficionado, había hecho reproducir su retrato con un dibujo a mano. A veces, sentado en un rincón del parque, rimaba pequeños poemas acariciando delicadamente su bigote, pues un caballero debía hacer valer su espíritu con algunos alejandrinos bien compuestos. Sus relaciones con su hijo mayor eran más bien negativas, nunca había jugado con él, corrido en el parque o nadado en el río. Gustave no sabía como distraer a un niño y mantenerlo en agradable compañía; no manifestaba tampoco ninguna voluntad de aprender.

Guy sabe bien lo que divierte a su padre: el teatro, pasear a las damas en coche y llevarlas a cenar al restaurante, con acompañamiento de roces de piernas por debajo de la mesa y grandes risas. Había ido varias veces con su padre a París y había visto a esas damas de coche y restaurante. Olían a perfume y le daban bombones

En el transcurso de un verano completo su padre lo había llevado dos o tres veces por semana a Dieppe, « para hacerle respirar el aire del mar ». Siempre se encontraban con la misma dama a la que su padre llamaba « Nonoche ». Guy era abandonado en un café con los inevitables bombones y un sorbete; allí se aburría hasta el regreso de su padre, a veces al cabo de varias horas cuando la noche ya había caído. Era necesario incluso correr hasta la estación para tomar el tren. En Paris, una tarde lluviosa, había subido a la habitación de su padre en el hotel en el que estaban alojados. Había abierto la puerta. Una mujer había surgido detrás de un biombo, la melena tapando la espalda, medio denuda. Sus senos le habían parecido enormes con dos pezones salientes. Ella había avanzado audazmente, con el pecho oscilando, y le había cerrado la puerta en las narices.

A este recuerdo, mira a su padre y su espíritu infantil sospecha vagamente una relación entre eso y la nueva disputa de sus padres.

- Iré a ver al señor Marchand esta semana dice su madre. Guy no sabe quién es ese tal señor Marchand.
- Tanto mejor. responde su padre, depositando su cuchillo con violencia Nunca será demasiado pronto para mí.

Y sin esperar el café, abandona la sala.

Las tres semanas siguientes son bastante confusas. Tanto su padre parece habitar la casa, como parece ser un visitante de paso, desapareciendo desde el desayuno a la cena. Varias veces, Guy lo oye hablar con su madre en la sala de abajo, hasta una hora avanzada; las voces van aumentando su intensidad, una puerta se cierra, luego el silencio. Al día siguiente su madre baja con ojeras alrededor de sus ojos y abraza a su hijo efusivamente.

La señora de Maupassant tiene numerosos rasgos comunes de carácter con su sirvienta Josèphe y, cosa extraña, un poco del mismo aspecto masculino. Su rostro es alargado, sus cejas finamente arqueadas y su mandíbula enérgica. A veces se peina según la moda, los cabellos, separados por una raya en medio, enmarcan su rostro, aunque eso no le favorece; otras veces los recoge detrás. Algunos años antes, todavía participaba en monterías. Fuma cigarros, lo que solo se permite a las damas de talante independiente, de la nobleza o del arroyo, pero pocas lo hacen en la burguesía; abandona a menudo la falda cancán, a la que llama jaula absurda, en favor de una falda bastante corta dejando

ver los tobillos y camina a grandes zancadas por el parque, con el rostro animado. Tiene una firme voluntad y decisión y se limita a las manifestaciones exteriores de la religión, a título de convenciones sociales, pues en realidad no es creyente. Toca el piano y es capaz de hablar con autoridad de arte o de filosofía, lo que acrecienta todavía más su reputación de excéntrica en un medio provinciano.

Los Le Poittevin tienen igualmente derecho, según ella, a escudo de armas. Es severa y exige respeto, pero no interviene nunca en las diversiones de los chicos, no espera que Guy le de cuenta de sus actos y no se inmiscuye en sus juegos si él no lo desea. Guy ha observado que la mayoría de las personas que vienen al castillo la prefieren a su marido.

Pero hay en ella otro lado, íntimo, mal definido, que Guy no puede comprender. No tiene nada que ver con la conducta de su marido. Cierto día, bastante antes de la atroz escena en el camino, se había presentado pálida y deshecha, extrañamente distinta de la madre que él conocía, en la que él confiaba. Había hablado duramente, « demasiado ruido » la molestaba. Esa noche había ordenado poner las lámparas mitigadas, pues la luz demasiado intensa le hacía daño en los ojos. En varias ocasiones había estado enferma, guardando cama, con las ventanas cerradas aunque fuera hiciese un sol radiante. La semana siguiente había montado en su caballo y había regresado salpicada de barro, habiendo tenido en cabeza a mejores jinetes. Ahora, cuando discuten durante la noche, es cuando ella levanta la voz, una voz aguda, espantosa. Guy hunde su cabeza bajo las sábanas, tratando de no oír.

Luego, una mañana, hacia el final de esas tres semanas, el señor y la señora de Maupassant toman el coche, suben y parten juntos. Durante la jornada, Josèphe es excepcionalmente gentil y saca de un baúl unos tesoros insospechados, un gorro militar de fusilero, regimientos completos de soldados de cartón, llevando los espléndidos uniformes de la Gran Armada, los mariscales, el tren, los cañones, dos imágenes del Emperador, una a pie, señalando con el dedo a su Guardia el objetivo a atacar, la otra montado en un caballo blanco encabritado

A la hora de la cena, sus padres todavía no han regresado. Pero ya caída la noche, cuando está en la cama, Guy oye unas ruedas en el camino y luego a su madre hablando con el cochero y con

Josèphe. Se desliza hasta la ventana. Mamá está sola, sin papá. Ella sube a su habitación.

- ¿ No duermes, Guy?
- No

Ella se sienta al borde de la cama.

- Pronto vamos a vivir en otra casa
- ¿ Dónde ?
- En Étretat. Te gustará.

Una tarde habían estado en esa playa durante las vacaciones, viniendo de Fécamp en coche con la institutriz de la tía Le Poittevin. Su madre toma su mano:

- Te pido que me escuches un momento. Es necesario que lo sepas tarde o temprano y, como ya eres bastante mayor, prefiero decírtelo ahora. No viviremos más con tu padre; no tengo que explicarte la razón. De entrada te parecerá extraño, pero cuando tengas más edad lo comprenderás mejor. A veces las personas se dan cuenta de que han cometido un error y consideran que estarán mejor cada una por su lado. Tu padre y yo hemos acordado lo que se llama una separación. Esto quiere decir que tú, Hervé y yo viviremos en la nueva casa y tu padre en otro lugar, eso es todo. Podrás escribir a tu padre y él vendrá a vernos de vez en cuando.
 - Entiendo
- Puedes encontrar compañeros, amigos que encontrarán esto raro, es por lo que quiero ponerte al corriente de todo, a fin de que no seas molestado o sentirte mal. En nuestros días muchos matrimonios que no se entienden permanecen juntos torturándose, a ellos y a sus hijos, antes que dirigirse a un tribunal para una separación y divulgar de ese modo sus querellas íntimas.

Tiene una visión atroz de los jueces y de personas planteando cuestiones sobre la escena del camino.

- Eso sería horrible dice él
- He convencido a tu padre que lo mejor era comparecer ante un juez para separarse. Lo hemos hecho ¿ Comprendes ?
 - Creo que sí.

Hay todavía tantas cosas poco claras que no se atreve a preguntar a nadie, incluso a su madre.

— Deseo que sepas todo para que no te encuentres en inferioridad, Guy — dice mirándolo tranquilamente, como de costumbre

- No me encontraré así nunca si tú no lo estás, querida mamá.
- ¿ Deseas preguntarme algo?
- ¿ Somos pobres ?
- ¡ Oh ¡, conservo mi dote, y tu padre está de acuerdo para darnos seis mil francos al año. De todos modos tendremos que ser precavidos acaba tomándole en sus brazos.

¡ Un lugar resulta distinto según que se pasa allí una tarde o que se habite! Antaño, Étretat no había impresionado a Guy, ahora ve allí la playa más hermosa de Francia. Y su nueva casa, Los Verguies, con sus paredes blancas, su balcón, sus madreselvas, sus clemátides y su gran jardín, no está más que algunos cientos de metros de la orilla. Pasa todo su tiempo a orillas del agua, en las rocas, sobre el acantilado o en la playa, cerca de los barcos, en el mar.

La muy modesta « temporada » de verano ha terminado en Étretat. Las niñeras encintadas que llevaban a los niños emperifollados por la playa se han ido, al igual que algunas familias burguesas de Rúan y uno o dos artistas que habían respondido al entusiasmo de Alphonse Karr² y « descubierto » el lugar. Pero Étretat tiene su propio color y animación, ese pueblo de pescadores en el que Guy encuentra placeres infinitos: nuevos amigos, la pesca, las exploraciones, el olor del alquitrán y de las algas, las redes que se secan con sus flotadores de corcho, los hombres que trabajan en los barcos. La pequeña aldea, con sus hileras de casetas blancas y amarillas, sus pescadores con camisetas azules escupiendo y hablando cauchois, el dialecto de la región, tiene el aspecto de un decorado construido entre dos arcos de roca, la Puerta de Amont y la Manneporte.

Él vagabundea y corre todo el día, como el viento que sopla en ese lugar.

Se burla de las mujeres de brazos musculosos, las «nauseabundas » que le arrojan palabras groseras mientras empujan el cabestrante destrozándose la espalda para deslizar los barcos sobre los guijarros. Las mujeres que aprovechan la marea baja para hacer la colada en el agua dulce que mana del acantilado, son todavía peores. Enseñan sus piernas y sus movimientos hacen oscilar sus senos en las camisolas. Hay una, la Didine, que levanta su falda al paso de Guy, enseña sus muslos y exclama: « ¿ Un zanquito de pollo, nene? » Todas levantan la cabeza y se retuercen

de risa; las viejas brujas ríen sarcásticamente, exhibiendo una dentadura negra; varias fuman en cortas pipas de adobe, como los hombres. La Didine es la más joven y relativamente guapa.

Otros días va a nadar, descubre lugares extraordinarios entre las rocas, la Habitación de las Señoritas, el Chaudron, o bien escala los *caloges* fantásticamente encaramados sobre el acantilado, como si hubiesen sido arrojados por las olas, viejos barcos habiendo acabado su tiempo en el mar y hoy llenos de cuerdas, de nasas para la pesca del bogavante, de accesorios de pesca y de aperos. Parece haber allí barcos por todas partes; incluso en la pequeñas iglesia donde pueden verse colgados de la bóveda, barnizados cuidadosamente.

Dirige los ataques de unos piratas contra el puerto, en compañía de Albert Tarbet, un pilluelo de la región, del que recibe maravillosos consejos sobre el navío almirante que llega presuroso de una lejana escala, La Martinica o Argel. Cuando cae la noche, pasa horas escuchando a los pescadores, en sus cabañas marrones y ahumadas, oliendo perpetuamente a arenque. El notable del rincón es el capitán Couteau, oficial de la marina mercante retirado. Es bajo, de nariz aguileña, los ojos salientes, vestido cuidadosamente desde la visera de su gorro negro hasta sus relucientes botines. Tiene una hija jorobada que canta en una lengua extraña; el capitán dice que es la lengua de su mujer, una mestiza comprada por veinte francos en la Costa de los Esclavos.

— Un regalo, muchacho..., un regalo — comenta el capitán chasqueando la lengua.

Pero los favoritos de Guy son Jeannot Tarbet y Lucien. Jeannot es el hermano mayor de Albert; está casado, tiene tres hijos y posee una cabaña en el extremo del pueblo. Lucien es bajo, de más edad que Jeannot, con un gran bigote negro. Ambos tienen una barca en común, pero van al mar en las traineras. A menudo llaman a Guy:

- Mañana salimos. ¿ Quieres venir?
- ¿ Si quiero ? Por supuesto, Jeannot.

Un día, los dos hombres, habiendo salido con las traineras, acaban de repartir su pescado. Guy se los cruza en el camino detrás de la playa. Los aborda:

— Dime, Jeannot, ¿ no podrías prestarme un punzón de cordajes ? Me gustaría practicar.

- ¿ Eh ? ¿ Entonces, quieres ser patrón, no ?— dice Jeannot. Están de pie, él y Lucien, titubeando un poco y riendo. Guy puede apreciar que han bebido.
- Vamos, patrón, prosigue Jeannot enlazándole los hombros con sus poderosos brazos Venga, ven a beber un vaso con nosotros. Se encuentran frente a un modesto cafetín. De un empujón, Jeannot lo mete dentro. El lugar es miserable, el espeso humo del tabaco flota en capas. Alrededor de las mesas, marinos y pescadores provocan un gran escándalo, hablando, discutiendo; algunos cantan con voz ronca. Lucien tiene un ataque de tos que lo congestiona, escupe en el suelo. Cuando se sientan, Jeannot ordena: « Tres aguardientes .»

El dueño del local, un viejo arrugado de largos bigotes colgantes, ceñido con un delantal mugriento, duda mirando a Guy, luego se aleja arrastrando sus zuecos. Lucien mira a Guy:

- ¿ Si un patrón no puede beber con la tripulación, es un patrón, eh ?
 - Ehh... no contesta Guy sonriendo.

Traen los vasos. Lucien coloca uno ante Guy, agarra el suyo. Jeannot hace otro tanto y, inclinando la cabeza hacia atrás, engullen de un trago el fuerte aguardiente de manzana. Viendo que Guy no ha tocado el suyo, fingen asombro:

- ¿ Qué ocurre ?
- Un patrón no debe tener miedo de un trago.

Con un rápido movimiento, Guy toma su vaso, se inclina como los demás, y lo vacía de un trago. Siente fuego en el gaznate, un rugido en los oídos, las lágrimas le suben a los ojos y es sacudido por un temblor incontrolable. Su pecho y su garganta se encogen y permanece boquiabierto como un pez fuera del agua. Oye risas a su alrededor.

- ¡ Otra ronda! dice Jeannot dirigiéndose al viejo que pasa con la botella en la mano. El hombre llena los tres vasos y Guy vacía el suyo.
 - ¡ Ahora, reventarás de escorbuto!

Guy desearía que una ventana se abriese, el humo del tabaco le parece más denso, más acre. Un marino comienza a tocar el acordeón y pronto todos comienzan a cantar. Guy empuja suavemente su silla. Dirá que debe irse y marchará discretamente. De un manotazo, Jeannot lo vuelve a sentar sobre su asiento.

- ¿ Adónde vas ? Hace mal tiempo en los Bancs. ¡ Jefe ! ¿Dónde está ese aguardiente ?
 - ¡ Aquí, aquí...! y el viejo vuelve a llenar los vasos.
- Vamos dice Lucien tomando el suyo. No hay nada mejor en el mundo para las preocupaciones. ¿ No es mal de mar lo que tú tienes, por lo menos ?
- ¿ Qué ? ¿ Mal de mar ? dice Jeannot. No hombre. Está salado como un arenque. Demuestra como bebes eso, Guillemot.
 - Me llamo Guy de Maupassant.

Es curioso, eso no suena como de costumbre. Guy siente un sudor frío sobre su frente. Lucien y Jeannot quieren gastarle una broma, quieren emborracharlo. En el mismo momento ve otro sentido al acontecimiento, la adopción de un muchacho con partícula por ese medio pobre de marinos y pescadores. Es como si dijesen: « Nos tratarás como a tus iguales... pero con nuestras condiciones. No pienses que nos aceptas, somos nosotros quiénes te aceptaremos si lo deseas. Es una broma, pero también un pequeño reto y debes pasarlo. Sino...» Guy quiere a Lucien y Jeannot; son buenos marinos y valientes muchachos. Con un gesto tan desenfadado como puede, levanta su vaso de aguardiente, bebe un pequeño sorbo, pronto se da cuenta que el proceso intensifica la quemazón y lo acaba de un trago como antes. Un tizón incandescente le quema la garganta. Consigue sonreír a pesar de las lágrimas de sus ojos.

— A ver como bajas eso, patrón, hay que tener un barril ahí abajo.

El acordeón parece más estridente, todo gira más aprisa. La mesa se desfigura en líneas rápidas y repugnantes. Se ahoga en esa sala. Cierra los ojos... para volverlos a abrir totalmente. Eso no va bien, el estómago se le revuelve, Guy sabe que pronto va a vomitar. Agarra el borde de la mesa con sus manos. ¡ No ! Les demostrará que no se dejará vencer fácilmente. Su frente se enfría; un pulpo parece querer subir por su estómago.

Jeannot y Lucien están de pie. « ¡ Vámonos, patrón ! » Él se levanta agarrándose a la mesa. El suelo es como una esponja, todos los rostros están enrojecidos y el ruido resulta ensordecedor. Debe apoyarse en la puerta mientras los otros pagan. Por fin están fuera. El frescor del aire es como un delicioso baño frío; un instante

después es como si hubiese bebido un vaso más. Guy se queda rigido, estrecha la mano de los otros.

- Gracias, Lucien.
- ¿ No quieres el punzón ?
- Mañana, responde Guy.

Tres medusas se unen al pulpo; han succionado los huesos de sus piernas. No intenta correr... sin embargo tiene la impresión de hacerlo, el camino se hunde bajo sus pies. Se vuelve. Dos formas vagas, Lucien y Jeannot sin duda, le hacen ostensibles señas al girarse; en un último esfuerzo responde. Luego, empujado por una poderosa naúsea, se introduce en el follaje al borde del camino y vomita

Esa no es la forma más agradable de adquirir experiencia, pero es feliz. Cuando dos días más tarde se encuentra con Jeannot y Lucien, éstos le saludan cordialmente y le tratan como a un adulto. Hasta ahora Guy no ha estado con ellos más que en la playa, a partir de ese día es invitado a subir a los barcos y con frecuencia, haciendo buen tiempo, pasa en ellos la jornada, para no regresar hasta la noche.

Su madre apenas interviene en estas actividades. Cuando lo hace es únicamente porque él debe dedicar un poco de tiempo a sus lecciones. Aprende muy rápidamente, pero la asiduidad también tiene su valor. Desde la separación de su marido, ha tomado en sus manos la educación del muchacho, instalando un pupitre en su habitación del primer piso, comprando los libros necesarios y organizando un curso. A veces le habla de libros y de su viejo amigo Gustave Flaubert. Explica que éste es enemigo del burgués; entendiendo por ello a esa clase media anguilosada que detenta el poder en todos los sectores de la vida, satisfecha hasta lo más alto de ella misma y disimulando su rapacidad bajo una suficiencia dogmática. Le cuenta que algunos años antes, el burgués trató de vengarse arrastrando a Flaubert a los tribunales por su escandalosa novela « Madame Bovary », pero esta persecución había sido un fiasco y Flaubert se había convertido en el más célebre de los escritores.

— Tu tío Alfred era su mejor amigo...

El tío Alfred Le Poittevin³ había muerto dos años antes del nacimiento de Guy.

— ... a él también le gustaba vilipendiar al burgués.

- ¿ Pero, nosotros no somos burgueses, mamá?
- ¡ Sí, Flaubert también! responde su madre riendo. Pero, mira, él ataca en realidad a las personas que odian y desprecian el arte, que son insensibles y beatos, henchidos de solemnidad orgullosa y grotescos en sus manifestaciones de autoridad.
 - ; Oh!
- Es un hombre adorable. Espero que algún días lo conozcas, cuando seas mayor.

Ella añade que después de una interrupción de varios años, Flaubert ha comenzado a escribirle, recordando los bellos días de su juventud con los Le Poittevin, en Rúan o en Fécamp, leyendo en el desván versos de Victor Hugo con intensa emoción.

Primero el invierno, y luego la primavera transcurren así. En Pâques, su madre dice que hace falta un profesor mejor para enseñarle latín, gramática y aritmética. Para gran sorpresa de Guy, ella lo confía, al igual que a Hervé, al abad Aubourg, cura de la parroquia, su vecino.

Es para Guy el principio de una fase nueva y divertida de su vida. El abad es un hombre amable, bajito, gordo, con la nariz ligeramente chata; su aspecto distraído disimula un raro y vivo espíritu de observación. Insiste en darles sus lecciones en un lugar inconcebible: el cementerio de la iglesia; pero los niños no tardan en encontrarlo encantador, con sus muros musgosos que los protegen del viento.

Se sientan los tres juntos sobre la losa de una tumba, estudiando los participios, el latín y las reglas de tres. Cuando la lección es demasiado difícil para Hervé, el abad lo deja jugar. Pero algunos días cierra sus libros, estira su sotana y dice:

— Ahora, niños, debéis ejercer vuestra memoria y aprender a observar.

Y les pide que se aprendan los nombres de las personas enterradas en el cementerio, esos nombres inscritos en las cruces de madera negra o sobre las losas de piedra.

Ellos pronto se vuelven unos expertos. El abad, con una amable y vaga sonrisa en los labios, se los hace recitar comenzando por un extremo del cementerio, luego cambiar y hacerlo por el extremo opuesto. Otras veces, tratando de sorprenderlos, señala de repente con el dedo y pregunta:

— ¿ De quién es la tumba que esta en la cuarta fila de la izquierda, sobre una urna de piedra ? O aún: ¿ Veis aquel rincón, allá abajo, bajo el tejo ? ¿ Quién está allí ?

Ese juego pronto se convierte en un verdadero concurso al que los muchachos se prestan con alegría. Él les hace conocer todos los enterramientos y ellos corren en el cementerio desde que una nueva cruz es levantada, para aprender la inscripción; incluso van con Lebaie, el enterrador, para conocer por adelantado quién será sepultado. También, cuando el abad les pregunta: « A ver muchachos, ¿ conocéis a la nueva ? » ellos asientan con la cabeza, reprimen una risa triunfante, y salmodian a coro: « A la memoria de Jeanne-Hortense Amélie Nivet, viuda de Gaston-Néophraste, fallecida a la edad de ochenta y un años y llorada por todos los suyos. Fue una buena hija, buena esposa y buena madre. Descanse en paz. »

Ahora, Guy sabe maniobrar un barco tan bien como el hijo de un pescador, conoce cientos de trucos para hacer las redes y arreglar las velas, ha aprendido rápido el flujo de las mareas, las señales del tiempo y a estimar la profundidad de un canal. Las palabras aprendidas le bastan para hablar con los pescadores en su patois. Un día, limpia un barco con Lucien; Armand Pailleron, propietario de tres traineras, pasa y dice que el día siguiente temprano, el « Pourquoi faire » saldrá a la pesca del rodaballo. Lucien responde que irá, luego, advirtiendo los gestos desesperados de Guy, añade: — ¿ El chico también? — Pailleron mira a Guy y luego a Lucien que asienta con la cabeza.

— De acuerdo, — decide.

Guy corre a decírselo a su madre: — Se sale mañana de madrugada a las tres.

A la hora convenida, la señora de Maupassant está de pie para servir una taza de chocolate a su hijo y verle irse en la noche. Ella se pone a pensar: crece de prisa, se vuelve independiente; comienza a despegarse de ella. Pues bien, no tratará nunca de retenerlo contra su voluntad.

El viento comienza a refrescar hacia las diez; a las once sopla una tempestad y el mar está oscuro y encrespado. Ninguna noticia del « Pourquoi faire » durante cinco días. Los pescadores dicen que se ha perdido. En el sexto, reaparece Guy, radiante, salta a tierra, donde su madre y Josèphe han velado con las mujeres de los miembros de la tripulación.

— ¡ Mamá! ¡Tendrías que haber venido con nosotros! ¡Ha sido maravilloso!

CAPÍTULO II

Tres semanas después de esta aventura, la señora de Maupassant dice a su hijo: — El abad Aubourg es un buen hombre, pero creo que necesitas regresar a la escuela. Pronto cumplirás trece años. He hecho lo necesario para que ingreses en el seminario de Yvetot.

El rostro de Guy se alarga. Ve desvanecerse su relativa libertad, desaparecer por tiempo indeterminado su vida en la costa. ¿ Un seminario ? ¿ No es dónde unos sacerdotes enseñan y tratan de hacer de uno un cura ? ¡ Es abominable !

- Pero no me convertiré en cura, mamá.
- Esa será decisión tuya responde su madre. He elegido el seminario porque es dónde puedes realizar los mejores estudios. Aquí no tenemos otro colegio para los chicos de buena familia. Realizarás sobre todo estudios clásicos.

El golpe es duro. Guy hace lo que puede por olvidar que el fin es inminente. Esa tarde, parte en dirección opuesta, alejándose del mar y caminando hacia los campos, como para ir adaptándose a la separación. El tiempo es cálido, soleado, parece que docenas de alondras cantan en el cielo. Al salir de un bosquecillo, ve ante él a la señora Ticquot y a su criada Justine correr a través de los campos. La señora Ticquot es viuda; matrona imponente de rostro rosado, vive en una casa en las afueras de Étretat. Guy la conoce de vista pues es amiga del capitán Couteau al que Lucien y Jeannot azuzan pretendiendo que le hace la corte. La vieja es un poco tonta y está sin un céntimo, siempre cubierta con ridículos sombreros, agitando las manos y vestida como para ir a Rúan. Guy observa que Justine lleva un perrito blanco y negro, el gozque de la señora

Ticquot, con el que él ha jugado a menudo en la playa. No comprende al principio la intención de esas mujeres; pronto llegan a un pequeño techo de paja en medio de los campos y arrojan al perro que gime en un agujero. Guy cubre sus ojos con las manos, horrorizado. Lo han arrojado a un margal. Espera a que las mujeres se hayan alejado, luego se aproxima. Unos pilluelos le habían hablado de ese margal pero no les había creído. Se trata de un gran pozo de veinte metros con galerías en el fondo. Una vez al año los granjeros y paisanos descienden allí para recoger el fertilizante para sus campos. El resto del tiempo, decían los chicos, se arrojan allí a los perros de los que alguien quiere desprenderse. Cuando un perro desfallece de hambre al cabo de una o dos semanas, a veces con una pata rota, quizás vayan a arrojar otro. El perro más fuerte se come al más débil, luego ladra hasta que otro perro lo devora a su vez. El pequeño gozque negro y blanco de la señora Ticquot gime penosamente en el fondo. Guy arranca algunos manojos de hierba y los arroja al agujero, luego se aleja deprisa. Al día siguiente por la mañana, regresa al margal, la vieja va está allí. Ella lloriquea e, inclinada sobre el agujero, envía unas afectuosas palabras a su perro que ladra constantemente. Guy la observa, oculto en el follaje; después de su marcha, él arroja en el margal los restos de comida que ha llevado; pero incluso en la playa, no puede alejar a ese perro de su pensamiento. Al día siguiente, ve en el pueblo a la señora Ticquot hablar con el viejo Dautry, un pescador; al que solicita que baje al agujero con unas cuerdas para recoger a su perro.

- Bien, eso serán cuatro francos, responde Dautry, de forma ruda.
- ¡ Que...! la señora Ticquot levanta los brazos al cielo como si estuviese escandalizada. ¡ Cuatro francos! ¡ Jesús, María! ¡Usted quiere arruinar a los pobres! ¡ Cuatro francos...!

Y se aleja con grandes aspavientos. Guy regresa un par de veces al margal, y arroja el alimento que lleva. La tercera tarde, la señora Ticquot y Justine llegan antes que él. Ve que tienen un gran trozo de pan; la vieja parte un trozo y lo lanza al agujero con cara hipócrita.

— Ya está — le oye decir a Justine — Con eso se sentirá mejor.

De repente, mientras los ladridos del gozque resuenan en el pozo, un gruñido y un gemido se dejan oír. Han arrojado otro perro. Ahora son dos.

La señora Ticquot toma otro trozo de pan, lo lanza en el agujero gimiendo: — Es para ti, Pierrot. Es para ti. — Pero el sordo gruñido indica claramente que el pobre gozque no ha podido tomarlo. La vieja se vuelve hacia Justine encogiéndose de hombros.

— Se ha hecho lo que se ha podido; pero no puedo comprar pan para alimentar a todos los perros que las personas arrojan ahí dentro. Se muerde los labios y, caminando, toma un trozo de pan llevándoselo a la boca distraídamente.

Guy se va corriendo, asqueado y rabioso, llorando por la atroz crueldad de esta escena ⁴

— Los nuevos, por aquí.

Guy atraviesa el patio con una docena de chicos. Varios están resfriados y él no ha advertido ninguna manifestación de amistad. Los maestros curas de sotana negra, los examinan.

— ¡ Los nuevos, nada de cháchara!

Es un gran abad de manos rojas quién habla. Nadie conversa. Guy siente que todo será tan malo como esperaba. Una vez que los demás muchachos han desaparecido, se pone en camino con el resto de los nuevos, cada uno llevando su petate. Guy mira a su alrededor, el claustro, los muros de piedra gris, el refectorio de alto techo. En el aire flota un olor a incienso. Varios curas sentados en una mesa, toman a los chicos uno tras otro, los interrogan y toman nota. Cuando llega su turno, se equivoca sobre algunas cuestiones de catecismo.

— Espera ahí.

Al final un abad lo lleva a una clase. De entrada, Guy cree que los postigos están cerrados, luego ve que no hay más que dos pequeñas ventanas situadas en lo alto. Una lámpara de aceite cuelga en cada extremo de la habitación. Unas hileras de muchachos escriben, encorvados sobre sus pupitres. El abad le indica un lugar, le da pluma y papel. — Hijo mío, copiarás cincuenta veces la cincuenta y una respuesta del catecismo. Cuando hayas acabado, me lo traerás.

De este modo comienza su vida en el seminario. La divisa de la escuela es: « Severa como Esparta, elegante como Atenas. » Los

curas se dedican a la primera parte con un rigor entusiasta. Cada mañana. Guy v los demás muchachos son despertados a las cinco v reunidos en la capilla para la misa. En pleno verano casi se tienen escalofríos; en invierno es un glaciar. Para Guy, es una tortura quedar allí de pie, enrojecido de frío, incapaz incluso de temblar y no atreviéndose a frotarse las manos o a batir los pies por temor a atraer la atención de uno de los numerosos curas. Los castigos por «actitud incorrecta » en la misa son las vergas o una dieta de ciruelas particularmente repugnante. Cada chico debe pasar una parte de la jornada en « meditación ». Guy encuentra eso extremadamente penoso pues, como muchos de los jóvenes muchachos son incapaces de proporcionar un resumen bastante detallado de aquello sobre lo que han meditado y de las conclusiones que han extraído, siempre se está seguro de ser castigado por « disipación ». También se imparte el latín, siempre y por todas partes el latín, prosa latina, oraciones en latín, versiones y temas latinos. Uno de los peores elementos de las comidas es lo que los padres denominan « abundancia », bebida de sabor a regaliz avinagrado que los alumnos tienen que beber en gran cantidad. La segunda parte de la divisa, concerniente a la elegancia, suscita mucho menos celo. No hay cuarto de baño en el seminario y los pensionistas son invitados a lavarse los pies tres veces al año, generalmente en la víspera de las vacaciones. La operación se llama pediluvio.

Así transcurren los meses. Guy aborrece esta vida confinada y, llegado el verano, cuando empuja la puerta de los Verguies al principio de las vacaciones, cuando su madre y Hervé corren hacia él para abrazarlo, tiene el sentimiento de despertarse de una pesadilla. En una de estas ocasiones, su madre se echa hacia atrás, teniéndole al extremo de sus brazos, las manos sobre los hombros, y observándolo atentamente dice:

- Dieciséis años dentro de unas semanas... Apenas puedo creerlo.
- ¡ Mamá! No merece la pena contar a todo el mundo que tengo solamente dieciséis años.

La señora de Maupassant sonríe. Se da cuenta de que una nueva etapa acaba de comenzar.

Guy encuentra a la muchacha muy bonita. Tiene cabellos rubios de reflejos broncíneos, una boca más bien grande, pero encantadora cuando sonríe. Tiene unos grandes ojos sombreados. Puede entrever sus piernas desnudas cuando se sienta frente a él en la barca.

- ¿ Qué especie de pez atraparás ? pregunta ella.
- Todos aquellos lo suficientemente gruesos para entrar y no poder salir responde él tirando con seguridad de los remos. Acaban de colocar cuatro nasas de alambre junto a las rocas y regresan con la marea. El atardecer es hermoso, la puesta de sol es verde pálido.
 - ¿ Cuando irás a recogerlas ?
- Mañana por la mañana. Pero no hablemos más de pesca. ¿Sabes cuánto tiempo permanecerás aquí ?
- Eso depende de papá. Si llega de París querrá que nos instalemos en Dieppe, o en otro lugar que tenga un casino. Si no viene hay muchas posibilidades de que mamá quiera quedarse aquí.
- En ese caso, deseo que tu padre sea objeto de espantosas preocupaciones por negocios.

Ella sonríe. Sabe que le gusta... ¡ Qué chico apasionado! Guy la ha conocido dos días antes. Se llama Estelle, tiene la misma edad que él y vive en el hotel Blanquet con tres hermanas menores y su madre, que parece estar siempre en otro lado. La familia ha venido desde París a pasar las vacaciones en Étretat. Guy deja deslizar la barca, dando de vez en cuando un ligero golpe de remos para mantener la dirección.

- No creo que me gustase vivir todo el año aquí dice ella.
- Sí, te gustaría responde Guy. Él se fija en sus pechos, están llenos y tensan la tela de la camisa. Tiene ganas de inclinarse hacia adelante para acariciarlos. Ella levanta los ojos; él hace como si mirase para otro lado.
 - Sería mejor en Dieppe prosigue ella.
 - ¿ Por qué Dieppe ? ¿ Tienes allí un amigo ?
 - -; No lo tengo!

Eso hace reír a Guy.

- ¿ Quieres venir conmigo mañana ? Haremos vela. Podremos ir hasta Yport... es muy bonito.
 - No creo que mamá lo permita.

— Le dará igual... — la madre de Estelle no parece ciertamente preocuparse demasiado por su hija — o si lo prefieres podremos ir a Fécamp.

Introduce los remos cuando la barca toca la orilla, salta a tierra, luego ayuda a Estelle a desembarcar. Mientras él coloca la barca sobre los guijarros, ella mira a su alrededor.

- Guy... ¿ No estamos muy lejos de la playa?
- No mucho.

Están en un extremo, cerca de un hueco del acantilado donde un sendero sube hacia la cima y los campos. Aparte de dos hombres en un barco lejano, no se ve a nadie. Guy tiene la impresión de que ella quiere decir algo pero se contiene. Él sorprende una breve mirada más elocuente que muchas palabras, luego ella baja los ojos. La toma por su cintura. — Subamos un poquito, — dice él indicando el sendero con la cabeza.

— Va a oscurecer — responde ella, pero es la objeción formal de una muchacha que sabe que va a entregar su cuerpo, que quiere entregarlo, pero con toda la gracia, toda la poesía, todo el pudor del que es capaz... — No demasiado lejos, entonces.

Ahora están sentados detrás de una loma de tierra, un poco nerviosos ambos, intercambiando breves sonrisas crispadas para volver enseguida a retomar una seriedad preocupada. Se interesan profundamente en una luciérnaga, como si quisieran retardar el momento fatídico.

- Estelle... tú eres... tú eres muy bonita balbucea Guy.
- Tú también me gustas mucho.

Él se siente desfallecer, de temor y de duda, ¿ no irá ella a plantear dificultades, a debatirse, llorar, hacer una escena ? Unos compañeros de escuela se jactan de haber poseído a unas muchachas, pero nunca han contado lo nerviosos que estaban antes. La toma por la cintura. Un olor embriagador emana de Estelle. Cuando ella se gira, él besa sus labios. Al principio no se resiste, luego un poco, pero él la retiene. Se deja caer sobre ella y desabotona su camisa.

— Guy, te lo ruego, ten cuidado...

Él sabe que es torpe, pero poco le importa.

Sus pechos son maravillosos. Puede distinguir la fina tersura de su piel.

— Guy... alguien puede vernos.

— No, nadie.

Él une los labios de Estelle con los suyos y siente los dedos que ella apoya en su nuca para atraerlo.

- Estelle... no cesa de repetir mentalmente: esto es increíble, es increíble. Ella contiene su respiración y se desplaza bajo él; él siente la carne desnuda de sus muslos. Él la estrecha mientras ella gime:
 - Eso está mal... No, no...

Pero él no puede detenerse, es el dueño de ese cuerpo cuvos brazos se crispan a su alrededor, para poseerlo igualmente. Ella se levanta, sudorosa, aturdida, el rostro rojo y el aspecto molesto por su acto. Él está asombrado de la rapidez con la que todo ha pasado. Cree ver en ella un cierto resentimiento luego, un minuto después, tiene la certeza de haberse equivocado. Mientras que ella pone en orden sus cabellos y su vestido, él experimenta unas repentinas ganas de decirle cosas maravillosas...; Traducir mediante palabras lo que acaban de experimentar juntos ? ¿ Decirle que la ama ? ¿Para cantar el esplendor del mundo y de la juventud ? ¿ Lo terrible e inmenso que es el mar ? ¿ Hasta que punto le gustan las formas de un barco y los reflejos de los peces en la cesta? No lo sabe. Le guataría que ella lo comprendiese, pues de ese modo lo poseería. Es igualmente una parte de su corazón y de su ser. Así él podría diciéndoselo. Él ansía hacerle saber. Amar. es comprenderse. Su corazón desborda porque se han amado.

De nuevo la rodea con su brazo.

- ¡ Oh, Dios! Que espléndido es el mar y que maravillosa la vida. Me siento lleno de secretos inmensos que quisiera contarte, Estelle, y...
- ¿ Qué hora es ? No, Guy dice ella desprendiéndose bruscamente Mamá va a ponerse nerviosa y a preguntarse donde estoy.

Ella ya está de pie. Él se encierra viendo que ella no comprende. Experimenta un decepcionante sabor agridulce, como el principio de una separación. Lo aleja con esfuerzo y sonríe:

- Ven.
- Descienden hacia la playa, tomados de la mano. Su infancia se ha esfumado.

CAPÍTULO III

En el verano siguiente, Etretat parece haber tomado otro aspecto, otros aires. Guy está de regreso, el seminario no ha le ha hecho olvidar su existencia. Para su más grande alegría ha sido expulsado después de una incursión en el cuarto de los víveres de la casa seguida de un picnic nocturno sobre el tejado con dos compañeros. Además, el padre superior ha encontrado en su pupitre unos versos altamente escabrosos. Su madre había tomado con bastante tranquilidad la noticia y lo había reprendido. Mientras ella lo sermoneaba, Guy percibía como reprimía una sonrisa, corrr hacia ella, la toma en sus brazos y exclama:

— ¡ Mamá, eres un ángel ¡

En ese dulce principio de junio, Étretat presenta a sus ojos sutiles modificaciones que no había advertido hasta entonces, sobre todo en las personas. El lugar comienza a estar de moda desde hace dos o tres años; Guy mira la muchedumbre alrededor del kiosco donde el compositor Offenbach⁵, rey del lugar, dirige la orquesta con maestría. Advierte algunos personajes importantes. Massenet⁶, con su sombrero de ala ancha y su corbata flotante, vecino de Thomé, otro músico; Coquelin⁷, el gran actor, echando la cabeza hacia atrás como un joven gallo y diciendo un piropo a una muchacha situada tras él; el pintor Gustave Courbet⁸ mordisqueando su barba.

Offenbach posee en Étretat una casa, llamada villa Orfeo desde el triunfo de su « Orfeo en los Infiernos », del que todo París cantaba los estribillos algunos años más tarde. Se dice que tiene mal la vista y es el terror de las jóvenes bailarinas. Guy lo ve a menudo seguir la línea del mar, el rostro empolvado, oliendo a

agua de colonia; es un hombre bajo y nervioso, emperifollado, aburrido, que lanza una breve sonrisa inquieta a aquellos que lo saludan. Incluso cuando hace calor, cuando todo el mundo se viste con indumentaria veraniega, se le ve aparecer, siempre tapado, abrigado con unos chales, incluso abrigos, estremeciéndose si el simple aleteo de un vestido desplaza demasiado el aire junto a él; pero cuando, sube sobre su tarima y dirige la orquesta en uno de sus valses o polkas, hay que ver a las damas que tricotan seguir con sus aguias de marfil su ritmo endiablado. Al lado de esposas v hermanas, con sus talles de avispa y las sígame-muchachito que flotan tras ellas, han aparecido otras mujeres aún desconocidas para Guy. En unos coches landaus o en unos Aumont, se pavonean a lo largo del dique; sus ojos maquillados parecen mirar con desdén y su boca de un rojo malva se retrae en una irónica sonrisa. Llevan un brillante vestuario con brocados de seda, preciosos chales y unos encajes cuyos flecos centellean como el oro puro. Son las mediomundanas, las coquetas y otras extrañas vampiresas viviendo al margen de la sociedad. Pasan uno o dos días en Étretat, llegadas de Dieppe o de Trouville donde por las noches, reinan en las mesas de juego, los hombros desnudos, atrevidamente escotadas con vestidos de lentejuelas de plata, sobrecargadas de pendientes de diamantes y de perlas, lanzando despreocupadamente sobre el tapete verde la fortuna de sus amantes. Fascinado, Guy las contempla: un nuevo horizonte parece abrirse a sus ojos. Una tarde, en Fécamp, pasa con su primo Louis Le Poittevin delante de una elegante casa, la villa Hortensia. Un equipaje está alineado en el camino. Louis dice con una sonrisa: — Mira, ahí está.

- ¿ Quién?
- Hortense Schneider⁹.

Louis llega de París donde estudia derecho. Conoce a todas las celebridades de moda. Guy ha oído hablar de Hortense Schneider, la famosa diva apadrinada por Offenbach, la preferida de París desde que encarna a la bella Helena. Los ecos todavía vibran en el momento en el que, enfundada en su túnica azul estrellada de reina de Esparta, avanza hacia la rampa y exclama con solemnidad: «Cèleste amor... » haciendo literalmente venirse abajo a la audiencia.

— Se mantiene tranquila, lo que no tiene nada de asombroso
— prosigue Louis.

Guy mira con envidia a su primo, que ya tiene el tono de un hombre de mundo al corriente de los últimos cotilleos de los cafés y salones parisinos.

- ¿ Por qué ? pregunta.
- ¿ Cómo, querido ? ¿ No lo sabes ? La semana pasada se produjo un escándalo enorme, todo París habla de ello. Hortense estaba en la Puerta Saint-Martin con Caderousse...
 - ¿ Con quién...?
- No sabes nada de nada. Es el duque de Grammont-Caderousse¹⁰, uno de nuestros más famosos dandis. Es el protector de Hortense, o al menos el principal por el momento. Oh, no tiene nada de extraordinario que se les hava visto juntos en el teatro, pero en medio del segundo acto un viejo hombrecillo sentado en las butacas de orquesta les ha visto acaramelados en un palco. Debían creer que estaba demasiado oscuro para que se les viese v Caderousse se mostraba de los más atrevido, había hecho deslizar las hombreras del vestido de Hortense y le besuqueaba los pechos. Además ella parecía experimentar gran placer. Entonces el viejo se ha puesto a reflexionar en voz alta: « ¡ Mirad a esos dos en su palco! ¡Bravo, Caderousse! ¡ Meta la nariz ahí! » Ovéndolo, toda la sala se ha vuelto y naturalmente ha visto a la pareja en el fondo de su palco. El viejo continuaba a gañir: « ¡ Bravo ¡, oh, bien por la pareia de tortolitos! ¡ Vamos, sin miedo, enseñadnos más!» En un instante, todas las miradas estaban dirigidas hacia el palco. Hubo al principio un instante de profundo silencio, todo el público, tanto hombres como mujeres, parecía esperar que se librasen a unos embates más intimos.
 - ¡ Caramba!
- Luego se desencadenó el estrépito. Las personas brincaban, gritaban, abucheaban, mostrando el puño. En la sala se produjo una bacanal espantosa. Sobre la escena los actores alzaban el tono, llevando su papel al límite de su voz para hacerse oír, luego renunciaron y se agolparon delante de la escena, girando el cuello, para tratar de ver algo. Incluso había personas que se colgaban del balcón...
 - ¿ Qué pasó ? pregunta Guy, con alegría.
- Caderousse debía estar profundamente absorbido, o tal vez creyó que el público abucheaba la obra; en fin, no se perturbó por tan poco. En todo instante se habría podido creer que iba... a

consumarlo. Tuvo un gesto decidido... pero alguien debió lanzar un objeto al palco, pues nuestros dos enamorados giraron la cabeza. Se produjo un clamor espantoso; toda la sala gritaba: «¡ Iros a vuestra casa!¡ Haced eso en la calle!¡ Guarros!¡ Echadles! » Una auténtica tormenta. La pareja quedó un instante atónita, entonces el duque con una calma olímpica se colocó delante del palco, se inclinó y luego arrastró rápidamente a Hortense hacia la salida.

- La obra ha debido ser un fiasco después de eso dice Guy riendo
- La gente estaba sobre todo indignada con la idea de que Caderousse habría buscado un aumento de goce perverso haciendo eso en público; pero eso es una tontería, Caderousse es un gran caballero
- ¡ Ah, París! murmura Guy. ¡ Que gran ciudad debe ser ¡
- Que sepas responde Louis que eso no ocurre todos los días...

El coche circula sobre el pavimento de Ruán, sale por la puerta del Havre y toma a la izquierda la ruta a lo largo del gran bucle del Sena.

- Croisset, dos kilómetros, lee Guy sobre un mojón.
- Vais a ser vecinos dice la señora de Maupassant.

Han llegado a Ruán por la mañana y, en una lluviosa tarde de otoño, van a visitar a Flaubert y a su madre o, por respetar las convenciones sociales, a la señora Flaubert y a su hijo. La libertad es algo hermoso, pero la expulsión de seminario ha interrumpido los estudios de Guy y es necesario que los prosiga en otro lugar. El Instituto de Ruán es el más indicado; Guy comenzará allí dentro de dos días; pero la señora de Maupassant quiere que primero se encuentre con Flaubert y su madre; ella ha venido específicamente para presentarlo a sus viejos amigos.

— Le he hablado mucho de ti en mis cartas — dice ella.

Guy tiene la impresión muy clara de conocer a Flaubert, de tanto que su madre le ha habado de él.— Es un hombre extraordinario; la noche en la que escribió la escena del suicidio de Madame Bovary, sintió realmente el gusto de la estricnina en su boca, fue presa de violentas nauseas y cuando su pluma trazó las

últimas palabras estaba poseído de tales sudores fríos, de tales molestias, que debió llamar a un médico.

Mientras el coche rueda sobre la fangosa calzada, Guy se pone en pie y mira el Sena, los remolcadores haciendo chirriar sus cadenas y arrojando al cielo negro un negro velo de humo, las finas goletas noruegas y las pequeñas siluetas encaramadas en su arboladura. Croisset es el primer pueblo. El coche discurre por un camino bordeado de árboles, descendiendo, junto a la caseta del guarda, hacia una amplia casa baja que se vislumbra entre los majestuosos olmos, las hayas y los llorones. El parque baja en pendiente suave hasta el camino que bordea el Sena. Un criado los introduce en un gran salón iluminado, bien amueblado pero polvoriento, de aspecto mal cuidado... La puerta opuesta se abre; estallan unos gritos de bienvenida:

- ¡ Laure ! ¡ Mi querida amiga !
- Por fin te vuelvo a ver, Gustave.

Los besos chasquean, las mejillas se ofrecen. La Señora Flaubert, vestida de negro, es mayor y se desplaza con dificultad. Su hijo tiene una cabeza grande sobre amplios hombros, su gran bigote rubio cuelga como el de un vikingo. Estrecha cordialmente la mano de Guy, sus ojos azules, un poco salientes, pestallean cuando exclama:

— ¿ Así que este es el golfillo que se ha hecho expulsar del seminario de Yvetot ? ¡ Pillín !

Sonríe y añade golpeando la espalda de Guy:

— ¡ Cazado por los curas !¡ Es hhhhhhenorme !

Tiene un modo muy personal de pronunciar esa palabra; la hace preceder de al menos seis haches: « ¡ es hhhhhhenorme...!»

Guy no puede impedir compartir esta hilaridad. Flaubert le gusta. No tiene nada del célebre escritor, del hombre que frecuenta la corte imperial en Compiègne y se comporta como un compañero del emperador y la emperatriz. Tiene el rostro rosado y mofletudo, el cráneo medio calvo, con largos bucles grises colgando hasta su cuello. Se le tomaría igualmente por un normando después de la conquista o como por un guerrero vikingo. Guy tiene ganas de reír viéndole ataviado con un amplio pantalón ahuecado y unas zapatillas.

— No me equivoco — dice Flaubert, cesando de examinar a Guy para dirigirse a la señora de Maupassant. Es el retrato de

Alfred, los mismos ojos, el mismo mentón... No se necesita mirarlo dos veces.

Los hace pasar a otra habitación donde su madre gruñe atizando el fuego.

— ¿ Por qué esa estúpida muchacha tiene siempre que meter madera verde ? Siempre igual.

No parece ser una vieja dama amable.

- Vamos, madre. Eso va muy bien. dice Flaubert.
- ¿ Qué ?— responde su madre, levantando la cabeza con el aspecto desafiante e irritado del sordo que cree haber distinguido una ofensa.
 - ¡ Eso va muy bien! ladra Flaubert ¡ Eso quemará! Dando una patada en los troncos, añade:
- Si tirase varios de mis manuscritos ahí dentro, eso ardería como el infierno

Luego, volviéndose hacia sus huéspedes:

- Querida, ¿ no conoces la última manifestación del esplendor burgués ? Acabo de recibir una carta de un funcionario francés de Pekín..., de Pekín, fíjate bien...; sin duda el conserje del servicio de Aduanas o un personaje también de alto copete. Me dice que ha leído Salammbô y considera que es el producto de un espíritu « impúdico, sucio y pervertido »; ha prohibido oficialmente poner un solo ejemplar en manos de algún mandarín...; Es hhhhhhenorme!— añade levantando los brazos al cielo.
 - Gustave, eres incorregible.

A continuación hablan de asuntos de familia y la señora de Maupassant explica que Guy va a ingresar en el Instituto de Ruán.

- ¡ Dioses del bosque! exclama Flaubert.
- Todavía sigues jurando, Gustave dice la señora Flaubert
 No quiero que jures de ese modo.
- ¡ Qué ataúd !— estalla Flaubert. He pasado por allí alguna vez y no he odiado tanto un lugar. Es un cuartel; desconocen los pupitres. ¡ Pero, sí ! te van a hacer sentar en unos bancos que datan sabe Dios de cuando; van a ponerte en una mano un viejo tintero de cuerno, en la otra una pluma de gallina que ellos dicen ser de oca, y te van hacer escribir, de rodillas, frases latinas hasta la Saint-Glinglin. Espera un poco, verás. ¡ Vas a sudar sangre!
- ¡Oh! exclama Guy mirándole con inquietud, pero el rostro de Flaubert se distiende con una amplia sonrisa.

— No te preocupes chaval; pienso que eso ha debido cambiar desde hace mucho tiempo. Después de todo, estamos en el apogeo de la revolución industrial..., esa bendición infinita que tan bien se esconde, *i*, eh ?

Durante el almuerzo, Guy tiene por vecina a la señora Commanville, sobrina de Flaubert, que aparece para la comida. Intenta entablar conversación pero ella permanece impasible, comiendo sin interesarse en nada de lo que le rodea. Su tío parece hacerle gran caso. Hacia mitad del almuerzo, Flaubert todavía tiene uno de esos estallidos que tanto gustan a Guy. Riendo a pleno pulmón, ruge:

- ¿ Recuerdas, mi querida Laure, haber nunca visto algo tan suntuosamente grotesco como ese procurador imperial... Pinard¹¹... el que llevaba la acusación en el asunto Bovary ? ¿ Ese aborto, ese don nadie ...
 - ¿ Qué dices. Gustave?
- ... ese raquitico defensor de la ley y del orden ? Cuando se dirigía al tribunal, sermoneando y maullando sobre los estragos que ese tal Gustave Flaubert perpetraba en los ciudadanos decentes presentando un cuadro deformado de la moral de nuestras provincias, uno lo habría concedido al Buen Dios sin confesión. « Sin control, el arte cesa de ser arte », balbuceaba, « se transforma en una mujer que se despoja de sus vestidos.» ¡ Vestidos ! No podía decidirse a decir « hábitos » y habría girado la vista pronunciando la palabra « falda »... Acabo de saber lo que hace ahora, después de estos últimos años. Ese adalid de la moral ha escrito un libro de poesías pornográficas y lo ha publicado a su costa... ¡ con ilustraciones ¡ ¡ Es hhhhhhhenorme !

Cuando marchan, Flaubert estrecha enérgicamente la mano de Guy sobre la escalinata diciendo:

— Es necesario que nos veamos de vez en cuando, chaval.

Guy lee la gratitud en los ojos de su madre; luego su coche remonta el gran sendero que lleva a la carretera, mientras responden a las ostensibles señales que les hace la extraordinaria silueta oronda, cuyos enormes pantalones ahuecados son zarandeados por el viento de la tarde.

- Ese querido Gustavo...
- ¡ Que hombre! dice Guy.

La larga fila de muchachos se alinea en la calle Masséna, subiendo hacia el Instituto después del paseo. La esquina está cercana, el supervisor, señor Godart, camina a lo largo de la hilera repitiendo: « Caballeros, compórtense, se lo ruego. », luego corre hacia la cabeza, como si el emperador en persona se aproximase. Sin embargo, por la acera, no viene más que un hombre gordo que avanza hacia ellos. Poco antes de cruzárselo, el señor Godart se vuelve, levanta el brazo y ordena: « ¡ Alto ¡ » y toma su sombrero inclinándose profundamente. El otro, de vientre prominente, la cabeza hacia atrás, unos pequeños anteojos ridículos dominando su bigote flotante, parece un momento incómodo; levanta su sombrero y queda eclipsado por la primera callejuela. El señor Godart discurre por la hilera con paso presuroso, repitiendo:

— Acaban ustedes de ver al señor Bouilhet... Louis Bouilhet, no lo olviden, caballeros... Louis Bouilhet, nuestro gran poeta... Ustedes podrán decir que lo han visto.

Así que ese es Louis Bouilhet, se dice Guy. Bouilhet es un amigo de la familia y su madre le ha dado su dirección diciendo: «Debes ir a verlo; lo conozco desde hace años. »

En lo alto de la cuesta, el señor Godart, con el rostro congestionado, levanta la cabeza y se pone a declamar. ¿ Es ese el melodioso ritmo de los versos ? ¿ Es esa la silueta conmovedora del viejo supervisor recitándolos con amor junto a los escolares ? ¿ Eso es todo lo que su madre le ha dicho del poeta ? Guy está impresionado. Los versos son buenos. ¿ Cómo ha podido escribirlos ese gordo grotesco ? Esa misma tarde, Guy se dirige a la librería que hay enfrente del colegio y compra « Festons et Astragales », única antología de poesías de Bouilhet que ha encontrado allí; durante la fría noche del dormitorio, a la luz de una candela clandestina, lo devora en su cama, embriagado de repente por esas líneas amorosas, sutiles, acariciadoras...

Para gran alivio de Guy, el Instituto ha evolucionado desde los tiempo de Flaubert y ya ha hecho varios amigos, en particular Robert Pinchon¹², muchacho de rostro alegre, compañero de Louis Le Poittevin y loco por el teatro. Además, el Instituto le permite más tiempo de ocio que el seminario y también, desde ese primer contacto con Bouilhet y sus poesías, trata de componer versos en sus ratos libres. Tanto se esfuerza en evocar el aspecto del mar en Étretat los días de tempestad y lo que le sugiere, tanto quiere pintar

el campo normando, que con frecuencia no puede dar a sus versos la forma que desea, las palabras manifiestan una indocilidad y una independencia imprevistas; si no se les presta demasiada atención son ellas quiénes lo llevan y no es posible reintegrarlas en el cuadro previsto. Es necesario que pida a Flaubert que le presente a Bouilhet, pero teme una nueva chanza. No, es mejor que vaya solo.

Bouilhet vive en los límites de Rúan, calle Bihorel, una de esas interminables calles sin personalidad, de aspecto típico por donde se sale a las ciudades de provincias. El número 14 es una casa completamente sencilla; Guy tira de un alambre que cuelga al lado de la puerta. En la lejanía suena un timbre. Nadie acude. Tira una segunda vez y espera. Bouilhet debe haber salido. Está a punto de marchar cuando percibe un vago arrastre de zuecos; una llave gira, la puerta chirría y en el umbral aparece el rostro del grueso hombrecillo al que el señor Godart tan humildemente ha saludado.

- Yo... ehhh... balbucea Guy; se siente idiota; el bonito discurso matizado de cumplidos que ha ensayado desde hace tiempo, se ha desvanecido.
- ¿ Entonces, muchacho? inquiere Bouilhet mirándole, la cabeza ladeada mientras sus anteojos oscilan.
- Mis respetos, señor. Soy Guy de Maupassant. Yo era... ehh
 - ¿ Maupassant ? Esperaba reconocerte. Pero pasa.

Bouilhet le tiende una mano regordeta. Es todavía más gordo de lo que se había imaginado. Cuando ríe, su doble mentón tiembla como una gelatina, luego esa vibración parece trasladarse a su estómago para serpentear lentamente en sus intestinos. Como muchos hombres obesos, tiene una pequeña boca dejando ver unos dientes demasiado próximos cuando se entreabre en una sonrisa infinitamente espiritual.

— He sabido que estás en el Instituto — dice Bouilhet.

Guy se pregunta quién ha podido decírselo, tal vez su madre le haya escrito. Pasan por un corredor sombrío y lleno de muebles donde el volumen de Bouilhet obstruye toda luz. Emergen finalmente en una habitación oscura donde el humo del tabaco forma nubes. En un rincón estalla un rugido.

— ¡ Ah!¡ El verdugo de los curas!¡ Triple nombre de Dios!

Flaubert, hundido en un sillón, arroja como un demonio el humo de una larga pipa turca cuya manguera se enrosca a sus pies como una serpiente. Se estrechan la mano.

- Es este galopín dice Flaubert a Bouilhet quién se ha mostrado poco respetuoso con las ideas burguesas sobre el infierno para hacerse expulsar del seminario.
- ¡ Ah! Y sin duda has venido aquí para hacer proselitismo, ¿no es así? pronuncia Bouilhet ajustando sus quevedos. ¿ Es posible que no te hayas dado cuenta de que soy el bibliotecario municipal de Rúan? Sí, señor, el bibliotecario municipal. Piénsalo bien. Tengo unos deberes respecto a los magistrados. Un cuerpo de funcionarios muy respetables, señor...
 - Unos eunucos muge Flaubert.
 - ... por lo que soy en parte responsable del bienestar moral...
 - ¡ Panda de proxenetas!
- —... y por lo que debo preservar la probidad política evitando todo contacto con los sectarios enemigos del orden social.

En esto que Flaubert se pone a vociferar: ¡ Vivan los amigos de los idiotas! — y estallan en carcajadas.

Ese no es el tipo de recepción que Guy se esperaba. Comprueba con placer que Bouilhet respeta tan poco las convenciones como Flaubert. Se ve que son viejos amigos. Dice:

- He venido a presentar mis respetos al señor Bouilhet.
- ¡ Ah ¡ dice Bouilhet con mirada maliciosa está bien que la primera vez se me presente otra cosa que no sea una factura.

Empuja una silla hacia adelante y prosigue:

— Siéntate, chaval, y no hagas caso a estos dos viejos locos. ¿Un poco de aguardiente de sidra ?

Sobre la mesa hay una botella con la que Flaubert llena sus vasos...

- ¿.... o café?
- Café, por favor responde Guy. Bouilhet llama y dice a una joven sirvienta regordeta que lo traiga. Mientras come unas tostadas, los dos hombres le piden noticias de su madre; Flaubert evoca recuerdos de su tío Alfred Le Poittevin y le pregunta sobre el Instituto. Mientras que las dos pipas orientales, una fantasía de Flaubert, gorgotean con violencia, los dos viejos amigos se enfrascan en un diálogo escabroso y de los más cómico en el que Bouilhet personifica al arzobispo y Flaubert, por turno, al señor

Gosie, su vicario general, al Muy Reverendo Padre Cruchard, de los barnabitas, director espiritual de las Damas de la Desilusión. Flaubert eleva los brazos al cielo, se atropella, tose y se congestiona de risa, mientras que Bouilhet, menos enrojecido, golpea el puño sobre la mesa.

- ¡ Ah, cojonudo! ¡ Es magnífico!
- —; Es hhhhhhenorme!

Y ambos tratan de enjugarse las lágrimas de sus ojos. El humo todavía es denso. Guy encuentra a Bouilhet admirable, más todavía siendo poeta. Sin embargo cree distinguir una dolorosa y amarga decepción bajo la jovial apariencia de este amable hombre gordo y piensa que Bouilhet haría cualquier cosa para disimularlo. Flaubert es parecido, en cierta medida. Guy discierne la gran marea de afecto, incluso de sentimentalidad, detrás de cada una de las palabras crueles y despectivas que Flaubert profiere contra los pomposos, los empáticos, los solemnes, los satisfechos de si mismos y los charlatanes. Es sabido que Flaubert detesta a esas personas pero no odia a la humanidad, su corazón es demasiado tierno. Guy espera con calma, luego dice:

— He leído *Festons et Astragales*, señor Bouilhet y quisiera pedirle algunos consejos respecto a los versos.

Saca el volumen de su bolsillo y pasa las páginas para encontrar el pasaje.

- ¿ Qué es eso ? dice Flaubert. Guy levanta la cabeza y le ve mirar varias hojas que acaba de recoger. Enrojece y balbucea:
- Son unos versos que he intentado escribir. No están terminados. No querría mostrárselos aun.
- Unos versos, ξ eh ? exclama Flaubert, luego guiñando un ojo a Bouilhet dice:
 - Será mejor que nos leas eso. Vamos.

Guy toma las hojas y comienza a leer. Al cuarto verso, Flaubert suelta un ¡ Buen Dios ! sonoro e intercambia una nueva mirada con Bouilhet. Al final de la tercera estrofa, ladra un verso:

— ¡ Mi corazón seguramente se va a romper! ¿ Es asi como expresas tu emoción? Hace falta que nosotros nos imaginemos a tu corazón como una galleta, se rompe, se hace migajas. ¿ Es con ese tipo de imágenes como cuentas enriquecer la literatura francesa? ¡Continúa!

Guy comienza otro poema. Ellos escuchan. Sus pipas borbotean todavía más fuerte. A mitad de la lectura, Flaubert no se puede contener:

- ¿ Qué es eso ? ¿ Abismo azul, voluble como una mujer ? Por las once mil vírgenes de Colonia, ¿ será posible ? ¿Puede aún, a nuestra avanzada edad, sernos todavía ofrecida esta comparación adulterada, flácida, sin energía, del mar con una mujer voluble, como una visión original ? ¿ Por qué una mujer ? ¿ Eh ?... arroja una mirada sospechosas a Guy. ¿ Qué has leído ? Dios mío, ¡Bouilhet no es culpable de eso!
 - Yo..., a decir verdad..., yo...
- ¡ Ideas completamente hechas, ideas preconcebidas ! No, no, mi pequeño. Si quieres escribir versos, si quieres escribir la menor línea pretendiendo ser leído, hay que trabajar. Trabajar. ¿ No es así, Bouilhet ?

Bouilhet asienta con la cabeza, sus ojos pestañean.

- ¿ Sabes lo que significa trabajar ? prosigue Flaubert ¿Lo sabes ? Mira, Bouilhet te lo va a decir... O mejor, él no te lo dirá, seré yo. Bouilhet acaba de pasar diez días modificando cuatro versos. ¡ Eso es lo que significa trabajar !
- Y él acaba de penar diez horas sobre tres versos que todavía no están a punto.— añade Bouilhet.

Intercambian miradas afectuosas.

- La humildad. continúa Flaubert Si quieres escribir has de tener humildad. ¿ Eh, Bouilhet ?
 - Sí, Gustave responde Bouilhet.
- Y ahora, dice Flaubert dejando su pipa como antídoto a este error de juventud, dos viejos secuaces de la literatura van a ofrecerte un espectáculo. Vamos, Bouilhet.

Bouilhet le pasa el brazo bajo el suyo y Flaubert dice a Guy:

— Aquí está mi obra maestra, jovencito. La llamamos «El Paso del Acreedor ».

Y ambos, más beodos por su propia animación que por el aguardiente, se lanzan a bailar con un paso burlesco. Flaubert se congestiona de alegría, sus bigotes de vikingo desmesuradamente. mientras Bouilhet esfuerza que se desesperadamente en mantener los quevedos en su sitio; luego, al cabo de un rato, se arrojan, resoplando, sobre el sofá, riendo ostentosamente.

Cuando se han calmado, beben todavía un poco de aguardiente y Flaubert dice que debe marchar.

— Vamos a acompañarte, — dice Bouilhet — De camino echaremos un vistazo a la fiesta de Saint-Romain.

La fiesta de Saint-Romain que, cada otoño atrae a todo Rúan hacia sus tiendas, sus barracas y su iluminación, se extiende a lo largo del bulevar, desde la plaza Beauvoisine hasta la del Boulingrin. Los tres deambulan entre el jaleo de las orquestinas, de bombos y zanfonas, los gritos de los vendedores de salchichas, de tortas o de castañas, mujeres que discuten y niños extraviados, los discursos roncos de los forzudos, corderos de cinco patas, pulgas amaestradas, misteriosos faquires o luchadores invencibles.

Sacudidos, traqueteados por la muchedumbre, se detienen ante una tarima donde unas mujeres maduras y marchitas, vestidas con lentejuelas y camisas sucias, se esfuerzan en simular un aspecto provocativo para incitarlos a entrar a ver las « delicias de París ». Contemplan a los gigantes, los enanos, que parecen ser hijos de una misma madre grotesca. Guy sigue a Bouilhet y a Flaubert que se dedican a hacer payasadas. Flaubert inclina su sombrero hacia delante, frunce los labios y simula el aspecto de un ruenesa ridícula, mientras que Bouilhet trotando con su vientre que se bambolea, representa el papel de su estúpido esposo. La gente se vuelve para ver a esos dos grandes hombres y al jovencito, radiantes de alegría, abrirse paso entre la multitud.

En medio de la feria, Flaubert los dirige hacia una gran barraca roja que lleva la inscripción: « La tentación de San Antonio ».

— Es el viejo Legrain — ruge por encima del tumulto.— Entremos... hay que ver eso... un tema sagrado.

Efectivamente es un tema sagrado para Flaubert, cuya vida ha estado marcada por su impronta. Ha dedicado todo el fervor de su juventud a escribir, hace veinte años, *La Tentation de Saint Antoine*, y es Bouilhet quién contribuye a condenarla. Había escrito una segunda versión con tanta pasión y esfuerzo, y pronto supo que no valía. Ahora, abriéndose paso hacia la barraca, piensa en un tercer intento. Se sientan sobre los bancos entre la multitud y Legrain comienza su representación de marionetas. Todos los personajes tradicionales están allí, el ermitaño y su cerdo, Satán, Dios Padre, muchos diablos y legiones de ángeles. Mientras que el santo está sometido y resiste a todas las penosas tentaciones del

Diablo, detrás de la escena, Legrain salmodia con voz lastimera y ronca la leyenda, que adorna con bromas picantes para la mayor alegría de los espectadores que hacen vibrar la tienda, berreando a coro la desesperada copla del santo:

Messieurs les démons Laissez-moi donc. Messieurs les démos, Laissez-moi donc. Señores demonios, dejadme. Señores demonios, Dejadme

Guy mira a Flaubert. A la luz de los quinqués, su rostro parece extasiado

Guy regresa a menudo a la calle Bihorel y un día encuentra a Bouilhet en una de sus visitas a Croisset. Bouilhet le insta a perseverar en la poesía y con frecuencia, el domingo por la tarde, examina con calma los nuevos poemas que Guy somete a su examen. Guy comienza a conocer bien a Bouilhet. Flaubert le cuenta lo demás. Obligado por su familia a seguir los estudios de medicina, Bouilhet finalmente se había rebelado, había dejado su parte de la herencia a sus dos hermanas y consagrado su tiempo a escribir poemas que tenían poco éxito y unas obras de teatro que no tenían ninguno. Ganaba miserablemente su vida dando pasantías de latín y de francés.

Por su parte Bouilhet habla a Guy de Flaubert... sobre todo de la terrible historia de su primera versión de la *Tentation*, hace tiempo, en 1840. Refiere como durante tres años Flaubert había trabajado como un esclavo en ese libro, luego había llego el momento de someterlo a la crítica de Bouilhet y de otro amigo, Maxime Du Camp¹³.

— Blandía el manuscrito por encima de su cabeza con grandes gestos, gritando: « ¡ Si no aulláis de entusiasmo es que nada puede emocionaros !» Dedicó cuatro días a leérnoslo... eso tomó todo ese tiempo. Todos los días desde las doce hasta las cuatro y luego desde las ocho. Nosotros escuchábamos. Después de haber leído la última palabra, dijo: « Ahora decidme con franqueza que es lo que pensáis. » Yo respondí: « Pienso que lo debes arrojar al fuego y no

volver a hablar más de él. » ¡ Ah, fue atroz. Pobre Gustave ! Sí, él posee la humildad.

Guy ve en Bouilhet a un hombre dulce y amable que presenta al mundo dos rostros, uno jovial y el otro majestuoso; pero nadie adivinaría nunca las torturas de su alma. Es uno de esos hombres que sonríen a todo, incluso al dolor y se vuelven irónicos cuando más sufren. Con frecuencia dice a Guy:

Cien versos, incluso menos tal vez, pueden decidir la reputación de un hombre si...., SI..., — levantaba un dedo regordete — si contienen la misma esencia de su talento y de su originalidad. Cien versos... no lo olvides.

A menudo le repite:

- Debes encontrar un tema. Debes encontrar el momento en el que puedes conseguirlo y debes encontrar en ti la fuerza necesaria. Entonces, si tienes suerte..., añade con una gran sonrisa... ¿quién sabe? Cien versos y la inmortalidad.
 - ¡ Ten cuidado en no meter la pata, chico! Prorrumpen en carcajadas.
 - ¿ Has puesto bien la camisa de crin?

Nuevas risas. Los dos jóvenes se ríen tontamente, un poco turbados, mirando a las mujeres de brazos desnudos y musculosos que, a ambos lados de la calle, los bombardean con sarcasmos tan insultantes como manzanas podridas. Guy tropieza con un adoquín que está suelto y su pie se hunde un un charco de lodo. Un grito burlón:

- ¡ Aquí están los burgueses !
- ¡ Los niños de papá!

Aceleran el paso y llegan a un lugar donde la calle esta limitada por un largo muro de ladrillos y un almacén de vinos. Allí hay menos gente.

- Bonito barrio, ¿ eh ? dice Pinchon.
- Sobre todo por el olor.

Intercambian sonrisas, encantados de su escapada. En el Instituto, dos veteranos les han hablado del barrio marginal de Ruán, como estaban acostumbrados, pero Guy y los demás sospechaban que no lo conocían tanto como pretendían. Guy y Pinchon ya han deambulado en varias ocasiones en los lindes de

esta zona; luego Pinchon ha oído hablar de un burdel en el número 6 de la calle del Arco y han decidido ir a verlo.

- ¿ Quieres entrar, Guy?
- ¿ Por qué no ? ¿Tú estás decidido, no es así ?
- No lo sé dice Pinchon un poco vacilante Tiene fama de ser muy peligroso.
- Debe ser ahí, dice Guy girando una centena de metros más lejos.
- No, esa es la calle del Pélerin. Nosotros vamos a la calle del Arco.
 - En cualquier caso, esa es la dirección... ¿ Vienes ?

Giran por una callejuela de casas desconchadas y ruinosas, descendiendo hacia los almacenes. El lugar es siniestro, incluso a pleno día. Allí donde la acera existe, es mala e irregular, rezumando humedad como si el sol no lo iluminase lo suficiente para secarla. A su paso, oyen unos cantos procedentes de un cabaret, un niño tumbado por el alcohol yace en la entrada. Una colada pende en dos cuerdas tendidas entre los pisos superiores. Sobre un montón de detritus, tres seres apenas humanos, cubiertos de harapos, están acostados, inconscientes.

En la calle del Pélerin, hay unas prostitutas. Dos salen de un hueco y abordan a tres marinos que descienden por la pendiente. Dos de los hombres las rechazan continuando. El tercero se detiene y cuando Guy y Pinchon pasan a su altura le oyen negociar:

- No, no... nada de trabajo de prisa y corriendo.
- Pero querido, cuanto más corto más bueno.
- Nada que hacer. Quiero toda la noche.
- ¿ Las dos, querido?
- ¡ Como os lo digo !— responde agresivamente el marino.

Las putas no parecen muy jóvenes. Tienen el rostro empolvado, con dos círculos rojos sobre las mejillas, sus bocas estan pintadas de escarlata y unos bucles ensortijados caen sobre su frente; caminan moviendo con exageración las caderas. Hay otras más allá, sobre la acera.

Pinchon da un empujón a Guy; miran a las chicas y las patronas acuden a las ventanas abiertas, donde también se ven allí algunos hombres, seres pálidos e insulsos.

— Has elegido la calle buena — dice Pinchon. — Se ríen nerviosamente. Algunas mujeres fuman en las ventanas, cuando se

inclinan sus vestidos profundamente escotados exhiben tentadores senos. Cuando Guy y Pinchon llegan a su altura, cada patrona está al acecho, primero amable y seria, cuchicheando proposiciones como si no hubiese nadie en la calle: « Entren, tengo hermosas chicas. Por aquí... Mis chicas harán todo lo que ustedes quieran. Todo » Ellas asientan con la cabeza para dar más peso a sus palabras. Cuando han pasado sin detenerse, su tono cambia, los rostros se apagan y las patronas escupen:

- ¡ Vete a buscar a tu niñera!
- ¡ Tu padre estuvo aquí ayer noche, burgués!

Guy pregunta a Pinchon:

- ¿ Quieres probar con alguna?
- Ni lo pienso. Son bastante feas.

La excitación hace latir nerviosamente su corazón y se esfuerzan en no dejarlo traslucir. Una merodeadora surge detrás de ellos; es delgada y pelirroja.

— ¿ Venís conmigo?

Su sonrisa es crispada. Ellos pueden sentir su olor. Es realmente apasionante hablar así con ella. Guy dice:

- Ehhh... ¿ Podría decirnos donde se encuentra la calle del Arco?
- Queréis ir a ese burdel responde ella mirándolos.— ¿Queréis una chica a la carta? Entonces venid, yo tengo la mía y os daré lo mejor de la temporada. Cojeo también un poco... Quizás os guste eso. Mirad.— Y ella arrastra un pie por la acera.
 - Es usted muy amable... pero... no, gracias.

Se alejan aprisa.

Al final de la calle, dudan sobre la dirección a tomar; Guy observa a una chica bajo una puerta de un garaje; desviando ligeramente la cabeza, se ajusta una media. Está un poco gorda, pero su pierna está bien torneada y pueden distinguir un provocativo muslo blanco debajo de la media negra. Cuando se vuelven ella percibe sus miradas, permanece con su vestido levantado un instante todavía, luego lo deja caer. Es joven, su rostro es rollizo pero extrañamente apetitoso, atrayente y relativamente fresco. Se aproxima con una pequeña sonrisa.

— Hola. ¿ Es a mí a quién esperáis ?

Tiene unos magníficos ojos negros.

— Ehh...

— Nosotros... Ehhh...

Guy y Pinchon intercambian una breve mirada.

- ¿ No os gusta hacer el amor ? dice mirando a Guy de arriba a abajo ¿ Una buena cama... bien caliente ?
 - ¿ Cuanto ?— articula él penosamente.
 - ¿ Por los dos ?

Ellos intercambian nuevas miradas; la cuestión no ha sido aún debatida. Con una no buena conjunción responden:

- Sí.
- No.
- Sí, repite violentamente Guy, dando a Pinchon un fuerte empujón.
 - Cien centavos dice ella.
 - ¿ Qué ? ¡ Dios mio!
 - ¡ Cien centavos!
- Entonces iros a tomar por el culo responde ella plácidamente. Y ellos comprenden con sorpresa que la han insultado.
- Es que nosotros solo tenemos cuarenta centavos murmura Guy, pero esa confesión no mejora la situación.
- ¿ Para que me toméis ? dice ella, y su calma la hace parecer todavía más ultrajada. Ellos están sobre la acera, al otro lado de la calle una patrona los espía desde su ventana.
- ... Vosotros los burgueses sois una banda de... (utiliza una palabra abominable) ¿ Así que os creéis que un cuerpo de mujer no vale más que cuarenta centavos ? Ese es el precio de las mujeres de vuestra casa, ¿ no es así ? Pero yo, yo valgo un poco más.

Ha enrojecido bajo su maquillaje y cuando habla su labio superior se frunce de un modo encantador.

- Pero, señorita...
- Se lo ruego..., nosotros no queríamos ofenderla.
- Le pedimos perdón, señorita.
- Cuarenta centavos no es nada... Quiero decir...
- Él quiere decir: ¿ Podemos hacernos perdonar ?
- Señorita, ¿ podemos invitarla a tomar un café... una caña..., un licor ?
 - Verdaderamente, señorita, nosotros no queríamos...

Se deshacen en excusas y, de repente, ella se ríe en sus narices. Sus dientes son blancos, apetecibles en el encarnado de los labios. — Está bien. Vais a pagarme un café.

Buscan un coche, excitados por la aventura, saboreando su cercanía, deliciosamente emocionados por su peligroso secreto. En el coche, se mantienen muy formales al lado de ella. En el café de la Source, no tienen más que un pensamiento, como una oración: «¡Oh, Señor, haz que pasen unos compañeros y nos vean! » Fuman voluptuosamente sus cigarrillos, esforzándose en dar una imagen de indolentes y desganados. Ella ríe bebiendo un anisete y, cuando un vendedor de buñuelos pasa con su mercancía, come tres y luego se chupa los dedos.

— Me encantan — suspira ella.— Es por lo que estoy tan gorda... Mirad, soy enorme...

Les hace saber que se llama Adrienne Legay¹⁴ y es de Fécamp. Cuando quieren saber más, les da golpecitos en las mejillas con sus dedos grasientos y dice sonriendo:

- No, no, mis corderitos, eso no sería bueno para vosotros...
- Tengo que irme dice al cabo de un rato.— Gracias, caballeros, y no me sigan, mi herida está curada.

Sus blancos dientecillos lucen de nuevo entre sus labios rojos y se aleja enviándoles un beso.

- Era muy maja dice Guy mientras regresan al Instituto.
- Me siento como si me hubiese acostado con ella prosigue Pinchon.
 - Yo también

Y ambos suspiran profundamente.

- Nunca lo habría creído de alguien tan gordo.
- Por ser gorda, ella es dice Guy un auténtica pequeña «bola de sebo ».

A mediados de julio Guy se sumerge en un último repaso ante los inmediatos exámenes de bachillerato, cuando le llega un aviso de Flaubert anunciándole la muerte de Bouilhet. Guy sabía que estaba enfermo, pero desde hace dos semanas su trabajo en el Instituto no le ha permitido ir a visitarlo a la calle Bihorel. Esta noticia le golpea... pero no demasiado, todavía es joven.

Algunos días más tarde, en una húmeda y cálida mañana, sigue, con Flaubert, Pinchon y algunos otros, las exequias a través del maravilloso laberinto medieval de Rúan, pasando por la plaza del Mercado, donde fue quemada Juana de Arco, la calle de la

Masacre, la calle de Rougemare, bordeando la gran catedral con sus tres agujas y sus brillantes vitrales.

Una semana después, aprueba sus exámenes y regresa a Étretat. La señora de Maupassant confirma sus esperanzas. Su padre y ella están de acuerdo para que vaya a estudiar derecho a París. ¿ Derecho? Eso había estado siempre previsto, aunque a su primo Louis no le gustaba y le había aconsejado evitarlo a cualquier precio.

Este pensamiento, el poso de tristeza dejado por la muerte de Bouilhet, la perspectiva de tener que abandonar Étretat, todo se eclipsa con la idea de París... París, la gran ciudad, el centro del mundo.

CAPÍTULO IV

El gas se consume en los globos de las farolas, una ligera brisa agita los plátanos, un rumor sube del bulevar, rodar de coches y ómnibus de tres caballos, ruido de la multitud en las terrazas de los cafés, gritos de los vendedores de baratijas y de los comisionistas, relojes que suenan, golpes de silbatos, órganillos repitiendo siempre la misma cantinela, llamadas de vendedores, sintiendo sobre la acera, toda la enorme y vaga pulsación, continua, inmaterial, de la gran ciudad.

Guy está en el corazón del centro del mundo..., en esa zona que se extiende desde el Gymnase, bulevar Bonne-Nouvelle, a la Madeleine, universalmente conocida bajo ese nombre magnífico: « El Bulevar »

No cuenta nada más. Los Campos Elíseos están demasiado lejos, con sus fríos palacetes de banqueros, sus fachadas apagadas y suntuosas, sus gran pista arenada casi desierta, sus raras tiendas. Hay también cafés-concert pero la mayor parte del año los restaurantes deben contar únicamente con los adúlteros para lograr llegar a fin de mes.

Montparnasse y la Orilla Izquierda son casi un exilio. Montmartre no es más que un pueblo, con calles sombrías, tugurios y molinos. Más allá de la Puerta Saint-Denis, ya se está en pleno campo, las personas llevan aún blusas. Para el verdadero parisino, la vida se concentra en los dos kilómetros pícaros, ruidosos, maliciosos e irónicos del Bulevar.

Son las seis, momento en el que cada tarde el Bulevar se despierta. Guy está muy excitado. ¡ París..., qué ciudad! No puede dejar de ver, de oír. Coches negros y amarillos, que ruedan con las

cortinas bajas, con el cochero en lo alto con el típico manto, reinando impasible sobre su asiento, rozan a los ómnibus en los que el imperial solamente está reservado a los hombres. De vez en cuando pasa un elegante landau o un victoria, regresando tarde de un paseo, sus linternas de cobre brillan. Las tiendas están iluminadas y los clientes se apresuran, como lo harán hasta las diez, en Tahan, proveedor del emperador, en Firoux, donde se encuentran las últimas novedades, en Verdier, que fabrica los más hermosos bastones, y para el asiduo del bulevar un bastón es tan necesario como un pantalón.

Las mesas de los cafés invaden las aceras; tocados con altos sombreros, hombres con bigotes y barbas bien cuidadas gritan: «¡Camarero!; Una caña!» o bien «; Un absenta!» con aires de príncipe, inclinándose galantemente sobre la mano de las damas que pasan sosteniendo la cola de su vestido. Unos intermediarios en delantal azul trastrabillan bajo el peso de las cestas de ostras y de bogavantes que llevan a la Casa Dorada, donde se gestan los más escabrosos asuntos de la temporada en la moqueta roja de los comedores reservados. Allí se juega fuerte toda la noche, mientras que los « desheredados », los arruinados habituales del lugar, no sabiendo a donde ir, roncan sobre los bancos. Guy roza al pasar a las mujeres que están detenidas junto a las farolas de gas, lanzando provocativas. Sus vestidos son escandalosos ampliamente escotados. Una mano en la cadera, la boca húmeda, la mirada insolente, te desnudan con sus ojos a medio cerrar.

Hace diez días que Guy ha llegado y se ha matriculado en la Facultad de Derecho. La primera noche, se ha mezclado con la muchedumbre bajo los árboles enfrente del Alcazar, para escuchar a la gran Thérésa¹⁵ cantar con su ronca voz:

C'est dans l'nez Qu'ça m'chatouille. Es en la nariz Que eso me cosquillea.

y repitiendo alegremente el estribillo con los demás.

En los jardines de los Campos Eliseos, ha sorprendido sobre un banco a una pareja gimiendo en un loco abrazo. Se ha detenido ante el café del Helder, para mirar a unos oficiales sentados en unas mesas llamar « ¡ Félix ! ¡ Félix ! » al dueño del establecimiento que, a saber debido a que confidencias, conocía antes que aquellos sus cambios de guarnición, destinos o promociones.

Las ventanas de las Tullerías brillan hasta el alba, pues el emperador y la emperatriz ofrecen casi cada noche unos bailes esplendorosos. Nunca París ha sido tan alegre, dice la gente. El barón Haussmann¹⁶ ha limpiado los sórdidos barrios de la Edad Media y ha abierto maravillosos bulevares a través de la ciudad. El dinero circula por todas partes, como si el Sena desbordase y las miserias pudiesen desaparecer al lado de las más locas extravagancias.

Guy llega a Tortoni, el más célebre café del Bulevar. La terraza está llena. « ¿ Por qué no ? », se dice, y toma asiento en un velador.

- ¡ Camarero, una caña!
- Sí, señor.

Mira a las vendedoras de amor bajo las farolas de la acera de enfrente. Otras mujeres atraviesan la calle, evitando con cuidado los montones de excrementos de caballo. Un coupé lacado se detiene un instante y Guy entrevé a un hombre en frac, de mediana edad, de aspecto desganado, y una mujer galante emperifollada, con los brazos cubiertos de brazaletes preciosos. La pareja se muestra muy altiva, la mujer habla. Luego el coche parte.

Guy comienza a comprender. Los hombres de mundo mantienen a esas mujeres, como lo harían con sus caballos y perros. Eso no es ni por amor, ni por lujuria o desafío a las convenciones, sino simplemente por la reputación que esta mujer le procurará debido al lujo que ella representa. Es a eso a lo que se dedica un hombre de mundo. Debe exhibirse la riqueza y la inteligencia. No se puede estar « de moda » excepto que se mantenga a una de esas mujeres que la sociedad no acepta; una mujer que mantiene para uno una casa elegante donde sus amigos pueden mostrarse groseros e indecentes, que derrocha una fortuna en vestidos, en joyas, en coches, en juego y que, tanto como sea posible, ha empujado a la desesperación a jóvenes a los que indecentemente ha arruinado.

Un trajín sobre la calzada, coches y ómnibus se ponen en fila, se trata de un destacamento de jinetes de la guardia que pasa al trote en un tintineo de sables y de estribos. La cerveza está fresca y sabrosa. Guy siente necesidad de compañía. Mira a sus vecinos,

casi todos beben absenta; se dice que esta bebida ha embrutecido a la mitad de los artistas de Paris y ha vuelto locos a los otros. En la Facultad circula una historia, los estudiantes juran que es cierta: En su lecho de muerte un profesor, ateo destacado, murmura débilmente: « Abs... abs... ». Su familia cree que ha sido iluminado por la gracia y solicita la absolución y se apresuran a llamar a un sacerdote. Cuando llega, el profesor, en un último hipo desesperado, acaba por articular: « ¡ Abs...enta !»

Con una caja bajo el brazo, un chico andrajoso circula entre las mesas, repitiendo: «¿Cera, señor? ¿ Cera?»

— ¡ Hey, Maupassant! Veo que no pierdes el tiempo.

Guy vuelve la cabeza. Es Durand de Rochegude, un compañero de la Facultad con el que ha entablado amistad.

- Ven a sentarte aquí, dice Guy.— ¡ Camarero ! ¡ Dos cañas !
- El tono del auténtico parisino, dice Rochegude. Es bajo, rubio, de bellos rasgos; su padre, un banquero, le ha hecho entrar en la Facultad con la esperanza de que allí acumule algunas nociones de derecho para su futura carrera en los negocios familiares. Guy enseguida se ha dado cuenta de que su amigo considera eso como muy hipotético. Pero es un buen muchacho y a Guy le gusta.
- ¡ Que el diablo me lleve! dice Rochegude con su petulancia acostumbrada.— Acabo de encontrarme con Jean Dealuny. Ha intentado suerte con Cora Pearl. Ella está por encima de sus posibilidades, es una locura... Se trata de una mujer matadora.

Guy sabe que Rochegude tiene un conocimiento profundo de ese mundo, en el que la inglesa Cora Pearl es una de las más bellas muestras, la mujer que ha llevado la ciencia del amor a un nivel ignorado hasta entonces. Toda la ciudad no habla más que de su elegancia, del tren infernal que lleva, de su espíritu, de su extraordinario atractivo físico para los más ricos. Esos dones la han trasladado del tugurio de Plymouth, donde vegetaba con quince hermanos y hermanas, a su delirante lujo parisino. Su apartamento en el número 65 de la calle de Cahillot, con su comedor estilo Pompadour, es el último grito en elegancia. Amante oficial del príncipe Jérôme Bonaparte, cena en el Palacio Real, gasta enormes sumas y además tiene otros admiradores.

Se cuenta que ha dilapidado ocho millones de un joven heredero y le ha mostrado la puerta cuando él le había dado sus últimos diez mil francos. Cuando ha gastado todo el dinero de un hombre, le dice: « No puedo volver a veros. Es demasiado peligroso. El Príncipe tiene sospechas ». Rochegude se inclina hacia Guy:

- ¿ Sabes lo que ha pasado ? Los amigos de Delauny se han armado de audacia, han ido hasta el lúgubre castillo de su familia y le han contado a su padre que Dealuny debía treinta mil francos a Cora Peral y que ella se había vuelto amenazadora. Tú sabes que el padre es un viejo gruñón; sin embargo acabó por soltar el dinero. Cuando los entregó, con un suspiro que ha debido oírse en toda la provincia, dijo esta admirable frase: « Espero al menos que la gente « sepa » que se ha acostado con ella. »
 - ¡ Camarero, otras dos cañas! dicen ambos riendo.

Justo delante de ellos, una mujer está sentada en el límite de la terraza. Lleva un sombrero negro con una pluma rizada, su maquillaje le da una palidez mortal. Rochegude murmura:

— Van a echarla. Es una putilla de baja estopa y Tortoni no quiere ese tipo de clientela.

Unos hombres la miran. Ella saca su pañuelo, lo lleva a sus labios, luego vuelve a introducirlo en su bolso.

- Parece enferma. dice Guy Mírala.
- ¡ Bah! responde Rochegude con desprecio. ¿ No conoces todavía ese truco, querido?
 - Estoy seguro de que está enferma.
- Escucha, se acaba de representar la Dama de las Camelias en el Gymnase y todo París se ahoga en lágrimas. Ella espera que alguien advierta el numerito del pañuelo y pregunte: « ¿ Qué le sucede ? » a lo que responderá con acento dramático: « No es nada. Un poco de sangre solamente; hablemos de otra cosa. » Con este truco estará segura de haber cazado.
 - —; No me digas!

Guy se arrellana en su silla observando a la mujer y sonríe. Rochegude saluda a un muchacho que pasa, luego muestra a Guy diferentes personalidades sentadas en la terraza:

- Ese es Mustapha Pacha, el hermano de Khédive. Mira los gemelos que lleva en sus puños. Son diamantes.
 - ¡ Caramba!

Continúan hablando y piden más cerveza. No lejos de ellos, un cliente hace chasquear sus dedos y llama:

— ¡ Patrón!

Un hombre calvo de bigotes rizados se inclina.

- Ese es Tortoni, explica Rochegude dando un codazo a Guy. Observa bien eso.
- Présteme cinco luises, dice el cliente. Tortoni se inclina aún más, se entabla una discusión viva pero disimulada con la señora Tortoni que está en la caja y vuelve con la suma. Con aire sorprendentemente desahogado, el cliente arroja veinte francos sobre la mesa, deja dos centavos de propina, se embolsa noventa y nueve francos con cuarenta, se levanta y se aleja, con aspecto de un hombre que acaba de mostrar una gran generosidad. Los dos amigos están atónitos.
 - Es magnífico. dice Rochegude que eso parece inspirarlo.
- Ven a cenar conmigo al Café Inglés. Camarero, la cuenta.
- ¿ Al Café Inglés ? No, querido, no puedo permitírmelo—responde Guy.

Desde hace diez años el Café Inglés es el corazón oficioso del Segundo Imperio, el centro legendario del derroche desenfrenado, del genio culinario, de las aventuras amorosas y de las intrigas políticas. En su salón principal, el Gran Dieciséis, todas las cabezas coronadas de Europa han tenido mujeres o al menos se han emborrachado. Incluso sus alrededores son dorados; la casa en la que lord Hartford paga un millón una noche con la Castiglione¹⁷ a su lado. Cada noche unos vehículos se detienen ante la puerta de cristal y de caoba y unas mujeres ampliamente cubiertas y temiendo ser reconocidas se apresuran a subir a los comedores reservados en los que están citadas. El gerente del establecimiento Ernest, alias el barón Jupiter, está allí para recibirlas, impasible y discreto, con el aire de un príncipe de sangre azul.

— No seas tonto, no tenemos necesidad de dinero — dice Rochegude.— Ernest me fía desde hace meses; sabe que mi padre pagará. Ven pues. Siempre podrás reembolsármelo más adelante, si eso te tranquiliza...

De repente se detiene:

- Necesitamos mujeres.
- Yo conozco dos responde Guy.

- ¡ Esto si que es bueno ! Hace diez días que estás en París y ya tienes chicas en tus botas. ¿ Quiénes son ?
- Están muy bien. No son putas, pero yo tampoco las consideraría unas burguesas. Las he conocido buscando una chica que había conocido en Étretat. Acaban de llegar a París y añade riendo creo que quieren buscar fortuna aquí.
 - Justo lo que nos hace falta. Vamos, querido.

Deciden enviarles una nota. Guy la escribre enseguida y la hace llevar en un coche por un botones de Tartoni. El mensajero regresa pronto y transmite la respuesta:

— Esas señoritas piden a los caballeros que tengan la amabilidad de esperarlas.

Se estrechan alegremente la mano y piden otros vasos. Las muchachas llegan al cabo de media hora, son más bien bajas, con unos vestidos un poco vistosos, pero son encantadoras. Una, Léonie, tiene unos ojos redondos y un pequeño mentón delicado; la otra, Marie Louise, posee una curiosa combinación de cabellos caoba claro oscuro, y amarillos que ella misma ha diseñado con arte.

Guy procede a las presentaciones. Rochegude se muestra muy galante y parece radiante. Propone:

- ¿ Queréis que nos vayamos ahora ? Tortoni es aburrido después de las siete. ¿ Verdad ?
- Oh..., sí, responden las chicas dispuestas a dejarse impresionar.
- Hemos pensado en el Café Inglés para cenar dice Rochegude, alzando las cejas con aspecto de perfecto hombre de mundo.

Las muchachas están realmente impresionadas.

- A menos que prefiráis otro lugar añade Guy tomando del brazo a Marie-Louise.
- Oh... no. El Café Inglés es perfecto, responde ella con una gran sonrisa. Es un progreso más rápido del que había soñado.
 - Perfecto.; Botones!; Un coche!

No hay mucha distancia hasta la esquina de la calle Marivaux, pero Rochegude dice que hay que ir en coche... y penetran en el decorado de terciopelo rojo con sus cortinas encarnadas de flecos con borlas, sus cuadros barnizados, sus arañas con mil lágrimas de cristal, sus espejos dorados reflejando la luz, sus mullidas

alfombras. Servidores entran y salen corriendo desde los cuatro salones de la planta baja; un instante después, Ernest se inclina ante ellos, alto, serio, con cejas a lo Mefisto.

— $\dot{\iota}$ Un comedor privado, señor de Rochegude ? Pero por supuesto.

Los conduce hacia el primer piso.

— ¡ Que elegante ¡ — exclama Léonie — ¿ Un reservado... nada más que para nosotros ?

En la sala, el champán está a refrescar en una cubitera, unos servidores se afanan alrededor de una mesa deslumbrante. Al fondo, una segunda puerta se abre hacia una sección aislada de la sala.

- Mis queridos amigos dice Rochegude probablemente se haya hecho historia en este reservado.
 - Historia quizás, el amor con toda seguridad añade Guy.
 - ; Oh!

Pero a pesar de esa pudibunda exclamación, las muchachas parecen extasiadas.

- Hay muchas posibilidades de que un archiduque sea nuestro vecino.
- ¿ No Badinguet¹⁸ ? dice Marie-Louise, haciendo prueba de una profunda falta de respeto por el Emperador.

Rochegude lanza una mirada hacia la puerta, luego susurra:

— Él tiene sus restaurantes personales.

Las dos muchachas se ríen nerviosamente. Guy atrae a Marie-Louise hacia él sobre el sofá. Su rostro está un poco enrojecido y siente el calor de su muslo contra el suyo.

— Veamos un poco esos lunares.

Se inclina sobre ella, pero ésta rie y de desprende diciendo:

— Es una cuestión de historia... no de geografía.

La cena es una maravilla. Rochegude ordena que traigan champán sin límites. Está de excelente humor, cuenta todo tipo de anécdotas escandalosas sobre la « sociedad » y, después de que Léonie haya iniciado una leve resistencia, la abraza ampliamente cada vez que los servidores han salido. A los licores, insiste para que se haga venir a un músico italiano que les canta unos temas trágicos con un rostro de tal comicidad que apenas logran ver de tanto llorar de risa. Conduciéndolo hacia la puerta, Guy pasa

discretamente el cerrojo; los servidores no volverán hasta que se les llame

Marie-Louise promete. Tiene unos hombros espléndidos y advierte enseguida que Guy ha echado el ojo a su escote, pero no hace nada para impedirlo. Guy rodea su cintura con el brazo, la conduce hasta la puerta del fondo y la arrastra más allá sin que se resista.

Hay un diván, un espejo, un aseo detrás de un biombo; ella comienza entonces a resistirse, pero más bien por perversidad. Él deposita un beso sobre su nuca y retira las asas de su vestido, desnudando casi sus pechos de los que acaricia la curva bombeada. Ella aún se escapa de sus manos, cuando la agarra, caen juntos sobre el diván. Ella le hace muecas burlonas, cierra los dientes y lucha con aspereza. La diversión que ella parece experimentar hace aumentar todavía la excitación de Guy. Él consigue tomarle los puños bastante tiempo para hacer deslizar un hombro del vestido; un pecho queda libre, lleno y fresco. Ella libera una mano y le tira de los pelos.

Sin prestar atención, él se levanta un instante y con un movimiento súbito le sube vestido y falda alrededor de la cintura. Ella suelta los cabellos... pero es demasiado tarde. Él ha puesto su rodilla entre sus piernas, ella tensa los músculos de sus muslos en un último esfuerzo... luego finalmente cede, pasa el brazo alrededor del cuello de Guy, atrayendo su boca hacia la suya. Él acaba de desnudarla con una sola mano. Ella ya no tiene ningún pudor; de una patada lanza a lo lejos su pantalón, estrecha al muchacho contra su cuerpo y en un espasmo, le clava las uñas en la espalda. «Guy... » Su reacción es violenta, su cabeza se mueve de izquierda a derecha, jadeando suavemente: « Haaa... » y Guy se pregunta cuales han podido ser sus experiencias anteriores; cuando él continúa su empuje, ella se vuelve frenética, se retuerce bajo él, luego dice de repente: « No... para... para », y lo echa hacia un lado con pequeños suspiros de agotamiento satisfecho.

Oyen un golpe al otro lado del tabique, luego una risa nerviosa. Marie-Louise no se mueve. Guy enciende un cigarrillo y fuma a media luz. Nuevos golpes, la voz de Rochegude, un poco achispado, canta, luego... un silencio que se prolonga. Guy tiene sed: maldice su falta de previsión, habría debido llevar una botella

y unos vasos; no puede ir a buscarlos antes del aviso de Rochegude.

Marie-Louise sale de su sopor, lo mira, alarga un brazo. «Guy... ven ». Con un movimiento de piernas, rechaza el vestido que él extiende sobre ella. Magnífica de pasión, se estira, lo atrae tomándolo por los hombros... Vuelven a caer jadeantes, como tras una larga carrera. Una alegría repentina les invade y permanecen tumbados, riéndose de todo y de nada, del mundo, del amor, de si mismos, en la alegría de vivir.

Ni un ruido llega de la calle. Se oye de vez en cuando un coche que pasa.

- ¿ Me comprará usted un castillo, caballero ?
- Un dominio, querida.

Por fin deciden que no pueden permanecer mucho más tiempo con la garganta seca, hacen mucho ruido para advertir a los otros, mueven varias veces el pomo de la puerta y luego entran. Rochegude camina a lo largo de la sala, titubeando un poco, pero con el rostro alegre. Léonie, sentada, se empolva el rostro y parece estar retomando sus sentidos.

- ¡ Champán, por el amor de Dios! exclama Rochegude.
- ¿ Dónde diablos está la campanilla ?

Rochegude abre la puerta y grita: — ¡ Camarero ! ¡Champán !

Se van de madrugada. En la escalera los servidores bostezan; se inclinan como marionetas cuyos hilos se acaban de romper. Otros clientes todavía permanecen allí. El sonido mitigado de un canto se filtra a través de una puerta. Una risa de mujer resuena en un reservado, apagado enseguida por un ruido de vaso roto. Guy y Rochegude se sienten jóvenes machos, llenos de orgullo; hacen una salida muy digna, acompañan a las muchachas al bulevar Malesherbes, con una vaga promesa de volverse a ver, luego se separan. Rochegude conserva el coche para irse en él, Guy prefiere quedarse para ver el amanecer. «¡ Hasta mañana! » — dice agitando la mano, y, en la oscuridad, desciende por la calle Real.

Una fresca brisa sube del Sena. Ante él se extiende la plaza de la Concordia, donde algunas farolas perdidas alrededor de su inmensidad palidecen a medida que el día se acerca. Guy se dirige hacia los Campos Elíseos. No se ve casi a nadie. Bajo los árboles, los cafe-concerts están cerrados. Cuando comienza a clarear, Guy distingue unos vagabundos y unos niños harapientos rebuscando

entre los papeles y los restos abandonados la víspera por la muchedumbre. Un borracho, con los pies desnudos, está tumbado sobre dos sillas; alguien ha debido robarle sus zapatos y sus calcetines. Más arriba, enfrente el Palacio de la Industria, un organista, arrodillado, afila un cuchillo sobre la acera.

Guy atraviesa el Rond-Point, cerca del Teatro de las Sombras, y se sienta en un banco. El día ilumina ya el Arco del Triunfo en lo alto de la inmensa vía Es una deliciosa mañana Un coche desciende por la avenida a buena marcha, conducido por un cochero con librea azul y oro. Una mujer con un gran sombrero de plumas está sentada en su interior. Guy no puede ver muy nítidamente, pero está abrigada con bufandas y velos para protegerse del frescor de la mañana, y cuando el vehículo ralentiza su marcha al pasar ante él, observa que sus ojos están muy maquillados. Unos metros más abajo, el cochero estaciona el vehículo sobre la acera frente a un palacete, en el número 25. Girando sobre su banco, Guy mira. Los arreos se detienen ante el portal, la mujer vuelve la cabeza y su mirada se dirige a Guy. Durante algunos segundos se quedan mirando en silencio, separados por algunos metros de acera. Un criado acude a abrir el portal; la mujer vuelve a mirar. Guy se pregunta quién puede ser. Parece realmente hermosa

El criado ya ha empujado una de las rejas y parece tener dificultades con la otra que se ha atascado. El cochero baja de su asiento y se afana también con la puerta. Inmóvil, la mujer asiste a sus esfuerzos, luego, impaciente, echa una breve mirada a Guy, pasa junto a los hombres que se debaten con la puerta y se introduce en la casa.

Guy observa la escena cuando un objeto brillante atrae su mirada, en el suelo, cerca del coche. Se levanta, se aproxima y lo recoge... un broche de diamantes y esmalte verde; le ha caído del vestido cuando la dama ha descendido. Avanza bajo la bóveda. Algunos escalones llevan a una gran puerta de cristal. Se detiene en la entrada, mirando el lujo de la vivienda...enlosado de mármol, amplia escalera curva, techo pintado, tapicerías, gran araña de cristal

El criado que luchaba con la puerta, se precipita hacia él, como si se tratase de un intruso, gritando: «; Señor...!; Señor...! La señora marquesa no está...»

Como Guy se vuelve hacia él, la mujer sale de una de las habitaciones de abajo. Se detiene al verlo. Ha subido su manto, sus velos y aparece con un brillante traje de seda gris y una diadema púrpura. Debe tener unos treinta y cinco años; es morena con unas mejillas salientes y unos maravillosos ojos oscuros. En su cuello, un collar de perlas negras y en los brazos, varios brazaletes de diamantes.

El criado ha desaparecido. Guy se inclina tendiéndole el broche

- Permítame excusarme por no haberme hecho anunciar. dice He encontrado esto sobre la acera y creo que usted lo ha perdido.
 - Gracias.

Apenas mira el broche. Observa a Guy sin aproximarse. Él permanece con la joya en su mano extendida, sintiéndose un poco grotesco, luego, viendo que ella queda inmóvil, busca a su alrededor y deposita el objeto sobre una consola. Esa mujer le parece de pronto ridícula; debe querer imponerse a él, aparecer ante sus ojos como una « bella mujer » lo que no es cierto; de entrada es demasiado baja.

- ¿ Cómo se llama usted? pregunta ella.
- Guy de Maupassant, señora. responde él inclinándose de nuevo.

Una ligera sonrisa pasa por sus labios.

- Es usted todavía joven, señor de Maupassant. Sus amigos le dirían quizás que usted está en un lugar peligroso.
 - La belleza siempre es peligrosa, señora.

La respuesta parece divertirla y, a su pesar, Guy siente su magnetismo.

- Dígame, ¿ por qué estaba sentado sobre aquel banco ?
- ¿ Banco... el de los Campos Elíseos ? rara pregunta, él se encoge de hombros por ninguna razón en particular. Pasaba simplemente por allí. ¿ Por qué ?
- No..., no tiene importancia..., ella se para luego volviendo a retomar el mismo rictus sonriente. Eso os dará suerte en la vida.
 - ¿ Puedo a mi vez hacer una pregunta?
 - Adelante
 - ¿ Con quién tengo el honor de hablar ?

Con la marquesa de Païva¹⁹, — responde ella, con voz seca.
Gracias por haberme devuelto este broche.

Guy ha advertido el despido. Se inclina y sale. El criado le abre el portal.

¡ Era la Païva! una de las más célebres medio mundanas de moda. Echando la cabeza hacia atrás, Guy prorrumpe en carcajadas. Rochegude y sus demás compañeros de la Facultad siempre cotillean sobre ella. Por lo visto enamoraba en sus dominios a los recién llegados como príncipes y duques. Él se pregunta de que cama habría salido esa mañana. ¡ La Païva!

Sube los campos Elíseos, completamente excitado por esa aventura. ¿ Por qué no ir a ver a Flaubert ? Su madre le ha escrito diciéndole que vivía actualmente en la calle Murillo. Esta historia de la Païva le resultará divertida. Es un poco temprano para visitarlo. Guy camina hasta el Bosque de Bolonia por la avenida de la Emperatriz; desayuna en una lechería en la que se le sirven huevos frescos, leche de cabra y panecillos calientes. Se va. Cuando llega a la avenida de la Reina Hortense, las calles comienzan a animarse. Llega a la calle Murillo, encuentra la casa y sube. Emile, el criado de Flaubert, lo introduce en un agradable salón blanco y oro con vistas hacia el Parque Monceau.

— ¡ Caramba, joven diablillo!

Flaubert sale de otra habitación, envuelto en una vieja bata marrón de aspecto monacal y con zapatillas.— ¿ Así que has venido a París a cumplir la voluntad de tu familia ? — sus ojos brillan mientras estrecha la mano de Guy — ¿ Te gusta la vida aquí ?

- Eh bien... ehh... he cenado en el Café Inglés y acabo de encontrarme con la Païva.
- ¡ Arrea! ¡ Apenas algunos días en París e intimando ya con la Païva! abriendo la puerta, exclama: ¡ Emile! ¡Sirve el café! luego, con una expresión cómica sin igual, añade: De hecho, yo ya la conocía cuando no era más que Thérèse Villoing, la mujer de ese sastre francés que había conocido en Moscú... para abandonarlo pronto en Viena. Veamos... Eso fue en... sí, fue en el 48 cuando llegó a París; un día nos dijo a Théophile Gautier y a mí: « París es el único lugar en el que una mujer inteligente puede triunfar »

Intercambian unas miradas divertidas.

- Estaba en el arroyo, en esa época, prosigue Flaubert acomodándose con un suspiro en su sillón. Había formado parte del harén de un pachá en Constantinopla.
- Me ha hecho una extraña pregunta, dice Guy Me ha preguntado por que estaba sentado sobre un banco, luego afirmó que eso me daría suerte.
- Veamos, tal vez sea sobre el banco en el que ella conoció a Herz responde Flaubert. Ella se encontraba un día con el vientre vacío, no habiendo comido desde hacía tiempo y preguntándose cuando sería su próxima comida, cuando Henri Herz², un conocido pianista, se sentó a su lado. Charlaron, él la llevo a su casa y la hizo su amante. Ella dilapidó todo su dinero, pero él le puso el pie en el estribo de la alta sociedad y, desde ese momento, ella no ha mirado nunca atrás. He estado a punto de ser su testigo cuando se casó con ese portugués, Georges de Païva. Bromeábamos, bajando en coche los Campos Elíseos, y yo le había dicho: «Thérèse, la pequeña judía moscovita, ahora marquesa portuguesa, ¿eh?» Me respondió: « Gustave, ¿ ve ese banco ? Es dónde me encontró por primera vez Herz... y mi buena suerte. Haré construir el más bello palacete de los Campos Elíseos, justo enfrente... poco importan los millones que cueste. »
 - No he visto más que la entrada. dice Guy.
- ¡ La escalera de ónice ! exclama Flaubert. Ella pidió a Augier²¹ algunos versos para gravar sobre la primera escalinata. Parodió a Fedro enviándole este alejandrino:
 - « Al igual que la virtud, el vicio tiene sus grados. »

Todavía ríen cuando Emile trae el café.

- Tiene una bañera de plata maciza, prosigue Flaubert. Cuando le presentaron un presupuesto de cincuenta mil francos por una cama dorada, ella puso el grito en el cielo, clamando: «¡ Que sean cien mil!; No querrá usted que me invadan las pulgas!»
 - No me ha parecido de las más sencillas.
- A la desgraciada responde Flaubert se le han subido los humos y se ha vuelto una pretenciosa. Quiere lanzarse al ruedo de la política y se ha arrojado en los brazos de un conde alemán, Guido Henkel von Donnersmark²². Éste posee cien millones en oro y acaba de comprar cerca de Pontchartrain la inmensa propiedad de los Osmond. Es un terreno tan grande que se encuentra allí una reproducción del gran canal de Versalles.

Flaubert sorbe ruidosamente su café y prosigue:

- Thérèse era verdaderamente divertida. Me acuerdo del pobre Lasalle que andaba tras ella. Dilapidó toda una fortuna sin ningún resultado... tangible, por así decirlo, y cuando no le quedaban más que diez mil francos, ella le dijo: « Muy bien, traígalos. Mañana los gastaremos y seré suya durante todo el tiempo que duren.»
- ¿ Y qué pasó ? pregunta Guy mientras Flaubert vacía su taza.
- Cuando Lasalle llegó la encontró en una vaporosa tentación... y vindicó lo que ella podía haberle dado algunos años antes. Ella tomó los diez mil francos, los depositó sobre una mesa a su lado y prendió el fuego; luego abrió su tentación. ¡Lasalle estaba hipnotizado viendo como se quemaban sus billetes, dándose cuenta del poco tiempo del que disponía, hasta tal punto que fue incapaz de pronunciar palabra...!
 - ¡ Maravilloso!
- Ella se levantó riendo. Es estupenda esa mujer; sabía lo que pasaría. ¡ Que fina ! Lasalle se puso tan furioso que cuando la historia fue divulgada, pretendió haberla engañado con billetes de la Santa Broma; pero eran perfectamente legales.

Flaubert, exaltado con el recuerdo de esta historia, se golpea en el muslo.

— ¿ Es divertida, eh?

De repente da un brinco:

— Vete galopín — dice amenazando a Guy con el dedo — Tengo mucho que hacer. Ven a verme mañana, chaval — añade palmeándole el hombro.

Guy se va riendo solo.

— ¡ París, qué ciudad! ¡ No hay dos como ella!

Apenas amanece, una pálida luz se filtra a través de las láminas de las persianas. Alguien golpea la puerta.

- ¡ Maupassant!
- ¡ Joder, estás sordo!
- Ya voy, ya voy.

Guy enciende su lámpara y abre la puerta. Se encuentra de narices con Rochegude y otro compañero de la Facultad, Alexandre Duval, ambos con frac negro bajo sus abrigos.

- Escucha, Maupassant dice Rochegude una vez dentro Te necesitamos; mejor dicho, contamos contigo. ¿ Conoces a Marthe de Vere. Bueno, no la conoces. Es una ligerita de cascos, una chica encantadora.
 - Más que encantadora añade Duval.
- Ha discutido con Lucile Janvion, una colega, respecto de un cliente
 - Con bastante intensidad comenta Duval.
 - Cállate un poco, Alexandre, y déjame acabar.

Duval adopta un aspecto contrito.

- Han decidido batirse en duelo y nos han encargado que se lo organizásemos. Eso es lo que hemos hecho. Se encontrarán esta mañana en el Bosque... dentro de media hora.
 - ¿ Cómo ? ¿ A espada ?
 - No, querido, a fusta.
 - ¡ Joder!
- Quieren marcarse. Yo soy el árbitro del combate. Duval es el primer testigo de Marthe y habíamos pedido a Robert Fauchet que fuese el segundo. Lucile lleva los suyos. Fauchet nos ha dado plantón en el último momento y se niega a venir. Es necesario que lo sustituyas.
- Pero Duval puede encargarse perfectamente solo de una putilla ¿ verdad Alexandre ?
- Querido responde Rochegude Duval puede encargarse él solo de la mitad de las putas de Paris, pero tú no pareces haber comprendido que todo debe desarrollarse según el código, sino se produciría un escándalo de todos los diablos. ¿Entonces, qué ? ¿Vienes?
 - Sí, responde Guy al que el asunto parece divertir.
 - Eres un tipo legal.... pero vístete.

Guy se viste y salen. Un cupé espera ante la puerta. Abandonan a Rochegude en la primera parada del vehículo, pues no deben llegar juntos, y van a recoger a la señorita de Vere. Vive en la elegante calle Caumartin, a dos pasos del Bulevar; Guy espera mientras Duval sube a buscarla; es una hermosa rubia de piel lechosa cuyos ojos desnudan a Guy en un instante. Ella le dice con voz un poco emocionada: « Buenos días, que guapo eres. » Va vestida de amazona, cubierta con un tricornio.

— Señorita... — dice Guy inclinándose; la encuentra deliciosa.

El cupé circula aprisa; sentada entre los dos muchachos, Marthe se muestra locuaz y dice que va a vapulear a su adversaria hasta la muerte. Guy piensa que ha bebido; siente su brazo contra él y le echa el ojo a su opulento pecho que, a cada bache, oscila agradablemente bajo el vestido. Sabe de este modo que las dos muchachas han discutido por culpa de un rico duque moldavovalaco al que cada una de ellas consideraba como propiedad personal. Ahora iban a arreglar definitivamente la cuestión.

— Esa se cree que es de mi clase. — dice Marthe — ¡ Zorra pretenciosa! ¡ Yo, que vivo a tres puertas del príncipe de Sagan²³!

El Bosque está fresco, enverdecido y desierto. Rodean el lago y Duval guía al cochero por los senderos con una maestría que divierte a Guy. Por fin llegan al lugar de la cita, un pequeño claro. Los demás ya están allí. Rochegude habla con tres jóvenes mientras que, un poco más lejos, Lucile Janvion fuma un cigarrillo dando golpecitos en su pierna con una fusta de caza. Ella es más baja que Marthe, sus ojos son negros, lleva un flequillo y una ligera pelusa se adivina sobre sus carnosos labios. Tiene gancho, se dice Guy, mientras las muchachas se fulminan con la mirada.

Rochegude llama a los dos primeros testigos. Hablan en medio del claro, disponiendo las condiciones del encuentro, luego se separan, cada testigo se acerca a su cliente. Guy permanece cerca de Marthe, ve que Duval lleva una fusta de caza.

- Usted conoce bien las reglas del duelo. No obstante se las repetiré.
 - Es inutil, interrumpe Marthe que empuña la fusta.

En ese momento Guy ve a Rochegude correr hacia Lucile que ahora hace chasquear una auténtica fusta de cochero desgallitándose: « ¡ Voy a cortar en rodajas a esa puta! La voy a rajar... »

- ¡ Buen Dios ¡ dice Guy ¿ Dónde ha conseguido eso?
- No lo sé, ha debido traerla.

Mientras que Rochegude discute con Lucile y sus testigos, Marthe agarra a Duval por el brazo: — Tráeme la fusta del cupé. Vamos, espabílate — añade ella viéndole dudar.

Cuando Duval corre hacia el coche, ella grita a Rochegude:

— ¡ Acepto..., acepto ! Esa zorra es incapaz de tocar un poste con una fusta.

Rochegude se aproxima, ella se acerca por detrás: — Escúchame, pequeño. Tú eres quién dispone todo esto y eso está muy bien, pero si ambas queremos que sean látigos de carreteros y no fustas de caza, no tienes nada que decir. ¿ Comprendido?

Rochegude la mira un momento, luego se encoge de hombros y dice: — Como quieras.

Él toma la fusta del cupé que Duval trae, camina hasta los otros, recoge la fusta de Lucile, luego deposita la « armas » en el suelo, pegadas extremo con extremo, ambas mechas se tocan. Da unos pasos hacia atrás y pregunta: « ¿ Preparadas ? » Las dos mujeres se aproximan y, cuando Rochegude cuenta « tres », recogen las fustas y echan el brazo hacia atrás.

Marthe comete el error de atacar enseguida, golpea varias veces rápidamente, sin tocar a Lucile que ha retrocedido. Es un poco lenta en recuperarse, tanto que, cuando se detiene después del último golpe, Lucile se adelanta y la golpea con dureza sobre los hombros. Bajo el dolor, Marthe cierra los ojos pero no emite ningún sonido. Pasa rápidamente su fusta de una mano a la otra y, a pesar de que Lucile le ha tocado, la mecha le alcanza el cuello.

Lucile tiene menos dominio de si misma; roja de furor, se pone a golpear a tontas y a locas. Marthe se aparta ligeramente y, aprovechando un desequilibrio de su adversaria, le envía al vuelo un golpe que desgarra la chaqueta y corta un poco el mentón. Por accidente, la fusta de Lucile alcanza en el muslo a Marthe que tropieza; antes de que pueda recuperar su equilibrio, Lucile le propina un mal golpe que se enrosca alrededor de los hombros, partiendo la túnica. Inmediatamente después, las dos correas están anudadas. Marthe tira bruscamente, suelta la suya y alcanza en pleno rostro a Lucile que no se ha rehecho lo suficientemente rápido.

La herida se estremece, se protege con un brazo, tropieza, pero continua golpeando a ciegas para protegerse. Marthe avanza, le azota en el busto; la blusa de Lucile rompe dejando ver un opulento pecho. Protegiendo siempre su rostro con su brazo, se baja y, cuando la correa de Marthe silba encima de su cabeza, se abalanza, golpea con todas sus fuerzas y alcanza de lleno la mejilla de la otra. Continúan intercambiando golpes.

- ¡ Alto ¡ dice Rochegude, avanzando para separarlas. Interpone su bastón, la correa de Lucile se enrosca alrededor y lo arroja hacia arriba revoloteando.
 - ¡ Alto !¡ Oidme ! ¡ Parad !
 - Apártate de ahí, jadea Marthe cuya mejilla sangra.

La mecha de su fusta se abate sobre el pecho de Lucile que gime y se separa. Marthe comete entonces otro fallo, toma su fusta con las dos manos, sin darse cuenta que eso disminuye su alcance. Lucile se aprovecha dejándola golpear dos veces, luego se abalanza, su correa se enrosca alrededor del cuello de su enemiga alcanzándole una mejilla. El rostro de Marthe se crispa, su brazo cuelga, deja arrastrar la fusta. Lucile golpea, golpea todavía. Marthe, caída sobre una rodilla está a punto de desmoronarse cuando, de dos golpes lanzados a ciegas, alcanza el rostro de Lucile que se detiene. Las dos mujeres se miran, jadeantes, la fusta baja. Rochegude, Duval y otro testigo se precipitan y las desarman. Un joven médico que vino con Lucile venda las heridas. Duval conduce a Marthe a su domicilio.

Regresando en coche con Rochegude, Guy dice:

— Si yo fuese el moldavo-valaco, me mostraría muy cariñoso con esas dos bellezas.

Cuando Guy entra en el salón de Flaubert, un hombre de unos cincuenta años está sentado. Tiene amplios hombros, lleva un traje a cuadros y una barba rubia se extiende en abanico sobre su pecho. Guy ha venido a presentar sus respetos ante la proximidad de las vacaciones. Flaubert le presenta al barbudo: Arsène Houssaye²⁴. Después de algunos intercambios de palabras, Houssaye retoma la conversación interrumpida por la llegada de Guy; ha ido a invitar a Flaubert a una velada que ofrece dentro de tres días. Su bello rostro está iluminado por dos ojos marrones.

— Mi querido amigo, usted sabe lo que son mis fiestas... su éxito es creciente. No envío invitación, no conozco a la mitad de las personan que vienen, pero se divierten. Todo el mundo va disfrazado. Es encantador, eso da un toque picante... uno se encanalla un poco.

Flaubert resplandece.

- Pero precisamente por eso van allí los grandes burgueses. Ellos saben bien las mujeres que se van a encontrar... una mezcla de aristocracia y de putillas, un poco de impureza.
 - Sí, la aristocracia de la calle.
- Un poco. Bajo la máscara usted puede atreverse a todo sin arriesgar nada. ¿ Querido, puedo contar con usted?

Flaubert sacude la cabeza y protesta riendo:

- No, no. Eso me parece completamente atractivo, pero soy un viejo burgués de provincias; eso está bien para un joven. dice señalando a Guy con un gesto.— Estoy seguro de que él no lo rechazará si usted lo invita.
- Pues claro que vendrá, naturalmente. dice Houssaye dirigiéndose a Guy.— El martes próximo.

Guy vive los tres días siguientes en una alegre espera. Las fiestas de Houssaye son famosas, mil personas invaden los dos palacios en medio de la avenida Friedland, uno renacentista, el otro morisco; durante algunas horas son el centro de las intrigas galantes de la mitad de las personalidades del Segundo Imperio.

Cuando el coche de Guy se aproxima, las ventanas relucen de luz, y, sobre la acera, la multitud se agolpa para ver a los que llegan, mientras unos agentes se afanan en el tráfico de caballos y vehículos. Guy paga al cochero y continúa a pie poniéndose su antifaz. El hall de entrada es un estrépito, bullendo de invitados. Unos negros con turbante, vestidos con suntuosos trajes de Tiepolo, recogen los abrigos, pieles y bufandas. Más allá de la puerta gris y oro, Houssaye, muy rodeado, besa manos y acoge a las máscaras riendo. Candiles y candelabros brillan. El guirigay de voces apenas permite distinguir los sonidos de la orquesta. Guy se detiene para admirar el cuadro, nunca ha visto nada tan hermoso. Unas hileras de estancias, adornados con espejos, con lámparas y con muebles preciosos se abren ante él. Las paredes están repletas de cuadros de maestros del Renacimiento y de espléndidos Aubusson, flores surgiendo de jarrones de Sévres y, entre todo eso, los trajes negros o malva de los hombres, las espaldas desnudas, los cuellos y los brazos blancos de las mujeres, sus atrayentes bocas que sonríen, sus ojos que brillan bajo el antifaz. Guy se pregunta cuántas de esas mujeres están solas.

Al otro lado del salón, una galería lo atrae y allí se dirige. Una multitud se agolpa en torno a una silla de porteadores, custodiada

por un moro gigante, desnudo hasta la cintura. Guy mira. Unas parejas entran sucesivamente en la silla. Cuando la portezuela ha sido cerrada, el moro baja las cortinas y monta guardia. Al cabo de un minuto, golpea sobre el techo y la pareja debe salir. Guy se aproxima a una morena disfrazada que sonríe al borde del gentío.

— Señora, señorita... ¿ Me concede el honor ...?

Ella ríe en sus narices

— No — dice, luego cuando él se inclina... —; Sí ;— y le toma por el brazo.

Esperan su turno... luego se introducen en la silla. Guy le pasa enseguida el brazo alrededor de la cintura y la abraza, ella se debate un poco, trata de liberarse, el beso se prolonga, la mujer cede poco a poco, sus labios se entreabren y Guy siente el cuerpo tibio apretarse contra el suyo.

Dos golpes formidables resuenan encima de ellos; es el moro. Se separan y salen riendo, intercambiando miradas. Ella se desliza rapidamente a través de la muchedumbre. Guy se lanza en su persecución y la alcanza cerca de la escalera.

- No trates de evadirte.
- Temo que esto sea peligroso responde ella sonriendo.
- Es así como deber ser responde Guy. Es atractiva, bajita, delgada, de rostro ovalado, pecho alto, más bien distinguida.
 - De cualquier modo es peligroso para ti quedar sola.

Y concluye tomándola por el brazo: — Y además, hay que variar de vez en cuando.

La idea no parece disgustarla y ya no trata de huir. Al lado de ellos alguien dice: « Se baila allá arriba. » Guy la toma por la mano y dice:

- Ven.
- ¿ Cómo te llamas?
- Guy. ;. Y tú?
- Liliane.
- Te adoro.

Subir por la escalera es dificil. Está atiborrado de vestidos, de hombros desnudos, se distinguen algunas prendas íntimas, hay personas sentadas en cada escalón, formando una « elegante cascada ». Unos collares relucen bajo los antifaces de velos. Unas parejas están sentadas, al mismo tiempo animadas y vacilantes,

atraídas por la emoción de un reencuentro que se desea al mismo tiempo que se teme.

Los allí sentados se han puesto como objetivo impedir que nadie suba. Unos hombres pasan por encima con precaución de un par de magníficos hombros, se inclinan de pronto y desparecen en un amontonamiento de perifollos, de muselina y de piernas. Unas manos atrevidas se deslizan bajo los vestidos y cosquillean las pantorrillas de las damas que buscan donde poner el pie para subir... La escalera no es más que un vasto clamor, una enorme explosión de risas. Un hombre bajito ha logrado por dos veces llegar a lo alto luego bajado de mano en mano hasta abajo donde patalea de furor. Guy cae una vez, pero se agarra a un balaustre de la rampa. En lo alto, encuentra a Liliane que lo espera.

El barullo es menor en el piso superior por donde se accede al palacete vecino. La música está más próxima.

— Escucha, es una cuadrilla. — dice Liliane.

Corren a la primera sala de baile, encuentran unos bailarines y bailan tres cuadrillas en fila. Luego beben champán rosado en el buffet y Guy arrastra a su pareja al umbral de una ventana. Allí quedan estrechados el uno contra el otro; Guy la besa en los labios.

— No, Guy..., no...

El introduce la mano bajo su pecho y besa su escote. Pero ella no busca escaparse mientras que los labios discurren por sus senos. Un nuevo clamor sube de la escalera, alguien ha debido « caer en cascada ». De pronto Liliane abofetea a Guy y le da una fuerte palmada en las manos; él la atrapa cerca de la balaustrada que domina el salón. Ella se hace la muda.

- ¿ Estás prometida, acaso ?— dice él.
- Tú no me conoces.
- Eso te protege de todo, salvo del placer.
- ¿ Sí, y entonces ?
- Liliane... él le toca el brazo.
- Mi marido nos mira.

Él deja caer su mano. Ella estalla de risa. Diez minutos más tarde, pasando a la otra casa, desaparece. Él baila y flirtea tibiamente con dos muchachas pero no tienen la picardía de Liliane. Pocos minutos después la vuelve a encontrar.

— Te buscaba — dice ella. Pero su voz suena falsa. Houssaye pasa, pidiendo champán y cuando las copas están llenas, los toma

por el brazo y los arrastra entre los bailarines y aquellos que forman parte de la decoración.

— ¡Anda ¡ Viel-Castel²⁵. Al menos una persona a la que conozco.

El conde Viel-Castel, mirada aguda y maliciosa lengua, al acecho de los escándalos de la corte imperial, es un gran señor demasiado conocido para llevar un disfraz, o demasiado en vano, pues el mismo emperardor que no tiene ninguna suerte en pasar de incógnito a veces lleva uno.

Viel-Castel habla a una joven enmascarada, de sonrisa agradable y escote atrevido. Paternalmente le acaricia el mentón.

— ¿ Quién eres, bonita máscara?

Ella hace un pequeño mohín, lanza un mirada impertinente y dice con voz infantil:

- Es un secreto, mi querido conde.
- Ah, entonces me conoces...

Con un gesto natural, él sopesa el seno izquierdo de la chica, lo aprieta una o dos veces entre el pulgar y el índice, luego añade:

- ¿ Estás segura de que no hemos nunca....cenado juntos ?
- Oh no, conde, responde la chiquilla, dejándose hacer y mirándolo de frente.
- Y bien, es una laguna, hermosa mía... él palpa todavía el seno regordete, deja caer la mano y acaba ... habrá que subsanarlo uno de estos días.

Luego se aleja, pasando a otra.

- Parece ser que escribe memorias sobre todo el mundo dice Liliane.
- $\dot{\iota}$ Cómo lo sabes ? pregunta Houssaye con una mirada sospechosa.
 - Misterio.— murmura ella Vamos, ven a bailar.

Dejan sus copas en las manos de Guy y se lanzan en un vals desenfrenado. Guy les sigue con una punzada de celos. Sí, Liliane lo excita. Pero ¿ es una puta de lujo... o no ?

Houssaye la trae, se inclina y se va en persecución del mariscal Canrobert²⁶ del que acaba de reconocer su melena.

— Todavía un poco de champán. — dice Liliane — Además tengo hambre.

Van al buffet. A la una, el ballet de la Ópera baila en el gran salón; todos se precipitan allí. Guy arrastra a su pareja a uno de los

pequeños salones desiertos. Apaga las luces, pero no encuentra la llave de la puerta. Liliane duda un poco, luego se deja caer sobre el sofá. Guy se inclina, ella se libera de un brinco.

— No, no y no.

Perdida en la oscuridad, tropieza con una mesa en el momento en la que él la domina. Quiere atraerla hacia el sofá; ella se niega. La besa en los labios y siente que ella responde a su beso. Dulcemente la inclina hacia atrás, la acuesta un poco sobre la mesa, presiona sus muslos sobre los suyos.

- Me lo has prometido.
- Sí... Oh, que torpe eres... Sí, pero no ahí.
- Puesto que no quieres el sofá...
- Guy... No, escucha... Está prometido, pero déjame ahora.

Un ruido en la puerta... Guy se aparta, sosteniendo a la muchacha por un brazo. Nadie entra. En la penumbra comienzan a distinguirse un poco. Él advierte que ella pone en orden su vestido, luego se aproxima, lo toma en sus brazos y dice:

— Abrázame.

Bajo su beso, ella se estrecha contra él, pero cuando desplaza la mano, se escapa, abre la puerta y queda en el umbral, apoyada sobre una pierna, con la mano en la cadera.

- ¿ Qué esperas de mi en la oscuridad, mi pequeñín ?— pregunta ella.
 - —¡Caramba! Yo sin embargo no puedo salir como así.
- ¡ No te rompas la cabeza, Guy ! dice ella en un estallido de risa.
 - ¡ Espera que te atrape !
 - ¿ Pero que fabricas ahí dentro tú solo?

Él salta. Ella se salva gritando. Un instante después, sin aliento de tanto reír, se encuentran en lo alto de la escalera donde la gente continúa fluyendo.

Media hora más tarde, atravesando las salones, ella desaparece de repente. Él parte en su búsqueda y llega en medio de una ruidosa partida de ruleta. En cuatro filas, los jugadores se inclinan para apostar su oro. La atmósfera de la fiesta de pronto se calienta. Guy se ve arrastrado por una farándula, después aplaude a unas muchachas que se lanzan a bailar un cancán improvisado. Levantan sus vestidos, exhibiendo sus enaguas, sus piernas enfundadas en unas medias que dejan vislumbrar una lúnula de carne. Una gran

chica morena y delgada, mira sonriendo a algunos pasos de Guy que le gustaría verla exhibirse. Se aproxima a ella.

— ¿ No quiere bailar ?

Ella niega con la cabeza.

Se lo ruego.

Ella trata de echarse hacia atrás, pero alguien la empuja hacia delante, una de las chicas corre hacia ella y la toma por la mano. Ante lo inevitable, la morena se decide. Enrojeciendo un poco, arremanga su vestido y alza una pierna al aire, como las demás.

- ¡ Más arriba! ¡ Más arriba! claman los hombres. Guy no mira más que a la morena. Ella parece embriagada del ritmo endiablado y de su propia audacia. Su vestido, los volantes de su falda se levantan cada vez más, hasta la cintura, mostrando sus medias negras y sus ligas, el final de la tela de sus bragas deja transparentar una sombra oscura, cada vez que ella lanza su pie al aire.
- ¡ Bravo!— aúlla la multitud que las anima con sus gritos. Unas muchachas giran sobre si mismas, improvisan unos pasos, hacen acrobacias y aletean su ropa interior como Brindidi, la estrella del baile Mabille o efectúan el voluptuoso salto de la carpa. El tumulto es delirante. Guy, fascinado, no quita ojo de la morena. Jadeante, deja finalmente caer su vestido y corre riendo al otro extremo de la sala. Guy trata de alcanzarla, pero ha desaparecido. Cree haberla visto subir una escalera un poco menos atestada que la otra. La sube pero no encuentra rastro de la chica. Todavía no ha visto esta parte de la casa, hay menos luz... Sigue un corredor, una sombra se mete detrás de una columna... una pareja abrazada. Atravesando el salón del extremo, ove un ligero suspiro y entreve en un espejo a una mujer vestida solo con su disfraz. Sonríe. Decididamente es un lugar donde no se debe estar solo. Algunos pasos más lejos oye un murmullo de voces detrás de una puerta. Abre y entra.

Un público bastante numeroso tiene la vista dirigida hacia media docena de hombres sentados alrededor de una mesa cubierta con un mantel blanco; en el centro de la mesa, un montón de dinero, un azucarero y un cuenco de crema.

¡ Mil francos!— exclama uno de los hombres, el príncipe Demidoff,²¹ vividor muy conocido.— ¡ Mil quinientos francos¡ ¿ Nadie quiere ?

El tono de la conversación se eleva de pronto, se siente allí un poco la canallesca, todo el mundo parece un poco gris.

— ; Cinco mil!

Esta vez la oferta ha sido hecha por un hombre obeso que lleva un fez, tiene unos ojos saltones y labios gruesos.

— ¡ Sí... yo! — dice una voz femenina. Toda la sala aplaude.

Guy sube sobre una silla para ver mejor. La mujer sale del grupo de los espectadores, es alta, joven, morena, lleva un antifaz con velos y un vestido blanco. Se le hace sitio ante la mesa.

- ¡ Apártese! clama el turco golpeando la mesa con el puño. Todos tienen los ojos fijos en el azucarero y en el cuenco. Casi de inmediato, una mosca se posa sobre la crema. Un alegre clamor se eleva, el turco da un brinco, besa a la mujer en la mejilla y dice: — Has perdido, levántate.
 - ¿ Quién es ese hombre ? pregunta Guy a su vecino.
 - Es Khalil,— responde el otro.

Khalil Bey²⁸, el enviado del sultán, es el jugador más inveterado y más derrochador de París. No vive más que para las carreras, el bacará y las mujeres. Ha llegado hace cuatro años con veinte millones en oro y ya ha gastado la mitad. Con su pariente Mustapha Pacha, casi tan rico como él, ha desatado en París una locura por el juego sin precedentes.

La mujer comienza a desabrocharse el vestido, luego lo toma con una mano y lo levanta. Se ríe, se aplaude.

— La segunda — exclama Khalil.

Ella retira su blusa. Su camisa de fina seda deja transparentar los senos. Otro clamor. Guy pregunta:

- ¿ A qué se juega aquí ?
- Cuando la mosca se posa sobre el azúcar, la mujer recibe el dinero. Cuando lo hace sobre la crema, debe guitar dos prendas de su vestido... excepto su máscara, por supuesto. Es una invención de Khalil
 - Todavía hay cinco mil dice Demidoff ¿ Continúas?
 - Sí. responde ella tras una corta vacilación.
 - ¡ Apártese!

Se espera a la mosca... se posa sobre la crema. La mujer quita su camisa luego su falda y aparece un instante desnuda hasta la cintura, ligeramente turbada. Se tapa con sus brazos y dice riendo:

— ¡ No juego más! — y desaparece bajo aclamaciones.

— Ocho mil francos — dice Khalil.— ¿ Quién quiere jugar por ocho mil francos ? Vamos señoras, señoritas.

Arroja un fajo de billetes sobre la mesa.

- Diez mil supera la oferta Demidoff arrojando más billetes.
 - Quince mil gañe Khalil.
 - ; Sí!

Todas las cabezas se vuelven. Es la morena del cancán. Se adelanta un poco colorada. Guy piensa que debe estar borracha.

— ¡ Apártese!

La mosca revolotea encima de los cuencos, luego se posa sobre el azúcar.

— ¡ Bravo, pequeña!

Ella recoge los billetes. Los ojos de Khalil arden de fiebre. Se remueve sobre su sillón.

- ¡ Veinte mil francos ¡ ¿ Quiere ?
- Sí.
- ¡ Apártese!

Dos moscas aparecen y todo el mundo ríe cuando Khalil caza una sobre su nariz. La otra se posa sobre el azúcar. Nuevas aclamaciones cuando la muchacha recoge su premio.

- Pongo veinte mil francos todavía declara Demidoff.
- Esperad dice Khalil devorándola con los ojos. Cien mil francos, pero la señorita se desprenderá de todo.

Ella niega con la cabeza. Khalil gime.

- Ciento diez mil y puedes conservar tu máscara.
- No.
- Dos oportunidades... ciento cincuenta mil. puja Khalil congestionado.
 - Ella afirma con la cabeza. Se produce un silencio.
 - ¡ Apártese!

Al cabo de un minuto, una mosca aparece y se posa sobre la crema.

- « ¡ Ah !», exclama el público. Khalil frota las manos. La morena se vuelve de espaldas, comenzando a levantar su vestido.
- No, por ese lado no exclama Khalil.— Vuélvete hermosa.

Ella obedece. Deja caer su vestido y la enagua, haciendo otro tanto con dos faldones. Un murmullo de admiración se eleva. Está

notablemente conformada. Guy ve la sombra morena que ha entrevisto durante el cancán.

Khalil está enronquecido cuando dice:

— La segunda oportunidad, señorita. ¡ Apártese!

Se espera la mosca. Parece que no haya más en la habitación. Las cabezas miran por todos lados, pero la mayoría de los hombres no tienen ojos más que para la espléndida muchacha que está ante ellos. Una mosca por fin se posa sobre el mantel. Todos la observan, impacientes. Avanza a tirones hacia los cuencos, se para, alza el vuelo... y acaba posándose sobre la crema.

Se produce un silencio. La chica mira a su alrededor. Un profundo rubor invade su rostro, quita lentamente sus medias, se descalza, desabrocha su blusa y la retira, dejando sus senos a la vista; son redondos, llenos, con unos pezones oscuros. Un murmullo. Tiene un fino cinturón que desata y arroja a las rodillas de Khalil. Retira por fin su ropa interior, extiende los brazos hacia atrás y vuelve la cabeza. Tiene unos muslos largos y delgados y sus caderas se arquean delicadamente.

Se levanta un clamor de admiración.

- ¡ Bravo, hermosa muchacha!
- ¡ Viva Khalil!
- ¡ Champán para la señorita!

Ya ha amanecido cuando Guy se va. Desciende los Campos Elíseos caminando donde los barrenderos ya están trabajando. Oye a dos hombres mientras busca un coche. Hablan de una guerra con Prusia.

CAPÍTULO V

Se declara la guerra el diecinueve de julio y Leboeuf²⁹ afirma que no falta ni un botón de guerrera. Se va hacia el combate con el corazón ligero, Francia va a dar una lección a Bismarck. La gloriosa armada francesa, heredera del Gran Ejército, que hizo temblar Europa, aplastará Prusia como a un chinche.

Guy ha sido movilizado y pasa dos semanas con su regimiento en un campo fangoso cerca de Andelys, en el lindero de un bosque. Esperan sin hacer nada, mientras que el Segundo Imperio se viene abajo. El ejército francés ha sido aniquilado en Sedan, Napoleón III capturado. La emperatriz Eugenia ha huido de las Tullerías, en París se ha proclamado la República. En los Andelys, esperan órdenes que no llegan.

Francia es víctima de un increible caos, de una trágica incompetencia, del oportunismo y de la estupefacción. El regimiento de Guy es empleado en establecer una línea de defensa, al día siguiente deben abandonar sus atrincheramientos a medio terminar. Reciben la orden de ir a ocupar un bosque y de mantenerse allí a toda costa; llegando al lugar, comprueban que el bosque ha sido talado hace cinco años. En plena noche, es alertado bajo una lluvia copiosa, para ir a cortar el camino a diez mil prusianos que vienen de Pontoise... lo que no es más que un rumor propagado por un comerciante local para comprar toda la mantequilla a bajo precio. Tres días más tarde, el regimiento marcha en la vanguardia; Guy es enviado a llevar un mensaje al estado mayor vecino y evita ser capturado por los ulanos que surgen por todas partes. Emprende la búsqueda de una unidad

organizada, pasa la noche en una casa abandonada y se encuentra sobre el camino de Paris. En las afueras de la ciudad, los caminos están obstruidos por los restos del ejército y una multitud de civiles. En el interior de las fortificaciones, calles y avenidas están repletas de tiendas, de coches fúnebres, de caballos y de forraje. Rebaños de corderos y de bueyes están hacinados bajo los árboles.

Guy consigue llegar a la avenida de la Emperatriz. La maravillosa arteria, en la que algunas semanas antes desfilaba aun todo el París rebosante de nobles, de fortuna, de elegancia, de frivolidad y de vicio, está hoy desierto y silenciado de muerte. A su extremo, unos hombres trabajan en las fortificaciones, allí se acaba París ahora.

A continuación se producen los meses increibles del asedio. Armado con un fusil prehistórico, Guy monta guardia sobre las fortificaciones. La ciudad no es más que un fantasma; durante la noche, algunas lámparas aisladas alumbran tenuemente las calles sombrías y desérticas, circulan los rumores más extraordinarios, llegados no se sabe de donde, los grandes árboles de las Tullerías que habían sobrevivido a las revoluciones de todo un siglo se han convertido en leña para calefacción.

Una mañana, pasando por la calle Blanche, Guy advierte una carnicería al lado de una casa donde se lee sobre una placa « Ministro residente de Suiza ». Cuando entra, el carnicero sacude la cabeza: « No me queda más caballo, señor; pero si desea un buen gato de tejado por ocho francos... »

- No, gracias.
- ¿ Un buen gato entonces ? Por diez francos, es excelente.
- No, gracias. repite Guy sonriendo.— ¿ No tiene nada más ?
- También tengo ratas, señor, están muy solicitadas. Dos francos la común y dos cincuenta la rata de rabo largo.
 - ¿ No hay perro?
- Por supuesto, señor responde el carnicero fortándose las manos por costumbre. El gozque, completamente vulgar, vale dos francos la libra, el perro gordo está a dos cincuenta, y a tres si está realmente muy gordo. ¿ Entonces que va a ser, señor ?
- Oiga, interrumpe una vieja con cara de Polichinela blandiendo un periódico bajo la nariz del carnicero usted y sus ratas. ¿ Ha visto esto ?

Sonríe sarcásticamente mostrando un gran dibujo « El peligro de comer ratas ». Representa a un hombre con el trasero de un gato hambriento emergiendo de su boca abierta.

Deboos, el carnicero del bulevar Haussmann, despachó a «Castor» y « Pollux », los dos elefantes del Jardín de las Plantas, y Guy recuerda que a principios de mes había encontrado comprador para otros residentes del mismo zoológico, tales como un pavo real, tres renos, media docena de yaks, algunas cebras y un cisne negro.

Finalmente, el jueves veintiséis de enero, tras ciento treinta días de asedio, el rugido de los cañones prusianos enmudece. Todo el mundo corre por las calles. Un grito se expande por la multitud como una ola: « Capitulación... capitulación... Es el fin ».

Bajo un pálido sol de diciembre, Guy sube de la playa de Étretat y se detiene para hablar con Albert Tarbet. La ocupación alemana ha llegado a su fin y Guy lleva una vida ociosa desde que ha sido licenciado en septiembre.

— Con algunas reparaciones se podría hacer un buen barco. — dice Albert, hablando de un ballenero en venta.

— ; Guy!

Es su madre quién lo llama. Se despide de Albert y, entrando, encuentra a su padre en casa. Es una sorpresa.

— Hola, muchacho.

El señor de Maupassant estrecha la mano de su hijo. Parece preocupado. Cinco minutos después se encierra con su mujer en el pequeño salón posterior. Guy está incómodo, esa entrevista de sus padres le recuerda los tiempos de su infancia, la escena de la avenida. Llega Hervé:

- ¿ Qué pasa?
- Nada, papá está ahí.
- Sí, lo sé.

La puerta se abre y aparece la señora de Maupassant.

— Guy, quisiera que vinieses.

Su padre mira por la ventana, de espaldas. Su madre dice:

— Creo que es mejor que oigas lo que tu padre ha venido a anunciar. Repíteselo, Gustave.

El señor de Maupassant se vuelve, alisa su bigote.

- Tu abuelo ha tenido serios contratiempos. Vengo a decir a tu madre que me veo en la obligación de... reducir la pensión que le envío
 - —Oh, ¿ eso es tan grave?
- Tu abuelo está arruinado. Ha debido vender la Neuville, todo..., absolutamente todo. Mis ingresos se han visto así reducidos..., reducidos casi a la nada. Tengo todavía algunos bienes que rinden un poco. Muy poco.
 - i, No se puede hacer nada? pregunta Guy.
 - Nada

El señor de Maupassant, tomado por su habitual tic, camina a grandes zancadas por la estancia.

— Tengo cincuenta años y debo pensar en encontrar trabajo.

Nunca ha hecho nada de su existencia, aparte de unas poca acuarelas y algunos versos.

— Me temo que te veas obligado a abandonar la carrera de Derecho, — murmura su madre. Me gustaría no llegar a eso, pero en realidad no tenemos suficiente.

El señor de Maupassant gruñe irritado.

- Estoy tratando de encontrarte un empleo en el Ministerio de la Marina, en Suministros — dice.— El almirante Saissais es un viejo amigo. Pienso que podrías comenzar pronto.
 - Oh, sí. articula Guy.

Eso le parece horrible. Trabajar en la Administración... en el Ministerio de la Marina, o en no importa que Ministerio, es la última cosa que desea. La Administración, esa gran muela que muele las esperanzas, la imaginación, la libertad, la personalidad entre esas dos piedras destructoras de almas: la Jerarquía y el Reglamento. Ve su ascensión penosa desde seis categorías inferiores, tal vez llegaría al grado de subjefe con el pelo gris, miope, no habiendo conocido otra cosa en la vida que su oficina en el Ministerio, accedería, con un poco de suerte, a las funciones de jefe de negociado, aferrándose a ello durante varios meses, colgaría su retrato y moriría de inanición poco después.

- Espero que comprendas que es una excelente oportunidad
 añade su padre.
 - Sí, papá.
- No serás titular al principio, por supuesto, ni con sueldo; pero lo principal es tener el pie en el estribo. Lo que importa,

incluso al primer jefe en la Administración, es estar allí. De vez en cuando — añade el señor de Maupassant con un suspiro resignado — tendré que pasarte una paga. No puedo permitirme darte más de ciento treinta francos por mes. A veces me veré obligado a darte menos.

— Muy bien, papá.

Sería duro reunir a los dos extremos. No parecía haber nada más que decir, acaban de merendar. La señora de Maupassant toma a su marido aparte durante unos veinte minutos, luego se va. Después de cenar, dice a Guy:

— Tu pobre padre..., si no hubiese sido tan torpe, yo juraría que sería util. Esa « muy poca » renta que pretende dejarle debe estar ya muy gastada en Fifis o en Nonoches. Incluso durante el asedio, se las arreglaba para encontrarlas.

« Habla de entrar como cajero en casa de un agente de bolsa... ¡ tu padre !

— Espero que su idea del Ministerio de la Marina quede en nada. — dice Guy, pero advirtiendo la mirada ansiosa de su madre, se arroja a su cuello y añade: — Mamá, naturalmente que iré. Todo estará bien. Además yo no habría sido nunca un buen jurista.

Atraviesa el patio del Ministerio, sube la escalera y discurre por los largos pasillos. En el despacho, cuelga su sombrero en una percha.

- Buenos días, señor de Maupassant.
- Buenos días, señor Barse, buenos días, señor Festard.
- Buenos días, señor.
- Buenos días, señor Patouillat.

Proceden al intercambio de apretones de mano tradicionales.

- Una buena mañana, señor de Maupassant.
- Incluso mejor que ayer, señor Barse.

Todos tienen manguitos de lustrina hasta los codos y están sentados sobre duros secantes traidos para proteger su pantalón y su trasero. Guy reemplaza su camisa por otra más vieja. Extrae de su cajón una remesa de papeles, la deposita sobre su mesa, luego entra en el despacho contiguo. Como el primero, es sombrío, iluminado solamente por una ventana polvorienta que da a un patio. Las paredes están empapeladas de verde. El mobiliario del Ministerio

está usado y pulido por la cantidad de empleados que se han sucedido desde hace años.

— Buenos días, señor de Maupassant.

Nuevos apretones de manos. Es la segunda parte del rito.

- ¿ Mucho correo esta mañana?
- No demasiado. La respuesta es siempre la misma.

Se intercambian algunas banalidades, luego Guy regresa a su puesto. Algunos minutos más tarde, la puerta se abre y un respetuoso coro se oye:

- Buenos días, señor subdirector.
- Buenos días, caballeros.

El señor subdirector atraviesa majestuosamente la estancia.

Algunos minutos después la puerta se vuelve a abrir. El coro dice un poco más alto:

- Buenos días, señor director adjunto.
- Buenos días, caballeros.

El señor director adjunto pasa con una majestuosidad igual pero con una mirada más severa.

Un poco más tarde, el bedel de servicio abre la puerta y la mantiene medio minuto antes que aparezca un personaje y el coro de empleados salmodie:

- Buenos días, señor director.
- Caballeros, suelta el director, luego se adelanta con una sonrisa glacial.

Así comienza cada día el Servicio de los Suministros de la Flota. De este modo comenzaban ya antes de la entrada de Guy en el Ministerio de la Marina; así comenzarán sin duda hasta el fin de los tiempos. Unas leyes inmutables han determinado el rito. El tiempo transcurre sin que uno se entere en esta atmósfera confinada de rutina y de ambiciones frustradas. Es un lugar en el que los humanos se fosilizan. Entre usted en el Servicio de Suministros de la Flota hacia los veintidos años, vigoroso y desbordante de esperanzas; luego salga hacia la sesentena con dos dientes postizos y la ciática, a dos pasos de la muerte. Y durante todos esos largos años, usted no habrá conocido más que cuatro acontecimientos; su boda, el nacimiento de su primer hijo, las muertes de su padre y madre; nada más parece haber sucedido... salvo las promociones. Cada mañana usted llega al despacho a las ocho, como un culpable que se vuelve prisionero, y lo abandona a las seis, cuando cae la

noche. Como compensación, tiene usted derecho a permanecer en su casa quince días al año, pues sus medios no le permiten ir a otro lado, e incluso esta quincena de ausencia es discutida, negociada, considerada como censurable.

Guy advierte su imagen en el espejo colgado de la pared; joven, bigote rubio, nariz recta, cabellos crespos que ondulan. Se mirará algún día en ese mismo espejo, al final de su carrera, preguntándose como se ha convertido en un viejo, como ha podido llegar a esa edad sin que nada ocurriese, sin que ninguna sorpresa de la existencia lo sacase de esa mortal rutina. Enseguida se vuelve, agarra el registro sobre el que consigna unas entradas desde hace una semana... luego se detiene v sonríe. En la mesa contigua, el señor Patouillat se dedica a su ceremonia cotidiana. Su color de piel tiene el aspecto de un garbanzo seco; envuelve un pan redondo en el papel, lo coloca bajo su secante, luego se sienta. Es para su almuerzo, cada mañana se sienta sobre su hogaza, desplazándola de vez en cuando hasta que se ablanda poco a poco. El señor Patouillat cuenta con treinta y un años de servicios en los Suministros y ahora está a cargo de los Grandes Suministros; achaca sus facultades físicas e intelectuales a que no come nunca pan al menos en tres días

Guy ha comenzado a conocer a sus colegas, le fascinan, parecen niños viejos; no es que tengan una edad avanzada, algunos no pasan de los cuarenta, pero una vez dentro del Servicio de Suministros parecen tomar esa edad como medida de protección, como el secante y los manguitos de lustrina, una especie de mimetismo. Se vuelven encorvados, huesudos, miopes, y víctimas de la caspa y de las digestiones penosas.

Y como su vida oficial es esclava de la funesta monotonía del Ministerio, se convierten en detectives de Napoleón, de los Vinci, de los Borgia, en émulos de Newton o de Copérnico. El señor Barse tiene un proyecto destinado a conmocionar la economía francesa dirigiendo sobre el estuario del Sena todas las migraciones de anguilas y estableciendo grandes fábricas para ahumar a esos peces. El señor de Hure recopila en secreto pruebas que harán temblar al Estado en sus cimientos demostrando que el supuesto Código Napoleón es en realidad obra de un oscuro notario del Languedoc, llamado Taupetreuille, exiliado por conspiración, y por tanto sin ningún valor legal.

Pero al lado de esos empleados, están los otros, aquellos jóvenes que, bien solos o gracias a recomendaciones, han obtenido unos puestos para poder dedicarse a lo que llaman su auténtico trabajo: poesía, pintura, escultura o música. La Administración no es para ellos más que un refugio donde ganar un parco salario pero encuentran en ella la seguridad hasta el fin de sus días. En este aspecto, el Ministerio de Marina es semejante a los demás. Guy ha conocido a Léon Dierx³⁰, muchacho pálido de aspecto sombrío, del Ministerio de Instrucción Pública, escribe poesías y ha rechazado toda promoción aferrándose al puesto subalterno de expedicionario, porque quiere escribir sus versos libre de toda preocupación, de toda responsabilidad.

También está Hubert Tey, en Puertos y Dársenas, que en el momento de descanso en el que su jefe de negociado está reunido, saca un caballete plegable y trabaja en un cuadro; Paul Emile Aubretille, que durante la misma hora extrae un material de gravar sobre madera y perfila una ilustración para un periódico. Incluso se cuenta que, en no se sabe que sección de que servicio cualquiera, un hombre hace ensayar todos los jueves en un sótano a un pequeño grupo de opereta con una orquesta de cinco ejecutantes y esta actividad no habría sido nunca descubierta después de quince años.

- Un grupito emprendedor.— concluye Aubretille.
- Asi parece.— sonrie Guy.

Felizmente él tiene el río para resarcirse de las largas y monótonas horas del Ministerio. El Sena, el de mil aspectos, amable, tranquilo y maloliente... lleno de encanto y basura. Guy lo ama con una pasión sin límites. Allí realmente se siente vivir, el río le devuelve su fuerza y su juventud, la libertad de espíritu que conoció en Étretat. Cuando el reloj del Ministerio da las seis, desciende por las escaleras hasta la calle Real donde le espera Robert Pinchon, su compañero de Ruán. Se han encontrado poco después de la entrada de Guy en el Ministerio. Pinchon está en París donde frecuenta los teatros.

- ¿ Cómo te va, viejo ?— pregunta Guy.
- ¿. Y a tí, se porta bien la Flota?
- Me gustaría que se hundiese... totalmente.
- Los anarquistas tal vez te hagan ese favor, añade Pinchon.

- Escucha, Toque³¹. Tengo ganas de ir a casa del señor Cournel. Le he prometido mirar esas velas que le han ofrecido. Quiere saber si están todavía en buen estado.
- Hemos decidido explorar la isla. Estoy seguro de que nos podemos divertir allí.
 - Se hará.

Alegres, entre la multitud que circula por la acera, se dirigen hacia Saint-Lazare a fin de tomar el tren de las seis y vientiuna para Argenteuil.

- Sabes, Toque. Estoy cansado de pedir prestado siempre la vieja barca al señor Vannier dice Guy.
 - No tanto como yo.
- Deberíamos comprar la yola de Henri. Aún la he examinado ayer, está muy bien.
 - ¿ Con qué dinero ?
- No lo sé. Tal vez Henri quiera esperar un poco. Y además Petit-Bleu y Tomahawk también aportarían.
 - ¡ Un barco nuestro! ¡ Piénsalo!
 - ¡ Hey! ¡ Mira eso!

En el patio de la estación, un pequeño ómnibus está rodeado por una multitud alegre. Violando los reglamentos que reservan los imperiales solamente para los hombres, una joven y bella mujer ha logrado ganar la mitad de la escalera. El revisor se ha lanzado en su persecución y se esfuerza en hacerla descender. La muchedumbre se beneficia de la vista de un par de bellas piernas y de prendas muy íntimas, tal y como la Compañía de los Ómnibus bien lo había previsto redactando su reglamento.

— ¡ Bravo, pequeña, — exclama Guy — sube más arriba! El gentío aprueba ruidosamente; el revisor gesticula como un loco y muestra el puño.

- Enseña más, mi gallinita berrea un bromista.
- ¡ Defiende tus derechos!
- ¡ Estamos en República!
- ¡ No tiene nada más que enseñar!

Alegres, Guy y Pinchon entran en la estación. Llaman al tren de las seis y veintiuna, « el tren de los burócratas ». Es un tren tan largo como lento que se detiene en cada estación de las afueras para dejar bajar a hombres barrigones, con pantalones deformados, hinchados por la falta de ejercicio. Guy tiene la impresión de que

ese tren conserva el olor de los despachos administrativos, de sus papeles, sus carpetas y su polvo. Cuando por fin llegan a Argenteuil, pequeño pueblo a orillas del Sena, son acogidos por los gritos de júbilo y las aclamaciones irónicas de tres jóvenes apoyados en la barrera.

- ¡ Ya era hora!
- ¿ Creéis que tenemos toda la noche para nosotros ?

Llevan unas camisetas rayadas, pantalones de algodón y hacen resaltar sus biceps. Uno de ellos lleva unos remos.

- Como os va, panda de hurones.
- Hay gente que tiene necesidad de trabajar para vivir.

Guy y Pinchon pasan de un salto la barrera y hacen una seña amistosa al empleado que gesticula cerca de la puerta, luego se alejan con los otros. Los tres muchachos son unos remeros a los que han conocido un domingo en Argenteuil, la simpatía fue inmediata y han adoptado enseguida unos apodos. Guy es Joseph Prunier, Pinchon es La Toque. Los otros son Léon Fontaine, llamado Petit-Bleu, muchacho bajo, de cara redonda rezumando malicia, Thomas Herveix, alias Tomahawk, gran moreno de imponente nariz y risa contagiosa y por último Albert de Joinville, apodado Mon Oeil, alto, seco y nervioso, el dandi del grupo cuyos guiños han escandalizado a la mitad de las esposas y madres burguesas de la región.

— Prunier propone que compremos la yola de Henri. — dice Pinchon.

Se eleva un coro de protestas:

- ¡ Comprarla! ¡ Pide trescientos francos!
- ¡ Buena idea, Rothschild!
- ¡ Tienes locuras de grandeza!
- ¡ La influencia de la Marina ! La próxima vez será una chalupa a vapor.
- ¡ Callad, sapos! exclama Guy.— ¿ Siempre podemos hablar con Henri, no? ¿ Vamos a continuar siempre de prestado?
 - Tengo sed.
- ¡ Oh! Echad un vistazo a ese pecho que viene hacia aquí. Buenas tardes, bella dama. Albert levanta su viejo sombrero canotier sobre sus ojos y la mujer se ruboriza bajo esas cinco miradas que la desnudan desde los tobillos al cuello.
 - Me muero de sed.

— Henri debe estar en la taberna de Simbosel.

Quand tu fais l'amour Ma petite chèrie, Sur le matelas à ressorts, Ma petite chèrie... Cuando haces el amor Queridita, Sobre el colchón de muelles, Queridita...

Guy canta la obscena canción a grito pelado, los otros ríen. Al llegar al Sena, siguen el camino de acceso al embarcadero. Hay dos o tres tabernas, con barriles, unas láminas de hierro para los paseantes del domingo, sus letreros donde puede leerse « Bodas y banquetes, Reuniones sociales. Vino dulce ». Unas embarcaciones de todo género y naturaleza están alineadas en el río. Unos obreros cavan un terreno, detrás de las frágiles casuchas de yeso cubiertas de tejas rojas, algunos pequeñas fábricas que bajan hasta la ribera. Un pintor ha instalado un caballete sobre la orilla. También hay algunas parejas y algunas madres con sus hijos. Pero Argenteuil está lejos de París, « hacia el campo », y aparte de la población local, durante la semana no se encuentran más que marineros y algunos aficionados al remo.

El lugar elegido por Guy y los otros cuatro es el «Petit Matelot», albergue y salón de baile de tercera categoría, sucio y lleno de humo, ruidoso y alegre, al borde del agua, donde nadie pondría los pies si tuviese un franco de más para ir a otro lugar, pero que constituye las delicias y el sanctasanctórum de los marineros borrachos, de los aficionados al remo, de las prostitutas eventuales, de vagabundos, de los estibadores alcohólicos y de las chicas de las fábricas que vienen durante el buen tiempo. El patrón de ese tugurio es Betry Simbosel, grotesco hipopótamo con rostro humano, siempre en chaleco, las mangas de su camisa arremangadas, sacudido por una risa perpetua, sus ojitos enrojecidos hundidos en la grasa.

Cuando Guy entra con los otros cuatro, un clamor se eleva en la gran sala ahumada:

- ¡ Levantad el culo, montón de golfas!
- ¡ Patrón, saque a ese grupo o no pago!

Tres muchachas ya han dejado caer sus brazos, sacando la lengua con aspecto de desafío. El lugar huele a vino rancio, a viejas colillas, olor corporal, sudor y frituras.

— ¡ Hey, Prunier !— grita un remero. Esta mañana estuvo aquí una moza. ¡ Contaba que la habías dejado preñada ¡

La que da el brazo a Guy hace una mueca al hombre y le vuelve el culo.

- No hay ni una que pueda decir lo mismo de tí responde Guy bajo los aplausos de la sala.
- Hola, viejo saluda Guy al pintor Sisley³². ¿ Dónde están los demás ?
- Signac³³ está con una mujer, dice que es su prima. Los Caillebotte³⁴ se han acostado ayer por la noche y todavía no se han levantado. Los demás vendrán dentro de un rato.

La Toque, Mon Oeil, Tomahwsk y Petit-Bleu han tomado asiento en una mesa donde hay esparcidos unos pequeños regueros de vino y Simbosel se dirige hacia ellos llevando una botella y unos vasos. La morenita que se aferra a Guy trata de engatusarlo.

— Dime, querido. No te apetece quedarte aquí y emborracharte. Ven conmigo. Por allá...

Guy se desprende, toma un seno de la muchacha en cada mano, la besa en la boca, la hace girar sobre si misma y le propina una buena palmada en el trasero.

— *Ça ira*, pequeña — dice; luego con un vozarrón que eclipsa el jaleo de la sala, repite: — ; *Ca ira*!

Era la señal esperada, todos berrean a coro: «¡ Ça ira!».

Soltando el brazo de Guy, la muchacha se vuelve, arremanga sus faldas, y hace cara al público un movimiento de caderas hacia adelante que levanta nuevas exclamaciones. No se le conoce por otro nombre que el de *Ça ira³5*; se gana la vida como puede, prostituyéndose cuando no está eventualmente con un remero o un artista de la colonia de Argenteuil. Todos la conocen y el que más y el que menos, se ha acostado con ella. Guy atraviesa la sala y entra en una estancia más pequeña donde Simbosel permite a los habituales utilizar como vestuario; se pone una camiseta a rayas, un pantalón, zapatos de cuero y cubre su cabeza con un viejo sombrero canotier

Su fina camiseta deja ver sus brazos desnudos, robustos como los de un herrero, un cuello de toro y sus moldeados y amplios

hombros. Acaricia sus bigotes en un gesto inconsciente y vivo, frota las manos y da un grito por el simple placer de gritar. ¡ Esto es vida!

De regreso junto a los otros, se sirve un vaso de aguardiente y lo vacía de un trago. El alcohol desciende por su garganta como una llamarada.

- Vamos, muchachos. Henri no está allí. Vamos a salir con la yola y probarla.
 - Espera un poco...
- Deja a esa pequeña, Mon Oeil. Siempre podrás tirártela esta noche al regresar.
 - ¡ Venga ya ¡ protesta la chica.

Salen sin pagar, Simbosel tiene la costumbre de anotar las deudas en su pizarra. Permanecen en el río hasta la noche, remando con fruición, dejándose ir con la corriente, luchando contra ella, consumiendo el exceso de energía de su juventud, sumergiéndose, nadando bajo el agua, chapoteando entre los rosales y el fango, gritando. Como siempre Guy los hace reír, hasta hacerlos llorar, con sus anécdotas sobre la fauna del Ministerio. Cantan refranes obscenos. Cuando llevan el barco, han decidido comprarlo compartiendo gastos, si su propietario está de acuerdo en fraccionar el pago durante un año.

— ¿ Y qué pasará si no recibo el dinero a tiempo ? — pregunta Henri

Tiene una pierna curvada, la otra recta, pero más corta, lo que le da un aspecto de una D mayúscula.

- Nos conoces.— responde Petit-Bleu.
- Siempre pagamos. dice Tomahawk pregunta a Simbosel.
 - Pregúntale a su mujer añade Guy.

Todos sonríen, pues Annette Simbosel a veces « hace » clientes a mayores.

- De acuerdo concluye Henri. Pero si destrozáis la yola antes del pago completo, me deberéis igualmente el resto.
 - ¡ Nosotros ! ¡ Romper un barco ! protestan indignados.

Henri sabe que esa eventualidad es muy poco probable.

- Está bien. Podéis tomarla. dice.
- ¡ Eso es, Henri!

Lo cogen entre todos y lo llevan en volandas hasta el Petit Matelot, lo sientan en una silla que izan sobre una mesa.

- ¡ A beber Simbosel! ¡ Trae tu matarratas ¡ ¡ El del patrón!
- ¡ Ahora o nunca!

Aunque a medio foro solamente, la sala está más ruidosa que nunca; el humo del tabaco forma ahora una niebla que parece absorber los olores y el calor.

- Una ronda para todos, patrón.
- Hay que bautizarla.— sugiere Mon Oeil.
- ¡ Por supuesto, caramba!
- ¡ Sisley ¡ grita La Toque hacia una mesa donde están sentados varios artistas.— Tenemos una nueva yola. Encuéntrale un nombre, uno bueno.
 - Ça ira.— responde el pintor.
 - No, no tiene un agujero en el fondo.— responde Guy.

Las carcajadas de Simbosel dominan a las demás.

- La golondrina del Barrio, sugiere Tomahawk. Se trata del nombre de una conocida canción. Es rechazada por unanimidad.
 - La Hoja al Revés. propone Guy.
 - ¡ Eso es!
- Siempre hace falta que Prunier encuentre algo guarro interviene Ça ira.
 - ; Oh!

Lo celebran tanto que ella incluso ella se ríe.

- ¡ Silencio ¡ grita La Toque golpeando sobre la mesa.— Caballeros, en una ocasión tan solemne, rogamos a todos los presentes que beban a la salud del nuevo esquife que pronto veréis navegar por las plateadas aguas del Sena, insuperable en gracia, inigualable en simetría...
 - ¡ Con las más canalla de las tripulaciones!
 - ¡ Caballeros, la Hoja al Revés!

Se producen aclamaciones, levantan los vasos. Henri, obligado a mantenerse de pie sobre la mesa, resbala sobre la superficie húmeda, da un traspiés bajo los fascinados ojos de Guy y de los demás... y se cae en sus brazos.

Llegan otras tres chicas, dos obreros de una fábrica vecina y otra, más joven, una nueva, un poco tímida, que los relatos de las amigas sobre la posibilidad de ganar algunos francos a cambio de su cuerpo la han seducido. Los otros remeros se van; Guy, La Toque y los otros tres se unen a los artistas. El alcohol circula en oleadas y la mesa está muy animada. Sisley y sus amigos no hablan de arte, del Louvre o del Impresionismo. No quieren discutir más que de barcos, del Sena, de vela y de próximas regatas. Es el Sena lo que los ha atraído, ese río es la cuna del Impresionismo. Sobre innumerables lienzos pintan sus recodos, sus matices, sus puentes y sus riveras, las comidas campestres sobre sus orillas, los propietarios de las barcas, sus cafetines y sus tascas. Viven sobre la orilla, en el Petit Genevilliers cerca del puente de Argenteuil, en una gran chalana amarrada a tierra, la parte baja sirve para estacionar sus barcos, la alta está dividida en estancias, separadas por un estrecho pasillo. Tienen unos pequeños veleros que maniobran con habilidad y dan su parecer acerca de la última regata y sobre el tiempo que necesitan para llegar a la esclusa de Marly.

- Si unos burgueses tomasen una ballenera noruega, se hundirían y se ahogarían dice Pissarro³⁶.
 - Te digo que tenían una ballenera noruega.— afirma Manet³⁷.
 - ¡ Jamás!
 - ¿ Qué opina del Salón, señor Renoir ³⁸? pregunta Ça ira.
- ¡ El Salón, me importa un carajo !— responde el interpelado. ¡ Patrón ! ¿ Llega esa comida que nos has prometido hace una hora ?
 - Marchando, señor, un bistec frito.

De la cocina llega un olor a aceite y un chisporroteo de fritura.

Comen, reclamando siempre nuevos litros de tinto. Tomahawk saca su acordeón, cantan con voz achispada y se ponen a bailar con las muchachas. La señora Simbosel ha aparecido, apoyada en la mesa, se restriega discretamente con Guy. Dos semanas antes, él ha sucumbido a sus persistentes insinuaciones — cosa rara, pues ella se hace mucho de rogar y... pagar — y se ha acostado con ella. Annette es más joven que su marido, veinticinco años, una melena de cabellos rubios y una vulgaridad que la hace atractiva. Pero Guy no quiere lios; el Petit Matelot es demasiado práctico, y la nueva chica de la fábrica es muy mona.

Desde su llegada, parece pensativa y permanece sentada junto a una de las que la ha llevado. Ésta última, llamada Irma, viendo la posibilidad de pasar la noche con el pintor Varnel, intenta en vano desembarazarse de ella. Hay un jaleo enorme, el acordeón muge, Signac golpea una silla, los bailarines hacen cabriolas exageradamente y los demás hablan a gritos para hacerse oír.

— No puedes quedarte sentada así toda la noche. — dice Guy a la chica.— Ven a bailar.

Ella niega con la cabeza, lo que le confirma que él ha atraído su atención desde el principio. Quiere obviamente escaparle, pues cuando Caillebotte la invita, ella se vuelve hacia él y acepta enseguida.

Guy los mira sonriendo. Ella es baja, con cabellos ondulados y tez de melocotón. Su temor lo excita. Están bailando una polka desenfrenada. Caillebotte la hace girar sobre si misma vertiginosamente, luego, al cabo de un cuarto de hora, incapaz de continuar, él se detiene jadeante y quiere llevarla a su mesa.

Guy se abalanza, la toma por la cintura y, antes de que pueda escapársele, gira con ella. introduciendo firmemente su muslo entre los suyos. Dan dos vueltas completas a la sala, luego llegando ante la puerta trasera, él levanta ligeramente a la muchacha entre sus brazos, abre la puerta... y sale a la noche.

- No... no... Ella trata de rechazarlo. Con todo su cuerpo, él la presiona contra el muro, tratando de abrazarla, pero ella aparta siempre la cabeza y el no puede más que rozar su mejilla. Su muslo, que se apoya firmemente contra los suyos, encuentra menos resistencia; el mantiene su presión y siente que las piernas de la chica se abren. Su brazo que la enlaza, la atre cada vez más hacia él. Ella cesa de apartar la cabeza, él se inclina para besar sus labios, siente el cuerpo que se abandona y... un coro de berridos se oye,una luz amarilla se filtra en la noche mientras la puerta se abre totalmente. Se separan rápidamente en las sombras.
 - A bañarse al claro de luna. ¿ Quién viene?

Es Petit -Bleu, seguido de los demás y las chicas.

- No hay luna. dice alguien.
- ¡ Qué le vamos a hacer ! ¡Adelante.!

Guy advierte que la pequeña está todavía allí, aferrada a su brazo.

- ¿ Quién está ahí ? pregunta Tomahawk tropezando con ellos.— ¡Ah! Es Prunier. Ven a bañarte... al claro de luna, en la Hoja al Revés.
 - Bien.

Y siguen a los demás que descienden por el camino del embarcadero. El aire nocturno es fresco. Cantan mientras accionan los remos de la yola. Detrás brilla la linterna de proa del barco de Sisley que les sigue. Cuando se paran, las chicas se niegan a bañarse. Guy y los demás se sumergen volviendo a aparecer en la superficie, soplando como focas. Cinco minutos más tarde, Guy nada un poco más lejos del barco, oye una voz hacer «; Pssst!», se detiene, luego gana la orilla.

Es la chica, inclinada hacia él en los juncos. La toma por los hombros y la besa en la boca.

— Por aquí — dice ella.

Él la sigue con una sonrisa en los labios.

Petit-Bleu pone el remo sobre el hombro diciendo:

- ¿ Y si bajamos a la Grenouillère?
- Buena idea.
- Vamos allá

Es el domingo siguiente, un caluroso día de julio, y los cinco han dormido en Argenteuil. Generalmente después de una velada extremadamente movida en el Petit Matelot, pasan todo el día en el agua. Han partido al amanecer en su barco; ahora, a las tres, tienen toda la tarde ante ellos.

— A la Grenouillére.

Escupen en sus manos y empuñan los remos.

— ¡ Hop... firmes !

La yola brinca; ganan el centro del río y reman con estilo. La Hoja es un poco pesada, pero ellos forman un equipo bien entrenado y están muy bien conjuntados. Pasan Nanterre, encontrándose con numerosos barcos. En Chatou, los esquifes comienzan a abundar. El restaurante Grillon, cita de remeros y paseantes domingueros, se vacía lentamente después del almuerzo. Unos jóvenes bronceados en camiseta gritan y gesticulan sobre el pontón delante de la puerta. Unas mujeres en traje veraniego embarcan con precaución y se sientan en la traviesa, disponiendo cuidadosamente sus vestidos. Grillon en persona, gran muchacho de un legendario vigor, de barba pelirroja, ayuda a las señoritas a tomar lugar, bajo las miradas de un grupo de burgueses endomingados, de obreros y soldados con sus amigas apoyadas sobre la balaustrada del puente.

Alrededor de la Grenouillère, inmensa rada cubierta en parte, el río bulle de yolas, de esquifes, de canoas, de embarcaciones de todos los tipos y formas. Los cinco amigos atracan la Hoja al Revés, escalan la balaustrada del café y se sientan en una mesa.

La Grenouillère, café-piscina y cabaret, uno de los establecimientos más famosos de Francia, se ubica a lo largo de la isla de Crosissy en el gran bucle que forma el Sena. En la isla, la muchedumbre del domingo deambula o se sienta bajo los árboles, mujeres maduras, muchachas con cabellos teñidos de rubio o pelirrojo, de senos desmesuradamente redondos y exagerada grupa por un sabio relleno; el rostro muy maquillado, los ojos carbonizados, los labios tachados de rojo, haciendo alarde del mal gusto de su escandaloso vestuario que barre el césped; junto a ellas unos jóvenes posan en unos atavíos de grabados de moda, con bastones y guantes claros.

La Grenouillère incluso es un tropel furioso y chillón. Hombres, de cara enrojecida, el sombrero hacia atrás, están sentados con unas mujeres en unas mesas repletas de vasos, de botellas, de conchas de mejillones, de colillas, de pieles de salchichón, donde las consumiciones esparcidas forman regueros. Cantan, discuten, vociferan, porque son grises, porque son brutos, porque es su evasión del domingo o porque todo el mundo berrea. Las bocas de las mujeres gesticulan con estúpidas sonrisas, las putas deambulan entre las mesas buscando un cliente para que las invite a un trago y, tal vez, a pasar la noche con ellas. Las obreras en busca de fortuna murmuran obscenidades rozándose con los hombres. Flota allí un olor a sudor, a perfume barato, a polvo de arroz, a vino barato y a axilas.

— ¡ Camarero...! ¡ La cerveza !— grita Tomahawk.

Todos golpean a la vez sobre la mesa untada de pez, hasta que el camarero, transpirando y exhibiendo unos brazos velludos, deposita allí dos botellas y unos vasos, precipitándose más allá. Los sonidos desafinados de un piano se unen al barullo. Una veintena de parejas brincan, animadas por las voces achispadas de los espectadores.

Guy se embriaga alegremente con este espectáculo ruidoso y ensordecedor, experimenta un infinito goce en esa gloriosa vulgaridad, la tosquedad, la peste y la bajeza de lo que estalla ante sus ojos. Todo el deshecho de París está allí. Disfruta mirando a los

especuladores sospechosos, los carniceros con frente de antropoides, los peones que han abandonado el colegio, periodistas venales, mercaderes de amor, políticos corruptos, alcahuetes, rentistas viciosos, jugadores, drogadictos, aventureros de todo tipo, conocidos o no, alborotadores o discretos, maliciosos o estúpidos. Las hembras, balanceando y retorciendo la grupa, exponiendo sus pechos, son tan espléndidamente primitivas como los machos. Emana allí un tufillo de amor animal. La Grenouillère es una gran cloaca donde estalla la lubricidad.

De vez en cuando el agua salpica a los bebedores cuando los nadadores se lanzan de cabeza en el Sena desde el borde o desde una pequeña plataforma. Gritos de protesta se levantan. Las personas son irascibles y la Grenouillère es conocida por los homéricos combates que se libran allí. Inclinados encima de la balaustrada, unos hombres se dedican a hacer comentarios picantes sobre las bañistas, que han ido allí para exhibir sus encantos a la vista de los posibles clientes adoptando unas provocativas poses. Las más jóvenes arquean su cuerpo y gritan obscenidades a los mirones. Las que están en lo alto, supuestas esposas o amantes reconocidas, escupen sobre las otras y vomitan una sarta de insultos a sus rivales.

No lejos de Guy, un acordeón acompaña al piano. En la mesa vecina, un grupo se dedica a berrear; Guy y Petit-Bleu entonan una versión obscena de la canción. Guy ha observado en esa mesa a una gran morena; tiene los ojos muy maquillados, un gran pecho y una boca escarlata. Está en compañía de un muchacho musculoso, de cabeza minúscula y brazos de estibador. Muy achispado, se vuelca sobre la mesa bramando la canción.

Guy sonríe, tiene ganas de provocar a ese hombre para ver lo que pasará. Inclinándose sobre la mesa, dice: — ¿ Quiere bailar, señorita ?— Ve en la mirada del otro la sorpresa dar paso a la cólera. En el mismo instante Petit-Bleu, queriendo que su versión prevalezca, berrea en el estilo de la Grenouillère:

— ¡ Cierra la boca, cabeza de alfiler!

El tipo se levanta de un salto y rodea la mesa para saltar sobre Petit-Bleu, tropieza con la pierna que Tomahawk ha alargado con rapidez, cae de narices y, antes de haber podido levantarse, se encuentra con el pie de Toque en el cuello, mientras que Tomahawk le vacía la cerveza en los cabellos.

Un rugido de alegría se eleva de las mesas contiguas. Los ojos de la gran morena brillan.

- ¡ Dadle un baño !— se oye.
- ¡ Duchad a ese cabrón!

Petit-Bleu está en guardia, dispuesto a pelear. El pianista continúa tocando sin preocuparse de nada. Guy piensa que va a haber combate, pero para general estupefacción, el joven levanta la cabeza, abre la boca y recibe el chorro de cerveza, luego, cuando Tomahawk para de vaciarla, se apodera de la botella, la vacía en su gaznate y queda allí con una sonrisa ingenua. El público está en la gloria. El hombre se pone en pie y, riendo como los demás, se abalanza sobre Petit-Bleu que lo esquiva ágilmente. Entonces comienza una alegre persecución. Derriban las mesas, botellas y vasos se hacen añicos contra el suelo, rodean a los camareros asustados que llevan bandeias al extremo del brazo por encima de sus cabezas. Petit-Bleu lanza a las piernas de Cabeza de Alfiler todo lo que encuentra a mano, una chistera, una servilleta mojada, una bandeja de conchas de mejillones, sillas. La muchedumbre golpea con los pies, aulla de gozo. De repente Petit-Bleu salta sobre la balaustrada y allí continúa su carrera. Cabeza de Alfiler le pisa los talones

Eso no puede durar. Petit-Bleu tropieza, el otro lo agarra. Se detienen un instante, tomando aliento, luego Cabeza de Alfiler levanta a su adversario, lo mantiene un instante sobre el agua, luego lo deja caer. Guy y Tomahawk saltan juntos, pero Guy aparta a su compañero, tomando al asalto a Cabeza de Alfiler y un instante después ambos ruedan entrelazados por el suelo, sacudiéndose la cabeza, riéndose como locos. Se separan, se levantan, el cuello extendido, la mirada al acecho, dispuesto a batirse.

- ¡ Vamos, Pierrot!
- ¡ Éntrale, Prunier!
- ¡ Vamos, muchachos!

Se arrojan uno sobre el otro, agarrándose, tropiezan con la barandilla y caen al Sena sin soltarse. Guy emerge el primero, luego Cabeza de Alfiler, que le da la espalda. Guy le hunde la cabeza bajo el agua pero siente al otro aferrarse a sus piernas y atraerlo hacia el fondo. Regresan jadeantes a la superficie luego de nuevo se abalanzan uno sobre el otro. Desde la Grenouillère

alguien les arroja una silla, una mesa sigue el mismo camino. Todos están de pie y vociferan. En el transcurso de la refriega, Guy siente el cuerpo del otro relajarse. Lo atrapa justo a tiempo por su camiseta desgarrada. Cabeza de Alfiler está inconsciente. Guy lo remolca hasta la orilla opuesta, lo iza y regresa a nado después de haberse asegurado que el otro vuelve en sí.

Es ostensiblemente aclamado cuando reaparece chorreando entre las mesas. Petit-Bleu está sentado con los demás. La morena está allí. Guy se aproxima, se inclina:

- Señorita, ¿ quiere usted bailar?
- Espere un minuto.— responde levantándose, los ojos brillando de placer. Desaparece un momento, luego regresa en traje de baño negro con volantes hasta las rodillas.
 - Ahora... sí.

Bailan como locos, excitados, galvanizados, un poco incómodos el uno con el otro; luego trepan al techo donde se quedan a fumar unos cigarrillos. Ella se llama Musotte, eso es todo lo que consiente que él sepa. Debe ser de un canallesco delicioso.

Cuatro voces aúllan cadenciosamente: « ¡ Pru-ni-er ! ¡Pru-NI-er ! ». El mira hacia abajo. En la Hoja al Revés los otros lo llaman.

- ¡ Aquí, ya voy! responde, luego, dirigiéndose a la chica: Cabeza de Alfiler regresa, acaba de encontrar pasaje en una canoa. ¿ La veré la próxima semana?
 - Sí... de acuerdo.
 - ¿ Sin Cabeza de Alfiler ?
 - -; Pru-NI-er!
 - Quizás.— dice ella.
 - ¡ Ya voy!¡ Cuidado, panda de sapos!

Y se lanza desde el techo.

CAPÍTULO VI

Las farolas de gas iluminan el bulevar. La lluvia ha atenuado el calor. La ola de transeúntes lo atraviesa lentamente, a la búsqueda de un poco de aire, vestidos desabotonados, cuerpos húmedos. Guy lanza una mirada de envidia hacia las terrazas de los cafés, sobre los bebedores que charlan y lucen su hinchado vientre ante los veladores, donde bebidas ambarinas, amarillas, rojas o oscuras brillan baja la cruda luz de los escaparates.

Su mano tantea unas monedas en su bolsillo. No tiene que contar las piezas; pues estamos a día 27 y sabe que no le quedan más que cinco francos y diez centavos hasta la próxima paga. Eso representa tres almuerzos y una cena, o dos almuerzos, dos cenas y una caña a seis centavos. Bajo sus ojos, un hombre gordo vacía una alta copa de cerveza en su gaznate. Guy puede distinguir las perlas de frescor sobre el vaso; siente la garganta todavía más seca. Si ahora cede a la tentación y bebe una caña, adiós a la cena del día siguiente... y eso supondría realmente hambre. Esos finales de mes son verdaderamente penosos, no consigue nunca llegar sin pasar hambre.

Una vendedora de amor se aproxima a él balanceándose: «Hola, querido. ¿ A dónde vas ? » Siente su cálido olor, el perfume ácido de su nuca y sus vestidos. Se detendría a gusto para hablarle, pero sin un centavo en el bolsillo no se atreve. Comparte el gusto de Flaubert por las prostitutas: ellas saben hacer el amor ya que lo venden.

Sacude la cabeza y pasa. Los escaparates de las tiendas relumbran. Ve su reflejo en uno de ellos: alto, ligeramente inclinado sobre la oreja, ojos marrones claros, bigote abundante

dominando unos labios que se retraen, mentón enérgico. Lleva la cabeza un poco hacia atrás, su cuello está plantado entre amplios hombros.

Cuando llega a la Ópera, se detiene indeciso, mirando moverse al gentío. Parece que hace más calor que nunca. El reloj luminoso de cuatro caras dominando la calzada, marca las diez menos diez. Podría regresar a su casa, en la calle Moncey, en esas dos habitaciones tan pequeñas que tiene que utilizar sillas plegables y guardarlas en un armario. Suspira. Sus dedos palpan las monedas. ¡Ah ¡ Ahí está el otro aspecto de la vida sobre el río de la Grenouillère, eso... y el Ministerio.

En una esquina de una calle, cercad del Vodevil, un hombre tropieza con él al pasar, se detiene, mira a su alrededor, observa un coche que se detiene a lo largo de la acera, y sube. Sin una palabra, el cochero fustiga al animal. Cuando el coche pasa a su altura, Guy distingue claramente las voces en su interior.

- Señor... ¿ Qué quiere decir ? ¡ Se lo ruego !
- Pero..., señora..., no comprende...
- ¡ Cómo se atreve! ¡ Es vergonzoso!
- Señora..., se lo ruego..., déjeme explicar. He encontrado a una persona en el Baile de la Ópera..., una mujer encantadora. Ha aceptado una cita... Me ha dicho que me esperaría aquí en un coche... calle de Helder. He visto este y he creído...
 - Señor, usted trata de comprometerme.

El vehículo se aleja. Guy entreve a la mujer, una masa de cabellos rubios recogidos en lo alto de la cabeza, ojos negros. Es divertido. ¡ Las putillas continúan con ese juego! La encantadora dama del baile tienta a los hombres, les propone una cita... « Espéreme en una esquina. Debo disimular... Mi marido... Estaré en un coche. » El resto es fácil. A veces tienen diez compinches que esperan fuera.³⁹

Atraviesa la calle y se encuentra con Rechegude saliendo del Helder. Éste lo saluda alegremente, estrechándose la mano.

- \uplambda Qué tal ? pregunta Guy observando la prisa de su amigo.
- ¡Ah, querido! ¡ Qué vida ! No te imaginas lo que sufro. Había logrado engatusar a Valtesse de la Bigne...
 - ¡ Vaya!

- ¡ Valtesse de la Bigne, una de las más costosas fulanas a la vista!
- Todo iba sobre ruedas, prosigue Rochegude.— Yo era «caballero». Pero cuando le ha echado el lazo al conde de Pugues, he bajado de categoría. Ya no soy más caballero...., simplemente el amante de corazón. La doncella me oculta en un armario cuando Pougues llega. Un día se olvidó de mí y descubrí que tenía un amante de segundas. No puedo encontrarme con Valtesse más que a escondidas, en restaurantes donde nadie nos conoce... y luego se separa. Ah, viejo, es lamentable. Es necesario que me salve.

Rochegude se aleja con un saludo amistoso. Guy ríe siguiéndole con la mirada.

Se siente bien, coloca su bastón bajo su brazo, lo atrae sobre su chaleco y... sus dedos palpan un objeto redondo en el dobladillo. Se apresura a extraerlo. ¡ Una moneda, una moneda de diez francos ! Se siente rico; da un paso hacia la terraza del Helder, con visiones de cerveza fresca, luego se para. No, eso merece ser festejado. Puede beber su cerveza en el Folies-Bergère y ver al mismo tiempo el espectáculo. Marcha a buen paso.

El pasillo tras los palcos del Folies está lleno. Un ligero vapor de tabaco sube en delgadas espirales. Guy está apoyado en la barra central, bajo las miradas de las vendedoras de amor y de bebidas, maquilladas o no que lo tientan; degusta su cerveza a pequeños sorbos, mirando desfilar la multitud. ¡ Cuanta gente! Todo el Bulevar está ahí y la mayoría de los vividores. No hay más que un tipo de mujer; van solas o por parejas, mirando con descaro a los hombres y dispuestas a sonreír a la primera ocasión. Llevan sombreros escandalosos, exhiben unos pechos demasiado grandes, embutidos en unos corsets que arquean la espalda de un modo provocativo.

Para estar rodada en los Folies, una muchacha debe tener bastante experiencia en la profesión; no hacen la carrera si el negocio va verdaderamente mal. A veces van una temporada a los balnearios donde los casinos les procuran buenas cosechas. Trabajan igualmente los hoteles, pasando horas ante la misma crema de menta, saludadas con respeto por el conserje que se lleva un porcentaje sobre los clientes. Longchamp es también un terreno abonado; pero el pasillo de los Folies les procura todavía buenas

ganancias, las más seguras y las más remuneradas... sin contar la posibilidad de dar un buen golpe con un extranjero.

Una gran morena, con un vestido de seda, se le acerca.

- Hola, guapo muchacho murmura —; Me quieres por diez luises ?
- ¿ Diez luises ? Ya me gustaría, ya sonríe Guy pero no tengo más que uno, hermosa.

Ella le devuelve la sonrisa y se aleja. Pero él la ve pasar en varias ocasiones y ella le mira cada vez, sus ojos se desplazan lentamente desde sus pies a su cabeza. Al cabo de algún tiempo, la pierde de vista y se va a situar detrás de un palco para mirar el espectáculo. Sobre el escenario hay cuatro trapecistas, con cabellos negros engominados, ondulados y unos bigotes encerados. La orquesta ataca, un enjambre de bailarinas invade la escena, precediendo a la gran cantante que arranca los aplausos del público. Apenas se tranquilizan, una oleada de perfume llega a las narices de Guy. Se gira y percibe tras él a la misma morena que lo mira, apoyada a espaldas del palco. Ella le pregunta:

- ¿ Vienes conmigo ?
- No puedo. No tengo dinero.
- Eso no importa. Eres un muchacho guapo. Ven.

Ella toma su brazo como señal de posesión y salen.

Unos reflejos salen de la pipa de Flaubert.

— ¡ Extraordinario !— estrecha afectuosamente la mano de Guy. — Ven por aquí. — Lo lleva a la ventana y mira atentamente su rostro asentando con la cabeza — Sí, sí. El retrato de mi pobre Alfred. Ya lo sabía por tu madre...

Es domingo; Guy ha atravesado el Parque Monceau para ir a la calle Murillo a visitar a Flaubert. Lo encuentra en zapatillas, vestido con su eterna bata marrón. Voces infantiles se oyen en el parque llegando a la ventana.

- Sigues siendo funcionario, supongo dice Flaubert.
- Sí. Acabo de saber mi graduación y a partir de ahora: soy adjunto del jefe del Negociad de Servicio Interior del...
 - ¡ Basta! ¡ Basta!
 - —¡ Depositario de los Impresos del Ministerio de la Marina!

- ¡ Es hhhhhhenorme !— exclama Flaubert mostrando horror y alegría.— Hay que imprimir eso sobre tus tarjetas de visita. ¿ Y que es lo que quiere decir ?— añade con ficticia seriedad.
- ¡ Oh ¡ reponde Guy es una sección del Servicio de Suministros. Creo que estoy encargado del control y recuento. Controlo los formularios y los impresos expedidos diariamente por la Imprenta Nacional y los proporciono a los servicios que los solicitan. Eso exige a lo sumo una capacidad intelectual de un niño de doce años.
 - ; Ah!
- Y por esa función de tan alta responsabilidad recibiré seiscientos cincuenta francos al año.
 - Suficiente para morir decentemente de hambre.

Ambos intercambian miradas irónicas.

— Mi pobre muchacho. — dice Flaubert — Te compadezco. Te compadezco sinceramente. Siéntate, ¿ quieres un café ? ¡EMILE! ¡Antes de irte sírvenos un poco de café... y mi tabaco! Sin embargo no puedes esperar nada mejor de esta puñetera República... ese... ese atajo de inútiles que manejan los asuntos públicos. Obsérvalos un poco. ¡ Grotescos! La democracia... ¡ Dios mío! Los representantes del pueblo son una banda de vendidos; no ven nada más que sus sórdidos intereses personales. ¡ Tienen el orgullo de los cretinos y las almas de los poceros! Mira esta puta gaceta.

Toma el periódico que está sobre la mesa y lee en voz alta:

— « Se rumorea que el señor Jules Grévy⁴⁰, presidente de la Cámara de los Diputados, dimitirá próximamente. » ¡ Jules Grévy, un campeón de billar, presidente de la Cámara!

El rostro congestionado, arroja la hoja al suelo, luego la recoge:

— Espera un poco. Todavía hay una muy buena. Escucha esto: « En el transcurso de su alocución, el señor Voutrebat, el alcalde, evocaba modestamente sus esfuerzos por sus administrados, cuando fue groseramente interrumpido por un adversario que gritó: «¡Sí, eso es cuando has aprobado esa estafa sobre las rentas !» El señor Voutrebat representa la dignidad personificada y propone llevar la Sanidad a los Comicios Agrícolas ».

Flaubert se golpea el muslo, radiante:

— ¡ Mira eso: la dignidad del señor Voutrebat ! Guy comparte su hilaridad.

A continuación hablan de la señora de Maupassant, luego de Bouilhet y, ante la insistencia de Flaubert, Guy muesta algunas poesías de su cosecha. Flaubert las lee con atención, emitiendo de vez en cuando un « ¡ Hum ! » y atusando su rubio bigote. Guy se mueve inquieto en su asiento, incómodo.

- ξ Qué estás leyendo últimamente ? le pregunta al fin Flaubert.
 - Ehh... a Lamartine...

Flaubert arroja una hoja a Guy.

- Eso es... puro Lamartine. ¿ Y a quién más ?
- Leconte de Lisle.
- ¡ Aquí está Leconte de Lisle! Y Flaubert arroja otro poema. ¿ Porque imitas a los demás? Eso es lo que haces. Mira esto... Chénier, Lamartine... Aquel incluso se parece a Hugo.
- Pero son grandes poetas murmura Guy un poco desconcertado
- Para tí, ruge Flaubert NADIE es un gran poeta. Métete bien eso en la cabeza. ¿ Entiendes ? ¡ Nadie ! Si quieres marcar una página con tu personalidad, y nada importa antes de que encuentres el medio, no debes pensar en ningún modelo, en nadie a imitar. No admires a nadie, ¿ entiendes ? Tú tienes ojos, sírvete de ellos. También tienes una lengua, no trates de hacer hablar a otro. Aleja de tu espíritu a Lamartine y a los demás. ¿ Comprendes ? Cuando leo versos de Guy de Maupassant, es su voz la que quiero oír y no la de un ventrílocuo tratando de evocar el fantasma de Lamartine.

— Sí.

Nervioso, Flaubert se levanta y camina a grandes zancadas, en cada media vuelta su bata se agita de un modo muy divertido.

- En resumen, eso no vale nada. dice Guy.
- Yo no diría que eso sea una poesía muy notable, prosigue Flaubert— no la calificaría por encima de algunas elucubraciones de tercer orden. Está bien, está bien, muchacho. Es inutil desanimarte. Te gustaría que te dijese que es muy espiritual, vivido, bien construido. Pero sí, tú lo querías. ¿ Por qué has padecido escribiéndolo, no? He dicho padecido, pero el trabajo no implica valía. Es una idea preconcebida, una tontería de nuestra época industrial. Lee a Buffon. Para escribir, debes pensar, sentir y decir lo justo... todo al mismo tiempo. ¡ Tranquilo! Eres como los

demás, quieres convertirte en un Racine o en un Corneille de un solo golpe. — De pronto se detiene, una sonrisa curva su amplio bigote; se acerca a Guy y le pasa el brazo por el hombro.

— Chaval, soy un viejo bruto. Te he dicho cosas duras porque te quiero. El afecto de un anciano da ese privilegio y te pido conservarlo. Te estás iniciando en la más difícil de las artes. Estás empezando y ya avanzas, veo progresos. Persevera. El talento no es más que una larga paciencia. ¿ Quieres que trabajemos juntos ?

Guy asienta con la cabeza y Flaubert continúa:

- Eso que tú tienes ahí vale mucho más que algunas obras de los Parnasianos.
- ¿ Usted cree ?— dice Guy mirándolo con asombro, pues los Parnasianos forman el más reciente grupo de poetas en voga.
- Sí, lo creo. Pero... —Flaubert se inclina y toma el manuscrito.— Aquí, por ejemplo ambos se inclinan sobre las hojas «desaparecer » suena mal, ¿ no estaría mejor si dijeses... «zozobrar», por ejemplo?
 - Sí
 - Aquí, creo preferible invertir las palabras. Así.
 - Por supuesto, está mucho mejor.
- Nada de « lejano ». Tacha... Escribe: « eco burlón », eso le da cadencia.

Guy hace las correcciones. Mira el rostro pleno y rosado de su viejo amigo, sus ojos azules, ligeramente protuberantes, brillando de placer. ¡ Que mago de las palabras!

- Sí.. ¡Oh, es maravilloso!
- Repite eso, dice Flaubert mirándolo severamente.— Guy lo hace y Flaubert, con los ojos llenos de lágrimas, le tiende los brazos y murmura con emoción:
- Es mi corazón, hijo mío. Este viejo corazón que se emociona viéndote. Acabo de tener la impresión de que Alfred me hablaba.

Sobre la chimenea, el reloj de péndulo da una campanada. Guy recuerda que a la una Flaubert recibe a sus invitados los domingos. Se levanta:

- Me vov.
- Quédate, quédate, hijo. Quiero verte aquí.

Flaubert va a su despacho, toma en un cajón un gran paño de seda rojo y lo extiende sobre su material de trabajo. Luego

desparece en la habitación contigua, quita su bata y regresa elegantemente vestido, con un chaleco estampado de flores y unos zapatos barnizados. Ejecuta un baile grotesco y, cuando suena el timbre de la entrada, va a abrir el mismo.

- ¡ Tourgueneff⁴¹ ¡ ¡ Mi buen Ivan! Flaubert, en el umbral de la puerta, da una calurosa acogida a un gigante.
- Esta maldita gota... gime Tourgueneff. Entra arrastrando la pierna. Inmenso, con un rostro mofletudo, una ondulada barba blanca, un bigote negro, cabellos desordenados por el viento, es la imagen legendaria del noble ruso. Aunque después de haber vivido diez años en París haya adoptado ciertas maneras francesas, ha conservado una impronta rusa indeleble, pasando horas repantigado en un sofá hablando de literatura, revolución y arte. No importa que sofá, él está bien; pasa la mayor parte de su tiempo sobre el de su lujoso apartamento, en la calle Douai, en el tercer piso, rodeado de sus figuras de porcelana, en una especie de gabinete muy caluroso, cuidadosamente aislado de las corrientes de aire. Tourgueneff ama sus comodidades hasta tal punto, que su amiga, Pauline Viardot, vive en el piso de abajo.
- Allí dice Flaubert, indicando el sofá sobre el que Tourgueneff se deja caer enseguida. Guy se inclina cuando Flaubert lo presenta.
- Trabaja en la Administración. Ha comenzado escribiendo poesía y ahora quiere dedicarse a los relatos.
- Eso es exactamente lo que yo he hecho indica Tourgueneff con su extraordinaria voz chillona. ¡Exactamente! ¿ No le gusta la Administración?
 - Oh... no.
- Mi madre se puso tan furiosa al verme abandonar esa carrera que me cortó las asignaciones, hasta el último copec⁴². Sí, hasta el último. Ah, es penoso hablar de estas cosas, pero hay que decir que mi madre era una tirana horrorosa.

Flaubert interviene para desviar esa oleada de confidencia eslava.

— Hace falta que nos vuelva a leer « Torrentes de Primavera »,
— dice, luego volviéndose hacia Guy: — Eso te enseñará como se escribe un relato. Es espléndido.

Tourgueneff está considerado como un maestro por los autores europeos. Es franco y encantador, aunque Guy aprecia en él un deje de presunción.

Un nuevo timbrazo, luego otros; en media hora el salón está lleno de personalidades literarias, hablando todos simultáneamente. Allí está Émile Zola⁴³, torso cilíndrico bajo un rostro ovalado con una barba hirsuta y una curiosa nariz respingona; pasea a su alrededor una mirada miope y grita a Flaubert:

- ¿ Dónde está el inglés del otro día ? ¿ Cómo se llamaba? ¿Johnson.. ? ¿ Jackson...?
 - James. ¿ Es a Henry James a quién usted se refiere ?
 - El mismo.
 - Está en América.
- No importa. Necesito algunos improperios anglosajones y me había prometido una lista.
- ¿ Motivos científicos ? —pregunta Flaubert giñando el ojo. Zola imaginaría fácilmente haber descubierto la Ciencia.
- ¡ Desde luego!— responde Zola, mirando nerviosamente a todos lados con vivos movimientos de cabeza. Estrecha enérgicamente la mano de Guy cuando Flaubert se lo presenta. Está escoltado por un joven de tez olivácea, y párpados curiosos, que le dan un aspecto de miope, y unos brillantes dientes blancos, Paul Alexis⁴⁴, su discípulo. A Guy le cae bien.
 - Se dice que Coppée⁴⁵ está enfermo...

Tourgueneff ha traído un regalo a Flaubert, una gran caja de caviar « recién llegada de San Petersburgo .»

— ¡ Que tiempo! Está mejor en Rusia, — dice estirándose sobre el sofá — pero yo estoy más inspirado en París.

El jaleo de las conversaciones llena la estancia. Un gran hombre delgado de rostro aristocrático, con ojos sombríos, cabellos engominados cuidadosamente dispuestos en un desorden romántico, se encuentra ante la chimenea. Flaubert, divertido, se lo presenta a Guy: Edmond de Goncourt⁴⁶. Goncourt le tiende dos dedos a estrechar. Apenas Guy los ha tocado siente que alguien le golpea en su espalda con la mano, como para decirle: « Es suficiente ». Guy suelta los dedos. Mientras Goncourt habla con otro, Guy advierte su pálido rostro, su lunar, su fina nariz, sus pupilas curiosamente dilatadas, su monóculo y su aspecto que emana egoismo.

Alphonse Daudet⁴⁷, con perfil de cabra, es el centro de un ruidoso grupo; cuenta una historia sobre uno de los personajes a los que mejor imita, el difunto emperador:

— « Entonces llamó a mi asistente de campo y le vio llevar este mensaje a su domicilio: « ¿ Cuando, dónde, cuánto ? » Ella responde: « Esta noche, en mi casa » Hace una pausa: «De-li-cio-so »

Risas y aplausos estallan. Daudet es uno de los escritores presentes que financieramente ha tenido más éxito..., él no lo oculta. Goncourt lo llama el Jeque.

- Zola, venga acá, tengo algo interesante para usted.— dice Tourgueneff.
 - ¡ Ah! exclama Zola llevando su cuaderno a sus ojos.

Toma notas sobre todo y por todas partes. Se hace invitar a una velada mundana y permanece en un rincón, registrando mentalmente los detalles de un modo tan evidente que los invitados se vuelven y murmuran: « Ese es Zola... está tomando notas sobre nosotros.»

- ¿ Ha oído hablar usted de Vyestnik Yevropi ?— pregunta Tourgueneff.
- Debo confesar que no, responde Zola con la consternación pintada en su rostro.— Hay un agujero en mis conocimientos científicos.
- Un periódico de San Petersburgo; es decir « El Correo Europeo ». Yo podría daros el puesto de corresponsal literario, si os apetece.
 - Dios mio, sí... si paga.

Los libros de Zola han hecho época pero se venden mal.

- ¿ Que ocurre ahí ? pregunta Guy a Alexis que acaba de aparecer detrás de él. Señala, al otro lado del salón, a un hombre joven y guapo; tiene largos cabellos rubios y el rostro de un Cristo seductor y sensual.
- Catulle Mèndes⁴⁸ responde Alexis Se lo presentaré si encuentro ocasión.
 - ¿ A qué se dedica?
- Oh, es un poeta. Viene de Burdeos y se ha casado con Judith Gautier, la hija del viejo Théo⁴⁹. También publica revistas. Tiene mucho talento. Puede imitar cualquier estilo... incluso el de los clásicos griegos. Goncourt pretende que ha nacido de la hija de un

carcelero, en una prisión donde su padre estaba detenido por motivos políticos u otros.

— ¿ Cree usted que Goncourt posee ese tipo de información ?
 — dice Guy.

Se dice que tiene un diario,— murmura Alexis — en el que figuramos todos nosotros.

- ¡ Ah! Está al acecho de todos los cotilleos.
- Sí, y tiene una mentalidad femenina. ¿Usted también solamente ha tenido derecho a dos dedos ?
 - Sí... y a un golpecito.
- Si usted va a presentarle sus respetos en su desván, así es como llama a su casa de Auteuil, tendrá derecho a un dedo más, sin golpecito.

Permanecen mirando a Goncourt exhibiendo su indolencia estudiada, escuchando con condescendencia al pintor Philippe Burty⁵⁰ que con toda seguridad ya ha estado en el Desván.

La bruma del tabaco se espesa. El tono de las voces sube. Alexis va en busca de Guy en un rincón, llevando consigo a Catulle Mendès.

- Alexis me dice que es usted poeta.—dice el autor después de la presentación.
- Sí, reescribo todo lo que he leído, responde Guy, y los tres ríen, radiantes.
- Voy a lanzar una nueva revista,—prosigue Mendès «La République des Lettres ». He encontrado un socio, un tipo maravilloso. ¡ No ha publicado hasta el momento más que temas de obstetricia! Esta será parnasiana. ¿ Por qué no me envía usted algo?

Guy está halagado, pero duda.

- No, no bromeo.— añade Mendès.
- De acuerdo,— decide Guy pero será preferible no poner mi nombre... eso sería saltar por encima de Flaubert.
- Perfecto. Nuevos nombres, es precisamente lo que buscamos... nuevos nombres.

Unos estallidos de voz se elevan en un rincón, se discute de política. El historiador Taine⁵¹ apenás puede dejarse oir en el tumulto

— Francia

- ¿ Y la carga de los coraceros en Reishhoffen, que usted comenta?; Eso es puro heroismo!
 - ¡ La Ré-pu-bli-ca!
- Francia no aprenderá jamás afirma Taine, cuyo tímido rostro resplandece— Sedan, la debacle, la rendición de Bazaine...¡tantas victorias! Haga lo que haga Francia, soporte lo que soporte, siempre recibirá algo más que una lección... la transformará en triunfo.

Esto suscita una nueva explosión.

- ¡ La edad de oro de la humanidad ha comenzado en 1780 para acabar en 1870 !
- ¡ Daudet !—exclama Tourguenff— ¿ Va en serio vuestra cena de « Los que han sido abucheados »?
- En efecto responde Daudet— En el Café Riche, pero es necesario haber sido silbado y abucheado hasta el punto de que la representación haya debido detenerse, como Goncourt, Zola, Flaubert y yo.
- Yo me he visto obligado a evacuar el escenario bajo los abucheos, se lo juro.
 - ¿ Dónde ?
- En Kiev. Mi tragedia en seis actos. Incluso me han arrojado nabos

La humareda se vuelve ahora más densa y las voces más altas. El reloj de péndulo desgrana las horas. Flaubert está inmerso en una viva discusión con Zola.

- La renombrada... me vuelve loco. La ciencia... más loco y el Naturalismo... archiloco muge.
 - Pero como hombre de letras, Flaubert, debería...
- ¡ Guarde sus títulos ! Yo declino el honor. Soy un burgués que vive en el campo y me dedico a la literatura. No pido nada a los demás... ni respeto, ni honores, ni incluso estima. Ellos pueden pasar muy bien de mí. Únicamente les pido no envenenarme con sus indiscreciones.
- Pero eso es tanto como cerrar los ojos hacia la condición social responde Zola.
- ¡ La condición social... sin valor ! ¡ Me vuelve loco !— brama Flaubert levantando los brazos al cielo. ¡ La condición social no tiene nada que ver con el arte ni con la literatura !

- ¡ Pero eso es imposible ! ¡ Usted no puede negar el Naturalismo!
- ¿ Y por qué Naturalismo ? ¡ Etiquetas... nada más que etiquetas ! Es tan idiota como Champfleury⁵² con su Realismo...¡ aún teniendo el merito de ser el primero !
- Pero, Flaubert, usted mismo lo ha comenzado. Usted ha destruido a los últimos románticos. « Madame Bovary » es la obra maestra del Naturalismo... y vo tengo que rendirle homenaje.
- ¡ Mierda !— aulla Flaubert, completamente congestionado — ¡ Mierda !

Guy lo mira, espera que una de sus venas estalle. Su bigote de vikingo tiembla. Sus rugidos cubren las otras voces.

— ¡ Y remierda, coño!

El Almacén de los Impresos da a un pequeño patio del Ministerio y es todavía más sombrío que los otros despachos del Servicio de Suministros de la Flota. Pegando su rostro a un batiente de la ventana, Guy consigue a duras penas ver una porción de cielo tan pequeña que una golondrina la atraviesa en un segundo.

El señor Pons, jefe del Almacén, está aislado detrás de un biombo. Lleva un par de gafas, una sobre la frente, la otra sobre la nariz y las hace alternar con una rapidez extraordinaria cuando extiende el cuello para sorprender a los que no hacen nada. Pero sus esfuerzos son reducidos a la nada por el violento ruído con el que aspira siempre su goteo nasal, señal de su presencia.

Guy está en su despacho, calculando cuando llegará el próximo momento de libertad. Pasa sus dos semanas de vacaciones oficiales en Étretat, pero apenas llega, ya debe partir y, sucumbiendo a la tentación, ha cometido el error de haberlas tomado antes, en junio. Suspira. Usted espera esas dos semanas durante once interminables meses y se desvanecen tan rápido que tiene la impresión de no haber dejado el Ministerio y espera todavía las vacaciones... terminadas desde hace diez días. Sí, el cielo es todavía azul y una parte del verano está por llegar; eso no impide que esa mañana haya tenido la impresión de un primer adelanto del invierno, los árboles de las Tullerías pierden sus hojas, se encienden las farolas desde las tres, la lluvia golpea en los cristales... se estremece. ¡ Ah, si pudiese vivir en un país donde el sol brille siempre!

Permanece absorto en la contemplación del calendario. El catorce de julio, próximo festivo, cae un lunes; con el domingo, eso supone dos buenas jornadas; tal vez incluso podría partir el sábado para Étretat. Pero el día de Todos los Santos es un sábado; eso no hará más que dos días en lugar de los tres del año pasado.

- ¡ Señor de Maupassant !— relincha el señor Pons detrás de su biombo. Hay que verificar estos formularios de solicitud.
 - Bien, señor.

Guy nunca ha detestado tanto este lugar.

En el patio, el reloj da las doce campanadas del mediodía, su repiqueteo llega vagamente hasta el despacho. El señor Patouillat se estira sobre su silla, clara señal de la proximidad del almuerzo. Guy siente un apetito feroz. Sus finales de mes famélicos comienzan ahora, a mitad de mes, pues desde su ingreso en el Almacén de los Impresos, su padre le ha reducido la pensión. Tanto peor, el almuerzo deberá esperar a mañana. Después de todo, muchas personas que él conoce viven así desde hace años, sobre todo los pintores de Argenteuil y de otros puntos de la rivera. Los encuentra en la calle o en las tabernas menos frecuentadas próximas a la calle Moncey... Sisley, Renoir, los hermanos Caillebotte. La otra noche Renoir lo abordó en la calle Clauzel para decirle que tenía la idea de un gran cuadro de las orillas del Sena.

- Será un grupo, cuatro o cinco retratos de remeros... tal vez una muchacha. Lo titularé: *Le dejeuner des Canotiers*. Imagínate el estilo. ¿ Qué te parecería posar para eso, con La Toque y los otros de la Hoja? Sois los que me hacéis falta.
- Pienso que no podrías mantenerlos tranquilos suficiente tiempo, — responde Guy riendo.— De todos modos, gracias por el honor

Esos pintores nunca dicen que le han comprado uno de sus cuadros. Hay, no lejos, en la calle Bréda, un portero que conserva en un almacén que filtra agua un montón de obras de Claude Monet⁵³, pide cien francos. El señor Tanguy, el marchante de arte de la calle Clauzel, es más realista; no pide más que cincuenta francos por un Renoir y treinta por un Cézanne⁵⁴. En el Salón de los Rechazados, los guardias deben vigilar que los visitantes no rompan con su bastón o su paraguas las telas de los impresionistas. Guy ha oído hablar de un pobre diablo de los alrededores que habría hecho acopio, llenando una habitación, de esos cuadros a

costa de increíbles privaciones. Sus medios no le permiten tener calefacción, y nada más que un poco de petróleo, pero pasa horas en la contemplación de sus cuadros a la luz de una bujía. Sus vecinos encuentran muy divertido llevar amigos a su casa, nada más que para oírle decir que esos cuadros están « reservados para el Louvre »; lo consideran claramente un alienado.

Sin embargo, fuera del Ministerio hay buenos momentos; la Administración todavía no lo ha intoxicado. Piensa con placer en Marcelle, la morena de los Folies-Bergères; ella tiene entradas para el Vodevil y el Olympia; se encuentran cada semana... yendo al espectáculo cuando ella no trabaja, como unos burgueses.

Esa tarde, en compensación por unas fórmulas de solicitud, el señor Pons desaparece del despacho a las cinco... misteriosamente convocado por el subdirector adjunto. Guy aprovecha y encuentra a Petit-Bleu en el café contiguo al Gymnase.

- ¡ Buen Dios ¡ ¿ Qué le pasa a la Marina ? ¿ Ha cerrado la tienda ?
- Escucha, viejo, dice Guy Si conseguimos que Simbosel nos dé dos camas en el Petit Matelot, podríamos vivir allí
- ¡ Buena idea! En el momento que estemos allí, tomaremos el tren más pronto.

Simbosel está de acuerdo y ambos esperan alegremente a La Toque y a los demás, con sus camisetas rayadas que permiten ver sus bronceados brazos hasta las axilas; la cabeza de Guy está cubierta por su sombrero de paja.

— ¡ Vamos, pandilla de paralíticos! ¿ Aún estáis en la carcel? — vocifera Guy bajo la reprobadora mirada de los burgueses. Luego alza todavía más la voz, intencionadamente ante un caballero que luce la roseta de la Legión de Honor: — ¡ Dime, Tomahawk! ¿Y tu hermana, ha podido por fin hacerla pasar?

Están radiantes. Esa falta de discreción, ese modo de provocar al burgués, son una especie de revancha por la cautividad del Ministerio, una protesta contra la respetabilidad fosilizada que esa institución simboliza. Es por la misma razón que poco después corren, chorreando agua, entre los paseantes sobre el puente de Chatou, atravesando el parapeto y lanzándose gritando obscenidades.

El domingo por la mañana, parten temprano y reman noventa kilómetros. Al regresar, llegan a Chatou, al Café de la Marina, para beber una cerveza antes de volver.

- ¿ Cuánto hemos hecho hoy en total ? pregunta Tomahawk con voz cansada.
 - Noventa, aproximadamente calcula Petit-Bleu.
- ¿ Metros, sin duda ? ironiza detrás de ellos un hombre en camiseta de remero.
 - Ki-ló-me-tros.
 - El hombre hace un gesto con desprecio y les da la espalda.
- Apostamos que te gano, de aquí hasta el puente y regresar
 dice Guy.
- Vamos a ver,— responde el hombre que corre hacia su barco amarrado enfrente. Guy acaba tranquilamente su cerveza y se acerca a la orilla. El otro ya va de camino hacia el puente. Se ve a Guy desatar la embarcación, tomar los remos y tirar firme. La distancia disminuye, Guy llega casi a la altura del otro, luego, en un último esfuerzo gana la orilla, salta a tierra y se precipita con la mano tendida hacia el otro para ayudarlo a desembarcar.
 - Ahora, te reto a nadar hasta el fondeadero.

El otro jadea, con la boca abierta; sacude la cabeza. Cuando Guy se hunde, nada hasta allí y regresa. Tomahawk proclama:

— ¡ Por Dios! ¡ Mirad eso! No sé como puede hacerlo.

Los demás aprueban a coro.

- Por hoy ya me es suficiente.
- A mí también... sobre todo después de lo que hemos remado.

¡ Qué jornadas! Todos los escluseros del Sena conocen la Hoja al Revés y a su tripulación, todos los bailes al aire libre de Gennevilliers, Nanterre, Bougival y Sartrouville, hasta Médan y Triel. Y además, siempre tan numerosos, mostrando una inmutable propensión al amor, a las chicas. A veces es Mouche quién se acuesta por turno con los cinco, o bien Mimi, una delgada putilla de las orillas; ella dice que tiene veinte años, cuando cuenta con diecisiete a lo sumo. Es también hábil nadando y sumergiéndose con no importa que hombre y conoce a todos los remeros. Guy de entrada quedó estupefacto y luego emocionado por su sapiencia amorosa, de tan viciosa que es y llena de fantasía. Los demás han

emitido gritos de protesta: « ¡ La policía se va a interesar por tí, Prunier! »

Otras veces, en el tren que viene de París, Guy anima a una viuda a una aventura o a una pareja de obreras. Ellos conocen a todas las putas de ocasión a lo largo del río, mujeres de habitación, criadas o lavanderas, chicas de barriada rubias y regordetas, en búsqueda de un almuerzo gratis y de un paseo de domingo. Ellos también acogen a las profesionales. E incluso algunos días, Guy lleva de París a Marcelle o alguna otra vendedora de amor que se intala en la popa de la yola, con una boa alrededor del cuello, exhibiendo sus piernas, con una sonrisa socarrona para los remeros que tiran de los remos, rechinando los dientes de deseo.

Guy duerme en el tugurio de Simbosel dos o tres veces por semana; han dado al lugar un nuevo nombre: la Colonia de Aspergopolis. Después de unas veladas desenfrenadas, Guy debe estar a pie a las cinco, hace esgrima con el pintor Boullaud que vive allí, luego limpia el barco y toma lo más tarde posible el tren hacia París. En dos ocasiones parte temprano y hace el recorrido a pie. Cuando regresa en el tren con unas putas, mantiene conversaciones « profesionales », disfrutando de la reprobación burguesa que los rodea... y retorciéndose de risa cuando saltan al andén en Saint-Lazare.

Gana a todos remando como cuatro, su rostro y sus brazos están bronceados y curtidos por el viento y el sol. Es amigo de los vagabundos, de los marineros, de las lavanderas, de las « madames », de los carniceros, de los vendedores de legumbres, de los soldados, incluso de algunas parejas burguesas con sus hijos, endomingados y transpirando al aire libre. La señora Prube, limpiadora de suelos, jorobada, es su gran amiga; por la mañana ella le lleva agua de hierro; abre su puerta de una patada y entra llevando una jarra donde tintinean unos clavos oxidados:

— Bébete esto, pequeño. Serás mejor gallo.

Envuelta en un kimono tricolor, la señora Sidonie, patrona del burdel local, se entrega a él el 14 de julio, « para participar en las celebraciones nacionales ».

No hay lugar del Sena que Guy no conozca, de día o de noche. Y de repente, el grupo se disgrega. Tomahawk, Mon Oeil y La Toque quieren ir río abajo y transferir el cuartel general al restaurante Fournaise, cerca de la Grenouillère, Guy y Petit-Bleu no son partidarios de ese proyecto.

- Sabéis bien lo que eso es... el paraíso de los domingueros.
 objeta Guy No se pueden dar tres golpes de remo sin que alguien nos eche una bronca.
- Es posible, pero aquí esto comienza a llenarse de lesbianas
 responde Mon Oeil.
- ¡ Venga ya ¡ ¡ Di más bien que Annette Simbosel no ha querido nada contigo !

En el siguiente fin de semana, sacan brillo a la Hoja al Revés y la venden en medio de un coro de lamentaciones. Tuvieron una velada de despedida épica en el Petit Matelot. Se llora en la cerveza, se jura un afecto eterno y se hacen promesas de volver a estar pronto todos reunidos. La semana siguiente, Guy y Petit-Bleu, subidos a una canoa de dos plazas comparada con sus partes de la venta y un poco de dinero prestado, eligen domicilio en Bezons, en el hotel del Puente, regentado por el señor Poulin. Cada tarde reman juntos sobre las olas verde grisáceas del delicioso río. Por la mañana se pasean en los prados todavía húmedos y regresan corriendo por el camino del embarcadero para tomar el café.

Una tarde, Petit-Bleu no está en el tren. En Asnières sube una encantadora rubita, tiene ojos azules y labios de coral. Guy se pone a flirtear. Ella ríe, aprecia sus bromas y responde, divertida, a sus galanterías; pero se baja en Maurecourt y sacude la cabeza cuando Guy la invita a quedarse con él en Bezons para remar. El hace que sale en Bezons, regresa corriendo sobre el andén, haciéndola reír con sus payasadas y salta de nuevo en el compartimiento, completamente feliz de sentir la emoción que despierta en ella. Con un pie en el suelo, la posee medio acostada sobre el asiento. La pasividad que ella muestra de entrada, exacerba su deseo. Raramente ha mostrado tanta violencia en el abrazo.

Se separan en Maurecourt. Guy atraviesa las vías y espera el próximo tren para Bezons. Este encuentro lo ha divertido. Hay una cierta guindilla en este breve encuentro, en esta intimidad repentina de dos extraños que saben que deberán abandonarse para siempre. Sobre el camino de vuelta, tiene un momento de inquietud... sucesos de ese tipo... presentan ciertos riegos... La idea de la enfermedad, innoble y terrible, le produce un estremecimiento. ¿ Y

después? Envía al diablo ese pensamiento, como tantas otras veces..., y sonríe. ¡ Era encantadora;

En el despacho de Flaubert, el fuego se apaga suavemente. Sobre la pared, sus sombras desmesuradas apenas se mueven. Es tarde. Han regresado hace unos minutos de casa de la princesa Mathilde⁵⁵. A Flaubert no le gusta regresar solo por la noche y había contado con la visita de Guy para que lo acompañase. Sonriendo, Flaubert le había dicho: « Tú serás mi discípulo », y Guy había sentido que comenzaba su aprendizaje. Ahora, mientras que la llama crepita, Flaubert le inculca los principios de su arte.

— Desconfía de todo. Debes ser honesto y sincero. Desprecia la habilidad. El genio procede de Dios; el negocio de los hombres es despertar su talento. Siempre encontrarás que el genio en menos raro que la conciencia. Debes esforzarte en obedecer tu destino superior y hacer tus deberes. Y eso representa mucho de renuncia, hijo mío. Si un artista quiere trabajar, debe alejarse tanto como pueda del mundo exterior; es necesario que se abstraiga de los entusiasmos del día, de los escándalos. Regularidad, soledad, perseverancia, una vida que parecerá monótona a los demás, tales deben ser tus guías. ¿Comprendes?

— Sí

Flaubert se levanta de su sillón y cambia su pipa por una de las muchas que tiene esparcidas sobre la chimenea, luego prosigue:

- Ten mucho cuidado de todo lo que pueda distraerte. Eso comprende la mesa, las diversiones, las mujeres... sí, las mujeres. Pero el arte no es un refugio, es una misión. Si quieres a la vez la felicidad y la belleza, no tendrás ni lo uno ni lo otro, pues la segunda es siempre fruto del sacrificio. El arte se alimenta de sacrificios. Flagélate, y avanzarás hacia el arte. Cuando comiences a escribir sobre lo que sea, debes consagrarte a tu tema, completamente, absolutamente y aceptar todos los riesgos, todos los desalientos.
- « Y si estás dotado de cualquier tipo de originalidad, ponla de relieve. Su no tienen ninguna... debes crearte una. ¿Comprendido?
 - Comprendido. responde Guy.
- Debes aprender a ver. Basta con mirar una cosa bastante tiempo y lo suficientemente cerca para que se vuelva interesante. No imagines sobre todo haber visto todo lo que esa cosa presenta

de importante; esa es la tontería del Naturalismo de Zola. ¡ Caramba ¡ ¡ Como si se pudiese agarrar la realidad fijando simplemente en ella los ojos ! Pero tú puedes descubrir lo que los demás no han visto todavía; hay en todo profundidades inexploradas, el menor objeto posee una parcela desconocida. Pero de momento, cuando miras algo, tú recuerdas todavía lo que otros han dicho, ¿ verdad ?

Guy afirma con la cabeza.

— Debes hacer borrón y cuenta nueva con esos otros, no sirven de nada; ¡ eclipsan tu espíritu, te molestan, te traban !

Da una patada a los troncos.

— La originalidad, es una visión clara y limpia, la conciencia de ver lo que los demás no ven. Una vez que seas capaz de sentir eso, debes desarrollarlo con todos lo que tengas a tu alcance. Pasa ante un tendero por delante de su puerta, un portero que fuma su pipa... debes aprender a mostrarlos, su actitud, su aspecto y la sutil luz de su alma, a fin de que yo no pueda confundirlos con otro tendero u otro portero en toda la tierra. Con una simple palabra, debes ser capaz de mostrar en que un caballo de tiro difiere de otros cincuenta delante o detrás de él. UNA SIMPLE PALABRA, ¿ENTIENDES?— ruge.

Se levanta, se sirve aguardiente de manzana y bebe. Luego deja su pequeño vaso y se dirige hacia la penumbra detrás de su despacho, permaneciendo un momento con los ojos clavados sobre un objeto. Guy reconoce un paquete de cartas atadas con una cinta. Flaubert queda allí, sin decir nada, luego regresa a su sillón. Guy cree distinguir el reflejo de una lágrima en sus ojos. Experimenta la necesidad de liberar a Flaubert de ese minuto de tristeza y dice:

— El otro día Charpentier⁵⁶ decía que esperaba imprimir diez mil ejemplares de esas nuevas novelas.

Flaubert se vuelve:

- ¡ No escribas libros para diez mil personas... ni para cien mil ! Trata de escribirlos en buen francés y nada más, para que durante mucho tiempo las personas lean francés. Y sobre todo no imagines que has dicho la última palabra sobre nada. Ni lo intentes.
- Zola afirma que si se reúnen bastantes hechos, cientificamente...

Nuevo rugido:

- ¡ Zola quiere amueblar el mundo de ideas absolutas! Quiere concluir, acusar, juzgar. Yo, no. Aprende a ser escéptico, muchacho. Lee a Spinoza⁵⁷ y abandonarás el pensamiento de tener ideas absolutas sobre no importa qué. La humanidad es lo que es. Nuestro trabajo no es « cambiarla », sino «conocerla ». Tú no puedes pretender explicarla. La explicación está en las manos de Dios, y Él no se lo ha confiado a nadie.
- Si quieres escribir prosigue Flaubert, después de una pausa, que sea sin piedad, sin amor y sin odio. Oh, te resentirás, no podrás hacer otra cosa; pero cuando menos sientas, mejor artista serás. ¿ Lo captas ?
 - Creo que sí.
- Cuando menos sientas algo, menos pasión tendrás para deformar tu visión, así serás más apto para expresarla. Si consigues llorar realizando lo que has escrito, esta bien; si lloras escribiéndolo, eso será realmente mala prosa. Lo bueno es maravilloso y el desprecio es una arma excelente. Creas un mundo imaginario, pero hay que mantenerse fuera.

A medida que el invierno transcurre, su intimidad y su afecto crecen. Poco a poco Guy aprende a conocer la vida de Flaubert, su juventud. Flaubert hace alusiones, se libra a confidencias repentinas, se deja llevar por sus recuerdos. Guy aprende a conocer sus amores y sus aspiraciones. Un día, después de numerosos vasos, Flaubert le narra su primer encuentro, hace casi cuarenta años, con Elisa Schlesinger, la mujer que fue la pasión de su vida, a la que todavía ama.

— Yo tenía quince años. Un día paseaba por la playa de Trouville donde veraneaba. Había allí cerca del agua un albornoz, un albornoz rojo. Lo alejé de la orilla hacia la arena para que no se mojase... y el mismo día, en mi hotel, durante el almuerzo, ella vino a agradecérmelo. Qué deliciosa era Elisa... Me daba cigarrillos. Sí, mi pobre muchacho, yo estaba enamorada de ella. La vigilaba para verla bañarse. Perdía la respiración cuando pasaba junto a mí, salpicándome con el agua que perlaba sobre su cuerpo. Y un día, en mi presencia, abrió su camisa y dio el pecho a su hijo. Pensé desfallecer de codicia ante esa visión

Elisa era la esposa de Schlesinger, editor musical, aventurero y amigo de Dumas. Flaubert deja entender que ella está en Alemania y que no se han vuelto a ver desde hace mucho tiempo.

Guy conoce también los ataques que casi matan a Flaubert cuando tenía veinte años y lo habían arrastrado « en un torrente de llamas » una tarde en la que conducía un cabriolé con su hermano Achille; su cabeza había parecido estallar en un inmenso fuego de artificio, dejándolo inconsciente e inerte, como muerto. Flaubert cuenta que más tarde tuvo otro ataque en un campo cerca de Croisset donde quedó tirado unas horas, incapaz de moverse. Es por ello que ha decidido no salir nunca solo, sobre todo de noche a París

Con mucha frecuencia Guy lo ayuda a clasificar sus documentos y sus notas para la novela que actualmente escribe, una despiadada requisitoria contra la estupidez humana que tiene por título «Bouvard et Pécuchet ». Flaubert ya ha leido 350 libros para prepararla.

Cada semana, Guy le presenta su propio trabajo, un poema, un boceto, un cuento, a veces de una simple página. Ha encontrado los periódicos llenos de breves noticias escritas por Gyp, Coppée, Paul Arène y trata de escribir. Flaubert lo examina todo, explotando, cariñoso, gruñendo, irónico, vomitando imprecaciones flaubertianas y, para acabar, siempre cariñosos animos.

— ¡ Tacha! ¡ Tacha! – grita. — ¿ Creías que iba a decirte que publicases ya?

Guy lo mira.

— ¡ Pero, caramba ! ¡ Creo que el chico se lo imaginaba! ¡ Tacha eso ! ¡ Eso también ! Tu simbología poética data de la época babilónica. Todavía recuerdas lo que otros han visto; no ves lo bastante claramente por ti mismo.

Guy va hasta la chimenea y arroja al fuego las hojas, el poema o el cuento en los que ha trabajado durante tres semanas.

— Estoy desolado — dice — A veces es tan difícil escribir en el Ministerio; uno se siente sitiado por cráneos calvos y por ciáticos.

Flaubert ríe, pasa su brazo alrededor de los hombros del muchacho:

— Esto está mejor. Queda todavía mucho que hacer, pero esto está mejor.

En la conversación de Flaubert hay un trasfondo de dulce nostalgia. Sumerge en el pasado sus emociones, como si fuese un refugio, dejando ver su inmensa capacidad de amistad y de ternura, la enorme complejidad de su carácter y su indomable orgullo. Se acuerda con cariño de una muchacha que un día conoció en el hall del hotel Richelieu en Marsella y poseyó esa misma noche; cuenta como cada año le fue imposible resistir a la tentación de pasar por la misma calle para mirar ese hotel y que impresión agridulce sintió un día encontrando sus postigos cerrados, el edificio vacío, abandonado. El momento que recuerda, con una alegría salvaje e irónica, es su primera visita a Jerusalén y como, latiendo su corazón, había lanzado una primera mirada al Santo Sepulcro y se había encontrado cara a cara con el retrato al natural del rey burgués Luis Felipe. Saboreaba las incongruencias aun cuando éstas le ofendiesen.

— Ah, la vida está hecha de deliciosos dolores, hijo mío.

Marcelle extiende una larga pierna desnuda y se inclina para ponerse la media. Vestida con una corta camisa de encaje negro, su cuerpo hunde suavemente la cama. Marcelle ha transportado sus cosas a la calle Moncey. Ha tenido un golpe de suerte y logrado regentar uno de los bares del Folies-Bergère durante un mes abandonando la profesión mientras eso dure.

Golpean a la puerta. La portera, señora Potiot, entra. « Un paquete para el señor ». Lo deja sobre la mesa repleta de restos del desayuno. Guy deja su periódico y deshace el paquete. Es un libro. « La Faute de l'Abbé Mouret ». Lo abre y su rostro se ilumina.

- Mira esto. « Con mis más amistosos recuerdos. Émile Zola.
 » ¡ De Zola !— repite feliz y halagado.— Es su nueva novela.
 Mira.
- ¿ Quién es Zola ?— pregunta Marcelle, estirando su media y exhibiendo su pierna, jamás deja de enseñar su cuerpo.
- Émile Zola es uno de los más grandes escritores de hoy. Es un hombre ilustre... un artista; dice que trabaja siguiendo métodos científicos, lo que él llama Naturalismo. En dos palabras, es antiromántico. Piensa que la naturaleza no debe ser adulterada para responder a las conveniencias y a las convenciones por cosas tales como imposibles finales felices, muertes poéticas de corazones destrozados...

- Entonces eso pueden no ser verdaderas historias.
- —— enfermedades devastadoras y males específicos. Él quiere limpieza y que no se asignen límites a lo que un autor puede escribir. Quiere desechar esas concepciones de la vida de joven pastora, ese tono moral sofisticado e introducir la realidad; y si está representada por bajos motivos, la mugre, la fealdad y la enfermedad, eso no será otra cosa que la vida cotidiana. Creo que hay un gran fondo de verdad en lo que dice... y muchas tonterías también

Guy oye el despertador a todo meter posado sobre la cómoda. El señor Pons, su jefe en el Ministerio, le busca las cosquillas por sus retrasos. ¡ El Ministerio ! Ese espantoso nada en que pensar. Ve por adelantado la rutina de la jornada... se sentará ante la mesa en un crepúsculo administrativo, rodeado de montañas de formularios, de documentos y de los sempiternos cartones verdes. Cuando el sol brilla sobre el Ministerio de la Marina, sus rayos jamás alcanzan la sección del Almacén de los Impresos.

Vacía otra taza de café. Es cierto. Se las arregla para dedicar un poco más de tiempo para escribir durante las horas más insulsas del Ministerio. Ha enviado a Catulle Mendès, para la Repúblique des Lettres, un poema titulado « Sur l'eau »... pieza bastante atrevida acerca de una pareja de amantes al borde del río. La ha firmado como Guy de Valmont, y Flaubert, que ha partido para Croisset, no ha puesto ningún impedimento. Acaba de terminar tres relatos que todavía no ha mostrado. Pero aver el señor Pons ha anunciado la próxima visita del Subjefe del Gabinete; hace venir a los muchachos para desplazar y disponer de otro modo los muebles. Ha amonestado severamente a Guy por haber aproximado progresivamente su mesa a la ventana, lo que no es « reglamentario ». El señor Pons guiere hacer meritos ante el Subjefe del Gabinete y mostrarse como un funcionario tal, que el Subjefe jamás haya encontrado en su vida y que probablemente no encontrará hasta el final de su carrera.

Marcelle hace arreglos en su media en lo alto de su muslo. El humo del cigarrillo se eleva ante sus ojos.

— ¿ Ese Zola, es uno de tus colegas de la casa de Flaubert?

Da muestras de una falta absoluta de interés por el Naturalismo y todo lo que no se refiera a cuestiones de índole práctico: el modo de aferrarse a un hombre y, cuando le gusta, como con Guy, de conservarlo. Pero ella ya lo ha oido hablar de Flaubert.

- Sí, en efecto, está allí todos los domingos dice Guy ojeando el libro. Luego, levantando la cabeza, meditativo, prosigue:
- Sí, Flaubert es un gran hombre. ¿ Sabes lo que acaba de hacer ? Su yerno Commanville⁵⁸, un comerciante de maderas y un bandido, estaba al borde la ruina. Flaubert ha vendido todos sus bienes, ha dado todo su dinero, no conservando más que Croisset, para salvarlo de la bancarrota. Ahora es tan pobre que ha tenido que abandonar su apartamento de la calle Murillo e instalarse con los Commanville, en un miserable inmueble en un quinto piso, en los límites del barrio de Saint-Honoré, casi en las afueras.
- Oh, dice ella ligeramente interesada se trata entonces de gente adinerada.
 - Es un buen hombre repite Guy Y de gran corazón.

Marcelle apaga su cigarrillo. Su camisa todavía está cubriendo sus muslos. Se inclina sobre Guy.

- Tú no hablas del mismo modo sobre mi cuando dices que soy una buena chica.
 - ¿ Qué...?
 - -No, Guy.
 - No te he hecho nada malo, mi pequeña.
- Me olvidarás dice ella con resentimiento me abandonarás por esos escritores, esas celebridades.
 - ¿ Qué te hace creer eso ? sonríe divertido.
- Guy... Ella le pasa los brazos alrededor del cuello, aproximando sus húmedos labios. Quiere una prueba.
- Querido... murmura cariñosamente Guy le da un breve beso y se levanta.
 - Tengo que irme.

Ella queda sentada, inmóvil, la mirada fija. Parece enfadada, desolada, estupefacta.

- Guy, no te entiendo. ¿ Qué te ocurre ? Nunca consigo acercarme a ti. Siempre hay algo que guardas aparte.
- ¿ Qué ? Está claro desde hace meses. Hace tres semanas que vives aquí. Esto es casi burgués... nunca he permanecido tanto tiempo con una chica y, según lo que me dices, tú tampoco...
 - No es el tiempo lo que cuenta, es la intimidad.

— Tal vez — dice él recogiendo el libro — En cualquier caso Zola ha sido muy elegante enviándome esto.

Se inclina hacia ella, le da un beso en la oreja y propone:

- ¿ Salimos esta noche ? ¿ Que tal el Olympia ?
- No. Estoy harta del Olympia. Además a ellos no les gusta cuando cierro el bar.

Él se dirige hacia la puerta.

— Guy — suspira ella — ¿ Por qué nunca me lo dices ? ¿ Por qué nunca me dices que me amas ?

Él duda un momento en el umbral de la puerta, responde:

— Legítima defensa. — Le envía un beso y sale.

Cuando regresa por la tarde, ella se ha ido, dejando una pequeña nota para decir que es más fuerte que ella, que él tiene necesidad de que ella lo abandone y que si quiere volver a verla la encontrará en la calle Clauzel, en una de sus antiguas direcciones.

De pie, con la carta en la mano, Guy experimenta un extraño sentimiento de soledad.

La cena de Aquellos-que-han-sido-abucheados tiene lugar en el Café Riche, en Voisin, Pélès o Adolphe. Esa noche, se celebra en Voisin, todos parecen cada vez más achispados y consecuentemente el tono sube.

- ¡ Camarero ! ¿ Y esa botella de Côtes du Rhône ?— brama Zola.
 - Aquí está, señor, aquí está.

Guy está sentado en un extremo de la mesa, pues no forma parte de los Abucheados, pero está únicamente allí para acompañar de regreso a Flaubert. Ha sido admitido entre sus amigos y también porque le ven cada domingo en casa de Flaubert. Aprecia su gran suerte.

- ¿ Sí o no ? Vamos Zola, díganoslo, clama Daudet tirándole de la lengua ¿ Sí o no ?
 - No. Jamás me he acostado con una prostituta.
- ¡ Santísima Trinidad! ruge Flaubert ¡ Y eso se llama el nuevo método científico!

En el reservado, la atmósfera se espesa por las nubes del humo y los tufos de vino. Ha pasado la medianoche. Sentados desde las siete, continúan comiendo sin darse prisa. La comida ha sido buena, incluso copiosa. Flaubert y Zola están en mangas de camisa, los puños vueltos; amplias servilletas están anudadas a sus cuellos. Como siempre, Flaubert se ha descalzado. Han dado cuenta vorazmente de sus platos preferidos, pato ruanés relleno de guisantes para Flaubert, Zola le ha hecho los honores a una bullabesa que parece contener la mitad del Mediterráneo, Tourgueneff se ha puesto morado de caviar, Goncourt ha elegido un untuoso rodaballo y una perdiz, en cuanto a Daudet y Guy, han optado por unos callos al estilo de Caen. Todo escoltado con costillas de cordero, ostras, entremeses, huevos en gelatina, legumbres ahumadas, lengua estofada, que el Côtes du Rhône y el Burdeos ayudan a bajar.

- Amigo, proclama Flaubert blandiendo una porción de queso Cantal en la punta de su cuchillo aquel que no se ha despertado nunca en una cama ajena, en los brazos de una desconocida, no puede expresar una dulce melancolía, un lamento... porque no lo ha experimentado.
 - Veamos.
 - Sí, sí.

Todos hablan a la vez, excepto Goncourt que hunde lánguidamente un tenedor en un cuenco de jengibre, retirando un trozo y comiéndolo.

- Usted no comprende toda la sutil complejidad de la prostitución, el rostro de Flaubert irradia la mezcla de comercio, de lujuria, de terror y de abatimiento, la deliciosa amargura.
- Sí. Estoy de acuerdo con Flaubert. Tiene razón interviene Tourgueneff Las mujeres conocen eso en Rusia; nos insultan para aumentar nuestra voluptuosidad.
 - ¡ Bah! ¡ Complejo ruso!
- No, pero escúcheme, dice Tougueneff— Hay en los jóvenes rusos un cierto fatalismo que da la misma impresión. Es delicioso... se encuentra allí una idea de la muerte y de lamento.
 - Un toque de pecado y de religión. concluye Daudet.
 - ; Bravo !

Todos ríen.

— Zola, alcánceme el calvados.

Zola empuja su silla, exponiendo su gran vientre. Guy advierte que está engordando, parece más cómodo.

- Me atrevería a decir que hay tanto fatalismo en un esquimal si es desgraciado y pobre. Es una cuestión de medio, de condición social
- Ir con una prostituta tiene por esencia la propia ausencia, dice Goncourt pelando una pera. Continúa comiendo tranquilamente. Es la pérdida de su propia personalidad en una especie de libertad que se la desea aún temiéndola.
- Vean ustedes, Goncourt es un experto. insinúa Tourgueneff perfidamente.
- Un especialista en muchachitas de fábrica. ¿ Se ha acostado con ellas, Goncourt ? pregunta Daudet. Goncourt le lanza una mirada irónica y come su pera.
- La prostitución debe ser espontánea dice Zola Es el burdel lo que no comprendo. Todavía puedo admitirlo como una institución socio-política, como un pilar del republicanismo; pero como un centro de higiene donde se tiene una hora fija, como el que iría a tomar un baño... ¡Puaggg! Confieso que jamás he puesto los pies en tal lugar.
- Yo, sí ruge Flaubert y a menudo. Se trata de una depravación si usted lo prefiere, pero a mi me gusta. Arroje solamente una mirada a esas casas, enseguida siente usted una tristeza tan desgarradora, tan explosiva, tan miserable. Le digo que mi corazón se pone a latir cuando observa a una de esas criaturas vestidas escandalosamente caminar bajo la lluvia a la luz de las farolas. Recuerdo que como estudiante, durante los días de calor, me sentaba en la terraza de un café de los bulevares, nada más que para mirarlas. Deambulaban entre la Ópera y la calle Drouot. Pasaban lentamente mirando de hito en hito, lo bastante cerca para desplazar el humo de mi cigarro y dejando tras ellas la estela de su perfume y su olor. ¡Ah ¡ ¡ Es hhhhhhenorme !

Tourgueneff, Daudet y Guy aplaunden con entusiasmo. Zola, congestionado por el vino, el cuello abierto, ríe con ellos. Goncourt se sirve otra crema de menta. Una segunda botella de fino circula entre Guy, Daudet y Tourgueneff. Flaubert permance fiel al maravilloso calvados de Voisin.

Daudet se libra a su famosa imitación de Napoleón III. Un brazo detrás de la espalda ligeramente curvada, la mano acariciando su bigote, camina alrededor de la mesa arrastrando la pierna y haciendo retorcerse a todos, emitiendo a toda prisa una retahíla de improperios imperiales, todos auténticos, que ha recopilado con amor.

Zola ruega que se le excuse, se levanta y sale. Goncourt dice entonces:

— No se pueden imaginar el número de veces que Zola debe ir a mear o intentar hacerlo. Es la quinta vez esta noche. Ustedes pueden llevarlo a no importa dónde, que su única preocupación es saber si podrá mear bastante a menudo.

Ríen discretamente, pues es cierto.

Cuando Zola regresa, el camarero aparece y todos reclaman a coro el café y cigarros. Tougueneff en un arranque de excentricidad, quiere *bortsch*⁵⁹ y se arranca con unos cánticos rusos de un modo atroz

El humo se vuelve todavía más denso y comienzan a recordar sus proezas amorosas. Tourgueneff narra con detalle la epopeya de su aventura en San Petersburgo con una joven socialista revolucionaria que vivía « por principio » bajo la escalera de un inmueble y prefería hacer el amor de pie en medio del Neva helado, porque no creía en la expresión « en privado ».

— Era muy excitante — añade — pero más bien frío. Y además tenía a menudo unas bolsas de pólvora ocultas bajo su falda.

Daudet cuenta su breve pero picante relación con la esposa de un guardia de un zoológico marsellés:

— El marido tenía sospechas y teníamos que encontrarnos en la jaula del dromedario.

Zola no había olvidado nunca un espisodio cuando tenía dieciocho años. Una tarde, en los alrededores de Aix, había sido abordado por una mujer de más edad que él y, según parece, casada:

- Era muy amable, modestamente vestida. Probablemente no tendría el valor de abordar a alquien de más edad y esta idea me alegra. Debía ser la esposa de algún pequeño empleado. Era bajita y morena, próxima a la treintena, correctamente vestida de negro.
 - ¿ Tomó usted notas ? pregunta Daudet.
- —... No sabía adónde llevarla prosigue Zola No había más que largas calles. No tenía con que pagar una habitación de hotel y no sabía que hacer. De repente me agarró por la manga; había allí una pequeña iglesia y, detrás, un cementerio. Entramos,

pero había llovido. Entonces elegimos una losa de una tumba disimulada bajo un sauce llorón... y nos...nos acostamos encima.

— Moraleja —exclama Flaubert — ¡ Ella tuvo durante tres semanas « Amor Eterno » impreso sobre las nalgas ¡

Se ríen a brazo partido.

Por fin, con el rostro iluminado por ese recuerdo, Flaubert trae a su memoria a Kuchiouk Hanem, la cortesana egipcia con la que se acostó en el trascurso de su viaje a Oriente, un cuarto de siglo antes.

— Tenía un gran pantalón holgado rosa y, encima, un sencillo velo púrpura. Era alta, de hombros maravillosamente amplios, una piel color de miel, un poco más clara que un árabe, ojos negros, largas cejas maquilladas con *kohl*, unas fosas nasales muy finas, senos redondos y llenos. Entré en una habitación para acostarme con ella y... lo hicimos. Al salir del baño, su pecho tenía un dulce perfume. Luego bailó, apretando fuertemente uno contra el otro, sus senos desnudos. No llevaba más que un delgado fular marrón bordeado de hopitos alrededor de la cintura. Después de cenar regresamos a su casa y yací con otra muchacha, Saphiah, una bailarina. Se retorcía voluptuosamente entre mis brazos, pero no me hacía más que desear a Kuchiouk. Cuando la poseí de nuevo, fue lo mejor del mundo. Con el collar de Kuchiouk entre los dientes. i me sentí como un tigre!

Todos aplauden, lo aclaman. Flaubert ya había mencionado nostalgicamente a Kuchiouk, pero nunca había narrado el episodio.

- Eso no está mal dice Tourgueneff— pero ¿ se acaba ahí ?
- No. Recuerdo que bailó lo que se llama la danza de la abeja. Se vendaron los ojos a los músicos y se fue despojando progresivamente de su ropa, mientras bailaba. Al final, estaba totalmente desnuda, excepto por un minúsculo pañuelo. Finalmente lo arrojó y se tumbó jadeante pero continuando moviendo su cuerpo. Pasé la noche con ella, aunque temía a los ladrones. En la cama nos intercambiamos vibrantes caricias, luego la poseí aún. Cuando nos dormimos, sentía su vientre contra mis nalgas y su monte de Venus, más cálido aun que el vientre, me quemaba como un hierro incandescente.
 - -; Bravo!
 - ¡ Espléndido, Flaubert!

Nuevas aclamaciones.

- ¡ CAMARERO ¡ ¿ Dónde está ese calvados ?
- —; A la salud de Kuchiouk Hanem!
- Debió haberla traído con usted. Para el Bulevar, lamenta Daudet
- Desde luego que a mi regreso traté de volver a verla; dijo Flaubert pero se había ido... había desaparecido.

En el coche que los lleva poco antes del amanecer, aún despejado, pues como consecuencia de una larga costumbre es para él la mejor hora de la jornada, Flaubert ríe solo.

— Una buena velada, una buena velada. Pero demasiado calvados, ¡ Dios mío !... Kuchiouk Hanem. Ah, mi pequeño Guy, que criatura divina era... Kuchiouk... me pregunto que habrá sido de ella

CAPÍTULO VII

— ¡ Maupassant!

Es un domingo por la mañana, a finales de octubre; Pinchon golpea como un poseso en la puerta de Guy, en la calle Moncey. Entonces advierte que la puerta no está cerrada y entra.

- ¡ Ohé, Guy! grita aún ¡ Maupassant!
- Por aquí.

Guy está en la habitación del fondo acostado en la cama. Tiene puesta una servilleta mojada sobre los ojos y se gira lentamente, manteniendo su cabeza entra las manos.

- Hace media hora que espero dice Pinchon Es una lata. ¿ Qué es lo que pasa Guy ?
- Lo siento, pero soy incapaz de hacer nada; tengo una jaqueca terrible.

Habían decidido ir a pasar la jornada en el río si el clima fuese bueno, y el sol resplandece.

- Mi pobre viejo, hay que llamar a un doctor.
- No, no. Esperaré un poco más.
- ¿ Qué es lo que tienes, Guy?
- No lo sé responde echando las manos a la cabeza Ha comenzado esta mañana. Márchate, ya me reuniré contigo si me encuentro mejor.
 - Muy bien. ¿ Hay alguien que se ocupe de ti?
 - La portera vendrá a verme. Gracias, viejo.

Guy queda extendido en la oscuridad, los postigos echados. La jaqueca persiste hasta el mediodía. Va a consultar al doctor Arnoud, cerca de Batignolles, luego, sintiéndose mejor, toma el

tren para Bezons. Encuentra a Pinchon acabando de almorzar en la terraza al borde del agua, entre los paseantes que aprovechan ese buen domingo.

- ¡ Camarero! Otra silla y otro botellín.
- Eh, no tienes aspecto de estar demasiado mal dice Pinchon.
- He visto al doctor. responde Guy Opina que se trata de una intoxicación de nicotina. No sé si sabe algo, pero afirma que es la nicotina, el abuso del tabaco. Así pues, he tirado todas mis pipas.
 - He dicho que embarcaría a las chicas a las tres si venías.
- Perfecto. dice Guy Dime pues, la pequeña Fernande se hace un poco la estrecha...
- Mimi, estaba allí a la hora. Comienza a tener un pecho de nodriza
- No me he ocupado lo suficiente de Mimi. Es necesario que recupere el tiempo perdido.
- Viejo pícaro dice Pinchon. Veo que no tienes nada grave.

Al día siguiente temprano, se encuentra en la calle Moncey con una sorpresa que le hace olvidar sus crisis de jaquecas. Su correo contiene un ejemplar de la *République des Lettres...* con su poema en buen lugar. Lo lee, exultante de alegría, por primera vez se ve impreso. Mendès le ha enviado una nota sugiriéndole que pase por las oficinas de la *République*, en la calle Grammont.

Allí se dirige el mismo día al salir del Ministerio. La oficina, en el tercer piso, es pequeña, sucia y desordenada. Hay papeles por todas partes y reina una actividad febril. Catulle Mèndes está sentado sobre una mesa, las piernas colgando; una inmensa corbata blanca luce sobre su pecho. Parece haber salido de varios copiosos almuerzos.

— ¡ Entra ¡ ¡ Entra !

Sus ojos rasgados chispean de inteligencia; le hace una seña con la mano a un muchacho que entra y deja un montón de papel sobre sus rodillas.

— ¿ Conoces a Cladel⁶⁰ y a Huysmans⁶¹ ? Son colegas tuyos en nuestra estimable revista. Este es Guy de Valmont, alias de Maupassant.

La voz de Mendès chirría, como si su garganta estuviese atascada.

— ¡ Chico ¡ ¡ Hé, chico !

Llama al muchacho y le entrega los papeles. Guy estrecha las manos de los otros. Cladel, obviamente mayor, es el hombre más velludo que jamás haya visto; Huysmans es más o menos de su edad, delgado, con ojos hundidos, de aspecto tímido y barba hirsuta.

- ¡ Sentaos... ¡— dice Mendès ¡ Oh, no hay sillas! Nunca hay sillas. No hay nada en este puñetero cubículo... salvo el talento de sus devotos colaboradores. ¿ Cladel, no puedes convencer a tus ricos amigos para que inviertan un poco de su dinero?
- ¿ Qué ?— una especie de ladrido sale de su boca Si tuviese amigos ricos, me serviría de su dinero para comer.

Un joven delgado entra, dejando unos papeles sobre el escritorio y se aleja sin decir una palabra.

- Cladel vive en la frontera de lo desconocido..., en las afueras dice Mendès— Es seguido por tantos perros que ha acabado por parecérseles... como puedes ver. Es el alma de Baudelaire reencarnada en la forma de su grifón favorito, ¿ verdad Cladel? acaba Mendès con una risa ronca.
- Mendès dice que estás en el Ministerio de la Marina. dice Huysmans dirigiéndose a Guy.
 - Sí
- Mis más sinceras condolencias. Yo estoy en el del Interior.
 No tenemos el mismo barco.
- Oh, para las aventuras exóticas que me aporta, la Marina podría estar bien en el cuarto sótano.

Huysmans sonríe.

- Deseo otros poemas tuyos dice Mendès a Guy. Algunos de esos cuadros eróticos están en el tono de los poetas menores griegos... totalmente parnasianos.
- ¡ Los carteles de Aurélien Scholl! grita el muchacho entrando; entrega un paquete a Mendès y desaparece.
 - ¡ Eh, chico! Lleva esto al impresor.
- Hay mucha actividad aquí, dice Guy a Huysmans ¿Es todo para la *République* ?
- Oh, no. Mendès se ocupa de una buena docena de revistas. No puede dejarlas en paz.

— La próxima vez, hace falta algo de Zola.

Mendès parece perfectamente capaz de seguir sus negocios editoriales y al mismo tiempo mantener una conversación a tres. Corrigiendo una prueba, continúa:

- Sí, hace falta un fragmento de Naturalismo, bueno, abundante, rico en colores, sabroso.
- A Zola un día de estos acabarán por cortarle la garganta dice Cladel. — Se arrastra por los peores tugurios, tomando notas y haciendo preguntas sobre el alcoholismo.
- $\dot{\iota}$ Zola hace eso ?— pregunta una voz en el umbral de la puerta.
 - ; Céard 62 !

El recién llegado es un joven de unos veinte años, mirada viva, aspecto famélico, orejas prominentes.

- Henri Céard, del Ministerio de la Guerra... un fanático de Zola presenta Mendès.
 - ¿ Y entonces ? ¿ Quién no admira a Zola ?
 - ¡ Oh! exclaman los otros ¿ Y los burgueses?
- Yo me refiero a escritores inteligentes responde calurosamente Céard.
 - Céard tiene razón

Se lanzan a una dura controversia; Céard y Huysmans discuten respecto de Zola, Mendès se inmiscuye por el mero placer de discutir, Cladel da vueltas alrededor de ellos con gruñidos y chasqueos de dientes, como si dirigiese una manada. El muchacho de siempre regresa de vez en cuando a dejar unos papeles a Mendès mientras que el flaco silencioso los pone sobre el escritorio.

La discusión remite un poco cuando aparece un nuevo visitante

- Entre, Bourget ⁶³. Venga a escuchar esto.
- Mil perdones, no puedo quedarme. Ya voy muy retrasado
 responde Bourget— Vestido con refinamiento, un mechón cayendo sobre su frente, levanta la mano y pregunta:
 - Mendès, ¿ podría concederme un minuto ?

Ambos salen al pasillo.

- ¿ Quién es ese ? pregunta Guy a Huysmans.
- Paul Bourget responde Huysmans sonriendo. No estaría de acuerdo sobre la cuestión Zola . Es un viejo profesor que nos ha aportado una colección de poesías hace dos años. Le gustan

los ricos y venera a los elegantes, es « poíticamente correcto ». Por decirlo de algún modo, ha decidido acabar sus días en la piel de un académico.

Mendès regresa enseguida, con la corbata suelta, y la discusión se retoma más polémica.

- Los únicos temas dignos de ser tratados son el incesto y la perversión sexual.
 proclama Mendès.
- —Y lo piensa.— interviene Cladel Esperad un poco y que os lea la novela que está escribiendo.
 - ¿ Cómo se titula, Mendès ?
 - Las Locuras Amorosas.

Acaban con unas carcajadas y una estampida general hacia el despacho de Mendès para conseguir pruebas y libros que leer. Céard dice a Guy:

- ¿ Por qué no cenamos juntos una noche?
- Me gustaría mucho.

La tía Manchini, en una esquina de la calle Puget con Montmartre, es un antro abominable, bajo de techo. Guy, Huysmans, Céard, Alexis y otro muchacho llamado Léon Hennique⁶⁴. Lo han elegido por su siniestra atmósfera. La tía Manchini les sirve carne no muy hecha y un tinto áspero; las mesas están sucias y la lámpara de petroleo arroja un largo hilo de humo negro contra la pared. Es un jueves, día en el que se reúnen normalmente en casa de Zola, en la calle Saint-Georges.

- ¡ Santo Dios! Esta es la comida más desagradable de todo Paris.— brama Huysmans blandiendo al extremo de su tenedor un trozo de carne nudosa y sangrante ¡Mirad esto!
 - Eso es naturalista
- La revuelta de la carne es tan importante como el de la literatura.
 - ¡ Eh, tía! ¡ Nos gustaría un poco más de caballo!
 - No, Maupassant... No quiero más.
- Decía pues, comenta Hennique que el objetivo primordial es atacar bajo todas las formas la piedad e hipocresía moral; no basta con destruir leyendas como hace Zola en...
- Es precisamente la concepción de Zola, como fuerza destructiva, contra la que nosotros luchamos exclama Céard.

- Quisiera escribir una novela para traumatizar al carnicero responsable de esta carne dice Huysmans.
- Todos esos burgueses que protestan contra Zola son incapaces de ver en él al analista. Sería igualmente lógico censurar a un cirujano que abre un vientre podrido.
- Completamente. Desde que un autor desvela un nuevo vicio humano, es una afrenta para el pudor.
- El Naturalismo es la última síntesis del arte... ¿ eh, Maupassant ?
 - ¡ Mi importa un rábano si lo es o no! replica Guy.
 - ¿ Qué ?
- No creo más en el Naturalismo que en el Realismo o en el Romanticismo; no son más que palabras.
 - ¡ Tú no puedes rechazar a Zola de ese modo!
- ¡ Oh, Santo Dios! responde Guy Habría que estar loco para rechazar a Zola. Zola es maravilloso, asombroso, es una de las figuras esenciales del mundo. Pero su trabajo no es más que una forma de arte y no el arte absoluto, del mismo modo que el de Hugo es otro. Dicho esto, me niego a pontificar más tiempo.
- Zola es de la opinión que las personalidades de las personas que plasmamos en nuestros libros están determinadas por los órganos genitales dice Huysmans ¿ Es eso literatura ?
- Flaubert afirma que el viejo órgano genital es el centro de todo afecto humano.

bromeando v discutiendo. Continúan divirtiéndose enormemente. Guy se siente vigoroso, lleno de fuerza. Durante esos últimos meses ha trabajado duro, martilleando palabras hasta forma, limando, cincelando, moliendo frases descartarlas de inmediato y recomenzar. Ha terminado dos piezas teatrales, rechazadas por unos amigos que Pinchon tiene en el mundillo teatral; sin desanimarse ha puesto una tercera en marcha. Ha realizado conscientemente su aprendizaje con Flaubert y, cuando su maestro se encontraba en Croisset, le enviaba sus manuscritos que eran devueltos llenos de rectificaciones, de notas v de exclamaciones flaubertianas, acompañadas en ocasiones de largas cartas repletas de consejos.

La tía Machini, cuyo largo cuello recorrido de venas azules parece un jarrón rayado, trae nuevas botellas de vino.

- ¿ Qué es esto, tía ? pregunta Guy ¿ Otra ronda de veneno ?
- Habéis de beberlo peor antes de palmarla cloquea la vieja; es su respuesta clásica a toda reclamación. Finalmente, después de que el violento matarratas haya caldeado la conversación, uno de ellos mira la hora.
- ¡ Rayos! No tenemos más que doce minutos dice Guy.
 Zola no espera. Rápido, amigos.
 - ¿ Dónde vives, Maupassant?
- Oh en... un local al que me he mudado el otro día. Tenía ganas de cambiar. Es en la calle Clauzel.
 - ¿ Crees que Zola vendrá?
 - Seguramente. Lo ha prometido.

Pagan y se dan prisa para salir. Guy los conduce por el bulevar de Clichy hasta la plaza Pigalle y se desvía hacia la calle Clauzel. — La tercera a la izquierda — precisa Guy — número 17. — Es un edificio estrecho, con un gran número iluminado interiormente con gas. Guy timbra. Una mujer metida en carnes, extremadamente maquillada, con los cabellos teñidos de rubio, abre la puerta con una amable sonrisa.

- Buenas tardes, señora Angèle. saluda Guy inclinándose; los demás levantan su sombrero.
- Es todo un detalle por su parte haber traído a sus amigos. dice ella

Manteniendo su sonrisa, ella los escruta rápidamente con una mirada experta, luego, apartándose un poco, les permite entrar.

Entran en una sala violentamente iluminada. Hay unos grabados picantes sobre las paredes, una estatua de mármol sobre un zócalo y una palmera.

— Coucou. Buenas tardes.

Una voz femenina desciende hasta ellos. Levantan la cabeza. Una muchacha, en camisón transparente, está inclinada sobre la rampa y les sonríe; detrás, la puerta de una habitación está abierta.

— ¿ Es por mí a por quién has venido, querido ? — prosigue ella.

Sobre el rellano inferior se abre otra puerta, de la que surge una rubia opulenta, en un camisón aún más somero, se inclina también y le envía besos.

— Sube, pequeñín. Te mantendré entretenido. Mira...

Y pasa una larga pierna desnuda entre los barrotes. Un instante después, todas las puertas de la casa parecen abrirse al mismo tiempo y unas muchachas en diferentes grados de desnudez les envían invitaciones a la altura de la escalera.

Huysmans y los demás quedan boquiabiertos; Guy se retuerce de risa

- Pero, Maupassant..., esto es un burdel.
- Creía que nos habías dicho que vivías aquí.
- Y aquí vivo en efecto responde Guy Dos habitaciones en el último piso. Este es mi harén.
 - Es una broma un poco sutil.
- No es una broma. Soy el único hombre de la casa. ¡Ah, si pudieseis ver vuestras caras !

Guy se parte de risa. Las llamadas continúan.

- ¿ Entonces, querido, subes ?
- Amor...

Una prenda interior cae sobre el hombro de Hennique.

- Ven a retirar el resto, bebé.
- Si los caballeros quieren pasar al salón dice la señora Angèle abriendo una puerta.
 - Entren..., vamos a beber algo...

Guy empuja a sus amigos en una estancia con un mobiliario de mal gusto, opacas cortinas, jarrones de aspidistras e imponentes sofás por todas partes.

- ¡ Que el diablo me lleve!
- Maupassant, tú no eres serio.

Sus exclamaciones cesan de repente. Guy toma la botella de aguardiente traída por la señora Angèle y llena los vasos.

- ¡ Coño! ¡Y Zola que va a llegar de un momento a otro!— dice Céard.
 - Creo que nunca ha puesto los pies en un burdel.
 - ¡ Qué metedura de pata! exclama Alexis.

Esto motiva una nueva discusión. Huysmans parece tomarle un gusto particular a la aventura. Guy pide a la señora Angèle que las muchachas se abstengan de tanta efusividad en sus manifestaciones y Zola entra en el salón con la cabeza bien alta, como siempre, frotándose las manos y sonriendo, echando miradas miopes a su alrededor.

— Maestro...

Se levantan para saludarlo.

- Esto es muy... ehhh... particular. dice Zola Humm, curioso... muy curioso. Dígame, había una... una de sus vecinas en la escalera cuando he llegado, Maupassant.
- ¿ Una mujer, maestro ? pregunta Maupassant con aire cándido. Debe tratarse de Huguette, la modelo. Ella posa algunas veces en la escalera, esperando encontrar trabajo.
- Ah exclama Zola mirando de reojo En todo caso la atmósfera es muy interesante aquí. Una sonrisa sospechosa parece vislumbrarse sobre su barba; pero es demasiado fino para demostrar que se ha dado cuenta de la broma. Y una propietaria notable.

Guy percibe esta complicidad.

- ¿ Maestro, ha leído lo que dice le Figaro de l'Assomoir 65 ?
- Sí.

Después de haber sido rechazada por el *Bien Público*, esa nueva novela de Zola aparece por entregas en la *République des Lettres* y provoca una gran agitación.

- ¡ Un montón de basura que no se debe manejar más que con pinzas !
 - ¿ No va usted a responder, maestro?
- Por supuesto que responderé exclama Zola Voy a zarandearlos un poco. Provocar controversia. Hacer que se continúe hablando del libro..., es lo que quiero. Que importa lo que digan... de momento que hablen. Cuando se quiere destacar, se debe hacer ruido. La caja lo reclama..., eso es lo que hace falta. Estoy harto de oír a personas decir: « ¿ Zola ? ¿ Quién es ese ? » Todo el mundo debe saber quién es Zola.
- He oído decir que Goncourt considera ese libro inspirado por..., bueno... que es un plagio de una de sus obras.
- ¡ Goncourt... es un idiota! exclama Huysmans que no puede ver a ese autor.

Y de ese modo se lanzan a una discusión literaria, claramente fuera de lugar. De vez en cuando una de las chicas asoma la nariz en la puerta. Dos o tres salen para recibir clientes. Varios caballeros de una cierta edad entran, aspecto soñador, toman una cerveza con la señora Angèle, miran con estupefacción el grupo que discute alrededor de Zola, luego desaparecen en los pisos de arriba.

Han pasado once horas cuando Zola se va. Céard y Hennique lo acompañan. Los otros tres se sueltan enseguida.

- ¡ Hé! ¡ Has visto su nariz olfatear?
- Zola describe olores a lo largo de sus libros.
- ¡ Puede detectar un lecho de amor a diez metros!
- A propósito...; Señora Angèle!— grita Guy ¿ Hay algunas muchachas libres?; Hágalas venir!
 - Por supuesto, señor Guy, por supuesto. ¡ Arlette...! ¡Arlette!

Abandona el salón tras la marcha de los demás y sube; en el tercer piso, abre suavemente la puerta y se detiene en el umbral. Marcelle está sentada sobre la cama en desorden, la espalda medio girada; fuma. Sus cabellos están sueltos, un borde de su camisa se ha deslizado por el hombro. Arroja una bocanada de humo y vuelve la cabeza.

- —¿ Por qué no has bajado ? pregunta Guy.
- ¿ Deseabas tanto que viniese ?
- Como somos vecinos, habría sido un detalle.

Cierra la puerta y se aproxima a ella.

- ¿ Tenías un cliente?
- Eso debe raramente excitarte dice ella con rencor, luego, como él se calla:
- ¿ Es por eso que has alquilados estas habitaciones en lo alto?

Sonríe y niega con la cabeza. Se miran a los ojos; Guy se inclina, posa los labios sobre los suyos y prolonga el beso mientras que ella se deja ir suavemente hacia atrás sobre las sábanas arrugadas. Él se echa sobre ella.

- Eres un tipo raro dice Te instalas aquí y tomas eso a broma, para ocultar tus verdaderas razones... para esconder tu corazón.
 - ¿ Tú crees ?

El somier chirría cuando su peso se desplaza.

— Guy... mi amor...

Con su mano, que cuelga fuera de la cama, trata de apagar el cigarrillo, lo aplasta contra el pie de una silla y lo deja caer al suelo.

Guy se inclina sobre su taburete, toma un paquete sobre su escritorio y retira el papel marrón que lo cubre. Es el nuevo

calendario. En lo alto, un dibujo chillón representa una jornada de remo. Puede tratarse de los alrededores del Sena, con ese decorado romántico de sauces llorones y ese grupo de elegancia ridícula instalado sobre la orilla, pero lo ha elegido como recuerdo de su vida fuera del Ministerio. Marca con su lápiz rojo las vacaciones que llegarán con su habitual lentitud. De repente se estremece — es su sexto año aquí. ¡ Seis años de Ministerio ! ¿ Cuándo ha comenzado a resignarse..., a resignarse como el señor Patouillat ? Suspira y cuelga el calendario frente a él.

Esa mañana hay un trabajo de verificación de formularios enviado por el servicio de los Polvorines. Los tiene con la lista oficial del material. A su alrededor, los demás empleados están inclinados sobre sus escritorios, el señor Patouillat se retuerce de vez en cuando para ablandar su pan, el señor Barse se rasca su caspa. A veces se oye un roce sobre el papel o el tintineo de una pluma contra el tintero. La estufa, cuya ennegrecida tubería sube y atraviesa el techo, despide siempre el mismo olor, el de los años que lentamente se calcinan. Detrás del biombo, la aspiración nasal líquida del señor Pons se deja oír con regularidad. El miércoles es el cenit de la semana y un miércoles de enero parece demasiado lejos de todo día de libertad para ser soportable.

Guy toma de su cajón una hoja de papel. Es el borrador de un cuento, el tercero, casi terminado. Ya ha encontrado un título: « En familia », un título inocente y burgués que contribuirá a reforzar lo cómico y siniestro de las vidas que describe. Su héroe es el señor Caravan, funcionario en el Ministerio de la Marina, embrutecido por la Administración y ascendido, tras treinta años de servicio, al puesto de empleado principal. Guy ha reído mucho cuando ha tenido la idea de describir la vida privada de... el señor Patouillat, por ejemplo, de imaginar las emociones, el segundo plano gloriosamente insignificantes, la consternación que un suceso imprevisto suscitaría en esa vida estancada, vacía de toda sustancia por décadas de monotonía oficial.

Vuelve a leer: « El señor Caravan había llevado siempre la existencia normal de los burócratas. Desde hacía treinta años, iba invariablemente a su oficina, cada mañana, por el mismo camino, encontrando a la misma hora, en los mismos sitios, las mismas caras de las personas que iban a sus asuntos; y volvía, cada tarde, por el mismo camino, donde encontraba otra vez los mismos

rostros que había visto envejecer. No había alterado jamás el orden monótono de su existencia...»

Guy toma su pluma y comienza a perfilar su historia. Quiere hacer del señor Caravan y su familia una especie de eco de toda la ridícula comedia, de toda la circunspección, de todas las ideas preconcebidas que los hacen grotescos y profundamente humanos. Pero todavía hay ciertas dificultades. La escena principal es cuando el señor Caravan encuentra a su tirana anciana madre caída inconsciente en el suelo, mientras su esposa, instruida por una amarga experiencia, protesta: « Lo hace a propósito para arruinarnos la cena ». Siente que ha captado el estupor consciente del señor Caravan, su modo de conformarse con las costumbres adquiridas en tales circunstancias, advirtiendo en el fondo de su corazón burocrático una emoción extraña que desde hace mucho tiempo está oculta. Pero la escena nocturna, en el transcurso de la que el señor Caravan y su esposa transportan por la escalera algunos objetos personales de la vieja para asegurarse de su posesión, debe ser tratada con precaución, sin que el sublime grotesco de ambos personajes no resalte de modo tan evidente. Guy está profundamente absorbido. Sí, es necesario que Caravan esté en calzoncillos largos. « Dame eso, — le dice su esposa — y toma el mármol de la cómoda — Él obedece resoplando y levanta el mármol sobre sus hombros con un esfuerzo considerable » Bien... Ahora Caravan desciende por la escalera aferrándose pasamanos... Guy ríe viendo la escena bajo sus ojos.

Un leve movimiento al lado de Guy. Levanta la mirada. El señor Pons lo fulmina con la mirada. No ha advertido la premonitaria aspiración nasal. El señor Pons se inclina y pone sobre el manuscrito su zarpa amarillenta.

— ¿ Qué es eso, señor ? Un trabajo li-te-cha-rió personal, aprovechando el tiempo del Ministerio ?

Sus ojos lacrimógenos están fijos en Guy. Así que lo sabe.

— No apruebo eso. Es inadmisible. La Administración no debe ser estafada por esas actividades literarias. ¿ Ha comprendido ? Usted no está aquí en casa del señor Zola.

Unas risillas serviles se oyen del lado de los señores Festard y Thomas, dos de los más jóvenes empleados. Ahora Guy sabe de donde el señor Pons ha adquirido su repentina fobia literaria; en un artículo malicioso aparecido unos días antes en un periódico sobre Céard, Huysmans, El mismo Guy y el resto del « grupo de Zola ». *L'Assommoir* ha revolucionado París. Conoce un enorme éxito, escandaloso. Incluso hay una caricatura representando a Zola luchando a espada con Balzac. Ahora, una parte de esta notoriedad, ha recaído sobre esos cinco jóvenes seguidores entusiastas, una parte de la crítica también. El señor Pons es ciertamente de aquellos que consideran la obra de Zola repugnante y a sus discípulos unos arrivistas, en particular al empleado de tercera clase Maupassant. Una media hora más tarde, la voz del señor Pons se eleva detrás del biombo:

— Señor de Maupassant.

Guy se levanta y se dirige a su encuentro.

— Verifique estas peticiones y diligéncielas artículo por artículo

De una aspiración introduce la gota que perla eternamente el extremo de su nariz y luego muestra un voluminoso dossier.

- Sí, señor Pons. responde Guy, lamentándose en su interior pues ese es tal vez el trabajo más desagradable de la oficina. Festard da un codazo a Thomas.
- Abandone todos los demás trabajos, hablo de los trabajos «oficiales », hasta que haya terminado.

Guy se percata de que eso le llevará unos días.

Al día siguiente, por la mañana, se produce otra fricción. Poco después de las once, cuando Guy está absorto en sus interminables peticiones, un portero de la entrada principal exclama desde el umbral del despacho:

— Por favor, señor. Alguien pregunta por usted.

De casualidad el señor Pons no está lejos de allí, hundiendo su nariz y su gota en una documentación.

— ¿ Eh ? — dice levantando bruscamente la cabeza con la estupefacción pintada en el rostro... ¿ Por mí ?

Con toda evidencia nunca semejante acontecimiento ha venido a interferir con su rutina administrativa y su incomodidad aumenta con la desenvoltura del portero. Todos los empleados tienen la mirada puesta sobre él. El portero señala a Guy con un movimiento de cabeza:

— No, es para el señor Maupassant.

Guy sorprende la mirada exasperada de un Pons congestionado, se levanta de su taburete y sale antes de que el otro haya podido

decir palabra. Encuentra a su hermano en la entrada. El rostro de Hervé está magullado, hinchado, uno de sus ojos tiene una aureola negra; su traje está rasgado y cubierto de polvo.

- ¡ Dios mío ¡ ¿ Qué te ha ocurrido ?
- Oh, me he peleado responde Hervé con una sonrisa taciturna.

Llega un personaje imponente, tocado de un sombrero y llevando chaqué, probablemente un Subjefe de Gabinete; mira a Hervé con hostilidad. Un ujier obsequioso lo escolta. Guy mira ansiosamente a su alrededor.

— Ehhh... entra aquí.

Tomando a su hermano por el brazo, lo arrastra hacia una salita de espera próxima al garito de los ujieres. Por suerte la estancia está vacía.

- Oh, esto está muy bien dice Hervé quitándose el polvo suavemente. He tenido una buena pelea.
 - ¿ Aún sigues ?

Desde su infancia, Hervé ha tenido pasión por buscar camorra con los estibadores para medirse con ellos. Es más bajo, una segunda edición de Guy, mismos rasgos, igual bigote, se parecen extrañamente.

- ¿ Dónde está tu regimiento ? pregunta Guy mirando todavía el traje de su hermano.
- No te preocupes, estoy de permiso. Esperaba ir a los Verguies, pero... bueno... he dado un rodeo.

De nuevo muestra su encantadora sonrisa. Guy piensa que es un muchacho raro; no parece interesarle más que la lucha y la esgrima. Felizmente ha optado por el ejército.

- De hecho continúa Hervé ¿ podrías prestarme algún dinero ? He... bueno...perdido el mío ayer.
 - ¿ En la pelea?
- No, antes. Escucha, Guy. ¿ No te será perjudicial que haya venido a verte aquí ? ¡ Oh, todos esos funcionarios ! Comienzas a parecerte a ellos. añade riendo.
- No, no pasa nada responde Guy con una pequeña aprehensión pues se da cuenta de que Hervé tiene razón. Se está volviendo cada vez más un funcionario. Ha asimilado todo el mecanismo mental que eso exige, se le ha incorporado. Unos años más y habrá caído en la trampa, enlazado, cautivo para siempre. Su

prisa para meter a Hervé en esa sala de espera es sintomática de haber abandonado el despacho bajo la mirada reprobadora de señor Pons. Unos años más y sería incapaz de enfurecerse como Hervé. Se volvería prudente. Estaría virtualmente muerto, al igual que el señor Caravan.

- Toma, viejo dice entregando un luís a Hervé. Aquí está también la llave de mi habitación; ve a lavarte allí. Estaré de regreso hacia las seis y media.
 - Gracias, Guy.

Guy lo acompaña a la puerta luego regresa a su despacho. El señor Pons está aun junto al archivador. Sorbe profundamente:

— Señor de Maupassant, los locales del Ministerio no están a disposición de los empleados para recibir visitas personales, sobre todo cuando se trata de empleados de tercera clase con pretensiones literarias

Guy se acerca a su mesa sin responder. Esto resulta intolerable.

Cuando llega a la calle Clauzel, encuentra una nota de Hervé: «Regreso al cuartel. Permiso prácticamente terminado. Gracias por la ayuda ministerial. ¿ Quiénes son estas chicas ? Saludos. H. »

Bueno, Hervé ha debido arreglárselas para volver a Nevers, donde está su guarnición.

Guy se lava, se cambia de traje y trata de ponerse a trabajar. Pero el señor Caravan surge de la página como una detestable imagen de su propio futuro. Toma el borrador de otro cuento, una historia provinciana completamente distinta: « El Papá de Simon... » y, tras una hora de lucha, deja su pluma. Es inútil. Sus esfuerzos para liberar su espíritu del Ministerio y aplicarlo al otro cuento son vanos. ¡ Al diablo el Ministerio ! No entiende como Huysmans, Dierx ⁶⁶ y los demás pueden escribir en semejantes condiciones; sin duda no tienen un señor Pons. Sus ojos le molestan y siente los prolegómenos de una jaqueca.

Pone su abrigo y baja. En el salón, un hombre vestido de negro está sentado, congestionado y sudando, una muchacha sobre cada rodilla.

— ¡ Querido! — exclama haciendo un gesto amistoso a Guy. Debe acompañar a Flaubert a una cena con Charpentier. Apresura el paso, en las calles sombrías los adoquines brillan bajo la lluvia. Encuentra a Flaubert con un abrigo forrado de rojo, zapatos

brillantes y haciendo gala de une excelente humor que contrasta con el suyo.

— ¡ Chico... ¡ ¿ Pero que cara traes ? ¿ Qué pasa ?

Guy le cuenta sus incidentes de los últimos días en el Ministerio. Sin dramatizar en exceso, le cuenta exactamente lo que ha sucedido.

- Esto no va nada bien concluye.
- Al contrario dice Flaubert ¿ Has visto el nuevo gobierno ?
 - No.
- Mira —dice Flaubert entregándole el periódico Ministro de Instrucción Pública, Agénor Bardoux ⁶⁷. Por una vez han puesto a un auténtico poeta en el gobierno. Lo conozco desde hace años, me ha dedicado una antología de poemas; es más de lo que se puede pedir a cualquier político vivo, concluye rompiendo a reír.— Puedo pedirle que te tome en su Ministerio, eso sería mejor que la Marina...
 - Desde luego.
 - Perfecto, querido.; Nos vamos?

Ese domingo, el tiempo es espléndido y Guy no puede resistir la tentación de realizar una escapada al Sena. Va con Marcelle hasta Bezons y toma un barco. Ella tiene tendencia a vestirse elegantemente esos días, como para desechar el recuerdo del trabajo semanal. Guy, por el contrario, tiene una perversa disposición a hacerlo escandalosamente.

A pesar de su intimidad, existe siempre una barrera en sus relaciones que, sin haber nunca dicho nada, ambos saben que no se debe franquear.

En casa del tío Poulin, Guy se pone su camiseta rayada y toma su viejo sombrero de paja. Remonta el río y atraca.

- ¡ Mira esta agua !, pequeña. Voy a darme un baño. ¿Vienes?
- No, gracias responde ella con tono indiferente. Pero cuando ve que él habla en serio y comienza a quitar su camiseta, ella protesta.
- Guy, no hagas el idiota. ¡ Está fría ! ¡ Guy ! Cuidado, viene gente.
- ¿ Burgueses ? pregunta con sorpresa simulada. Pequeña, tú...

No tiene tiempo de acabar. Enfadada, ella se ha levantado de un salto y se abalanza sobre él con inesperada violencia. Luchan, el barco oscila; atacado de una crisis de hilaridad, Guy apenas puede defenderse, la empuja suavemente.

— Cuidado.

Le aparta los brazos sin parar de reír. Ella se precipita, pero demasiado tarde, él ya se ha dejado echar hacia atrás y desaparece en un gran chapuzón. Algunos segundos después su cabeza emerge, escupiendo agua como un tritón, desplegando una amplia sonrisa.

— ¡ Ven, mi pollita, y que se jodan los burgueses! Está deliciosa... se detiene viendo la expresión de su rostro.

— Mira

Ella tiene en sus manos un mechón de sus cabellos con los que se ha quedado.

Guy está bastante confundido, sin tomar el asunto demasiado en serio. Eso, en todo caso, contribuye a quitarle las ganas de ir al Ministerio. El señor Pons, cuya hostilidad ha desencadenado las críticas de sus colegas, no dejará de intensificar su persecución. Felizmente, el lunes por la mañana, el señor Pons está extremadamente absorto en un trabajo urgente para el Director.

- Vaya, vaya. ¿ Pierde usted el pelo, Maupassant ? pregunta Patouillat.
 - Sí... ¿ Quién no lo perdería aquí ?

Privado del apoyo de Pons, esta ofensiva cae de plano.

Durante los días siguientes, Guy conoce una relativa paz; incluso puede trabajar un poco en sus relatos. Su pelo continúa cayendo, pero lo toma con filosofía. Es cierto que Flaubert le habría recomendado una actitud enérgica, pero no puede impedir esperar que un día su pluma se libere de la servidumbre ministerial. Y Flaubert ha prometido tratar de hacerlo trasladar.

Pero las semanas pasan, la primavera, luego el principio del verano, sin ninguna noticia de Bardoux. Flaubert está en Croisset. Guy no tiene los medios para visitarlo y la situación financiera de su viejo amigo es muy precaria. Parecen derivar lejos el uno del otro. En un instante de desaliento, Guy le escribe que en el Ministerio su situación se está volviendo intolerable y que está enfermo. Flaubert responde con una carta severa, diciéndole que desconfíe «demasiado de las putas » e instándole a trabajar.

Luego, como siempre, las cosas se arreglan por si solas. Se detiene la caída del cabello. Escribe a Flaubert: « Los doctores han decretado ahora que no hay nada de sifilitico en mi caso » y, en el correo del día siguiente hay una carta de Bardoux que recoge en su escritorio.

— ¡ Marcelle! — grita blandiendo la carta.— ¡ Lo ha conseguido ¡ ¡ Flaubert lo ha conseguido! ¡ Me traslado a Instrucción Pública! ¡ Marcelle!

Recuerda entonces que Marcelle había salido temprano para hacer compras. Frota alegremente las manos; no puede esperar, debe salir de inmediato para su oficina. Va silbando a tomar el ómnibus. El señor Pons llega a la hora exacta, como de costumbre. Guy reprime su alegría hasta las diez, luego se dirige al otro lado del biombo

— Me voy a Instrucción Pública, señor Pons.

El señor Pons se sobresalta, traga saliva y luego articula con pena:

- Señor..., señor, sus procedimientos son incalificables. ¿Cómo quiere dejar esta Casa sin hacer pasar su solicitud por el conducto jerárquico?
 - Es que no es una petición, es un hecho.

Un silencio mortal reina en la estancia; Guy siente que los otros empleados están al acecho, tratando de oír.

- Señor, jamás permitiré a un empleado de tercera clase...
- Señor Jefe de Negociado, interrumpe Guy usted no tiene nada que permitir. Todo esto pasa por encima de su cabeza y de la mía. Esto se negocia « entre ministros ». Cuidado, su gotita cae sobre su corbata. Usted jamás llegará más alto que a jefe de negociado con un goteo como ese. Le deseo buenos días.

Se inclina y se va.

Una hora más tarde, la primera persona que encuentra llegando al Ministerio de Instrucción Pública es a Céard.

- ¡ Qué...tú! exclama Céard. ¿ Qué haces aquí?
- Abandono la Marina. He sido trasladado al gabinete de Bardoux.
- ¡ Yo también ! ¡ Me he trasladado del Ministerio de la Guerra !

Ambos bailan unos pasos desordenados y ruidosos alrededor de un pupitre elevado al rango de altar de la amistad.

- ¡ Ah! Qué hombre maravilloso es Bardoux. jadea Céard, cayendo en un sillón.
- ¡ Un legislador preclaro ! ¡ Un protector de las Letras ! proclama Guy. ¡ Y que despacho ! ¡ Esos grandes ventanales dando sobre un jardín ! ¡ Buen Dios ! ¡Tendrías que haber visto los despachos de la Marina, con todos los viejos cangrejos, los pies apestosos que allí se encuentran ! ¡ Una hermosa tripulación !

Golpean a la puerta. Un ujier vestido de negro, con una cadena de plata al cuello, entra:

- Una persona pregunta por el señor de Maupassant.
- ¿ Qué nombre ?
- No me ha dicho el nombre responde el ujier Es una... dama.

— ; Oh!

Guy y Céard se intercambian una mirada, una sonrisa aparece sobre los labios de Céard.

- Hágala entrar. dice Guy.
- Discúlpame. murmura Céard dirigiéndose hacia la puerta.
- No seas idiota. dice Guy atrapándolo Me gustaría saber como me ha encontrado aquí tan rápidamente.

Intercambian todavía una mirada divertida. Un instante después, la puerta se abre. El ujier toma el pomo volviendo los ojos mientras pasa a su lado Arlette, una de las más grandes «profesionales » de la calle Clauzel.

— Vaya, Arlette.

Guy se adelanta para recibirla. Lleva un vestido de satén negro que moldea sus curvas, un llamativo sombrero y la enseña de la profesión, la boa de plumas. Su maquillaje no consigue disimular su belleza. Es del tipo de las que envejecen bien.

- Pequeñín, dice, no pudiendo evitar dirigir una mirada a Céard.
 - Este es Henri Céard, Arlette.

Céard se inclina, luego sale.

- ¿ No quieres sentarte ? pregunta Guy, echándose la mano a la cabeza para adivinar el motivo de esa visita.
- No, chiquitín. Escucha, te traigo malas noticias, una auténtica mala suerte. Sé bien que no es bueno para ti que yo venga aquí, pero no había nadie que lo pudiese hacer. Se trata de

Marcelle. Acaban de traerla, ha tenido un accidente, ha sido atropellada por un coche. ¿ Quieres venir ? Se dice que no le queda más que media hora. Tengo un coche a la puerta. Ella repite todo el tiempo: « Quizás no quiera venir », pero tú vendrás, pequeñín, ¿ verdad ?

Él la toma del brazo apresurándose hacia los pasillos.

Se ha tumbado a Marcelle sobre el sofá del salón, las demás muchachas están a su alrededor, lloriqueando y no sabiendo que hacer. Mira a Guy con una triste sonrisa.

— Eres guapo — murmura ella.

Se arrodilla junto a ella y le toma la mano.

- Cuando te cures saldremos de nuevo juntos, Marcelle.
- No digas nada dice ella moviendo la cabeza ¿ Hemos pasado juntos un buen tiempo, eh ?
 - El mejor que he conocido.
 - Mi hombre. articula ella, estrechándole todavía su mano.
 - Sí..., para siempre, Marcelle.

Y se da cuenta, en ese mismo momento, de que ha expirado.

En el aire de la tarde, las golondrinas se persiguen piando. Guy amarra su ligero esquife, toma sus remos, salta la alambrada que rodea el camino del embarcadero, pasa al lado de un pequeño pabellón y sube por el jardín hacia la casa. Aproximándose, ve a Flaubert caminando en el paseo de tilos. Guy lo oye salmodiar unas frases, con curiosas entonaciones, perlando las vocales. Es el banco de pruebas de Flaubert para su prosa. Cada frase que escribe, incluso si ha padecido días para ponerla a punto, debe ser pronunciada antes de que la acepte. Sube y baja el camino y el terraplén delante de la casa, repitiéndola, dirigiendo el oído hacia el eco, a las asonancias, motivado por el ansia de la perfección hasta armonizar el ritmo con la respiración y los latidos del corazón del lector

Flaubert, sumergido en su trabajo y terriblemente miope, no ve a Guy más que cuando llega cerca de él.

-; Ah, chico!

Se habría puesto furioso si cualquier otro hubiese llegado de ese modo a interrumpirle sin hacerse anunciar, pero Guy goza de un favor especial. Flaubert tiende los brazos, le da un abrazo, luego retrocede:

- ¿ Qué es eso ? dice mirando la camiseta de Guy y los remos que lleva.
 - Oh, he venido remando.
 - ¿ Remando ? ¿ Desde París ?

Guy afirma con un movimiento de cabeza.

— ¡ Caramba!

Mientras suben hacia la casa, Flaubert exclama, levantando los brazos al cielo:

- ¡ Ah, hijo mío ! ¡ Lo que he podido sufrir ! No puedes imaginar lo mal que lo he pasado por no tener a nadie con quién hablar de Germiny.
 - ¿ De quién ?
- ¿ No has leído lo que dicen de él los periódicos ? Un agente ha arrestado la noche pasada a una pareja en los jardines de los Campos Elíseos, cerca del Rond-Point, un hombre y un chico en una postura... delicada. El chico era un botones llamado Chouard. El hombre, desbordando de indignación burguesa, amenazaba con denunciar al agente. En la comisaría se ha descubierto que se trataba del conde de Germiny, consejero municipal de la ciudad de París, miembro del Consejo de la iglesia parroquial de Santo Tomás de Aquino, secretario del Consejo General del Sena, vicepresidente de los Círculos de Obreros Católicos y editor de la « Revue Catholique ». ¡ Ni más ni menos ! ¡ Es hhhhhhhenorme !

Todavía continúan riendo cuando entran en el despacho de Flaubert. Julio, el perro de raza loba, viene a situarse al lado de su amo. Flaubert lo acaricia distraídamente. Todo está colocado con la meticulosidad acostumbrada de Flaubert. Se vería atacado de una crisis de histeria si el menor objeto estuviese desplazado. Guy contempla ese cuadro familiar, los muebles por doquier, disparatados y poco confortables, la mesa redonda con patas rococó, con su escritorio, unas plumas bellamente talladas, pilas de libros y montones de papeles, la biblioteca monumental, el sillón de alto respaldo, montado sobre dos columnas torneadas, en el que Flaubert ha pasado tantas noches y que parece más un instrumento de tortura que un asiento donde uno pueda relajarse, un diván cubierto con una piel de oso blanco, sobre la chimenea, el busto hecho por Pradier⁶⁸ de Caroline, la hermana de Flaubert, muerta desde hace tiempo, un Buda en bronce dorado, todo un batiburrillo

de objetos diversos, puñales, amuletos, máscaras y dos pies de momia usados como pisapapeles.

- ¿ Y como está el público de instruido, jovencito?
- No mal. responde Guy depositando el fajo de papeles que ha traído y añadiendo una tarjeta de visita, Flaubert la lee:
- Señor Guy de Maupassant, Adjunto al Gabinete del Señor Ministro de Instrucción Pública, de los Cultos y las Bellas Artes, encargado de la correspondencia ministerial y de los detalles de la Contabilidad y del Presupuesto...; Caramba!; Eso suena tan espantoso como la Marina!

Guy se da cuenta de que está de excelente humor, atando siempre alrededor de su vientre su eterna bata marrón.

- Fue Tourgueneff quién me la ha enviado de Rusia hace unos años, aunque siempre he soñado estar en cueros.
 - Le hace parecerse a un monje.
- Es bastante preciso. La última vez que el arzobispo de Ruán vino a visitarme, dio algunos centavos a la tía Anaïs que mendiga siempre a mi puerta. Miope como un topo, ella lo miró y dijo: «Gracias, señó Gustave. »

Han acordado que Guy quedará esa noche. Como enviará su esquife a Bezons, baja a buscarlo, lo deja en el jardín, luego mete la cabeza en el río y toma un corto baño. Enseguida se dirige hacia el vestuario traído con él. Flaubert está en su escritorio, repleto de libros abiertos y notas reunidas para su próxima novela, « Bouvard y Pécuchet », en la que trabaja desde hace bastante tiempo.

- Esto es de locos, es prodigioso. No puedo acabar, querido muchacho..., y sin embargo quiero y debo. Hace días que lloro de fatiga. Acabo de finalizar todavía el tercer capítulo... ¿ y sabes cuántos libros he debido absorber ? Había calculado al principio que serían trescientos. Acabo de leer trescientos cincuenta y pienso alcanzar los dos mil antes de haber terminado. Mira esas notas dice, indicando con el dedo un respetable montón ¡ Ah, hay bellas cosas ahí! Su cara se ilumina, tiende la mano hacia un libro.
- Mira, « Bonaparte y los Borbones », de Chateaubriand⁶⁹. Escucha esto: « Bonaparte ha obtenido muchas victorias, pero aparte de eso cualquier general es superior a él.» ¡Chateaubriand!

Ambos están radiantes

— Fíjate...,— continúa Flaubert tomando otro libro — «El diccionario de la Ciencia Médica », por Murat y Patissier: ; « Los senos de la mujer pueden ser considerados como objetos de placer y utilidad »!

Revuelve en una serie de recortes de prensa:

— De Napoleón III, en la « Rive Gauche » del 12 de marzo de 1865: « La riqueza de un país es función de su prosperidad general.»

La sirvienta acaba de encender la lámpara. Guy echa un vistazo a los papeles que están sobre la chimenea.

- Esto me parece bastante curioso.
- Ah, sí dice Flaubert que está cerca Los he encontrado en el fondo de un cajón. Había olvidado por completo que los tenía. Son las confesiones de Chollet, el pederasta asesino. ¿ Recuerdas la historia ? El resto es una carta de una muchacha al caballero que la mantiene.

Guy ve los ojos de Flaubert brillar mientras recoge los papeles, prueba indudable de su afición por lo raro, por las extrañas yuxtaposiciones de la vida cotidiana, la amargura en vecindad con la alegría, la brutalidad en un momento de ternura, la broma surgiendo en la tragedia, lo grotesco en la belleza. Una tarde en París, le había contado a Guy el entierro de su hermana Caroline, muy querida, muerta treinta años atrás. El sepulturero había cavado la fosa demasiado estrecha y el ataúd no podía descender. Bajo los ojos de la familia y de los amigos, los enterradores habían hecho vanos esfuerzos hasta el momento en el que uno de ellos, al límite de su paciencia, lo hundió a base de patadas, hasta el lugar sonde se encontraba el rostro. Flaubert había sentido la nota cómica, incluso grotesca, del incidente.

Después de cenar, regresan al despacho y Guy espera pacientemente el veredicto mientras que Flaubert lee sus manuscritos, dos relatos y una pieza en verso. En cuanto ha terminado su lectura, Flaubert levanta los ojos.

- Es la primera vez que usted lee sin juzgar lo que yo le traigo. bromea Guy.
- Esto es bueno, incluso diría que excelente, muchacho. Has aprendido lo que me he esforzado en enseñarte, dice Flaubert fijando en Guy una afectuosa mirada donde se adivinan unas

lágrimas. Muchos escritores parisinos darían un brazo por escribir estos cuentos. ¿ Lo dudas ?

- No.
- Todavía puedes hacerlo mejor. Ya eres un escritor, hijo mío.

Están en casa de Zola, enfrascados en una acalorada discusión sobre la guerra.

- Puede usted decir lo que quiera, pero los francotiradores eran unos bandidos. afirma Guy.
- ¡ Dios Santo! Teníamos dos docenas con nosotros, birlaban todo lo que podían encontrar. No eran mejores que los prusianos.
 - No... ¿ Recordáis los bizcochos ?— dice Hennique.
- Sí, pequeños, redondos, crujientes. Se los comían a puñados cuando se recibían, media hora más tarde nos moríamos de sed.
- ¿ Y los periódicos ?— prosigue Hennique Todas las estupideces que escribían sobre el ejercito alemán, los pobres, los miserables soldados teutones, famélicos, vestidos de papel maché, muriendo por millares a lo largo de los caminos.
- Sí, y Bismarck devorado por una misteriosa enfermedad. añade Guy, mientras los demás se ríen recordándolo.
- En una ocasión caminamos tres días bajo la lluvia sin ver un furgón de avituallamiento. dijo Alexis.
- Nosotros lo hicimos catorce horas avanzando para luego retroceder otras catorce sin haber encontrado un prusiano.
- Incluso los generales se perdían. No se les habían dado más que mapas de Alemania, no de Francia.
- Es cierto confirma Huysmans. Estábamos en Châlous cuando Badinguet llegó con su estado mayor.
- Nosotros también exclama Céard ¿ Recuerdas su columna de furgones y cocineros ? Veinticinco oficiales, media docena de gendarmes y una dotación de setenta y cinco personas, *maîtres* de hotel, cocineros, mayordomos, sirvientes, cuatro caballos personales, dos coches, cincuenta caballos, sin olvidar una docena de furgones, solamente la cocina ocupaba dos de ellos.
 - ¡ Cuando se piensa en eso...!

La señora Zola, alta y morena, va ofreciendo unas pastas.

— Me da la impresión de que han llevado ustedes una vida bastante agitada. — dice Zola.— ¿ Por qué no escriben juntos un libro sobre la guerra ? Es un tema de primera magnitud.

- ¿ Qué ? ¿ Una colaboración quíntuple ? protestan unánimemente. ¡ No pasaríamos nunca del primer capítulo !
- No. matiza Zola Que cada uno escriba un relato, entre cuarenta y cincuenta páginas. Cuentos independientes, los reunirían y podrían publicarlos juntos.

Se miran entre ellos.

— Si quieren, — añade Zola — yo escribiré también uno.

Un cuento de Zola haría vender cualquier libro. La venta de «L'Assommoir » ha superado todas las expectativas, y su adaptación teatral llena las salas. Zola se ha vuelto célebre de repente; su reciente riqueza le ha permitido comprar una casa de campo con un jardín, en Médan, a orillas del Sena. En cuanto a los cinco, Hennique ha seguido los preceptos del maestro sobre la publicidad y, reactivada la controversia sobre « el grupo de Zola », ha escrito, bajo seudónimo, un virulento ataque contra ellos en un periódico. Los críticos habían mordido el anzuelo. Los cinco son casi célebres.

- Bueno..., yo estoy de acuerdo.
- Yo también; ¿ pero como titularemos ese libro?

Huysmans sugiere: « La Invasión Cómica », sugerencia recibida con abucheos.

— ¿ Y si lo titulamos « Las veladas de Médan » ? — propone Céard.

El título es aclamado y lo adoptan unánimemente.

Cuando esa noche Guy regresa a la calle Clauzel, la señora Angèle y cuatro chicas están en el salón, en compañía de algunos clientes, esperando pasar a los asuntos serios. Sube a su cuarto; el sonido del piano llega hasta allí. En el piso de abajo se oye un portazo, Suzy debe tener un cliente. Guy tiene en mente una idea de un relato sobre un burdel, pero es demasiado atrevido para las « Veladas ». Sin embargo sería divertido tomar como heroína a una de esas muchachas. Se apoya en la ventana abierta, mirando la noche fresca. La imagen de la putilla gorda encontrada una tarde con Pinchon cuando eran colegiales, viene a su memoria. ¡ Que bolita de sebo ...! Sonríe. Abajo el piano continúa con su sonsonete.

Céard aparece silbando en el despacho de Guy. Lleva en la mano una tarjeta.

— Fauconnier quiere que vaya a cenar con él mañana. No puedo tomarme el día libre. Haz el favor de sustituirme.

Céard y Guy tienen la misión de representar al Ministerio en una gran parte de las invitaciones que envían importantes personajes que tienen recomendados para que se les nombre, damas deseosas de tener un salón políticos o industriales desbordando amabilidad, ávidos de relacionarse con un ministro.

- Lo lamento, viejo. Mañana es la velada de Zola. Tú debes ir también
- Lo sé, es precisamente por eso. Debo acompañar a Bardoux al Hotel de Ville. Llegaré con retraso a casa de Zola. Vamos....no estarás obligado a eternizarte con Fauconnier.
 - ¿ Quién es ?
- ¿ Armand Fauconnier ? Periódicos, compañías de navegación, controla la mitad de Tunicia. Poderoso..., muy poderoso. Su pasatiempo favorito es la cerámica, horrible además, pero quiere que Bardoux le conceda las Palmes.
 - ¿ Y las tendrá?
 - Por supuesto. Y tú... tú estarás en la mejor cena de París.

Guy deja la tarjeta sobre su mesa. Es curioso, su vida entra en una nueva etapa. El Ministerio de Instrucción Pública es un agradable lugar, colegas son jóvenes, simpáticos, sus emprendedores, el trabajo es fácil. Pero aparte de eso, su puesto presenta una diferencia capital con la Marina, y es que no tiene un carácter permanente...y, como adjunto al gabinete personal del ministro, Guy depende de los avatares de una política que mantenga o no al señor Bardoux en el poder. En el fondo, navega en los confines del mundo de la política... y los nuevos personajes que allí encuentra, despiertan violentamente su curiosidad.

Al día siguiente por la noche, va a casa de Fauconnier. Éste es grande y ruidoso; durante toda la cena discute de un asunto en Tunicia con algunos invitados. La señora Fauconnier, más joven que su marido, debe rozar la cuarentena; es rubia, su vestido de encaje pone de manifiesto su grueso pecho. Guy cree leer en sus ojos una especie de llamada y advierte el modo en el que ella le dispensa discretamente sus atenciones. Parece siempre no saber que decidir y eso excita todavía más el interés de Guy. Logra evadirse pronto para llegar lo antes posible a casa de Zola. Cuando se despide de ella, la señora Fauconnier deja entrever otra posible invitación a cenar y él se despide con una mirada casi de complicidad.

- Mis respetos, señora, dice, inclinándose para besarle la mano. Descendiendo la suntuosa escalera piensa:
- Oh, pequeña, tienes ganas de una aventura, pero aún te reprimes.

La noche es clara, iluminada por la luna. Guy apresura el paso, en búsqueda de un carruaje. Zola y los cinco de su grupo se reúnen para leer los cuentos destinados a las «Veladas de Médan », dispuestos a ser enviados a Charpentier para su impresión. Descubre que sus relaciones con Zola y los demás están tomando una forma que él discierne cada vez más claramente. Tiene la sensación de que un cambio se va a producir en su existencia. Si solamente pudiese desembarazarse de esa maldita jaqueca y de los trastornos visuales que le provocan.

-; Hey ; ; Cochero!

El carruaje se detiene al borde de la acera. Guy sube dando la dirección de Zola. Tantea su bolsillo; su manuscrito está allí. En tres días, entre jaqueca y jaqueca, ha elaborado su relato, luego lo ha pulido y repasado sin cesar, utilizando y adaptando todos los principios inculcados por Flaubert y sintiendo realmente vivir a los personajes que se agitan en el mundo que ha creado. Tienen cuerpo, peso, voluntad. Son independientes. No tiene más que hacerlos actuar, es como si hubiese dirigido sus vidas desde lo invisible, desde una quinta dimensión en la que siempre han existido. Ha terminado su relato, fascinado, entusiasmado por el poder que acaba de descubrirse.

Cuando el coche se detiene, advierte luces en el salón de Zola. Los demás ya están allí, muy agitados. Se expresan con sorpresa viéndole en uniforme oficial.

- —; Aquí está ; ; Otro más ; Céard y tú hacéis una buena pareja!
- ¿ Cómo ? ¿ No sabes que son prácticamente miembros del gobierno ?

Zola lo recibe con un afecto ceremonioso, luego conduce a todos a su despacho. Ha sido acordado que el relato de Zola apareciese en cabeza del volumen.

— Echemos a suertes el restante orden — sugiere Hennique.

Todos están de acuerdo y unos números son depositados dentro de un sombrero. El número 1 le toca a Guy, su relato seguirá al de Zola

- —; Que suerte!
- —Bien responde Guy. Como contrapartida, leeré el último.

El cuento de Zola tiene por título « El ataque al molino »; lo lee de un modo tan vivo que todos aplauden. Céard, Hennique y Alexis leen a continuación por turnos. Zola es paternal y alegre, limpiando permanentemente los quevedos niquelados que lleva desde hace dieciocho meses. « Mochila al hombro », el cuento de Huysmans, aglutina todos los votos, su autor además lo ha leído muy bien. Ahora le toca a Guy.

- ¡ Adelante, Guy de Valmont!
- Perdón, protesta Guy sonriendo. Este relato es de Guy de Maupassant.
 - ¿ Cuál es su título?
 - « Bola de Sebo .»

Su mirada recorre a los demás. Aparte de su último poema, nunca les ha leído nada suyo, nada de los miles, las decenas de miles de palabras con las que él se ha peleado durante estos últimos años. Aclara la voz y comienza:

« Durante varios días consecutivos habían cruzado por la ciudad jirones del ejército derrotado. No se trataba de la tropa, sino de hordas desbandadas...

Las siluetas se dibujaban ante sus ojos, las jornadas de invierno, el aliento de los caballos que se eleva, el campo normando sobre la nieve... Bola de sebo, la putilla gruesa, los burgueses de Rúan, el señor Carré-Lamadon, el conde y la condesa Hubert de Bréville, el demócrata Cornudet, terror de los ciudadanos « bien pensantes », el oficial prusiano, el Hotel del Comercio en Tôtes, la poderosa ironía, la tristeza, la belleza de esta breve y amarga comedia.

Llega al final de su lectura: « Entonces Cornudet... se puso a silbar « la Marsellesa »... Avanzaban más deprisa, al estar la nieve más dura; y hasta Dieppe, durante las largas horas tétricas del viaje, entre los traqueteos del camino..., él continuó, con feroz obstinación, su silbido vengador y monótono, obligando a los ánimos cansados y exasperados a seguir el canto de cabo a rabo, a recordar cada palabra de la letras que ellos aplicaban a cada compás.

Y Bola de Sebo seguía llorando; y a veces un sollozo que no había podido contener cruzaba, entre dos estrofas, las tinieblas. »

Las últimas palabras caen en el silencio. Guy mira a los demás, tienen los ojos fijos en él; luego se levantan y exclaman:

- ¡ Caramba, es espléndido!
- ¡ Una auténtica obra maestra!
- ¿ Maupassant, cómo lo has hecho?
- ¡ Es la mejor!
- ¡ Me gustaría haberla escrito!

El libro aparece en la primavera. Los bulevares están engalanados de castaños floridos. En una semana « Bola de Sebo » y Guy han conquistado los salones, al cabo de dos arrasan el Bulevar; a finales de la tercera, son la alegría de las vendedoras de amor y las merodeadoras del Folies, de las chicas de la calle Clauzel. En el río, marineros, escluseros, mujeres e hijas de los barqueros, todos parecen conocer « Bola de Sebo » e interpelan alegremente a Guy por su nombre. La gente le sonríe en las calles de Montmartre, en los cafés del Bulevar. Las ediciones se suceden. En el mes de mayo, Guy es el autor del que más se habla en París; la princesa Mathilde ofrece una cena dedicada al miembro de su famoso cenáculo.

Flaubert, el artista que nunca está satisfecho, el más exigente y despiadado de los maestros, le escribe desde Croisset: « Considero « Bola de Sebo » una obra maestra. Este relato perdurará, créeme. La muchacha es encantadora... » Los críticos burgueses, como cabría esperar de ellos, fruncen el entrecejo y no son de la misma opinión. El temible Albert Wolf fustiga a los cinco en « Le Figaro » y pronuncia su veredicto: « Las Veladas de Médan no merecen ni una línea. Aparte del relato de Zola, esas historias son de lo más mediocre ». Eso no cambia nada y las ediciones continúan aumentado en las librerías, en los kioscos, por todas partes.

Guy envía las críticas a Flaubert con una divertida carta. Sabe que su viejo maestro, viendo aproximarse el final de «Bouvard y Pécuchet ». ha decidido tomarse en primavera dos meses de vacaciones en París. El cuatro de mayo llega la respuesta de Flaubert: «¿ Ocho ediciones ya de las Veladas de Médan ? Mis « Tres cuentos » no han alcanzado más que la cuarta. ¡ Voy a celarme ! ¡ Pero es necesario que hagas la lista de todos los idiotas que escriben la pretendida crónica literaria en los periódicos, luego

prepararemos nuestras baterías! Saldré para París el sábado o el domingo y te veré a principios de la próxima semana. »

Ese sábado Guy regresa a la calle Clauzel a las tres y media. Hace buen tiempo, el río lo llama irresistiblemente; ha encontrado una nueva chica en Nanterrre y ha decidido acercarse. Si puede llegar a tiempo, hay un tren a las cuatro y media; regresará e lunes por la mañana e irá a visitar a Flaubert.

Sube las escaleras de cuatro en cuatro; la señora Angèle aparece en la puerta del salón.

- Un telegrama para usted, señor Guy.
- Oh, gracias señora.

Advierte el sobre azul sobre la mesa. Es sin duda Mon Oeil y los demás que proponen una cita para el domingo. Lo abre y lee: «Flaubert. Apoplejía. Ninguna esperanza. Partimos a las seis. » El mensaje está firmado por Caroline Commanville. Se queda clavado, el telegrama en la mano.

— ¿ Malas noticias, señor Guy ? — pregunta la señora Angèle.

Una puerta se abre en el piso de arriba y Arlette se inclina, medio vestida; otras dos muchachas salen y la miran desde lo alto, con un cigarrillo en la boca. Él sube, pasa al lado de ellas. Le sonríen sin decir nada. Él es incapaz de decir lo que va a hacer hasta las seis. Encuentra a los Commanville en Saint-Lazare. Caroline está envarada, muy dueña de sí misma.

— Ha muerto, — dice ella — lo hemos sabido por otro mensaje. Debía estar ya muerto cuando han enviado el primer telegrama. ¡Qué idiotas!

Durante todo el viaje hasta Ruán, va cuchicheando con su marido. Guy está sentado al otro extremo del sombrío compartimento, absorto en su dolor. En Croisset, encuentran a Flaubert extendido sobre su cama, nada ha cambiado en él, excepto el cuello que está ennegrecido e hinchado. El doctor Fortin, vecino y amigo del muerto, está en el salón extrañamente vacío, en compañía de su asistente, el doctor Tourneux. Está explicando lo que ha pasado. Guy no sabe si su propia emoción es la causa, pero cree sentir en Fortin una intención determinada. En un momento dado tiene la impresión de que el doctor lo mira con una extraña intensidad.

— He cenado con él ayer.— dice Fortin.— Me decía cuanto se alegraba de su estancia en París. Pasamos la velada declamando y

leyendo a Corneille⁷⁰. Estaba de un humor excelente. Los sirvientes me han dicho que había dormido hasta las ocho, tomado un baño, leído el correo y fumado varias pipas. Hacia las diez y media llamó a la criada y dijo que no se sentía bien...

Fortin se detiene un instante, luego prosigue:

— Ella ha venido a buscarme, pero yo había tomado el barco para Ruán. Cuando regresó, encontró a Gustave un poco aturdido, de pie en su despacho. Dijo muy tranquilamente: « Creo que me voy a desmayar, pero es mejor que sea hoy que mañana en el tren». Abrió una botella de agua de Colonia y comenzó a friccionar las sienes, luego se extendió sobre el diván. La cocinera había salido a buscar a mi asistente, el doctor Tourneux, aquí presente. Cuando llegó, Gustave ya no estaba consciente. El corazón se detuvo cuando lo examinaba. Eso es todo.

Hay un breve silencio, luego Caroline Commanville pregunta:

— ¿ Cuál ha sido la causa de la muerte ?

El doctor la mira, Guy tiene todavía el sentimiento de una determinada intención.

- Ha sido un ataque de apoplejía, señora. responde.
- Ah sí, ya veo.

Guy quiere quedar solo con su viejo maestro. El mismo realiza el arreglo funerario del cuerpo y lo vela toda esa noche así como la siguiente. Amigos y vecinos vienen; el lunes, llegan Edmond de Goncourt y Claudius Popelin, la señora Commanville pasa horas en el despacho registrando los papeles de su tío. No muestra ninguna emoción y, a pesar de su presencia, un gran desorden reina en la casa.

Por la tarde, Guy se dirige a la cocina para buscar agua caliente, oye unas voces y gemidos. Están dos parientes de la cocinera, llegados de Croisset, y otra mujer. Uno de los hombres está diciendo:

- Está bien, pero todo el mundo sabe que se ha ahorcado en su baño.... aunque eso no cambia nada.
 - No, no, repite la cocinera que solloza en su delantal.
 - Los doctores pueden contar lo que quieran...

Guy entra en ese momento. El hombre se calle, sorprendido.

- Eso es mentira dice Guy.
- Oh, yo solamente repito lo que todo el mundo...

— ¡ Entonces, no lo haga !— casi grita Guy. Se va, furioso y turbado, su espíritu va de la imagen del cuello hinchado y ennegrecido a la del doctor Fortin a la defensiva. ¿ Pero por qué ? ¿ Por qué? No, no puede ser. Flaubert ha muerto de apoplejía.

Esa noche, Guy todavía vela, en un último homenaje a su maestro tan querido. Al día siguiente por la mañana, el tren de París trae para el entierro a Zola, Daudet, Coppée, Céard y muchos más. Gruesas nubes se desplazan en el cielo y los árboles golpeados por el viento se inclinan cuando la comitiva toma el camino que bordea el río. Se levantan polvaredas subiendo hasta Canteleu y su iglesia, luego en las tortuosas calles de Rúan, miradas curiosas de los transeúntes que ignoran quién es ese muerto. Mientras caminan, Guy oye tras él a Goncourt hablar de « barbada a la normanda ».

Dado que Flaubert era caballero de la Legión de Honor, en el cementerio hay un destacamento de soldados armados que presentan un aspecto ridículo con sus rodillas torcidas y su rostro vacío de expresión. Los asistentes se agrupan alrededor de la fosa, donde se desciende el ataúd... que se atasca. Los sepultureros se afanan en liberarlo con sus palas, sudando, resoplando, pisoteando la tierra recién removida; no consiguen ni hacerlo bajar ni subir. Con el corazón oprimido, Guy tiene una impresión de irónica dulzura en el espectáculo de esta reedición grotesca de los funerales de Caroline, de esa última llamada del amargo placer que Flaubert experimentaba por lo incongruente.

Rocían el ataúd con agua bendita, luego se van, abandonando a Flaubert atascado en el suelo. Guy se estremece. De pronto siente frío. En la puerta del cementerio, Zola le estrecha la mano:

- No me puedo quedar, debo estar esta noche en Médan.
- Gracias por haber venido.
- ¡ Zola...! ¡ Espere...!

Goncourt y Daudet suben al coche de Zola y parten juntos, mientras los demás quedan desamparados tratando de buscar sus propios coches. Alguien tira de la manga de Guy:

— ¿ No hay cena de duelo ?

Se trata de Emile Bergerat⁷¹, periodista y editor.

— Sí, creo que Lapierre ha dispuesto todo.

Pero lo grotesco todavía no ha dicho su última palabra.

Agobiados de calor y con la garganta seca, los miembros del cortejo se dirigen hacia el pueblo. Beben hasta bastante tarde, luego

se sientan a la mesa en un reputado restaurante donde se les espera. De pronto advierten que son trece.

— ¡ Santo Dios ! ¡Trece a la mesa después de un entierro! — exclama Théodore de Banville⁷², colorado hasta las orejas.— Encontrad rápido a alguien. ¡ Rápido ! ¡ Rápido !

Bergerat se apresura a salir, los demás lo ven abordar en la calle a unos desconocidos que se niegan. Regresa:

- No he encontrado a nadie.
- Dígales que es en honor a Flaubert exclama Banville.

Bergerat sale una segunda vez. La mesa está muy animada y los platos pasan de mano en mano. Los camareros van y vienen, tomando nuevas peticiones. Banville echa chispas. Grita a Bergerat:

— ¡ Dese prisa!

Bergerat regresa, encogiéndose de hombros con aire desolado:

— Nadie ha oído nunca hablar de Flaubert.

No tiene tiempo de terminar cuando Banville le toma por las solapas:

- Dígales que soy yo. Que yo los invito. ¡ Dios Santo, rápido ! Bergerat regresa pronto, trayendo del brazo a un soldado de mirada bovina y aspecto seriamente embrutecido.
- No ha oído hablar de Flaubert, pero tiene ganas de comer un guiso de anguila.

Afluyen los platos, pescados, patés, rollos de carne, aves, las botellas tintinean, las voces suben, las caras enrojecen; la cena se transforma en una ruidosa velada que prosigue después de medianoche y sobre esos gritos, esa comilona y ese flujo de bebidas, planea la risa de Flaubert y un « *Es hhhhhhenorme* » prolongado, lleno de admiración.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

Guy se afeita con esmero las puntas de su bigote, seca su mentón y se ajusta la camisa. Un organillo comienza a sonar en la calle. Guy se inclina en la ventana silbando y arroja unas monedas.

- Gracias dice el músico levantando la cabeza.
- Salud, Julot exclama Guy. Julot es el mejor intérprete de organillo de Montmartre.

Guy permanece en la ventana, su vista se pierde por los techos y las calles de París que se extienden ante él. Tiene ganas de gritar su alegría de vivir. Por fin ya es excedente en el Ministerio, la mañana es hermosa, el sol brilla y el cielo está azul. En lontananza, donde la ciudad acaba de perderse en los campos y los árboles, una columna de humo se alza, indicando el paso de un tren. Parece sin embargo próximo. Acaba de vestirse, cantando a pleno pulmón la letra de la vieja cancion de Hortense Schneider que Julot acaba de interpretar:

«¡ Naaaada es sagrado para un soldado!»

La ventana de abajo se abre ruidosamente, una voz ronca y arrastrada grita:

— ¡ He, oye! Ve a berrear a otro lado que aquí quieren dormir. Guy se inclina sonriendo. Es Paulette, una de las inquilinas de

la casa; la noche ha debido ser dura. La vieja bata que se cierra con una mano, deja ver una pierna.

- Venga ya responde Julot ¿ Qué es lo que has hecho por la noche en vez de dormir ?
 - La ley me ampara, cabezón.
- ¡ Cállate ya. En dos minutos tendrás un cliente para sacudirte las pulgas!

Continúan insultándose. En un instante una docena de ventanas se abren y los vecinos comienzan a vociferar. Guy mira; está a sus anchas.

Abajo, un coche se detiene ante la puerta, un hombre desciende, contempla un instante el espectáculo, luego entra en la casa. Hay clientes a todas horas. Julot modula tan fuerte que berrea las palabras. Paulette y Rosa, una chica de bandera, profieren unos insultos, cuando del otro lado de la calle, una mujer, con un papel secundario en el intercambio general de imprecaciones, vierte una bacinilla llena sobre la cabeza de la vecina de abajo. Esto hace desviar la atención de la disputa Paulette-Julot y todas las miradas se vuelven hacia el nuevo incidente. Julot, sabio por la experiencia, mete la cabeza entre los hombros, agarra con fuerza los asideros de su organillo y sube rápidamente la calle. Guy, radiante de alegría, espera impacientemente el próximo episodio cuando llaman a su puerta. Contrariado, abandona la ventana.

La puerta se abre lentamente, dando paso a un diminuto sosias judío del emperador Francisco José, con un bigote enorme. Entra en la habitación y asienta con la cabeza, con una amplia sonrisa en los labios. Mantiene su sombrero sobre el pecho.

— Discúlpeme por presentarme de forma tan inoportuna, señor de Maupassant. — dice inclinánsode y tendiendo una tarjeta.— Permítame que me presente.

Guy lee la tarjeta: « Arthur Meyer⁷³. Director del *Gaulois* ».

Le Gaulois es el periódico monárquico, sigue de cerca al Figaro. Guy se inclina:

— Tome asiento, se lo ruego.

Arthur Meyer va a sentarse cuando echa una mirada hacia la puerta que se entreabre trás él. Suzy se desliza por el umbral contoneando su torso; visiblemente no tiene nada bajo su bata.

- Buenos días, guapetón, me preguntaba si tu amigo, el señor que acaba de entrar, no tendrá ganas de conocer mejor la casa, porque esta mañana estoy libre y si él...
 - No, Suzy, no tiene ganas.

Guy la hace salir con un buen cachete en las nalgas.

- Bueno, si cambia de parecer, cuando baje...
- Adiós, Suzy. interrumpe Maupassant cerrando la puerta.
- Encantadora. murmura Arthur Meyer acariciando los rizos del bigote. Es calvo y un largo mechón partiendo de una sién

está artisticamente enroscado y adherido a su rosado y brillante craneo.— ¿ Tal vez una de esas jóvenes damas ha servido de modelo para « Bola de Sebo » ?

- No exactamente. responde Guy.
- Mi querido señor, como los demás, he experimentado un gran placer leyendo su relato. Permítame exrpesar mi admiración... confraternal, me atrevo a decir. Tiene usted mucho talento, señor de Maupassant.

Habla gesticulando con sus pequeñas manos blancas, movimientos de hombros y sonrisas; da la impresión de estar representando un papel, buscando ansiosamente una mirada aprobadora.

— He venido a verlo, querido señor, pues pienso que una alianza de su talento con mis posibilidades de editor nos sería mutuamente provechosa... — luego con una sonrisa todavía más amplia: — Creame, mi querido colega, — añade con una voz más grave tomando a Guy por la manga — porque yo soy judío, o al menos lo era. De Israel a la República... un buen salto...

Resulta tan cómico que Guy no puede evitar reírse. Arthur Meyer se cae sobre la silla, risueño, está visiblemente feliz de haber producido una favorable impresión.

— Pero la Iglesia Católica, nuestra Santa Madre, me ha acogido en su seno. — prosigue — Me he convertido, sí señor, y ¿ sabe lo que me ha decidido?

Esa es una de esas cuestiones retóricas a las que todo judío espera una respuesta. Guy pregunta diplomáticamente:

- ¿ Qué ?
- Las abominables persecuciones religiosas. He ido a buscar al abad Gardey a Santa Clotilde; le he dicho: « Señor abad, si se persigue a la Iglesia, me tendrá a su lado »

Hablando extiende sus manos con el gesto secular de su raza. Es un cómico irresistible, pero Guy no puede impedir el pensar que detrás de esta extraña confidencia hay algo más complejo que un simple interés personal o el apetito de adecuarse a las costumbres del Mundo.

— Seamos francos.— continúa Meyer — Después de todo. no somos más que hombres y espero que algunos defectos de mi raza sean lavados por la santa ceremonia del bautismo.

Esta deslumbrante sinceridad, que solo un judío sabe practicar, es enorme. La tentación es demasiado fuerte y Guy pregunta:

- ¿ Cuáles?
- Oh..., en primer lugar el deseo desenfrenado de ascender en la sociedad responde Meyer, sonriendo todavía más. Decididamente gusta a Guy.
- Señor de Maupassant, usted es joven está en el comienzo de su carrera. El periodismo tiene sus ventajas. ¿ Le gustaría entrar a formar parte del equipo del *Gaulois* ? ¿Como colaborador regular ?
 - Yo...ehhh...
- Mire usted, yo tengo confianza en su talento. Insisto: colaborador regular.
 - ¿ Qué espera de mi exactamente ?
- Lo que a usted le apetezca escribir. Artículos ligeros, divertidos; un centenar de líneas sobre sucesos cotidianos por el autor de « Bola de Sebo ».— Se frota las manos ¿ Lee el Gaulois, señor de Maupassant ? Me gustaría que lo hiciera, para apreciar bien su filosofía, comprender su calidad. Es monárquico, yo creo en la Causa. Eso me aporta bastantes insultos, pero soy como el señor Thiers, un viejo paraguas sobre el que llueve desde hace cuarenta años. Extiende sus palmas, elevando todavía más sus hombros con una sonrisa aún más amplia ¿ Qué importan algunas gotas más ?
 - Está bien. responde Guy ¿ Cuándo debo comenzar?
 - —¿ Acepta? ¡ Maravilloso!

Comentan los inicios de Guy en el periódico y acuerdan que escribirá al principio una serie de ocho o diez artículos sobre aspectos de la vida parisina.

- Es necesario que estén relacionados. precisa Meyer Y seamos a la vez burgueses y mundanos.
- Podrían estar relacionados por un personaje. Tomemos por ejemplo a una especie de funcionario, alguien en el Ministerio, dándole un nombre... Patissot, si usted quiere. Luego yo puedo describirle tal cual es.
 - Eso mismo.
- Podremos hacerle actuar por diversos lugares, París, en las afueras. Cada historia sería independiente. Lo titularemos « Los domingos de un burgués en París ».
 - ¡ Excelente, excelente! Lo anuncio para la semana próxima.

Meyer se levanta de un brinco y se lanza a una disertación tan voluble como divertida sobre las ocasiones, los placeres y las emociones que el periodismo procura, sobre la vida en la Bolsa, donde se gana la vida, mezclando las personalidades que conoce, el catolicismo, su gusto por los entierros y el teatro. En medio de estos fuegos artificiales, de esta comedia, de estas repentinas confidencias, Guy descubre otros aspectos de su carácter: generoso, sin demasidos escrúpulos, bueno... Meyer estrecha enérgicamente la mano de Guy:

- Querido colega, tiene que venir a verme. Le espero en el periódico, calle Drouot, número 2...
- Hola, pequeño... La puerta se abre. Arlette aparece, un cigarrillo colgando de la comisura de los labios; únicamente está tapada con un chal. Se detiene al ver a Meyer, al que desnuda con su mirada y una sonrisita.— ... Hay algo para ti... abajo, prosigue sin quitar sus ojos de Meyer que enrojece hasta las orejas.
- Gracias, Arlette. responde Guy tomándola firmemente por el codo.

Ella ondula voluptuosamente sus riñones y desaparece con una mueca picarona dirigida al periodista.

- Encantadora...., ehhh... —susurra Meyer No quiero entretenerlo. Toma su sombrero, luego, bajo el umbral de la puerta, añade confidencialmente: No sé si tengo el derecho de decírselo... Es una simple sugerencia; pero para un joven autor conocido, tal vez que... ehhh... otra dirección podría ser... ehhh...preferible, ¿no cree ? No quisiera que usted pensase ni un instante...
- Sí, sí interrumpe Guy que se divierte especialmente.— Es usted muy amable, creo en efecto que necesitaré mudarme. Voy a acompañarlo hasta abajo, pues no es una expedición sin peligros.

Mientras descienden, varias puertas se abren a su paso, unas muchachas los saludan amablemente y Arthur Meyer les responde con una profunda inclinación. Guy se frota las manos.

— ¡ Le Gaulois, señora Angèle!— exclama plantando un beso que resuena en las mejillas de la patrona a la que arrastra en una loca danza. — Estoy en Le Gaulois, señora Angèle... Soy un ¡«querido colega »!

De pronto se detiene a la vista de una persona de pie en la puerta del salón... Yvonne Fauconnier.

— Pero... señora...

Estupefacto, se apresura a su lado y le besa la mano.

Quería felicitarle por su éxito... — afirma sonriendo para ocultar su nerviosismo. — Me he enterado en Bruselas, de donde acabo de llegar.

- Es muy amable de su parte..., Ivonne... una voz interior le grita: Vamos, está muerta de ganas... Mírala. Ha venido para entregarse.
- Este es un lugar muy curioso, dice ella mirando a su alrededor con vivos movimientos de cabeza. Esta mujer...
- Son artistas. se apresura a interrumpir Guy La bohemia no se cuida. No preste atención.

La toma por el brazo y la guía hacia las escaleras. Ella se detiene de repente,

— ¿ Adónde me lleva usted?

Advierte que tiembla y él mismo experimenta una cierta debilidad en las rodillas.

- Vivo arriba. Venga.
- Oh no... no... no podría...

Un último atisbo de resistencia se manifiesta en ella. No lo mira, pero, manteniéndola siempre por el brazo, Guy continúa empujándola suavemente hacia las escaleras. Suben los primeros escalones. Ella murmura:

— No... no... se lo ruego...

Pero continúa subiendo, sin mirarlo; su mano libre se crispa sobre su vestido. En el segundo piso, la toma por la cintura. Dos muchachas los miran pasar pero pronto desaparecen; ni incluso Yvonne las ha visto. Guy empuja el cerrojo de su habitación y besa el cuello de su acompañante; ella vuelve la cabeza, temblorosa. Él le toma el rostro entre sus manos y deposita un largo beso sobre sus labios; ella trata de desprenderse pero a su pesar le devuelve el beso. Sus senos se aplastan contra el pecho de Guy que se pregunta que lucha interior ha debido mantener antes de decidirse a esta visita.

Comienza a desnudarla mientras ella murmura: — Oh, Guy... se lo ruego... — Está confusa por la vergüenza, mientras él la despoja sucesivamente de todas sus prendas, hasta que no quedan más que sus medias y sus ligas, destacando en negro bajo la blancura de la piel. Oculta su rostro contra el hombro de Guy: —

Le juro... le juro que jamás he tenido un amante... — dice como si hubiese murmurado: — Le juro que soy virgen...

La deposita sobre la cama. Ella contiene su respiración, atenazando a Guy con sus brazos. De una calle vecina llega el sofocado sonido de un organillo. Julot modula:

« Naaada es sagrado para un soldado... »

Nueve días más tarde, en una tórrida mañana de sábado, Guy se despide de la calle Clauzel. Todas las muchachas están allí; colgadas de su cuello, la señora Angèle solloza:

— ¿ Pero, señor Guy, quién se va a ocupar de usted ahora ? El mundo es tan malvado.

Se oye un crujido; Pinchon que desciende un baúl ha roto un escalón

- Jamás olvidaré que usted ha vivido aquí con nosotras sigue sollozando la patrona sorbiendo nasalmente. Si tiene la menor necesidad, prométame que regresará.
- Por supuesto. Y le enviaremos nuevos clientes, ¿ verdad, Pinchon?.
 - Seguro.

Paulette se frota los ojos:

- Que sobre todo digan que vienen de tu parte, pequeñín, se les tratará bien.
- No olvides que aquí hay siempre una cama para ti, mi pequeño. solloza Arlette.

El rimel de Suzy se ha corrido por sus mejillas.

- Ten cuidado con quién sales. dice.
- Descuida, Suze responde él abrazándola.

No tiene más que diecinueve años y es una de las más trabajadoras de la casa.

— Nunca he tenido un vecino como tú.— dice Arlette. Lo que provoca nuevas lágrimas en la señora Angèle. Se prodigan los besos y los abrazos.

Están todas sobre la acera, enviando besos y haciendo grandes gestos de despedida, mientras que, inclinados en las portezuelas del carruaje que se aleja, Guy y Pinchon les responden. Los vecinos, a los que la ruidosa fiesta de despedida de la víspera por la noche, ha impedido dormir, profieren insultos. En el último instante, se abre una ventana en el primer piso y Rosa, que ha debido recibir un

cliente intempestivo, aparece completamente desnuda, agitando la camisa y el pantalón del susodicho, a guisa de despedida... luego el carruaje gira en la calle de los Mártires.

— ¡ La despedida del marino!

Ambos ríen tanto que el carruaje se mueve como un navío. Han decidido abandonar Bezons y han seguido con sus yolas el bucle del Sena hasta Sartrouville donde han encontrado una casa de alquiler muy próxima al camino del embarcadero. Está más lejos de París, río abajo de la Grenouillère y de su ruidosa multitud dominguera. Hay una habitación para cada uno, separadas por un despacho para Guy. Las ventanas dan sobre las verdes orillas del río que se abre camino entre el parque de Maisons-Laffitte, el bosque de Saint-Germain y los cerros de Cormeilles.

Guy quiere llegar en camiseta de remero y cubierto con su redondo sombrero de paja, reliquia de la « Hoja al Revés ». Se cambian en el tren. En el coche que los lleva desde la estación, declaman refranes picantes, para mayor escándalo de los paseantes.

La acogida de la señora Levanneur, su anfitriona, es muy animada: — Hay mejillones a la marinera para cenar. ¡Mejillones..., lo que yo te diga!

Es la lavandera del lugar. Tiene la talla de un niño de diez años, pies enormes, una cara acartonada, un moño sobre la cumbre del cráneo y una energía salvaje. Es una personalidad del río que conocen desde hace años, es más fuerte que un hombre, llega de lavar ropa sucia durante dieciocho horas seguidas en su lavadero flotante, enfrente a la casa. Guy la levanta en brazos y la besa en las dos mejillas.

- ξ Entonces, echamos una carrera ? Apostamos a que te gano hasta Herblay.
- ¡ Suéltame ¡ ¡ Suéltame ! grita ella agitando ridículamente sus enormes pies.
- ¡ Caramba ! Quién querrá lanzar un desafío a alguien que tiene los brazos así dice Pinchon.

Suben a sus habitaciones los bultos amontonados en el exterior. La casa es fea, grande, está bien de precio, limpia y razonablemente confortable. Pinchon cuelga unos banderines en las paredes. En mitad del desembalaje, Guy mira afuera, con una mano apoyada a cada lado de la ventana:

- ¡ Ah, viejo, esto es vivir ! Ser libre. ¡ Haber plantado la Administración ! ¡ Te das cuenta ?
 - ¿ Es definitivo ? pregunta Pinchon.
- Estoy en situación de excedencia temporal, pero espero perpetuarla.
- Por cierto, ¿ esta situación tan envidiada de escritor es rentable ?
- ¡ Cuándo pienso que debo compartir los derechos con Zola y los otros cuatro! En fin, el libro se vende bien y tengo mi trabajo en *Le Gaulois*; Meyer me ha dado un adelanto. La *Nouvelle Revue* y *La Revue Bleue* me piden unos cuentos. Tengo una veintena de buenas historias que no tienen más que salir, solo es necesario que tenga tiempo de escribirlas. De repente se estremece, se frota el brazo y dice:
 - Hace frío aquí.
 - ¿ Frío ? se sorprende Pinchon mirándolo.

Guy continúa frotándose los brazos caminando.

- Una corriente de aire, sin duda. Saquemos un poco las yolas para calentarnos.
- Buena idea. dice Pinchon .— Vaya, ¿ qué es esto?— coge un periódico entre los bultos que han traído «El lunes, 31 de mayo, *Le Gaulois* ofrecerá a sus lectores semanalmente una serie de artículos de GUY DE MAUPASSANT, el talentoso joven autor de « Bola de Sebo », al que Flaubert consideraba como su sucesor». Caray, puede decirse que se te mima.
- Deja eso. Guy sonríe. Desde que eso ha aparecido, Flaubert se revuelve en su tumba. Venga, ¿, vienes?

En la entrada se cruzan con la señora Levanneur que empuja una carretilla de ropa sucia. Se para, apoya las asas sobre las caderas y les dice:

— No merece la pena que vayáis al burdel. No vale la pena, debéis saberlo.

Ellos la miran con asombro.

- Vaya con la jefa. dice Guy Para una vez que no vamos allí. ¿ Pero por qué no vale la pena ?
- Hay un letrero en la puerta. Lo he visto yo misma «Cerrado con motivo de primera comunión ».
 - No es posible.

Ambos se cruzan una mirada durante un instante sin decir nada, luego estallan. El rostro de la vieja se agrieta en una amplia sonrisa desdentada y se pone a croar como las ranas en primavera.

El viernes siguiente realizan la mudanza. Céard viene a visitarlos. En la escalera, se ve afectado por un repugnante olor a éter... luego percibe a Guy sobre el rellano, de rodillas, la cabeza apoyada en el suelo.

- ¡ Dios mío!— grita Céard apresurándose. La cara de Guy está pálida, incluso no abre los ojos y parece apenas darse cuenta de la presencia de su amigo. Céard lo levanta, abre una puerta de una patada y tiende a Guy sobre la cama. La habitación está en desorden, una mesa está caída, pedazos de vasos están dispersos por el suelo. Céard desabotona el cuello de Guy, seca el sudor de su frente con una servilleta.
 - ¿ Es todavía tu cabeza?
- Sí. susurra Guy abriendo los ojos. Céard, en nombre del cielo, dame algo...
- \uplie Pero qué hace la vieja de abajo. No sabe que estás en este estado ?

Ha visto a la señora Levanneur al llegar. Guy niega con la cabeza:

— Se le ha dicho que me deje tranquilo, que no me moleste. Esto ha sido tan rápido...

De repente se calla. Céard ve estremecerse su rostro bajo el dolor. La mirada de Céard recorre la estancia: — ¿ Dónde está el éter?

- No me queda más. ¡Tráemelo, Céard, por el amor de Dios!
- Por supuesto. Sobre todo no te muevas.
- Coge el barco. Lo encontrarás en Maisons, en casa de Anger, el farmacéutico; él lo vende.

Céard se detiene en el umbral. Se vuelve y mira a Guy que se aferra a las sábanas con las dos manos. Se vuelve hacia Guy, sube las sábanas, se asegura que la ventana está bien cerrada y se apresura hacia la yola. Ese no es más que el primer viaje, pues pasa toda la jornada remando, haciendo la ruta entre Sartrouville y Maisons para buscar nuevas provisiones de éter. Cuando un frasco se termina, los dolores regresan. Al cabo de su cuarto viaje, Céard mira a Guy, postrado sobre su cama, inhalando.

- Has visto a los médicos, ¿ no es así ? ¿ Qué te pasa, por Dios ?
 - No lo sé, responde Guy no lo sé.

Al día siguiente, hacia el mediodía, la crisis ha remitido y Guy está exultante por unas palabras de Arthur Meyer, llenas de alabanzas e itálicas. « Los domingos de un burgués en París » ha comenzado a publicarse en *Le Gaulois*. En posesión de los demás artículos, Meyer escribe que la serie promete mucho. Guy toma por la tarde el tren para Étretat. En el camino de los Verguies, su madre sale a su encuentro, con los brazos extendidos.

— ¡ Guy, mi hombrecito!

Después de haberse abrazado, ella dice: — Josèphe ha llorado durante tres días a causa de « Bola de Sebo ».

- ¿ Por qué diablos ?
- Ella repetía: « Es tan real.... Es tan real... ».

Se miran riendo. Josèphe aparece a su vez. No ha cambiado demasiado; sus rasgos masculinos vacilan entre la sonrisa y las lagrimas. Las últimas la asaltan un instante cuando Guy la abraza, pero las reprime.

- El señor Paitissot, en *Los Domingos*, me recuerda al tío Nicéphore. dice ella.
 - ¡ Josèphe... si tú no lees Le Gaulois ¡

Completamente feliz, desciende hacia el mar. Étretat está encantador, ahora está de moda. Hay un casino y una hora especial para pasearse por la playa. Cuando llega a la avenida alguien lo llama. Es Lucien. Se arrojan en brazos el uno del otro. Lucien le da las últimas novedades de la región. El capitán Couteau está confinado en la cama pero siempre pletórico de ánimos. Albert Tarbet por fin se ha casado con Josée, una bella muchacha, bien plantada y apetitosa, que le ha dado cuatro hijos. Para gozo escandalizado de todos, la Didine, la vieja lavandera, viuda desde hace poco, trabaja ahora unas horas en la casa del nuevo cura del pueblo vecino, y todo Étretat sabe bien lo que eso significa.

- ¿ Así que parece que ahora escribes libros en París ?
- ¿ Libros, Lucien? No, historias.
- ¿ Escribes también sobre mujeres lujosas, eh ?— dice Lucien dándole un empujón acompañado de una mirada y una sonrisa picarona.
 - Sí, Lucien.

— Desconfía, muchacho, — dice el otro, de repente serio — Nunca se sabe a donde te pueden conducir esas mujeres. El otro día, le dije al cura que había estado con una en un burdel del Havre volviendo del último viaje con Armand Pailleron. Entonces, el cura me dijo: « ¿ Y ha tenido usted relaciones pecaminosas ? », así que le respondí: « ella no era desagradable señor cura, y fue necesario que lo hiciera tres veces antes de sentirme satisfecho. » Entonces él me dijo algo así: « Entonces, Lucien, habrá que hacer penitencia. Nada de vino durante tres días, nada de carne mañana para cenar y dejarás cinco centavos en el cepillo al salir ». Yo dije: « ¡ Pero señor cura, ya he pagado a la chica! »

Regresando a la villa, Guy encuentra a su madre con una visita. La señora de Maupassant hace las presentaciones.

— Guy, la señora Lecomte du Noüy⁷⁴. Su marido es un arquitecto... que al parecer pasa la mayor parte del tiempo en Rumanía, — dice sonriendo con su franqueza habitual.. — Hermine ha comprado « La Bicoque », esa pequeña villa detrás del casino. No me importa decirte que la encuentro encantadora.

Guy se inclina y besa la mano de la visitante.

— El señor Patissot es delicioso, — dice ella.

Tiene unos treinta años, sedosos cabellos rubios, una tez cremosa y ojos azules. Una nariz bastante acentuada se agrega a su individualidad; es inteligente, culta y habla de un modo divertido. Un trasfondo de humor se deja vislumbrar bajo su ceremoniosa frialdad y es evidente que esta unida a la señora de Maupassant en razón de su mutuo desprecio por las conveniencias. Charlan algún tiempo todavía, luego Guy acompaña a la señora De Nouy a su casa. Quedan un momento hablando ante el porche de su villa; la noche cae y las mechas de gas del casino centellean en sus globos. Él pregunta:

- ¿ Por qué ha venido usted a vivir aquí?
- $\dot{\iota}$ A Étretat ? Porque el lugar me gusta. $\dot{\iota}$ Piensa usted que no habría debido ?
 - Hubiera pensado que usted preferiría París.
- No se equivoca, pero las preferencias no son siempre buenas. Ella ríe ¡ Buenas noches!

Pasados dos días, sale temprano para comprobar sus nasas cuando la ve surgir del agua a su altura.

— Buenos días. Embarque, pues.

— Buena idea. Me sorprende verle todavía aquí.

La ayuda a embarcar. Sus cabellos, atados con una cinta, brillan. Su traje de baño mojado se adhiere a su cuerpo, dejando ver los senos y dibujando la curva de las caderas en forma de ánfora debajo de la fina cintura. Ella sube las nasas con él, sus brazos se tocan

— Es usted un auténtico marino — dice ella. — Hace todo eso tan bien.

Él precisamente está intentando tirar de una gran nasa.

— Sí, tan bien que se ha atascado.

Pueden percibir en el fondo la nasa enganchada por un saliente de roca y el cable del ancla detrás.

— Es necesario que baje ahí, — dice Guy sacándose su camiseta, luego, mirándola a los ojos: — Puedo sumergirme con mi pantalón.

Se callan, un poco apurados, luego Guy balbucea:

- Sería mejor tal vez que usted se aleje a nado.
- Desde luego que no. responde ella.

Le da la espalda, él quita rápidamente su pantalón y, en un instante, se tira por la borda.

— Alcánceme ese cable — dice él

Ella le mira de frente.

 La nasa está atiborrada, cuando la haya desprendido, caerá al fondo

Están muy próximos, cara a cara, separados por la borda.

- ¿ Ha comprendido ? pregunta él.
- Sí.— responde ella. Sus ojos permanecen fijos. La barca oscila suavemente. Una larga mecha rubia se ha desprendido y cuelga hacia adelante.
- Está usted radiante.— dice Guy Me gusta.— añade cuando ella sonríe.
 - Esto debe ser divertido verlo desde la costa. dice ella.

Guy desaparece en un torbellino de espuma. Un momento más tarde, ha liberado la nasa y el cable se tensa brutalmente mientras la nasa desciende. Guy emerge: — Debe haber una toalla en el baúl. — Se la pasa y se gira mientras él sale del agua. En un instante está seco y vestido. Suben la nasa donde se mueven dos hermosos centollos.

— ¿ Sabe remar ?— pregunta Guy.

Ella se sienta ante él sobre el banco, la cabeza ladeada, sonriente, la mirada un poco irónica:

— Fue una bonita jornada — dice ella.

Pero cuando va a verla por la noche, ella le anuncia que su marido ha telegrafiado, llega dentro de dos días para un mes. Cenan en el casino, pasan a los Verguies, luego Guy la acompaña. Se siente decepcionado no pudiendo definir la razón. Es para él una nueva experiencia.

Al día siguiente, cuando Guy y su madre desyunan, Josèphe trae una abundante correspondencia. Ofertas de periódicos, de revistas solicitando artículos, opúsculos, cuentos. Guy ha intercambiado una copiosa correspondencia con Huysmans quién proyecta sacar a la luz una nueva revista mensual, *La Comédie Humaine*

- ¡ Oh, Guy !¡ Escucha ! La señora de Maupassant toma el periódico local y lee: « La pasada noche, en la calle de Berri, en los salones de la princesa Mathilde Bonaparte, ha sida presentada la pieza teatral « Historia de los Viejos Tiempos »...
 - ; No!
- ... de nuestro eminente conciudadano señor Guy de Maupassant...
- Diantre. Guy está encantado.— ¿ Sabes que es un gran honor ?
 - Estoy convencida, Guy.
- Flaubert le había remitido el manuscrito hace bastante tiempo. Me decía siempre que ella la haría representar algún día. relee la noticia, luego se estremece de repente: Hace frío en esta sala, mamá. ¿ No podríamos desayunar en otro sitio?

Ella adopta una expresión divertida mirándolo, como si buscase una broma detrás de esas palabras, luego renuncia:

- ¿. Te has resfriado?
- No... creo que no. Esta sala a veces es glacial.

Deposita su taza en la mesa y se frota las manos.

- ¡ Vamos, hombre... glacial!
- Entonces es un cambio de tiempo, lo siento.
- Pero si hace un sol espléndido afuera.
- Espléndido, quizás, pero no cálido. Estamos demasiado al norte aquí. Es el sol del Mediterráneo el que me hace falta. Eso es, mamá... voy a ir al Midi. Voy a ir... ¿ adónde ? ¿ A Niza ? No...

veamos, en honor a la princesa Mathilde iré a Córcega. — Se levanta — ¿ Dónde están esas postales que tenías de cuando estuviste allí ? ¿ No están en tu escritorio, con los libros ?

— Sí. — responde ella con tranquilidad, pero cuando él se aleja, lo sigue con una mirada preocupada.

El carruaje se detiene en la calle Drouot. Guy abre la portezuela y va a descender. Yvonne Fauconnier apoya la mano en su brazo.

- Guy... mañana. ¿ Me lo prometes ?
- Sí, por supuesto. No tomes ese lamentable aspecto.

Le sonríe y desciende. Se retira hacia al fondo para no ser vista y el coche parte. Guy entra en el número 2, entrada de las oficinas del *Gaulois*. Suspira; Yvonne se ha vuelto aburrida y pesada. Ella esperaba verle tres días sobre cuatro desde su vuelta de Córcega. Se le quejó en su cita de esta mañana. Quería volverlo a ver aún esa misma noche, le ha acompañado en coche para prolongar el reencuentro. Y luego fue presa del pánico con la idea de ser vista, del escándalo, de la vergüenza. Fue un error haber comenzado con ella...; Oh, después de todo...!

Pasa ante la placa de cobre donde se lee « Le Gaulois ». atraviesa el vestíbulo y sube al entresuelo. Desde la puerta puede observar un torbellino de actividad; jóvenes atareados, pasan y vuelven a pasar, con papeles en la mano; unos visitantes entran y salen; reporteros se apresuran hacia las salas donde unas personas los esperan. La sobriedad burguesa está rota por la presencia de un mariscal del Imperio, en uniforme de gala, que saluda profundamente a Guy y emite con un terrible acento de arrabal: « Salud, señor de Maupassant ». Se trata del « Garçon », no se le ha llamado nunca de otro modo. Tiene una cincuentena de años y su uniforme ha sido diseñado por Arthur Meyer en persona en un momento de vanagloria.

— Gracias — dice Guy. — El Garçon pliega las piernas como para iniciar una carrera, recoge una colilla y la reanima con fuertes aspiraciones.

Guy franquea la puerta y se dirige por un pasillo a la sala de redacción. Allí reina el mismo olor que en el resto de las salas de redacción del mundo, un olor extraño, soso, a tinta y papel, a colillas y a sudor, mohoso y desagradable. Cuatro reporteros juegan

una partida en un viejo billar con un tapete remendado. Otros dos discuten acerca del suicidio. Caillot, el encargado de la política, acaba de saludar a Guy: — ¡Billar!¡El eterno billar! No pueden pensar en otra cosa. He esperado esta mañana hasta una hora, que el Ministro de Justicia acabase su partida en el Elíseo.

El despacho de Arthur Meyer está vacío, pero en la sala contigua Guy encuentra a Cantel, el crítico dramático, con Jean Valter, uno de los adjuntos a la dirección. Guy le entrega su próximo «Domingo » y ambos discuten brevemente, luego Valter dice:

— El señor Meyer desearía que le escribiese algo sobre Étretat y un artículo sobre Flaubert.

Hay un jaleo en el vestíbulo. Se vuelven. La puerta del despacho del jefe se abre. Se precipitan los tres. Con aspecto más muerto que vivo, Arthur Meyer entra, sostenido por Paul Ferrier⁷⁵, uno de los redactores, seguido por el Garçon y otros.

- ¡ Ah, Dios mío! gime, tratando de buscar apoyo sobre su escritorio. Está en frac, un largo mechón de pelo cuelga de un lado. Se le ayuda a sentarse en su sillón. Su caniche salta a su alrededor molestando. Meyer se deja caer en su asiento, una angustia inexpresable se dibuja sobre su rostro.
 - ¿ Qué ha ocurrido, señor Meyer? se abalanzan sobre él.
 - ¿ Un accidente?
- No..., no..., Valter... Indica la puerta con la mano; Valter y Ferrier echan a los demás hacia el pasillo. Meyer hace señales a Guy de que se quede.
 - ¿ Está herido ?
- ¡ Ayyy! ¡ Ayyy! Preferiría estarlo. Meyer levanta sus palmas hacia sus favoritos con el gesto secular de los judíos. Guy piensa que nada podrá eliminar jamás esa nota cómica.
- Venimos de batirnos en duelo con Drumont⁷⁶ dice Ferrier quitándose los guantes. O mejor dicho, el señor Meyer se ha batido con aquel.

Está igualmente vestido con frac y ha debido actuar como testigo.

- —; Santo Dios!
- ¿ Y usted, lo ha herido?
- En el muslo derecho. precisa Ferrier moviendo la cabeza.

Edouard Drumons es uno de los más célebres y enconados periodistas antisemitas.

— Ah, mis pobres amigos. — Meyer se seca el rostro con un pañuelo. — Estoy arruinado. Todo esto va a desaparecer, reducido a polvo. Mi respetabilidad..., el trabajo de una vida entera..., perdido..., se acabó... — Con un gesto amplio de su pañuelo engloba toda la estancia, todo el edificio todo... — Ningún hombre querrá hablarme más.

Guy y Valter lanzan a Ferrier una mirada interrogatoria.

- Ha habido un incidente, dice Ferrier y Meyer ha hecho de ello un mundo.
- No..., no, dice Meyer levantándose.— Drumont ha publicado en *La France Juive* ese abominable artículo de Carle des Perrières. No lo podía tolerar. Le he enviado mis testigos. Con una mirada suplicante a Ferrier, explica: Sabía que Drumont es un mal duelista; se lanza sobre uno, buscando en daros un golpe de estoque sin preocuparse de protegerse. Eso es lo que ha pasado esta mañana. Al cabo de un instante, tuve la impresión de que estaba tan cerca que no tenía libertad de movimientos. No sé lo que me ha pasado...pero...; oh, que vergüenza...!

Guy ve que los otros reprimen unas intensas ganas de reír. Valter ha tomado un aire solemne.

- He agarrado su espada con mi mano libre...; Si, la he agarrado !... y he comenzado a zurrarle entre las piernas con la mía... ¿Pueden imaginarse eso ?; Lo hice dos veces ! ¡Qué vergüenza !— Se deja ir hacia adelante, cubriendo su rostro y sus manos con su pañuelo rojo, como para sustraerse a los ojos de todos. Los tres apenas pueden mantener su seriedad. Ver a Meyer imaginando su reputación perdida, el edificio de su fortuna y, sobre todo, su situación dentro de la burguesía católica, es demasiado divertido
- Pero me he esforzado en convencerlo de que eso está admitido en un cuerpo a cuerpo dice Ferrier.
- Daudet estaba con él contesta Meyer. Y después me gritaban: « ¡ Sucio tramposo ! ¡ Cerdo judío ! ¡ Al ghetto !»
- Ni el mejor duelista puede controlarse en tal momento. dice Guy.

- No, no. se lamenta Meyer. Deja de pronto el pañuelo y mira a su alrededor.— Serán necesarios treinta años para que la gente olvide tal incorrección...; a menos que haya una guerra!
 - ¡ Ouahuuuu ! aúlla lamentablemente el caniche.

Una vez en el corredor, Guy y Valter se ven obligados a poyarse en la pared de tanto reír, la hilaridad los sofoca.

- Esos incidentes no tienen ninguna importancia, ¿ verdad?
- Absolutamente ninguna.
- ¡ Que tipo!
- Es realmente espléndido.

Céard mira las dos habitaciones. — Debo decir que eliges los sitios más extraordinarios para vivir, Maupassant.

— ¿ Aquí ?. Pero si esto es ideal.

Un estridente silbido barrena sus oídos; es un tren que sale de un túnel de los Batignolles y pasa no lejos de ellos. Las carcajadas de Guy quedan enmudecidas en ese estruendo. Pinchon y él han dejado sus habitaciones de Sartrouville y Guy ha alquilado un apartamento en la calle Dulong dominando la zanja de la vía. Una de las razones que le han empujado a esta localización es Yvonne Fauconnier con su pesada insistencia para mantener sus citas secretas.

- Bueno, tengo que irme dice Céard. A propósito, ¿ Has terminado un nuevo libro ?
 - A decir verdad, no.
 - ¿ Qué ? Pero debías haber acabado uno para primavera.
 - Ya lo sé. Hasta luego, viejo.

Acompaña a Céard hasta la puerta y regresa, pensativo. ¡ Un nuevo libro! Seis cuentos ya están listos, pero no consigue acabar los tres que faltan. Es a causa de Yvonne.

No le deja en paz. Después de aquel primer encuentro, en el que cedió en casa de la señora Angèle, tuvo una crisis de remordimientos y agobió a Guy con amargos reproches. Trató de zanjar el asunto dejándola de ver, pero eso no hizo más que aproximarla más firmemente a él. Cedió para no hacerle daño y ahora lo persigue, lo aprisiona con un afecto exclusivo y desbordante

Lo acosa, quiere verlo cada día. A todas horas le envía notas, telegramas, diciendo que lo espera en una esquina de tal calle, en

tal café o en algunos jardines públicos. Lo espera en un coche delante de las oficinas del *Gaulois* o en otro lugar, hasta que sale. Todavía recuerda su inocente murmullo el famoso día en casa de la señora Angèle: «... Se lo juro, nunca he tenido un amante » y sabe que es cierto. El problema es que, sin duda alguna, él había lograd despertar por primera vez en ella la pasión carnal.

Ella le escribe epístolas de diez páginas llenas de palabras pueriles de amor, tiradas poéticas penosas. Cuando están solos, se aferra a él como si hubiesen estado separados un año. Lo exaspera con las letanías de nombrecitos estúpidos con los que lo llama: mi conejito, mi pollito, mi gatito. En el momento de ofrecerse se ve afectada de irritantes pudores de chiquilla, desvistiéndose con unas tonterías y grititos ridículos. Pega su cuerpo al suyo ceceando: « Son todos míos Todo para mí » e insiste para que él responda: Encuentra siempre nuevos pretextos para repetir:

- Oh, Guy, tú no me amas. ¿ Me amas todavía?
- Por supuesto.
- Dilo, quiero oírlo.
- Pero ya te lo he dicho.
- ¿ Es cierto que me amas, mi bebé?
- Sí.
- ¿ Juras que me eres fiel ?
- Sí
- ¿ Sí, qué ?
- Sí, te soy fiel.
- ¿ Lo juras ?

Se vuelve pálido a fuerza de contenerse.

Las palabras de Céard aumentan aún su inquietud. Céard tiene cien veces razón. Debe tener un libro preparado para primavera.

Se acerca a la ventana y recuerda entonces la nota que le ha entregado el portero cuando ha entrado. La toma de su bolsillo y la abre. Es la escritura de Yvonne; lee: «¿Por qué? ¿ Por qué? ¿ POR QUÉ no estabas ahí esta mañana? Te he esperado una hora. Tengo que verte mañana. Esperaré fuera, en un coche. ¡ TE NECESITO!»

Arruga con rabia la nota y la arroja a la papelera. Está furioso. Ella está siempre dispuesta a colmarlo de reproches, incluso por una simple mañana. Estos perpetuos alfilerazos de su acaparadora pasión lo exasperan. Evadirse... Sí, tiene que evadirse, es la única solución. ¡ Santo Dios! ¿ Por qué se ve reducido a ese ridículo

recurso ? Este pensamiento aumenta todavía más su ira. Ella es por esencia la mujer que importuna. Tiene un talento natural para transportarlo en un dédalo de inquietudes, de temores vagos, de métodos de intriga que uno normalmente desprecia.

Desgraciadamente, huir es la única solución.

Al día siguiente, se levanta temprano, recoge sus manuscritos y toma el tren para Étretat. Sabe que su madre está ausente y encuentra la villa cerrada y poco confortable. Se instala en dos habitaciones y se sumerge en su trabajo. El nuevo libro será más atrevido. La historia de la « casa » cerrada con motivo de una primera comunión que debe figurar en cabeza no está todavía terminada completamente. Se ríe solo mientras la escribe. Ya le tiene título: « La Maison Tellier » Se aplica a dar un giro simple y claro a su relato cuyos detalles deben ser elegidos con gran cuidado y retoma el estilo de «Bola de Sebo », una textura que, bajo un aire de aparente indiferencia, crea una atmósfera en la que uno se reconoce, que nos hace penetrar en la intimidad del decorado y de los personajes. Cuántas cosas se pueden decir por omisión, por simple alusión, en el interior de un cuadro de líneas claras y netamente definidas. Es uno de los secretos que debe a Flaubert.

El tercer día, un viernes por la mañana, la escena final toma forma sobre el papel; siente una hambre de ogro y deja su escritorio. Tras él, sobre una mesa, se amontonan unas servilletas sucias, con restos de comidas que él mismo se ha preparado. Va a la cocina, saca de una despensa el resto de un rollo de carne, queso y mantequilla. Busca pero no encuentra pan. Ya es más de mediodía. Pone su chaqueta, abre la puerta y se detiene cara a cara con una mujer joven.

- Quería hablar con Josèphe dice ella. Es bajita, el rostro redondo y lleno; no se puede decir que sea bonita, pero su sonrisa, que no descubre más que una parte de sus dientes, es verdaderamente contagiosa.
- Josèphe no está aquí; se ha ido con mi madre. Yo soy Guy de Maupassant.
- Lo sé.— responde ella con su encantadora sonrisa Yo soy la señora Brun⁷⁷.

Tiene una boca demasiado grande, cabellos castaños y un aire extremadamente alegre.

— Estoy encantado, señora. — Guy se da cuenta de pronto que están en el umbral de la puerta: — Estre, por favor, — dice él echándose hacia atrás.

Ella le sigue en la casa.

- Oh, no era importante. Josèphe es una bordadora sin igual y quería preguntarle si lo que le había encargado para mi sobrina estaba listo.
- Quizás podamos encontrarlo, contesta Guy que está un poco sorprendido de que haya entrado cuando él se lo ha propuesto. La moral burguesa lo prohíbe, toda vez que no admite que una mujer respetable acepte ninguna invitación de un soltero si no hay nadie más. Es cierto, ella ignora que no hay nadie en la casa. Pero sin embargo...
- ¡ Oh ¡ exclama llevando la mano a la boca. Guy se da cuenta de que se ha fijado en la pila de servilletas sucias y se divierte.
- Perdóneme, dice avanzando para retirarlas, pero ella se opone:
 - No se moleste por mí. ¿ Está usted solo ?
 - Sí.

Eso parece divertirla todavía más: — No habría debido venir, ¿no le parece ? Le diría que me preocupo poco de los burgueses de Étretat.

- Parece que sí.
- Ni de ninguna parte del mundo. Son demasiado educados pero extremadamente estirados. Ella mira su escritorio. ¿ No lo importuno ?
 - Ni por un momento. Iba a buscar pan.
 - Entonces será mejor que me vaya.
- Creo que nuestros buenos burgueses tendrían aun peores pensamientos si nos viesen pasear juntos.
 - No lo dudo.
 - Entonces quédese. ¿ Por que no almuerza conmigo ?
 - Pero no hay pan.
 - Voy a buscarlo.
- Perfecto. dice ella Mientras espero me ocuparé de los cubiertos toma una pila No se moleste, creo saber donde está la cocina...

La ve desaparecer. Es verdaderamente seductora, refrescante...

Este es su primer contacto con Clem. Pronto sabe que su nombre es Clémence, pero sus amigos la llaman Clem. Es una borgoñona, próxima a la treintena, no vive lejos de los Verguies y es viuda de un rico negociante en cafés. Se pregunta por un momento si ella le ha hecho proposiciones, pero concluye que no. Es deliciosamente franca y, bajo un trasfondo de alegría, de actividad y de buen humor, es en el fondo muy plácida. Ella le propone hacer en la casa lo que pueda mientras él esté solo. Guy acepta gustoso. Vuelve cada día durante algunas horas y Guy encuentra su cotidiana tarea allanada por su tranquila presencia. No hay interrupciones irritantes, sus papeles están en orden, los pequeños trabajos domésticos están hechos. Una mañana siente que se avecina una fuerte jaqueca. Busca el frasco de éter, está vacío en sus tres cuartas partes. Va a buscar a Clem:

- ¿ Podría ir a buscarme otra ? El doctor Aubé se la dará.
- Ya lo he hecho ayer. Voy a traerla. responde ella.

La crisis pasa rápidamente. Acaba « La Maison Tellier » y los otros dos cuentos, bastará ahora con algunos ligeros retoques. Encuentra que Clem le tranquiliza. La mañana en la que el coche viene a buscarlo para conducirlo a la estación para ir en tren a París, ambos están en la habitación principal que da al jardín. Ella vigilará la casa en su ausencia.

- Clem, tengo que agradecérselo; usted ha sido para mí de una gran ayuda.
 - Tanto mejor. responde ella Yo estoy muy feliz.
 - Espero no haber arruinado su reputación en Étretat.
- ¡ Tonterías! ¿ Sabe que usted ha dejado dos cartas del *Petit Journal* sobre su escritorio?
- Me insisten para que les escriba unos cuentos y tengo actualmente unos mil en proyecto.
 - Les responderé en ese sentido.
 - ¿ En serio ? Es usted muy amable, Clem.

Ella le da con toda naturalidad un beso en la mejilla:

— Váyase, va a perder su tren.

Guy decide separarse del grupo de Zola y de manifestar esta ruptura mediante un gesto simbólico, llevando sus cuentos a un nuevo editor. Al día siguiente de su regreso a París, sube unas escaleras hasta un pequeño despacho adornado de horribles pasteles rococó. Está cerca de la estación Saint-Lazare. Había sabido de la existencia del editor Victor Havard y su dirección por una exitosa novela aparecida últimamente. No lo conocía. Una mujer de pecho liso y largos dientes salientes surge de detrás de un escritorio, las manos unidas.

— El señor Havard ha salido.

Guy deja los tres relatos que ha llevado, añadiendo una nota con su nombre y su dirección. Al día siguiente por la mañana, cuando se está afeitando, golpean violentamente a su puerta. Abre y una especie de pelota surge en la entrada. Guy no distingue al principio más que un pecho coronado por una cabeza redonda cubierta de cabellos lacios.

— Creía que no había nadie, mis disculpas.

El hombre está dispuesto a estallar.

- Es culpa mía dice Guy Hay algunos momentos en los que no oigo... a causa de los trenes. Va a cerrar la ventana.
- Soy Havard.¿ Señor de Maupassant ? Muy honrado de conocerle. Quisiera disculparme por esta visita tan temprana.

Havard es joven, con brazos fusiformes. Guy le indica una silla.

- No, gracias, no deseo sentarme. Me da pánico estar sentado. Estoy muy contrariado por haber estado ausente ayer cuando usted me ha visitado. He pasado toda la noche leyendo sus relatos; o mejor dicho, los he leído y no he podido dormir.
 - ¿ Le gustan ? pregunta Guy.
- ¡ Son de primera clase !— responde Havard, gesticulando aquí y allá agitando los brazos. Estoy halagado de que me los haya traído.
 - Bueno
- « La Maison Tellier »... ¡ah, es delicioso! ¡Es atrevido! Hay personas que van a escandalizarse. Verá usted, una auténtica tempestad. Guy sonríe. Oh, sí, sí— prosigue Havard habrá mucha indignación artificial, pero el relato es espléndido, querido señor.
 - Entonces, ¿, va a publicarlo?
- ¡ Por supuesto ! La otra historia « El papá de Simon », muy bien también, perfecta. Quedaré muy sorprendido si esto no resulta un gran éxito.
 - ¿ Un éxito de ventas ?

- Claro, un éxito de ventas. Se venderá, venderá y venderá aún. Ese es nuestro objetivo.
 - ¿ Cuándo podrá enviarlos al impresor?
- ¿ Enviarlas ? Ya lo he hecho. Le he llevado los tres cuentos esta mañana. Si puedo tener los demás... y es necesario que discutamos las condiciones. Se detiene ante un gesto de Guy. ¿Hay algo que no va bien, señor de Maupassant ?
 - No, tengo problemas con mis ojos, eso es todo.

Havard extiende los brazos en un impulso de ansiedad: — Se lo suplico, querido señor, no caiga enfermo. No, no , no es el momento. En absoluto. Vamos a hacer una fortuna... Usted no tiene derecho a estar enfermo.

Guy estalla en una carcajada. Eso es precisamente lo que Havard buscaba

La tarde es extraordinariamente soleada. Los caballos de los carruajes hunden su hocico en los abrevaderos. El Sena centellea. Los plátanos al borde de las avenidas, proyectan su sombra en las aceras. Las calles resuenan con los gritos de los deshollinadores, peluqueros de perros y gatos, cristaleros, reparadores de loza y porcelana, el vendedor de leche de cabra empuja su rebaño silbando una canción, el afilador agita su campanilla, el vendedor de verduras grita la bondad de su mercancía.

Guy desciende la calle de Constantinopla, de un humor de perros. Desde hace un mes, trata de romper con Yvonne. Se lo ha dicho suavemente, pero ella no lo ha tomado en serio. Se lo ha repetido con más intensidad, tranquilamente, ella ha tenido una crisis nerviosa. Sus tres últimas citas han sido atroces. Ha sido estúpido en aceptar otra; pero esta vez, su resolución está tomada. Esta será la última, incluso debe ser inflexible. Entra en el número 20, la nueva dirección que ella ha impuesto para sus encuentros. Abre la puerta de la planta baja.

— ¡ Querido!

Corre hacia él, el rostro anegado en lágrimas, vestida con un kimono que se abre cuando se arroja en sus brazos. Debajo está desnuda, dispuesta a abandonarse.

- Eres mío... todo mío...— masculla.
- ¡ Yvonne !— él se desprende brutalmente, la toma por el brazo y la hace sentarse sobre la cama. Ya hemos arreglado

definitivamente esta cuestión. Es inútil volver a comenzar. Separémonos con dignidad, sin lamentos ni amargura.

- ¿ Pero en qué me voy a convertir ?
- ¿ Convertir?
- He arriesgado mi reputación por ti...
- Lamento mucho apenarte, Yvonne, y estoy dispuesto a todas las excusas, pero de nada serviría insistir.
- ¡ Si mi marido lo supiese... mi familia... mis pobres hijos... ! Me he jugado por ti mi estabilidad, mi situación, todo...

Es la séptima vez que oye ese reproche.

- Yo no te he seducido... Ya tienes edad para razonar.
- ¡ Oh! ¿ Cómo te atreves a decir eso, Guy? Tú sabes bien que te he sido fiel.
 - Nada sorprendente. Una mujer es siempre fiel a su amante.
 - Lo he sido a mi marido hasta que te encontré.
- Eso es muy lamentable. Sabrás entonces que la satisfacción transforma el amor en un reconocimiento educado.
 - ; Oh!
- Por cierto, esto dura un año, para otros un mes. Hemos llegado a nuestro término, admitámoslo sin más historias.
- Pero Guy, esto es totalmente diferente. Te necesito. Sabes bien que no tengo más que tu amor en el mundo... lo sabes...
 - Eso no es así. Tienes tu familia... tus hijos...
- ¡ Sí... y que vergüenza! Es uno de los momentos en los que no me atrevo ni a mirarlos.
- Seguid a una mujer, ella os huirá, huid de una mujer, ella os perseguirá.
 - Eres odioso.
 - Muy a mi pesar.
- Yo sin embargo no te pido gran cosa... un poco de amor, ¿es eso demasiado ? Tú eras otro... al principio.
- Si nosotros hubiésemos tenido este tipo de escena, ¿ acaso crees que habría existido algún comienzo ?
- No soy yo quién ha cambiado. ¡ Oh, debo estar loca! Pero estoy dispuesta a aceptar toda la culpa.

Avanza todavía hacia él con los brazos extendidos, con aspecto temeroso.

— Guy, querido mío... Te necesito. Soy tu mujercita, mi amor... Ven.

— Vamos, Yvonne, acabemos — responde él echándose hacia atrás.

Ella continúa avanzando, su rimel corre en trazos negros sobre sus mejillas, su kimono se agita bajo su desnudez. Está ridícula:—Querido... te amo tanto, mi lobón... Haz una bonita carantoña a tu pequeña Vovonne...

La rechaza, exasperado. ¡ Santo Dios! ¿ Por qué las mujeres no pueden comprender nunca la amistad sin tener instintos de propietaria? Apenas os conocen, algunas de ellas os enlazan con una red de obligaciones, de servilismos.

- Guy, dime que me amas.
- En este momento incluso ni puedo decir que me gustes.
- ¿ En qué te vas a convertir Vovonne?

Él recoge su sombrero: — Adiós, siento que esto se termine así

— ¡ Oh, no... no ! — Ve que hasta el último segundo ella ha esperado que cediera.

Sale dando un portazo y se aleja rápidamente. Durante un breve instante la oye llamar. Toma un coche y ordena al cochero: — ¡ A la Ópera! — Está furioso y contrariado. No puede impedir hacerse reproches, sin embargo no había alternativa posible. ¿ Por qué es tan penoso romper con una mujer? De repente, irritado por estar en ese coche, dice al cochero que se detenga, paga el viaje y desciende. Está casi en el extremo de la calle Auber; camina con buen paso, experimentando una necesidad de ejercicio. ¡ Santo Dios ¡ Cómo le gustaría tener unos remos y remar... remar...

« Argelia – País del Sol ». Esta inscripción llama la atención en el escaparate de una agencia de viajes. Vacila un instante, luego entra y toma un billete para Argel. El empleado dice que puede recoger su correspondencia en Marsella con el próximo paquebote tomando el tren del día siguiente por la mañana. Sale y camina, hasta el despacho de Havard. El editor está en su mesa, rodeado de una muralla de ejemplares de « La Casa Tellier ».

— ¡ Mire esto ! ¡ Quinta edición ! ¡ Magnífico ! — exclama cuando lo ve entrar. Havard esboza una media sonrisa, lo que es demasiado para él, sus cabellos lacios caen sobre su frente.

Havard se vuelve hacia él muy serio de repente:

- ¿ Mañana ? ¿ A Argelia mañana ? Mi querido Maupassant... bromea usted
 - Guy deposita su billete sobre la mesa.
- Pero Francia entera es un clamor. Todo el mundo lee *La Maison*. No puede usted desaparecer ahora. ¡ Sobre todo en Argelia!
 - ¿ Qué le reprocha usted ?
- El desierto, la peste, hay peste con seguridad. No hay agua. Y luego está ese rebelde ...¿ cómo se llama...?... Bou Amana, que corta el cuello a todo el mundo y ordena a sus secuaces que masacren a los europeos.
 - Muy bien. Es precisamente lo que necesito.
- Pero... Havard lo mira y adivina que es inútil discutir Muy bien, voy a entregarle sus honorarios.

Media hora más tarde, Guy vuelve a la calle Dulong. Avanza con precaución, espía de lejos el número 83, esperando ver un coche ante su puerta, con Yvonne que espera su regreso. No hay nada. Se reprocha su ridícula prudencia. Oh, ella no tardará en llegar, no descansará antes de haber destruido el último vestigio de dignidad que subsiste todavía entre ellos. Está bien, no le dará ocasión. Se ausentará durante todo el verano. Se detiene. Sobre la acera una silueta femenina avanza... Pero sí, es Clem. Lleva un encantador vestido verde, con un sombrero del mismo color; sonríe tendiéndole la mano.

- Vengo a traerle algunas cartas. Como he tenido que venir a París, he preferido traérselas personalmente que hacérselas enviar.
- Gracias, señora Ella ha observado que no le llama Clem. ¿Ouiere hacerme el favor de aceptar un refresco?
- Es usted muy amable, pero no puedo. Consulta el reloj cosido a su vestido. Mi tren para Étretat sale a las cinco y todavía tengo una cita dentro de veinte minutos.
 - Voy a ayudarla a encontrar un coche.

Ambos suben hacia el bulevar de los Batignolles. ¡ Una cita ! Esta idea irrita a Guy. De pronto tiene un deseo de vengarse con Clem. Ella le pregunta: — Dígame, ¿ no le habré molestado viniendo?

- En absoluto.
- Sin embargo, ocurre algo, ¿ no es así?

— Oh, nada. Acabo de tener una escena con una mujer. Eso resulta siempre desagradable.

Ella lo mira de reojo.

- Estaba harto de ella. Ella lo sabía muy bien, pero no quería romper. ¿ Hay algo peor ?
 - Yo... no lo sé.

Quiere hacerle daño, un instinto perverso lo empuja: — Si la Academia Francesa quisiera rendir un auténtico servicio a la Humanidad, debería instituir un premio de cinco mil francos para el mejor tratado sobre el modo de romper simplemente, decentemente, limpiamente, educadamente, sin historias, sin escenas ni violencia, con una mujer que os ama y que os ha llegado hasta la coronilla.

- ¿ Se lo ha dicho usted? pregunta ella tranquilamente.
- Sí.... pero no ha servido de nada. Hay mujeres que apenas se conocen y ya está uno atado. Una sola sonrisa y se aferran, desean saber lo que haces, os acusan de abandonarlas. Un poco de amistad y se creen con derechos. Las relaciones se transforman en deberes. Queda uno encadenado, preso en ese afecto celoso, sospechoso, chivato, de dos personas que se creen atadas la una a la otra, porque antaño han estado a gusto durante una semana, dos meses.
- ¿ Eso es una advertencia ? Comprueba con asombro que ella le sonríe gentilmente.
 - Clem
 - Mire, ahí precisamente hay un coche. ¿Podría llamarlo? Grita al cochero.
 - Clem, usted sabe que yo...

Ella le dice con desenvoltura: — Voy con retraso.— Sube en el coche, él le besa la mano y cierra la portezuela. Ella dice al cochero: — Al cinco de la calle Cirque.

- Salgo mañana para Argelia. Probablemente pasaré allí todo el verano.
 - Diviértase. Escriba las novedades. Hasta luego.

Le hace alegremente un gesto con la mano mientras el coche se aleja. Entra en la casa muy descontento consigo mismo.

CAPÍTULO II

París en septiembre. La lluvia ha refrescado agradablemente la velada. El sombrero sobre la oreja, haciendo girar alegremente su bastón. Es feliz de volverse a encontrar en el Bulevar con sus ruidos y su multitud. Argelia le ha resultado interesante. Ha atravesado el Atlas y cabalgado veinte días en el desierto con dos lugartenientes. « La Maison Tellier » continúa vendiéndose bien. Ha encontrado en la calle Dulong una carta de Tourgueneff que ha llegado de San Petersburgo: « Su nombre se oye en Rusia. Se ha traducido todo lo que es traducible y he traído un largo artículo del *Golo*, absolutamente entusiasta.»

Hace tintinear las monedas de oro en su bolsillo. ¡ Ah, la vida es bella! Por poco no grita su alegría a los cuatro vientos.

- Ehhh... Maupassant.
- Se vuelve y ve a Paul Bourget sentado con Edmond de Goncourt en un velador de la terraza del Helder.

Los saluda y va a sentarse con ellos. Goncourt todavía le da dos dedos a estrechar, luego la palmada ritual.

- Estás haciendo un ruido de mil diablos con tus putas, jovencito dice jugando con su camisola artísticamente abierta.
 - ¿ Qué ? Ah, ¿ « La Maison Tellier » ? sonríe Guy.

Goncourt parece molesto. Bourget, al que Guy ha visto varias veces en casa de la princesa Mathilde desde su primer encuentro en la *République des Lettres*, dice: — La duquesa de Luynes encuentra que es incluso mejor que « Bola de Sebo ».

Guy ve a Goncourt enfurruñarse aun, cuando una silueta sale de un coche. Es René Maizeroy⁷⁸, un periodista conocido por todos.

—¡ Maupassant... Qué suerte! Lo estoy buscando por todas partes. Se me había dicho que estaba todavía de viaje. — Saluda a los otros con una breve inclinación: — Bourget... Maestro... — Su voz es perfectamente acorde con su bello rostro, inteligente y cínico, sus ojos muy negros, su perfil acusado. — ¡ Esto es un desastre! ¡ He perdido a un *negro*⁷⁹!

Maizeroy trabaja para tantos periódicos a la vez que tiene necesidad de *negros* para conseguirlo, sería absolutamente incapaz de sacar a flote las noticias, artículos, ecos y folletines que aparecen bajo su firma.

- Maupassant, solo usted puede salvar mi reputación.
- ¿ Ehhh ? exclama Guy. Estima a Maizeroy, uno de los mejores periodistas que jamás ha conocido.
- Estoy justo en mitad de un folletín para el *Gil Blas*, el episodio decisivo. Lo llevo desde hace semanas.
 - ¿Y el negro ha muerto ?— pregunta Guy.
- No, el cabrón se ha puesto en huelga. ¡ Quiere un aumento de doce céntimos la línea !... y debo entregar el nuevo episodio mañana.
 - Ah, ya veo.
- Y tengo todavía tres folletines en marcha. ¿ Podría hacerme el gran favor de hacérmelo durante esta semana ? ¿ Solamente esta semana ?
 - ¡ Camarero, una caña para el señor !
- Piense en los lectores, piense en todos esos corazones que latirán más aprisa el viernes, degustando sus salchichones al ajo, solo si usted lo quiere. ¿ Acepta ?
 - Claro que sí responde Guy, riendo bajo cuerda.
- ¡ Acepta, oh Dios! Maizeroy revuelve entre los papeles que lleva bajo el brazo y extrae un fajo que entrega a Guy. Aquí está el esquema y los últimos capítulos. Lo continuará a partir de ahí. Quince céntimos por palabra. Enviaré un recadero a buscarlo por la tarde ¿ Le parece bien?
- No se preocupe. Tengo que pasar por el *Gil Blas*. Dumont quiere que escriba para él.
- ¿ Qué ? Maizeroy parece estupefacto. Escuche, no hay necesidad de hablarle de nuestro pequeño arreglo, ¿eh? No hable sobre todo de *negros*.
 - Descuide.

Maizeroy engulle su caña, levantándose de un brinco: — Gracias mil veces. Debo ir a hacer la ronda con los demás antes de que oigan hablar de huelga — y se va en pos de sus otros *negros*. Guy ríe viéndolo desaparecer en la marea de paseantes. Bourget, quién continúa hablando con Goncourt, pregunta con aspecto disgustado: — ¿ Asi que Maizeroy ha escrito una novela?

- Dos responde Guy. Ha dimitido del ejército, llevado por el ansia de escribir... no importa qué. Su verdadero nombre es Toussaint. Es barón.
- ¿ En serio ? Bourget cambia de expresión. Continúa con un matiz de interés: ¿ Es realmente barón ?

Llegan algunos amigos de Goncourt. Bourget dice que debe regresar a cenar. Guy se despide de los demás y se dirige al Bulevar. Una mujer vestida de negro y verde, tocada con un sombrero verde avanza hacia él. Él murmura: ¡ Clem!, y se dirige hacia ella llevando la mano a su sombrero con una alegre sonrisa... pero no es Clem. La mujer cruza volviendo la cabeza, Guy se vuelve y la mira alejarse, los ojos son como los de Clem cuando sonríe. Es su mismo tipo, el leve balanceo de su vestido. Siente ese ligero pinzamiento en el corazón, marca que ha dejado Clem en él desde su partida. Ha pensado mucho en ella durante su viaje; lo atormentan los remordimientos pensando en haberla ofendido y sabe que la idea de volver a verla era la mitad de la alegría por su regreso. Una carta de ella lo esperaba, alegre, casi impersonal, dándole las últimas noticias de Étretat... eso era todo. En medio de la multitud que se pasea por el bulevar. Guy tiene de súbito una inmensa impresión de soledad.

Al día siguiente, un poco antes de las cinco, entra en los locales del *Gil Blas*, en la plaza de la Ópera, esquina con el bulevar de los Capuchinos. La reputación de ese periódico está en alza, es una gentil y malvada reputación al mismo tiempo, es audaz, a veces trivial, conciso, uno de los más divertidos periódicos de la ciudad.

El vestíbulo de la planta baja está repleto y es ruidoso. Mujeres de bocas pintarrajeadas lo pisotean con sus altos tacones hablando con unas caballeros, apoyándose sobre el hombro de poetas obesos, bromeando con jóvenes que esperan, con un cigarrillo en la boca. Las mujeres miran a Guy mientras se abre paso, dos le guiñan el ojo. Empuja la puerta del fondo que cede algunos centímetros, luego se bloquea contra las personas que están en el interior de la

estancia. Apoya su hombro e insiste, un remolino de la muchedumbre le da un empujón, la puerta se abre de un golpe, desequilibrando a varias personas al otro lado. Guy se encuentra proyectado en un pequeño despacho, entre un bosque de rostros, de labios rojos, de hombros, de monóculos y de corbatas, en medio de un ruido infernal. La habitación contiene más personas de los que habría creído posible. El aire es sofocante, mezcla de tabaco y perfume barato. Aquellos que allí se encuentran son la réplica de los ocupantes del vestíbulo. Empujado por todas partes, Guy mira a aquellos que le rodean: actrices, medio mundanos, hombres de negocios, intermediarios, apostantes, autores, bellas muchachas de medias azules, invertidos de ambos sexos, pisándose mutuamente los pies. Una muchacha murmura con una encantadora sonrisa: — Soy la condesa Balafrêne...

- Encantado dice Guy y le pellizca las nalgas al pasar. Advierte a Maizeroy, casi oculto por una mujer pelirroja de pecho opulento; le entrega su « trabajo de negro ».
 - Dumont grita ¿ Dónde está Dumont?
- ¡ Arriba. En la redacción! Maizeroy consigue sacar un brazo para indicarle el fondo de la estancia. Guy da un paso hasta una pequeña escalera en espiral y emerge en una pequeña habitación de techo bajo llena de mesas ocupadas por montones de documentos, el suelo cubierto de papeles arrugados, algunas postales sobre las paredes, clasificadores, una cubeta y una jarra de agua, dos mechas en globos resquebrajados y un pony disecado. Se encuentra de pronto enfrente a Auguste Dumont, el propietario del Gil Blas, que le estrecha la mano diciendo: Ad-mi-ra-ble, ad-mi-ra-ble. Algunos periodistas están sentados en las mesas.
 - ¿. Que es esa multitud de ahí abajo? pregunta Guy.
- Oh, algunos amigos, amigos del periódico. responde Dumont. Es bajo y fuerte, su rostro arrugado parece tallado en roca; su mentón está erizado de pelos grises, sus dientes mellados hacen pensar en unas trituradoras. Venga por aquí, a mi despacho.

Hace pasar a Guy por un pasillo de madera lleno de puertas. Detrás de la primera se oye una risa de mujer, una risa burda, vulgar.

— Ad-mi-ra-ble. —salmodia Dumont, para gran sorpresa de Guy que ya ha decidido escribir para el periódico, si las

condiciones de Dumont, reputado tacaño, le convencen. Se le presenta una nueva ocasión de editar las historias cortas que le gusta escribir y que no pasarán por *Le Gaulois*.

Pero Dumont ni incluso regatea. — No le ocultaré la razón que me ha hecho recurrir a usted — dice — Voy a tomar una nueva orientación — se balancea detrás de su escritorio, con un pie en un cajón abierto. — Estoy llamando a los más grandes escritores de talento. No, el *Gil Blas* no perderá su chispa, pero será una chispa literaria. — Toma un ejemplar de su periódico, rayado con trazos rojos. — Vea lo que hago; cotilleos sonoros, un poco de escándalo, noticias. Diversión. Nada más que calidad. ¡No hemos cambiado nada, incluso desde que la ad-mi-ra-ble prensa parisina desencadenó el verano pasado ese ataque contra nosotros, tratando de hacernos prohibir acusándonos de publicar pornografía. — Dumont frota sus callosas manos con un ruido de rallador, su barba se eriza

— Arthur Meyer estuvo aquí esta mañana, yo lo quiero bien. ¿Sabe lo que me dijo ? « ¿ El poder de la prensa ? ¡Tonterías ! Si los lectores de mi periódico no están de acuerdo con lo que leen, ¿qué piensa que hacen ? ¿ Cambiar de opinión ? ¡ Bah ! Cambian de periódico. Se pasan al *Figaro*, al *Evénement*, allí donde encuentran una opinión que corrobore la suya. Dígame cuando un periódico comienza a influenciar al publico y cuando el público comienza a influenciar a un periódico. Yo, lo ignoro. »

Guy se echa a reír, es un buen argumento el de Meyer.

Dumont levanta los ojos:— Las cosas serias de la vida deben ser dichas con tono conciso. ¡ El arte del periodismo consiste en saber dar un tono serio a las futilidades ! — y estalla con una ruidosa carcajada. Llaman a la puerta. La cabeza de un hombre de unos cincuenta años se insinúa, tres verrugas están simétricamente alienadas a un lado de su nariz. — La señora Batista — anuncia con voz cavernosa, guiñando un ojo a Dumont. Cuando abre del todo la puerta, un halo de perfume penetra, luego una gran mujer morena, de tez blanca, pómulos elevados, grandes ojos maquillados, una boca insolente y burlona. Los dos hombres se levantan.

— Discúlpeme — se apresura a decir Guy. Tengo que irme. Esta debe ser una amiga del periódico.

— Oh... ehhh... seguro — dice Dumont un tanto apurado.— Bueno, bueno. Entonces queda convenido. Anunciaremos su primer artículo la próxima semana. ¡ Chico! Acompaña al señor. Ad-mira-ble.

Guy casi debe rozar a la visitante para pasar por la puerta; se inclina tanto como se lo permite lo angosto del sitio: — Señora... — El perfume sube desde el generoso escote hasta sus narices.

Una vez en el pasillo, Guy pregunta al muchacho que lo acompaña: — ¿. Quién es esa mujer ?

El chico guiña un ojo: — Se llama Lottie Schartz. Friega los platos en el café Paul. La hemos salvado de algo peor que la muerte. Pregunte a Desteuque.

- ¿ A quién?
- A Desteugue, allí abajo... Bouteille.

Han llegado a la redacción. Guy ve a Maizeroy conversando con un muchacho desgarbado, medio repantigado en una mesa y con otro hombre. Maizeroy se acerca presuroso hacia él y lo toma por el brazo.

- ¿ Entonces ?
- Formo parte del periódico. responde Guy.
- Perfecto. Voy a presentarle a unos colegas. Presenta al joven: Charles Desteuque, alias el Intrépido Vide-Bouteille o, simplemente Bouteille, de los ecos de sociedad.— Es un muchacho guapo, delgado, con aspecto jovial; sonríe cuando se estrechan la mano.
- Baron de Vaux.— dice Maizeroy presentando al otro, que hace un ruido de talones al inclinarse. Tiene un bigote que permite descubrir unos pequeños dientes, un talle que hace sospechar la presencia de un corsé y porte de espadachín.— Nuestro cronista mundano.
 - ¿ Cuál es la diferencia ? pregunta Guy.
 - La clase. responde de Vaux.
- Oh, vamos. responde Bouteille con un acento de desprecio La prueba es que Lottie acaba de entrar en el despacho de Dumont, ¿ Puedes mostrarme algo mejor ?
- Rayos dice el barón golpeándose la frente con horror. ¡Mejor que esa... esa tetuda ! Todos ríen.

Maizeroy dice a Guy: – Bouteille salva a las jóvenes putitas desgraciadas y éstas le proporcionan noticias.

— Serían incapaces de proporcionarnos nada antes de ser transformadas — declara Bouteille. ¿ Qué hacemos ? Tomamos a esas criaturas, encantadoras pero sin una perra. Comenzamos por sustraerlas a las garras de sus desalmadas madres que quieren vivir de ellas con falaces, prehistóricas e inmorales esperanzas de matrimonio... luego las arrojamos a los esplendores del mundo. Se transforman en violetas, sencillas, encantadoras, inocentes violetas. Las enseñamos a hablar, a vestirse, a entrar en una estancia, a caminar, a ofrecer la mano, a besar. Nosotros las enseñamos a bailar, a cabalgar. — indica con un gesto el pony disecado — También como pedir dinero, como obtenerlo, como gastarlo — Bouteille muestra su encantadora sonrisa, los otros lo imitan. — Deben saber mantener una casa, ordenar a los sirvientes, organizar un menú, agradar a los invitados sentados a la mesa, ocuparse de los caballos, de los botones, de los palafreneros. — Bouteille todavía sonríe a Guy.— Oh, no pedimos imposibles. Una vez que las hemos arrancado de la oscuridad, las soltamos en París... y esas pequeñas violetas emergen como burbujas de champán, bajo los nombres de marquesa de Torre Pellici o condesa Sadya. Se trata del arte de llegar. Y luego, están muy felices de proporcionarnos a nosotros, sus bienhechores, algunos pequeños cotilleos.

De Vaux, atusándose su bigote, dice: — Por el contrario, la verdadera nobleza...

— Inútil hablar

Maizeroy interviene: — De Vaux protege sus pequeñas violetas contra lo vulgar, querido.

De Vaux dice: — Bouteille, yo había venido para decirte que la pelirrojita de bonitas caderas acaba de llegar.

— ¿ Quién ? ¿ Louise ? — Bouteille parece tener un sobresalto momentáneo de energía. Se deja caer de la mesa. — Es una chica que promete. Me pregunto si debo hacerla la duquesa Malagueña o señora de Popofalamitigros. Tiene esta tarde una cita con el conde De Arey, no debemos malgastarla. Hagámosla subir.

Se dirige hasta la escalera, grita:— ¡ Chico !— da algunas indicaciones al recadero que regresa poco después con la muchacha.

— Caballeros. — Sus ojos pasan rápidamente revista. La muchacha muy bella, una nariz impertinente, de grandes ojos y largas cejas, tez lechosa, con un deje de vulgaridad. Su delgada

silueta se ensancha maravillosamente en sus caderas. De Vaux hace sonar sus talones, se inclina, le besa la mano y dice con cierta arrogancia: — ¿ Cómo estás ?

- Señorita interviene Bouteille una dama aproximándose a un grupo de hombres jamás dice: « Caballeros ».
 - Perdóneme, lo he olvidado.
- Debe esperar a que ellos la saluden. No se mueva más ahora. Ni un movimiento. Gira lentamente alrededor de ella, el cigarrillo pegado a los labios. Los demás lo siguen solemnemente, mirándola de arriba abajo. Cuando se detienen frente a ella, Guy la mira a los ojos, ella se ruboriza un poco.
- Hum, dice Bouteille tomándole uno tras otro los senos entre el pulgar y el índice. ¿ Relleno ?
- Oh no, señor... quiero decir, sí, hay un poco dice ella moviendo las caderas.

De Vaux palpa con gran seriedad: — No demasiado, chico, no demasiado. No hay que exagerar.

Bouteille pregunta con rudeza: ¿ Cuál es la diferencia entre la Du Barry y Manon Lescaut ?

- Ehhh... La Du Barry se acostó con Luis XV y Manon Lescaut con Des Grieux.
- Bien, bien. Bouteille mira a los otros.— No hace falta pedirte demasiado y eso es en todo caso lo principal, mi pequeña Comienza de nuevo a dar vueltas. ¿ Qué tratamiento tiene una duquesa ?
 - Vuestra Alteza.
- ¡ Por el amor de Dios !— exclama Bouteille elevando los brazos al cielo.
 - No, no. Quiero decir: Señora Duquesa.
 - ¡ Tú no eres una criada! berrea Bouteille.
- ¡ Mierda! dice ella, pero enseguida lleva las manos a su boca con una mirada asustada. Oh, perdóneme.

Pero ellos se retuercen de risa por la espontaneidad de la expresión.

- Perfecto. dice de Vaux Ahora las duquesas juran como carreteros.
- Y la de la familia de Malagueña fuma cigarrillos añade Guy.

Ella lo mira con aires repentinos de gran dama.

- Señorita, dice Guy inclinándose y besándole la mano. Gaston de Maufrigneuse, vuestro servidor.
 - El marqués de Maufrigneuse.— precisa Bouteille.
- Oh... sí. Ella menea sus caderas mientras Guy mantiene cogida su mano.
- Ahora, cielo, prosigue Bouteille hablemos de esta noche. Pondrás mucha atención en tres cosas, el conde de Arcy puede plantearte algunas preguntas. ¿ Tus abuelos eran...?

Guy la toma por el brazo y la lleva con él. — Es necesario que lo recuerdes, querida. El viejo duque de Malagueña era don Sebastián Alonso Salvador Martínez de Villaqueva y Buete, marqués de Compilos y experto en arte religioso del siglo XII.

- Tal vez el conde quiera hablar español. añade Bouteille.
- Si mis recuerdos son exactos, dice Guy los Malagueña tenían institutrices francesas, ¿ no es así, Louise ?

Ella lo mira y asiente con la cabeza sonriendo.

Han llegado a lo alto de la escalera. Guy se despide levantando su sombrero:

- Vamos a continuar la lección.
- ¿ De dónde provenía la fortuna de la familia ? les grita Bouteille.

Ellos ya están bajando: — Ah, poseemos vastos dominios, ¿verdad, pequeña? Pero nobleza obliga, los hemos intercambiado por oro... para equipar a la Armada Invencible. Hay un pergamino que lo constata en uno de los ancestrales castillos... — Su voz se pierde en el jaleo que sube del vestíbulo y cuando la parte superior de su sombrero ha desaparecido en la escalera, Maizeroy y de Vaux rompen a reír mientras que Bouteille, haciendo oscilar sus piernas los mira con una sonrisa sardónica. Al mismo tiempo se dirigen hacia la ventana.

- ¡ Ahí van!
- ¡ Oh... esas caderas!

Profieren a coro unas aclamaciones cuando ven el coche ponerse en movimiento y a Guy bajando las cortinas.

— Aquí tiene, señor de Maupassant. ¿ Quiere contarlo?

Guy recoge las monedas de oro y se lo agradece al cajero con un movimiento de la cabeza. Es una mañana de un sábado de abril y el *Gil Blas* está anormalmente tranquilo. Guy acaba de entregar su manuscrito y ha charlado algunos minutos con Dumont, que le ha dicho que pasara por caja al salir.

Pone su sombrero, lo ajusta sobre su cabeza y se dirige al Bulevar para ir al despacho de Havard. Sí, es día de paga. Nunca ha trabajado tanto. El apetito de los dos periódicos, las peticiones de las revistas y sus propios trabajos lo encadenan a París; pero ahora sabe que el renombre de un nuevo escritor se desvanece como el humo y que, si permanece sin hacer nada, la Francia que hoy ríe con « La Maison Tellier », olvidará mañana su nombre. Ríe pensando en el mundo picaresco de Dumont. Trabajar para el *Gil Blas* lo estimula y le divierte. Le gusta la canallesca del periódico, tiene para él un irresistible atractivo, su espíritu, su sabroso modo de considerar la vida le encantan e inconscientemente se nota esta influencia escribiendo cuentos ligeros, audaces, picantes, a veces con un deje grotesco, con esa incongruencia con la que Flaubert tanto disfrutaba.

Además descubre que es en ese género donde mejor se desenvuelve; sus cuentos tienen una originalidad notable. Le permiten extraer efectos cómicos de situaciones y personajes que los demás han tratado hasta el momento con severa gravedad. Ahora el *Gil Blas* publica cada semana una de sus obras, sátira, parodia, broma, monólogo o historias picantes. En ocasiones son cuentos duros y amargos, siente que con ellos puede penetrar en el mismo corazón de la vida, los motivos de los actos humanos. Acaba de terminar uno, « En la mar », sobre personas como los Pailleron de Étretat.

Guy encuentra a Havard desbordante de vitalidad. — ¡Maupassant ¡ Iba a escribirle. Esos cuentos suyos que publican el *Gil Blas* y el *Gaulois*, ¿ por qué no elegir los mejores y publicar un volumen?

— ¿ Eh? ¿ Es posible?

Esa doble venta representaría mucho dinero.

- Por supuesto. Los editaríamos todos, con ilustraciones.
- Perfecto. Aquí tengo precisamente el cuento que debo entregar la semana próxima al *Gil Blas*, « Mademoiselle Fifi». Daremos ese título a la primera antología.
- Excelente, excelente. Dígame simplemente en que orden desea publicarlos... y envíemelos rápido, querido.

Media hora más tarde, Guy camina a buen paso, dirigiéndose al *Gaulois* cuando tropieza con Pinchon y Mon Oeil.

- ¡ Caramba!
- ¿ De dónde caes ?

Se estrechan la mano enérgicamente, intercambian unos afectuosos insultos. Mon Oeil sugiere invadir el café más próximo y brindar publica y ruidosamente a la salud de « La Maison Tellier »

- Ven con nosotros a Argenteuil.
- Salimos enseguida. Será como en los viejos tiempos.
- Me gustaría, amigos, pero debo entregar tres artículos el lunes por la mañana.
 - Hace una eternidad que no vas por allí.
- Mimi, Ça ira, la señora Sidonie, toda la Grenouillère solicita tus relatos. Tus historias son leídas por todos.
 - ¿ Cómo está Mimi?
- Deliciosa dicen los dos guiñando el ojo. Dice que no ha aprendido nada más desde que te has ido.

Guy les pasa los brazos alrededor de los hombros: — ¡Ah, muchachos ¡ Qué alegría volver a veros.

- Josée Simbosel, la hermana de Betry, ha bautizado su barca « La Pauline » desde que tú has escrito esa historia de lesbianas en « La mujer de Paul ».
 - ¿ Qué ? ¿ Lo es ahora ?
 - ¡ Y como! exclaman a coro.
 - Y además deberías ver a la nueva criada de Poulin.
- Oh... gime Guy.— Trataré de ir la próxima semana. Lo necesito. El sábado y domingo próximos, si puedo liberarme.

Pero cuando llega el sábado, se encuentra en plena inspiración, las ideas llegan a raudales, las frases discurren por si solas y no puede partir. Los trenes nocturnos silban en la zanja. Levanta la cabeza, piensa en el río, en Étretat, en Hermine Lecomte du Noüy y en Clem. Havard ya tiene todos los relatos para « Mademoiselle Fifi », excepto este último, pues Guy quiere fortalecer un poco la versión del *Gil Blas*. Está en mangas de camisa, descansando un momento, la vista fija en lo que acaba de escribir. Un tren circula suavemente y chirría deteniéndose; es el tren de medianoche procedente del Havre y de Rúan. Guy deja caer su pluma y empuja su silla. El cálido aire de la noche lo envuelve cuando se acerca a la

ventana. Rúan...., El Havre..., su Normandía... Los rostros de Clem, luego de Louise aparecen ante él. Marcelle, Arlette, Estelle, Mimi... Se levanta una ligera brisa, se insinúa bajo su camisa, bajo sus axilas, como unos brazos, unos brazos imaginarios.

Los brazos de la brisa, vacíos como los de las mujeres. Nunca ha tenido realmente una mujer propia. Marie-Louise, Yvonne, Mouche, Fernande, las chicas de del río, ¿ conocía sus pensamientos, incluso aún cuando ellas lo amasen? Nadie, jamás nadie lo tuvo. Nadie. Ellas le hacen señales con la mano. ¿ La posesión? Presta su cuerpo pero no se entrega.

- —¡ NO ¡ grita esa palabra que apaga el ruido de los trenes. —¡ NO ! repite en un eco. El tren se detiene, jadeante, Guy se vuelve, toma su chaqueta y sale dando un portazo. La calle está desierta. Alcanza el bulevar de los Batignolles donde, de tramo en tramo, las farolas proyectan unos círculos de luz en el suelo. Un coche desaparece a lo lejos. Camina aprisa. Ante él, una mujer surge de una puerta: ¿ Vienes conmigo, guapo ? Voz de soledad, voz de amor, sus ojos contienen los lamentos de todas las mujeres del mundo.
 - ¿ Cuánto?
- Un luis. Él la toma por el brazo, un brazo inmaterial, vacío sin osamenta, y parten. Su habitación no está lejos.

Esta habitación...tumba prematura de cientos de criaturas... Le da la impresión de que la puta le repite: « Cientos ».Ella se desnuda, sonriendo viéndosele sus agudos dientes. Él agarra de repente el vestido con las dos manos y lo arranca con un violento tirón.

—¡ No!— Ella extiende las manos para protegerse. Él desgarra la falda y las enaguas. Tiene un cuerpo delgado, excepto sus muslos redondos, lisos y cerrados, rodeados por las ligas de las medias negras. No dice nada y se deja caer de rodillas en la cama.

El amor y la muerte se unen en ese rostro de agudos dientes. Es muy musculosa. Le araña las piernas con sus uñas atrayéndolo más hacia ella, estirándose bajo él. Ella tiene un estremecimiento... luego empuja al hombre enseguida, se levanta y mira su vestido destrozado. Guy le da el dinero para comprar otro.

Fuera, la noche es cálida. Permanece parado bajo una farola, mirando el humo de su cigarrillo ascender en la oscuridad.

El tren para Étretat se detienen en Ifs, la estación más próxima. Guy salta del vagón. Al otro lado de la barrera espera el señor Piffebigue con su viejo cupé de dos caballos, famoso como el vehículo más antiguo de la región de Caux. Le pasa su maleta y exclama: — Azuza, cochero. — Como se le ha visto siempre hacer desde hace años, el señor Piffebigue relincha una respuesta caballuna, los dos rocines levantan la cabeza, fustigados en la grupa parten al trote sobre la ruta que sube las colinas, mientras que el cupé cruje y chirría, como si fuese a hacerse pedazos y Guy, sentado sobre el banco desfondado, exclama: — ¡ Ahí está, el mar ! ¡ Ahí !

Ha podido por fin liberarse. « Mademoiselle Fifi » está terminado. Arthur Meyer y Dumont tienen varios artículos por adelantado y una última conversación ha tenido lugar con Havard.

En los Verguies, la señora de Maupassant está en plena crisis de actividad. Ha salido de excursión, recorriendo a pie la costa normanda, sola, como acaba de hacer en Córcega y en Sicilia. Ahora, se dedica a rediseñar su jardín y pinta dos habitaciones del piso superior, lo que los vecinos consideran como una excentricidad sin nombre. Pero durante la cena, Guy cree notar que su espíritu de independencia no es completamente el mismo.

- Querida madre, nunca me dices que debo venir más a menudo.
- Gracias a Dios, no. Las madres deberían dejar a sus hijos tranquilos y los hijos darse cuenta de que se les deja en paz. Todos los lazos de maternidad del mundo se deterioran cuando son demasiado estrechos.

Él se levanta y la abraza: — Eres una maravilla.

- Me gusta tu historia de bandidos corsos.
- Vamos, no cambies de tema. He decidido hacer construir una casa aquí, un lugar donde pueda trabajar... y que no esté ni demasiado cerca ni demasiado lejos de ti.
- ¿ Te gustará el Gran Valle ? pregunta ella. El Gran Valle está al otro lado de Étretat, es una tierra que ella había aportado en dote y ha podido conservar. Puedes tenerlo si te apetece.
- ¿ En serio ? Guy se levanta de un brinco, muy excitado. Te lo compro. Una villa en el Gran Valle. Mamá... eso es exactamente lo que deseo. ¿ Dónde está el plano catastral ? ¿ Lo

tienes aquí ? Si construimos la villa frente al mar, podríamos tener un jardín, un gran jardín. Veamos... ¿ dónde hay papel ?

La señora de Maupassant asiente con la cabeza. Como él parece mejor, sus ojos ya no tienen esa expresión de tristeza. Su querido hijo se va a curar completamente.

Guy se hunde en sus proyectos de construcción. Por la mañana pasa dos horas con Deffose, el arquitecto local. Al día siguiente, registra en la Alcaldía los planos del catastro, habla con los contratistas y tiene una interminable discusión con el jardinero de la región. Escribe a Havard que le envíe dinero y ordena comenzar los trabajos. Luois Le Poittevin, pasando por Étretat de regreso de una larga ausencia en la búsqueda de paisajes, pues ha dejado la toga por la paleta, promete decorarle las puertas y los paneles cuando la villa esté lista. El abad Aubourg, ahora más viejo pero todavía circulando por su cementerio, se revela como un experto en drenaje y ofrece preciosos consejos.

El día de su llegada, Guy ha enviado una nota a Clem, pidiéndole una cita. Ella ha respondido que, teniendo a su hermana de huésped, le resulta difícil ausentarse. Él tiene la impresión de haberla herido profundamente. Una noche, regresando del Gran Valle, ve al señor Piffebique bajando a toda prisa por la costa con sus rocines y detenerse ante « La Bioque ». Hermine está en el cupé.

Guy se apresura.

— ¡ Uff! — dice ella dejándose caer sobre el asiento trasero.— He creído que caíamos al acantilado. El viejo es extraordinario.

Sordo como una tapia, el señor Piffebigue no rechista.

- Los caballos han debido oler a distancia las caballerizas. dice Guy, ayudando a Hermine a descender.
- No exclama el viejo que, como algunos sordos oye a veces muy bien. — Han sentido la tormenta, eso es todo.

Ellos intercambian miradas divertidas.

- Mire eso dice ella mostrando el fondo del cupé repleto de bultos y cestas. — Sé que es una locura, pero necesitaba traer todo esto. He vaciado nuestro apartamento de París.
 - La ayudaré a entrar todo.— dice Guy.

Escala a la parte superior del coche y se dedica a descargar los bultos. El señor Piffebigue es demasiado viejo y ajado para cargar pesos. Hermine entra en la casa y regresa enseguida sin abrigo ni sombrero. Lleva una ligera falda roja, un amplio cinto y una camisa negra. Guy carga con dos maletas imponentes.

- Está usted radiante. ¿ Dónde debo dejar esto?
- Aquí. Cuando sonríe, su labio superior se aplasta ligeramente y él encuentra eso adorable. Vacían el coche y el señor Piffebigue se aleja a gran trote con un amplio chirrido. Guy lleva el resto de los bultos dentro de la casa. Es un trabajo penoso.
- Este no es precisamente vuestro suéter dice él llevando sobre los hombros una imponente maleta de cuero.
 - ¿ Eso ? Dios Santo no, eso es un panel de vitral.
 - No me sorprende.
- Fue mi padre quién lo hizo. Él lo amaba tanto que no me he atrevido a ponerlo con los demás bultos.

Cuando deposita con precaución el precioso paquete, ella le comenta con ese aire alegre que hace pensar en una actitud defensiva: — Es usted muy fuerte, ¿ verdad ?

- A propósito, ¿ cómo pretendía usted meter todo esto en su casa si yo no hubiese estado aquí ?
 - Le habría pedido a Cramoyan que lo hiciese.
 - Cramoyan trabaja en este momento para su vecino más próximo.
 - ¿ Quién?
 - Su servidor. Voy a edificar en el Gran Valle.
- ¡ Oh ¡ ella enrojece de placer y Guy tiene la impresión de que eso no es un signo de inocencia, algo mucho más sutil se mezcla en esta fría inteligencia y en este humor que la hacen diferente de todas las mujeres que él conoce y la convierten en particularmente atractiva.
 - ¿ Qué villa ?
 - Una nueva, todavía no está construida.
- Bravo. Hay que beber en su honor. Ella sale y regresa con una botella y dos vasos. No es más que moscatel. Ignoro si los ricos autores beben.
 - Yo no soy rico... y usted es deliciosa.
- Hábleme de su villa. Sus ojos brillan, pero cuando él se aproxima y toca su hombro, ella de apresura a decir: No... Guy, hábleme solamente de su villa.
- Muy bien. Él descorcha la botella, llena los vasos y moja su dedo en el vino para dibujar sobre la mesa. — Aquí, este es el

Gran Valle... y eso, el camino que lleva a la granja Bellejambe. Aquí es donde estamos....

Sentados en la mesa del saloncito, entablan una discusión sobre la nueva casa, trazando el plan con sus dedos mojados. En un momento dado, ella mira por la ventana el cielo que se oscurece. — El viejo Piffebigue tenía razón con su tormenta.

- Ahí, eso es un balcón, espero prolongarlo hasta delante de esa habitación... Luego la conversación se encarrila hacia el *Gil Blas* y lo que él publica allí. Ella le dice haber pasado dos semanas en París, acompañando a su marido que volvió a partir para Rumania, pero estuvo demasiada ocupada con la mudanza de su apartamento.
- ¿ A qué se dedica ? pregunta Guy. Nunca habían abordado todavía ese tema.
- ¿ André ? Es un erudito. Es arquitecto... una gran autoridad en arquitectura y escultura bizantinas. Ama eso más que cualquier otra cosa. Ha decidido que vendrá a pasar aquí un mes al año.— La mira, deseando ver si no disimula ningún rencor sentimental, no lo piensa sin tampoco poder afirmarlo.
 - ¿ Le gustan los vitrales ?
- Con moderación ella sonríe. Tal vez no me crea usted, pero ese panel está muy bien. Guy..., por favor, tómelo para su villa. Es pequeño.
 - ¿ Aceptaría él ? ¿ Qué cree usted ?
- En alguna parte debo tener el diseño. Ah, sí, las lámparas de araña. Le daré también unas lámparas. No hay ningún lugar para colocarlas aquí. Por lo menos estarán colgadas en alguna parte. Venga a verlas.

Lo guía por la estrecha escalera. La casa es extraña y llena de sorpresas, con cambios de nivel repentinos, paredes salientes, puertas en lugares insospechados. Las habitaciones son pequeñas. Sobre un rellano que debe encontrarse en el primer piso, ella abre la puerta de una estancia llena de muebles. Allí hay un montón de colgantes de cristal sobre una mesa. Toma dos a los que saca el polvo.

— Mire como están. El resto debe estar en el trastero.

Lo lleva por otras escaleras a un rellano todavía más pequeño, justo bajo el techo, abre una de las dos puertas que allí dan, luego entra con Guy en la penumbra. De pronto surge una corriente de

aire, un resplandor, la ventana y las cortinas baten, tras ellos, la puerta se golpea violentamente. Un ruido de cristales rotos.

- Cierre esa ventana dice Guy— cuya vista se ha oscurecido. Es la tormenta... Luego se sobresalta oyendo un extraño golpe. Hermine profiere un grito:
- ¡ Guy..., Guy...! ¡ Dios mío !— ella lo encuentra en la oscuridad y él la agarra convulsivamente de sus brazos.
- No es nada. Simplemente un pájaro. Ahora puede verlo, un gran pájaro asustado que vuela alrededor de la estancia, chocando con la ventana que la corriente de aire ha cerrado. Él se adelanta, Hermine siempre oculta tras él, abre la ventana ampliamente y se agacha cuando el pájaro, una lechuza sin duda, vuela hacia el exterior.
- Listo, el monstruo se ha marchado. Una alma perdida que vuela. Esta ventana ha debido quedar abierta durante toda su ausencia.

La mira. Ella todavía no las tiene todas consigo y permanece junto a él apoyando sus dos manos en su pecho. Él le levanta el rostro y la besa. Ella pasa sus brazos alrededor de su cuello. La sostiene, cuerpo contra cuerpo, un poco arqueada y visiblemente turbada. Por fin se separan.

- Guy...— Ella apoya el rostro contra su pecho, su mano desabotona la camisa y se insinúa hasta la piel. Él besa su nuca, sus labios recorren sus hombros, empujando la parte superior de la blusa, una hombrera cede, empuja la otra, aflojándola un instante para desabrochar con sus dos manos los botones del vestido y el sujetador. Sus senos son menudos, ovales y firmes. Con los ojos cerrados, ella jadea mientras los labios de Guy recorren su pecho acariciándolo con las manos. Intenta desatar su cinturón.
 - Guy... no... aquí no...
- Te amo... La levanta en brazos, ella oculta su cabeza en el hueco de su hombro y él siente sus dedos crispándose sobre su espalda. Llevándola siempre, sale al rellano, desciende un piso, abre una habitación de una patada... está vacía. El gruñe:
- ¡ Una cama...! Por el amor de Dios ¿ Dónde hay una cama? Ella rompe a reír, estrecha su abrazo alrededor de su cuello y murmura:
 - En la otra habitación

Allí se dirigen. Ella baja de sus brazos, cierra la puerta y, volviendo hacia él, se despoja de las prendas que todavía lleva puestas.

Reman, nadan, galopan en el viento sobre la verde cima de los acantilados. Se pierden entre los encantadores vergeles, en los patios de las ricas granjas oliendo el humo. Se aman. Leen a Béranger. Hablan sin fin... a veces discuten sobre la nueva novela que escribe Guy: « Una Vida » o bien se miran sin decir nada.

- Te amo.
- Sí. dice ella Pero sin ataduras ni obligaciones.
- No... Ni celos.
- No, bello amigo. Abrázame.

En el tren que lo lleva a París, ya siente la separación. Ella lo ha llamado bello amigo. Se fija por la ventana en los campos que desfilan. Su sonrisa aparece ante sus ojos. ¿ Era realmente lo que estaba esperando?

CAPÍTULO III

Se oye algo así como el ruido de una cerda subiendo las escaleras con una camada de gorrinos. Bourget, que ha venido a desayunar a la calle Dulong, levanta la cabeza y mira a Guy untar con manteca su croissant, meterlo en la boca y masticarlo girando la cuchara en la taza. Abre el *Gaulois*:

— Por el amor de Dios... — dice Bourget.

Guy sorbe tranquilamente su café. — Buen debate se ha producido en la Cámara — dice — Justo en ese instante la puerta se abre, dando paso a la señora Tétot, la portera.

Su respiración silba como un fuelle de forja. Está muy gorda. Su masa carnosa tiembla, como dispuesta a licuarse, sus brazos adiposos parecen esponjas en descomposición, mientras que sus enormes senos y su gran barriga parecen formar un territorio autónomo, donde todos los músculos han abdicado y el propio cerebro ha renunciado, desde hace ya mucho tiempo, a cualquier esperanza de control.

Su respiración asmática emite curiosos silbidos, como un órgano desafinado. — Mire todo esto. Acabará por matarme, sí, señor, subir con todo esto por las escaleras.

- Oh, muchas gracias, señora Tétot dice Guy bajando su periódico.
- Tenga, tómelos. Se bambolea hacia la mesa, como si fuese a romperla y reducirla a migajas. Bourget salta sobre sus pies chillando: No pero ella vacía un delantal lleno de cartas, luego se aparta majestuosamente.

- Ayer le he traído cuatro veces esta cantidad. Hoy habrá más. Esto parece una peluquería. Siempre lo mismo. Mujeres, mujeres y más mujeres... Se dirige hacia la puerta con los imperceptibles desplazamientos de una medusa. Mujeres... hacen que me mate llevando eso... cartas cariñosas... Ah, esas mujeres... Acaba con un gruñido indefinido. La puerta tiembla sobre sus goznes cuando su poderosa mano agarra el pomo, y sale jadeando hacia las escaleras
 - ¡ Dios mío! ¡ Qué mujer!— exclama Bourget vuelto en sí.
- ¿ La señora Tétot ? Dulce como una paloma. Ha tenido cinco maridos y todos la han amado. El último era maestro.

Bourget se estremece. Guy emite una carcajada.

- ¿ Y esas no son más que cartas de mujeres ?
- Lo ignoro. Miremos alguna. Guy toma una y la abre, la ojea, la mira al dorso, luego se pone a leer en voz alta: « Me he emocionado tanto con su maravillosa comprensión del corazón femenino en "Una vida", que ahora sé que es usted el hombre que esperaba ». Le pide una cita, le entrega la carta a Bourget.— No me molesto más.

— ¿ Qué ?

Guy abre otra carta. — ¡ Lo mismo! — La rechaza. Bourget la toma con una expresión de espanto.

- Esta es interesante dice Guy tomando otra. Princesa Mathilde, velada el 29 de mayo. Bueno, Bourget, abra esa también. Nunca se sabe, puede usted encontrar algo divertido. Él advierte el aspecto un tanto turbado de Bourget. ¿ Un poco de café ?
 - Gracias Bourget se sirve y coge varias cartas.
- ¡ Ah! Aquí hay una que es mejor. Mire. Guy tiene la fotografía de una mujer en camisa. La deposita sobre la mesa y despliega la carta que la acompaña. Esta, querido mío, es Euphrasie Pujol que...espere un minuto...sí, es la propietaria del Café del Comercio... un local en la avenida Gambetta, le gustan los morenos y aspira a « algo más que una amistad ».
- —¡ Santo Dios !— Un momento de silencio, luego Bourget dice: No lo puedo creer; enrojece ligeramente aquí hay una con membrete condal, la dama firma Leila y dice que estará el martes a las cinco bajo el gran reloj de la estación Saint-Lazare.
 - ¡Ah, esas aristócratas!

Bourget vacía su taza. — Debo irme. ¿ Viene usted?

— Sí, espéreme un minuto.— Salen juntos y se dirigen charlando hacia Saint-Augustin. Es el mes de mayo, la mañana es espléndida. Bourget es un agradable conversador, Guy sabe que está haciendo carrera en el gran mundo, tiene talento... y le gusta el éxito.

Se separan en el bulevar Haussmann. Guy quiere ver a Havard en relación con una nueva antología de relatos, « Los cuentos de la Becada », y una edición de lujo de «Una vida ». Pero Havard todavía no ha aparecido en su despacho. La señorita Guigne, la secretaria de grandes dientes, dice:

- Oh, señor de Maupassant, ¿ ha visto usted el coche ?
- ¿ Qué coche ?
- Sí, ha venido hace una hora con un mensaje urgente. El cochero me ha dicho haber sido enviado por su hermano para buscarle, así que lo he enviado a la calle Dulong.
 - He debido cruzarme con él.
- Me ha dejado la dirección, por si acaso, aquí está, es en Neuilly.
 - Gracias. Diga a Havard que trataré de verle más tarde.

Se apresura en salir y sube al primer coche. Está preocupado: Hervé ha debido hacer de las suyas, ya que en realidad no tiene ninguna razón para estar en París; según sus últimas noticias estaba en el acuartelamiento de Bourges. El coche desciende por la avenida de la Gran Armada, franquea la Puerta Maillot y gira rápidamente hacia una calle de elegantes palacetes. Guy dice al cochero que le espere, atraviesa un jardín y toca un timbre. Una criada mofletuda le hace entrar. La casa está amueblada con gusto.

— Si el señor quiere esperar. — dice la sirvienta alejándose.

Guy mira el claro salón, sus numerosos espejos, y sus vitrinas con figuras orientales. Todo está tranquilo y no se oye el menor ruido. Al cabo de un momento, la puerta se abre, dejando paso a una gran mujer de un rubio artificial. Avanza, con las manos extendidas, envuelta en una nube de tul rosa.

— Qué amable de su parte haber venido, querido amigo.

Debe haber pasado la cuarentena, su boca se pliega; camina hacia él, precedida de un halo de perfume. Lo toma por el brazo:

¿ No quiere sentarse?

- Señora... dice él Quiere inclinarse, pero ella no le da tiempo y lo arrastra hacia un amplio diván, volviendo modestamente el rostro muy próximo al suyo.
- Verdaderamente « Una vida » es demasiado atroz. No puedo imaginar que en el fondo de su corazón usted encuentre la existencia tan cruel, desnuda de la ternura que toda mujer sabe, digo bien «sabe », poder ofrecer a un hombre.

La mira. Ella mantiene su mano apoyada en su brazo.

- No vaya a decirme que es usted un amargado. No, no querido, usted es todavía joven, en el apogeo de la virilidad. Ha sido usted extremadamente galante respondiendo tan rápido a mi llamada y desearía tanto que viniera aquí para...
 - Me han dicho que mi hermano estaba aquí.
- Ah, sí, dice ella con afectación mirándolo por encima y poniéndole la mano sobre la rodilla. Naturalmente usted ha desvelado enseguida mi pequeña broma. Su sutileza de hombre de mundo...

— ¿ Broma ?

Ella hace pequeños gestos mimosos acercándose a él. Él comprueba que el tul de su blusa está voluntariamente flojo. Furioso se levanta.

- ¿ Entonces, no era más que un subterfugio ?— ella queda muda.— En ese caso, tendrá usted que excusarme. Y se inclina.
 - Oh, no, no quiero. Siéntese junto a mí.

Ella levanta la cabeza, le tiende la mano. El tul de su blusa se entreabre, dejando aparecer un pecho grueso y firme del que incluso puede distinguir los pezones.

Toma su sombrero; ella da un paso hacia atrás y le mira de arriba abajo irónicamente: — Señor de Maupassant, usted posee una gran experiencia — luego, fervorosamente le suplica: — Vuelva mañana, por la mañana, a la misma hora, o pasado mañana

- Señora, no conozco nada más aburrido que el amor a una hora fija.
- ¡ Oh ¡ ella se levanta, va hacia él Diga, diga, ¿ es cierto lo que se cuenta de que... que... usted puede retener su placer ? ¿De verdad que no quiere volver mañana ?

Se inclina sin responder. Una vez en la escalinata, esboza una sonrisa

Sin embargo este incidente ha suscitado en él una viva inquietud por Hervé; tendrá que calmarse.

Llegando al despacho de Havard dice:

- Cuando vengan otras histéricas en busca de cuidados, evite darles mi dirección.
- Bien. responde Havard entregándoles un paquete de cartas.
 - ¿ Qué ? ¿ Todavía más ?
- Una tal señora Brun las ha reenviado, hay también una nota para usted.
- ¡ Clem! rompe la envoltura y lee: « Todo esto ha llegado desde la partida de su madre. ¡ Parece usted tener una gran cantidad de amigas literarias! El fontanero ha entregado dos presupuestos para la casa, se los he remitido al arquitecto. ¿ He hecho bien? Escríbame si puedo hacer cualquier cosa por usted aquí. Clem. »

Guy dobla la carta. Es perfecto, parece que todo está bien con Clem. Escucha su alegre voz. Querida Clem... Saliendo del despacho, pellizca las nalgas de la señorita Guigne.

— ¡Oh! — exclama con los dientes fuera. — ¡ Señor de Maupassant!

Continúa paseando por la calle Auber hasta los bulevares. La multitud comienza a invadir las terrazas de los cafés a la hora del aperitivo. Unos jóvenes esnobistas, esclavos de la moda, pantalones tubo, zapatos puntiagudos, con un solo guante en la mano izquierda, llevando negligentemente un bastón por el extremo, caminan con los codos en escuadra. Alguien canta el estribillo en boga:

Mira a ese guapo chico Es el amante de Amanda!

En la Plaza de la Ópera, un personaje con melena y barba de rey asirio le saluda extravagantemente cuando se cruzan. Está vestido con una saya medieval azul con dobladillo en rojo; un hombre de rostro triste lo sigue, llevando un jamón. Guy responde al saludo con la mano. Es Sâr Péladan⁸⁰, místico excéntrico, proclive a la hechicería y al ocultismo. Ante la terraza de Tortoni, Guy se detiene y echa un vistazo a las mesas. Unos gritos de bienvenida se producen acompañados de grandes gestos.

— ¡ Hey, Maupassant!

Son Catulle Mendès, Clader, Maizeroy, Charpentier, Huysmans, al que no ha visto desde hace meses, y Aurelien Scholl⁸¹, periodista y un célebre asiduo del Bulevar.

- —; Benditos los ojos! Le estrechan la mano, le propinan pequeños empujones.
 - No te basta ser aplaudido por la sociedad.
- Que suerte dice Maizeroy— Que no daría yo para que se hablase de mí en la Cámara.
- ¿Qué ? ¿ Qué ha ocurrido ? pregunta Cladel, más hirsuto que nunca. Contadme eso.
- ¿ Cómo ? ¿ No conoces la historia de Maupassant y el gobierno ?
- Cladel debía estar haciendo una gira por provincias, en busca de nuevos perros insinúa Huysmans.
- Hachette ha retirado « Una vida » de todos los puntos de venta de las estaciones... porque no es una lectura recomendable para las familias. explica Mendès.— Clemenceu, lo conoces, es un diputado que ha tratado de hacer levantar ese ostracismo, luego una veintena de nosotros ha dirigido una petición. Esperando, el resultado es que, no contento con gozar de la enorme publicidad que le proporciona la medida de Hachette, el Sr. de Maupassant se las ha arreglado para que él y sus obras hayan sido ayer por la noche el objeto de un debate en la Cámara, ni más ni menos.

Guy protesta riendo.

- He leído las reseñas de los periódicos: « hilaridad general »
 dice Scholl.
- Eso ocurrió cuando Reynal, el ministro de Trabajo, declaró que recibía a menudo cartas de padres de familia quejándose de los libros vendidos en las estaciones.
 - Si solamente se pudiese prohibirme gime Maizeroy.
- Este tipo de publicidad es del puro Naturalismo.— dice Charpentier golpeando la espalda de Guy. ¡ Buen alumno de Zola!
- Havard me dice que tienes una nueva colección de relatos a punto.
- Sí dice Guy— « Los cuentos de la Becada ». Saldrán el viernes
- ¿ Qué ? profieren gritos y se lamentan. ¡ Qué capacidad de trabajo !
 - ¡ Es escandaloso!

- Me apresuro a volver para escribir una nueva novela.— dice Maizeroy.
- Dime pues, Scholl, pregunta Guy \uplie Qué diablos bebes ahí ? \uplie Champán ? Creía que ayer habías enterrado a tu tío.
- Es así, responde Scholl pero es un champán funerario. Rompen a reír. Entre esos rostros vivos e inteligentes, Guy disfruta de la alegría del momento.

Una columna de humo, como un árbol blanco que se desplaza, sube ante la ventana de la calle Dulong y se disipa cuando el tren prosigue su curso. Guy trabaja. Golpean a la puerta, es la señora de Maupassant.

- Guy, no quisiera molestarte, pero queda todavía una cuestión. Me las he arreglado para librarme de esas cortinas... ¿Cómo va tu cabeza ?
- Todo está bien, mamá se aprieta los huecos de sus ojos entre el pulgar y el índice. Ya no queda nada.
 - Tienes aspecto cansado, hijo mío. ¿ No deberías descansar?

Guy sacude la cabeza. Ella cree que está deprimido desde su llegada a París dos semanas antes, observa que está sumido en preocupaciones, en una lucha interna. Ha ido a casa de unos viejos amigos, en la calle Jouffroy, y ahora está preparada para marchar a Étretat. De pie junto al escritorio, mira a su hijo. — ¿ Cuál es tu nueva pasión, mi muchacho? — señala con el dedo un paquete de cartas cubiertas de una gran escritura audaz. — Las ha recibido parecidas en Étretat.

Eleva los ojos hacia ella: — Se trata de Emanuella... la condesa Potocka.⁸²

- Ah, es eso entonces... Me han dicho que es muy seductora.
- Sí. parece confesarlo a regañadientes.— Además no es una nueva amiga. La conozco desde hace meses.

Su madre tiene la impresión de que él prefiere no hablar del tema.

- Bien... Tengo que irme. El coche me espera abajo. No, no me acompañes le da un beso en la mejilla. Y no te fatigues.
 - Hasta pronto, mamá. La abraza y ella sale.

Guy vuelve a su manuscrito, escribe dos frases, a continuación las tacha y deja la pluma. No vale la pena insistir... no puede hacer

nada que valga la pena. Se levanta y se dirige a la ventana.

Emanuella. Ah, desde luego es seductora. Él preferiría que fuese más sencilla. Es la primera mujer que le sugiere un misterio absoluto. Es maravillosa... pero lo tortura. La conoció en una recepción de Agénor Bardoux. Ella le había prestado atención; para él toda la velada había girado de pronto en torno a ella y se encontraba embriagado entre todos aquellos, jóvenes y mayores, que la seguían, se esforzaban en atraer su atención y la idolatraban. ¡ Él, Guy, formando parte del cortejo de una mujer! ¡ E incluso no le preocupaba que le hubiese ocurrido tal cosa!

Es deslumbrante, cosmopolita y cruel. Ha sabido que de soltera se apellidaba Pignatelli, hija de un conde polaco y de una bailarina del Scala de Milan. Su abuela era inglesa. Es rica, influyente, imprevisible. Le ha dicho riendo: « Soy libre como el aire ».

La ve aureolada de una belleza muy especial que, su físico robusto, poco femenino, acrecienta sutilmente. Tiene una cabeza de griega clásica: frente baja, pestañas largas, nariz recta, fuerte cuello. Su pecho es casi plano; no hace nada para adelgazar su talle más bien ancho, su cuerpo es rechoncho, las puntas de sus dedos cuadradas. Jamás la ha visto escotada. No se arregla, lleva pocas joyas, un simple collar de perlas, se viste con una sobriedad cuya perfecta elegancia contrasta con los perifollos que las demás adoran.

La mitad de los hombres más inteligentes de París están rendidos a sus pies. Si se le antojase, podría reunir a toda la Academia. Su espíritu tira abajo reputaciones y sus palabras recorren los salones. Su suntuoso palacete de la avenida de Friedland, que parece que ha costado doce millones, y dónde vive sola con un numeroso séquito de servidores, es el teatro de celos silenciosos y desesperaciones de autores, de políticos, de artistas, de profesores que esperan convertirse un día en ese amante que ella parece no haber tenido nunca, al menos eso creen ellos, ya que mirando sus ojos no es cierto más que una cosa, su culto por ella. Muestran su torso desnudo en el salón y se libran a duelos con pinceles mojados en pintura, con el único fin de obtener una sonrisa. Se espían mutuamente, corretean para estar junto a ella. Su marido, el conde Potocki, está casi siempre fuera, generalmente en el extranjero; no aparece más que en raros intervalos, casi tan

prendado como todos sus admiradores, luego desaparece para ir a cazar lobos en Rusia, el jabalí en Silesia, el pato en las marismas italianas, o presentar sus berlinas de ocho caballos, v sus espléndidos Aumont en todos los concursos hípicos de Europa. Emanuella lo trata con una condescendiente indiferencia. le ha dado su nombre, Nicky, a uno de sus lebreles. Si un admirador más atrevido, queriendo imponerse, entra por sorpresa en su casa, siempre encuentra una docena de sus perros evolucionando graciosamente alrededor de ella y montando una guardia que desanimaría al más valiente. En ocasiones jura como un carretero. Eminentes cirujanos de la Facultad de Medicina intentan adquirir sus favores invitándola a sus operaciones. Plazas de lujo le son reservadas en las conferencias del Colegio de Francia, en los debates del Senado o de la Cámara, en los Generales de la Comedia Francesa v en la Ópera. Siempre llega tarde v todo parece únicamente depender del momento en el que, entre saludos, aparecerá ante su palco, deslumbrante, inolvidable v dura como un diamante

Guy sabe todo eso... ahora; pero al principio ella le habló simplemente de literatura y un poco de sus amigos escritores. Desde que sus relaciones se han reafirmado, ella tiene constantes cambios de humor, antojos, exigencias que le hacen pasar por unas alternativas en las que él se ve deslumbrado o infeliz, lleno de una alegría expectativa o una decepción. Un día que ella se burló de su deficiencia física, pues es trapecista aficionada, Guy repitió en medio del salón uno de sus viejas explosiones de Argenteuil, levantado con un solo brazo un sillón agarrándolo por una pata. Ella lo miró como si estuviese dando un espectáculo y se burló delante de los demás de su fuerza muscular.

Y sin embargo la voz interior, que le aconseja no dejarse enredar en esta trampa, se ve siempre ahogada por la satisfacción de la idea de volver a verla pronto. Irá a la avenida de Friedland, subirá la escalera tan suntuosa como la de la Ópera y la encontrará rodeada aproximadamente de una docena de hombres o, peor, de dos o tres favorecidos, sabiendo en ese caso que esa velada se convertirá en una tortura.

Mira por la ventana y reflexiona. En fin, tal vez vaya otra vez esta noche; ella le ha escrito diciendo que estarían solos. Se vuelve. Son las cinco. Comienza a cambiarse. Una hora más tarde, sube por

la escalera de mármol malva, entusiasmado con la idea de volver a verla... con ese vago malestar que también se entremezcla allí. A su paso, los criados parecen esbozar una irónica sonrisa, como si hubiesen oído hablar de él en su ausencia. Ella está tocando el piano en el gran salón del primer piso. Y allí hay cinco hombres. ¿ Eso es lo que se llama una cita íntima? Con la amargura de un corazón celoso, observa que son cinco de sus favoritos, aquellos a los que llama sus «Macabeos », porque le consagran su vida: Caro, eminente profesor de filosofía en la Sorbona, un poco chocho y sordo como una tapia, Jean Widor, un joven inmerso en política, Ignace Ephrussi y Robert Taigny, vividores ambos, por fin Gaston Le Pelletier, pintor y guapo muchacho.

Su decepción se disipa cuando la ve ante él, más magnética que nunca, enigmática, quizás insondable. Continúa tocando un momento. Cuando se detiene, Guy se inclina y le besa la mano.

— ¿ Por qué siempre llega tarde ? — dice ella.

Es recibido con una acusación y no encuentra nada que responder; así es Emanuella en estado puro. Le Pelletier dice algo incendiario sobre el Salón y sobre los Impresionistas que llama su atención; ella se levanta y se aproxima al grupo — siempre tratan de inventar ardides para atraerla, él debe hacerlo también. Preguntándose como será esta velada, entabla una conversación con Taingay. De pronto oyen tras ellos:— ¡ Oh, Señor ! ¡Mis perlas !

- ¿ Eh ? dice Caro poniendo sus manos en forma de cuenco.
 - ¡ Mis perlas! El hilo se ha roto. Ella mira la alfombra.

Todos se precipitan, buscando las perlas, recogiéndolas, entregándoselas. Ella permanece impasible mirándolos.

— Todavía faltan. — dice teniendo las perlas en el hueco de su mano. Vamos, vieja bestia. ¡ Busca! ¡ Busca!— añade con un gesto imperioso hacia Caro.

— ¿. Eh ?

Dos de ellos se tronchan; el menor vestigio de que la valoración de un rival ha bajado es acogido con enorme alegría.

— Hay una allí debajo. — e indica un punto vago bajo el piano. El pobre hombre ajusta sus gafas y, perdiendo toda la dignidad, se pone a cuatro patas. Tantea a la búsqueda de la perla. Al igual que los demás, Guy se da cuenta de que ella ha roto

voluntariamente el hilo y que no hay ninguna perla bajo el piano. Él también se agacha, busca, encuentra una perla. Cuando se la entrega, ella apenas lo mira, mostrando por su actitud que espera a que continúe... y él lo hace, repitiéndose que ha acabado con ella, que es una mujer a la que ningún hombre puede amar. Y sin embargo, continúa escrutando los repliegues de la alfombra, sabe que es maravillosa, infinitamente deseable, fascinante.... y un absoluto misterio. Lo atrae por una sutil armonía en la que el corazón no tiene nada que ver. Él busca su menor favor en el mismo momento en el que piensa que debería burlarse de ella como lo hace de otras mujeres... y se estremece con la idea de su reacción si lo hiciese. Viendo a esa « vieja bestia » de Caro humillándose siempre por ella... Guy se pregunta cuántas veces ha hecho disfrutar a los Macabeos con algunas reflexiones tan crueles respecto de él.

Se vuelve, mira a su alrededor. En todos los rincones del salón, agachados o a cuatro patas, los Macabeos buscan las perlas que aun faltan; la nariz sobre la alfombra, Caro está medio metido bajo una cómoda... Un batiente de la gran puerta del rellano está abierta. Emanuella sale, esa era su broma. Ephrussi se levanta a su vez, ve que ella no está allí y sonríe a Guy. En un instante todos, excepto Caro, están de pie, sacudiendo sus puños y su chaleco, cada uno evitando la mirada de los demás, buscando una evasión. Con penosos gruñidos, Caro registra bajo la cómoda, como un cerdo desenterrando trufas.

- ¡ Formidable! exclama Widor. Ephrussi trata de reír de buena gana, pues, incluso en tal caso, siempre se intenta dejar suponer que, gracias a un privilegio especial, se estaba al corriente de la broma hecha a los demás. No hay nadie que diga que ella ha salido y regresará pronto; saben que no lo hará.
 - Encantadora mujer... encantadora velada. dice Taigny.

Caro sale de debajo de la cómoda, los mira, registra la estancia con la mirada y comprende que una vez más ha sido víctima de una de sus bromas. Se quedan allí como si fuese a regresar, intercambiando banalidades. Guy se siente de pronto invadido por la rabia. Abandona a los demás, desciende la escalera, toma su sombrero y su bastón, y sale al aire cálido y aterciopelado de la noche.

¡ Ella es verdaderamente imposible ¡ Él... él... A pesar de su cólera contra ella, su espíritu está vacío de cualquier resolución, como lo ha estado en tantos casos similares. Sí, rehusará volver a verla... se ne-ga-rá... y se lo dirá a la cara. ¡ Que se vaya al diablo! ... ¡ al diablo!

Cuando se encuentra en la avenida, un coche está estacionado a lo largo de la acera. Recuerda haber pedido esa mañana a Clem, en casa de Havard, que llevase a Aurelien Scholl un artículo que acaba de escribir, Scholl lo desea para una antología que está poniendo a punto. ¿Tal vez Clem esté allí en ese momento? Toma el coche e indica al cochero la dirección de Scholl: — Calle La Bruyere, nº 3. — Volver a ver a Clem, abandonarse a la influencia apaciguadora de su honradez sentimental sería como hundir su cara en un viento fresco y puro. Salta al coche, cierra la portezuela, se deja caer sobre el banco... y ve en el otro rincón destacarse la silueta de Emanuella.

— Pero...

Su risa cruel y torturadora le corta la palabra.

— ¿ Acaso no le había prometido que estaría a solas con usted? — dice — No puedo evitar que los demás vengan a invadir mi casa. ¿ No le basta de este modo ?

Observa que desde el oscuro rincón tiene los ojos fijos en él, siente que le sirve de juguete; está convencido, pero prefiere no pensar más en ello. Nunca ha estado todavía a solas con ella. Esta ocasión repentina, es demasiado. Está nervioso, incómodo, no sabe como hacer para que ella no lo considere ridículo. En su gran confusión, recuerda que se dirigen actualmente a la casa de Scholl... tal vez Clem esté allí. Emanuella no dejará con toda seguridad de tratar de ofenderla.

- Espere... ehhh... Emanuella, ¿ a dónde desea ir usted?
- ¿ No ha dado la dirección de Scholl ? Es perfecto. Scholl es de mi entera satisfacción esta noche.
- No... me he equivocado. Es completamente natural que ella haya dicho eso pues conoce muy bien a Scholl.
- En cualquier caso ha sido un excelente error, pues desearía precisamente dejarme caer en casa de Scholl. Siéntese. A propósito ¿ Ha encontrado el resto de las perlas ? Un fondo de ironía se deja traslucir en su voz. Él está al mismo tiempo animado y desesperado. Inútil insistir; toda discusión influiría con más firmeza

en su decisión, la poseería la necesidad de una escena. Ella se divierte a su costa.

— De acuerdo. — dice él.

Ella comienza a hablarle de la obra de Le Pelletier, sabe que él la admira. Habla de entrada con un candor afectado transformándose poco a poco en una ferocidad contenida que le produce estremecimientos. Por fortuna el recorrido no es largo. El coche se detiene ante la puerta de Scholl, Guy ayuda a su compañía a descender, y ambos entran.

— ¡ Amor de mi vida! — grita alegremente Scholl viéndola; la besa. El apartamento es amplio y bonito. Las palomas favoritas de Scholl revolotean, unas medallas brillan, no hay allí más que una media docena de personas. Entrando, ella abandona el brazo de Guy y se detiene para recibir los saludos de Catulle Méndes y de otro.

Guy comprueba que Clem no está allí, siente como un vacío. Ve que Emanuella lo evita, habla con Scholl, con Méndes, su exasperación renace. Además, con la expectación que Emanuella parece suscitar, Ephrussi y Camille Ducet, un Macabeo, llegan casi enseguida, volviendo de nuevo a ser el centro de atracción, una vez más inaccesible.

Trata de buscar una ocasión para escaparse. Emanuella está tan rodeada que ni incluso se da cuenta de su marcha. Sube caminando hacia la calle Dulong. Pronto llega al bulevar de los Batignolles donde los cafés están todavía llenos. Y por primera vez, cuando cierra la puerta de su apartamento, sus amigos los trenes que pasan en la zanja le parecen lúgubres y taciturnos. El manuscrito sobre el que había estado trabajando, destaca en el escritorio, débilmente iluminado por la luz que procede del exterior. Se estremece, se dirige a la ventana y la cierra. Se siente sumido en una sombra glacial, esas impresiones de frío se están volviendo cada vez más frecuentes y comienzan a preocuparle, ignora el motivo. De pronto le viene a la memoria la animada escena a la que acaba de asistir en casa de Scholl. ¿ Va a trabajar? Enciende el gas... cuando golpean a su puerta. — Entre.— exclama. Nadie entra. Va a abrir:

^{—;} Clem!

^{— ¡} Buenas noches ! — Sus ojos irradian buen humor, luego pregunta:

^{— ¿} Qué hay?

- Nada. Todo va bien. Él le toma las manos. Oh, Clem. Soy muy feliz al verla.
 - ¿ Tiene todavía frío ?
 - Bah, pasará.

Ella le mira: — He esperado mucho tiempo en el despacho de Havard y acabo de salir. Las pruebas no han llegado y no he podido llevarlas a la calle La Bruyére. Iré mañana. Tenía allí una nota para usted; Havard pensaba que usted estaría muy contento de tenerla.

Toma la carta. Es de una mujer, otra autora de Havard que lo acosa. Dobla la misiva. Clem dice: — Su amiga, desearía que usted la tuviese esta noche. Ella preguntaba...

- Sí, gracias.
 Se da cuenta de que ella ha encontrado a
 Clem y Clem sabe.
 No tiene ninguna importancia
 dice él
 Es simplemente...
- Guy interrumpe ella tranquilamente.— Usted no tiene que dar explicaciones.— Lo mira francamente. Él se siente bruscamente invadido por una ola de cariño, ve la melancolía de esa noche transformada por su dulce sinceridad, sus ojos se hunden en los suyos sin ninguna huella de reproche ni de exigencia.
 - Clem.
 - Estoy contenta de haber venido. Parece usted triste.

Él apoya las manos sobre sus hombros; luego, impulsado por una irresistible atracción, la abraza, besándola en un largo beso, sintiendo el estremecimiento de sus brazos que lo estrechan.

- Clem... ¿ cómo hemos podido esperar tanto?
- Yo también me lo pregunto.
- Clem, te amo. ¿ Quieres quedarte ? Nos iremos mañana para el Gran Valle... juntos. ¿ Quieres ? ¿ Quieres ?
 - Por supuesto, mi amor. Sabes que lo quiero.

CAPÍTULO IV

— Puede usted entrar, François⁸³, estoy cubierta con las sábanas

François vacila todavía un instante. Maríe, la sirviente a media jornada, no ha venido esta mañana y es él quién debe llevarle el desayuno. Por fin empuja la puerta con la bandeja. — Buenos días, señora. — François tiene el aspecto del perfecto mayordomo: craneo casi completamente calvo, rostro ovalado enmarcado por unas grandes patillas cubriendo justo el ángulo de la mandíbula, larga nariz reta y ojos profundamente hundidos. Guy lo ha contratado desde hace poco, a insistencia de su madre para tener un servidor. Lo había enviado a poner en orden el Gran Valle, bautizado ahora La Guillette.

- Buenos días, François. sonríe Clem desde el fondo de su cama. Deje ahí la bandeja...no, ahí. Está sentada, los hombros desnudos, apretando la sábana contra su pecho.
 - Qué hermoso día, François... Mire ese sol.
- Sí, señora. La habitación está salpicada de lunares dorados, las cortinas de la ventana cuelgan alegremente; fuera las golondrinas pían en el cielo y por la ventana entran las cálidas fragancias del verano.
- Ese café huele muy bien. dice Clem. François vuelve los ojos cuando un largo brazo desnudo emerge y vierte el café. La encuentra radiante, la mejor de todas las amigas del señor que haya visto, y parece que tenga muchas. Pero ella es la primera en ocupar la habitación de huéspedes de La Guillette; la ha oido bromear con el señor ayer noche. El señor estaba de excelente humor y desearía

que todo estuviese en orden: tocador, escritorio, espejo y lo demás; ambos habían salido para comprar perfumes, maquillaje, ovillos...

- ¿ Se ha levantado el señor ?
- Sí, señora, se ha puesto a trabajar muy temprano, luego ha ido con Cramoyan a poner una trampa para zorros cerca del gallinero.

Ella lo mira: — ¿ Usted lo quiere bien, verdad François?

- Sí, señora.
- Es un hombre excelente. Viva en su intimidad... e intente comprenderle; apreciará usted entonces su buen corazón, su extrema lealtad y su gran bondad.

François la quiere por tan solo esas palabras. Una especie de bramido se eleva sobre el rellano y una voz extraña grita: — ¡ Chitón ¡ ¡ Aquí están !

- ¡ Bravo, pequeño ! exclama Guy. François se retira y desaparece.
- Clem... ¿ puedo entrar ? Y Guy aparece con su loro Jacquot, regalo de Lucien, sobre el brazo: ¡ Guarra, cerda, guarra cerda ! berrea el pájaro.
 - ¿ Qué haces con Jacquot ? ¡ Bonitas cosas le enseñas !

Guy se inclina sobre ella y la abraza acariciando su espalda desnuda

- François dice que te has dedicado a trabajar desde muy temprano.
 - Sí, en « Bel Ami ».
- Guy, ¿ vas realmente a titularlo así ? Es muy bueno. ¿ De dónde lo has sacado ? Ella irradia.
- Oh... es alguien responde él y en un destello ve la escena que se habría suscitado en Yvonne Fauconnier una respuesta de este tipo. Pero Clem no se parece a ninguna otra.
 - Ven, querido. Necesito abrazarte. Te amo...te amo.

Se sienta junto a ella, ese movimiento hace deslizar la sábana. La abraza, luego deja recorrer sus labios sobre sus senos desnudos. Como ella está sentada, su peso los arrastra ligeramente hacia delante. Sus manos acarician la dulce piel de su espalda.

- Guy... no... no vayas a comenzar... No... Ella se deja ir hacia atrás. Guy la suelta y se levanta riendo.
- Jacquot diría seguramente algo en un mal momento. Clem, ven, vamos a dar una vuelta a caballo hasta la Bella Ernestine. Te

espero abajo. Vamos, acaba de vestirte. — Con un brusco movimiento, levanta las sábanas. Ella salta de la cama y le arroja la almohada.

- Esto si que es bueno... dice él batiéndose en retirada. Una segunda almohada vuela. Cuidado con Jacquot.
 - Guarra cerda, guarra cerda.— grita el loro.

Un croissant se rompe cerca de la puerta — ; Mi amor !— un cepillo del cabello le roza: — ; Bel Ami !— se desliza fuera y cierra la puerta.

Por la tarde, desvalijan a los anticuarios de una legua a la redonda, trayendo un encantador sillón antiguo, una vieja cerradura finamente labrada y una pieza de platería. Cuando regresan perciben desde la lejanía su casa. Guy se dice que encantadora aparece La Guillette, con su jardín rutilante de flores y de las últimas fresas. También hay patos y un gallo con la cola finamente lacada en verde y leonada. Louis Le Poittevin ha decorado maravillosamente la puerta del despacho; hay un juego de bolos y un campo de croquet, un estanque con peces rojos, perros y gatos. Tras el desayuno, Guy se dirige en coche a casa de su madre. Ella le informa de que Hermine está en Cannes donde ha alquilado una casa. Eso le intriga.

- Le he pedido que me encuentre una. prosigue la señora de Maupassant He pensado mudarme para instalarme allí.
 - ¿ Definitivamente?
 - Sí. ¿ Te importaría Guy?
- Ehh... No, mamá. A pesar de todo, está un poco desolado, pues, aunque no se lo confiese, le gusta sentir su proximidad.

Los calurosos días del verano pasan rápido. Por la mañana, trabaja en sus manuscritos, practica tiro a pistola en el jardín, va en compañía de Clem a ver a Cramoysan cortar el césped alrededor de los macizos; practican la vela a lo largo de la costa que tan bien conoce, regresando a veces tarde durante la noche a través de las casas de los pescadores, intercambiando saludos con los amigos de su juventud, deteniéndose para charlar y beber una copa con ellos.

Guy encuentra en Clem una compañía que jamás le ha fallado. Se da cuenta con toda claridad de que conoce sus otras aventuras, pero cuando en el correo llegan cartas de Hermine, de Emanuella o de las otras, ella permanece igualmente alegre, cariñosa e indefectiblemente leal. Una tarde la sorprende escribiendo afanosamente, varias páginas ya finalizadas están a su lado. — ¿ Qué es eso ? ¿Una novela ?

- Esto no es para ti... Pero él ya se ha apoderado de una hoja que lee en voz alta: « Guy de Maupassant es de talla media, robusto, bien proporcionado, de aspecto marcial ».
- No, no tienes derecho... Ella salta intentando quitarle la hoja, pero él se escapa y prosigue: « Tiene una característica cabeza de normando, su cráneo se prolonga recto por el cuello, como se ve en los medallones de los guerreros de la Conquista. Su frente es baja, tal vez demasiado marcada, y sus caballos negros ondulados están echados hacia atrás. Sus ojos marrones hundidos son risueños, su boca bien dibujada, está en parte disimulada por un bigote; su piel morena, tiene una coloración saludable. En Francia, es lo que se llama un « muchacho muy guapo » y pienso que puede ser considerado como tal en cualquier otro país. Viste de tweed rojizo y usted lo verá asomado al balcón de la Guillette o como yo lo vi algunos días de verano, esperando a una amiga en el umbral de su puerta ». Clem, pero esto es maravilloso, querida. ¿ Quién era esa amiga ?
- Guy, dame eso. Te he dicho que no era para ti. Un encantador rubor ha invadido sus rostro
 - Entonces, ¿ para quién es?
- Eso es para el *Woman's World*. Puesto que insistes, te diré que Havard conoce al editor: Oscar Wilde⁸⁴.
- ¡ Qué ! ¡ Oscar Wilde dirigiendo el *Mundo Femenino* ! ¡ Esta si que es buena ! Y echa la cabeza hacia atrás, sacudido por una enorme carcajada.

Esa noche, unos extraños funerales se celebran en la playa. Cramoysan ha venido a avisarles de que el cuerpo de un príncipe hindú, muerto durante su veraneo, debe ser incinerado siguiendo el rito de su país. A medianoche, están sobre el acantilado, bajo el claro de luna, mirando debajo de ellos la playa donde las llamas ondean y saltan en la brisa marina, iluminando a las personas del séquito del príncipe alrededor de la pira, inmóviles como ídolos, y los pescadores que observan, inquietos e incómodos, la extraña ceremonia pagana que se desarrolla bajo sus ojos.⁸⁵

Regresan lentamente, en la pálida claridad de la luna. El camino está desierto y sus pasos no despiertan ningún sonido en la polvareda; perciben tras ellos el murmullo de las olas. Guy se detiene ante el porche de La Guillette.

- Espera, no entres. Ella permanece inmóvil, levantando los ojos hacia él.— Clem, te estoy muy agradecido por todo el amor que me das, estaré eternamente en deuda contigo. ¿ Querrás recordarlo?
- ¡ Oh, Guy, te lo ruego! ella le pone un dedo en los labios Esa gratitud es recíproca.

Le gustaría decirle más, hablarle de las aspiraciones de su corazón, de los oscuros abismos y de los espacios espantosos en los que se siente sumido y que lo atraen sin cesar, como largos bulevares desiertos bajo la luz de las farolas, frecuentados por merodeadores, vampiros de agudos dientes; contarle sus terrores infantiles como cuando vio la abominable escena del camino. cuando su padre golpeó a su madre un día de mucho viento. ¿ Dejaría caer sus barreras? « Cada uno se defiende a si mismo », había dicho un día a Clem; ¿había comprendido ella lo que significaba?; que los momentos en los que uno es más vulnerable son aquellos de exaltación, cuando se ama todo, a toda criatura que vive y que sufre ? Hay un yo íntimo que la maldad del mundo destruye cuando se lo desvela. ¿A quién se siente alrededor de uno, cuando los brazos se tienden, los labios buscan... a quién ? ¿ Quién pues ? No importa quién...para no sentirse solo. Clem, Hermine, Emanuella... ahora tú estás un poco conmigo, tu pensamiento, tu tiempo me pertenecen; pero incluso con tus labios sobre los míos, mi secreto conserva su soledad.

La toma del brazo: — Entremos. — dice.

Y después Clem se va. Tal vez ha percibido esa noche un eco de su corazón y de sus pensamientos, pues al día siguiente le comunica que regresa a París y a pesar de sus esfuerzos Guy no consigue hacerla cambiar de decisión. No la presiona para que le dé explicaciones. El vehículo chirriante de Piffebigue los conduce a la estación de Ifs, se despiden y Guy vuelve solo a La Guillette para sumergirse en su trabajo.

Escribe con una intensidad y un ardor jamás sentido hasta entonces. Las imágenes brotan de su espíritu; ve con una claridad extraordinaria, los colores inundan las escenas y apenas le cuesta

seguir la cadencia de los personajes que se atropellan para tomar vida en sus páginas. Se suceden los cuentos: *La cama, Yvette, Descubierta, El collar, Bombard, Las hermanas Rondoli, Reencuentro, Las ideas del coronel, La dote y Pierrot,* la atroz historia del perrito de la señora Ticquot. Al mismo tiempo continúa escribiendo *Bel Ami* donde introduce el ambiente de los periódicos y la vida del Bulevar.

Toda la dolorosa belleza de la vida lo invade. Percibe las armonías de lo que es pobre, mezquino, grotesco y desproporcionado, el encanto de los actos banales. El verdor dulce y triste del campo normando lo rodea. Se embriaga con el vino de la vida. Ama el cielo como un pájaro, el bosque como un lobo errante, las rocas como un potro, la limpidez del agua, como un pez. Siente en él la vida de todos los animales del campo, todos los instintos, todos los vagos deseos de las criaturas vivas... un amor animal y profundo, piadoso y sagrado hacia todo lo que vive, lo que crece, hacia todo lo que es una criatura a los ojos de los vivos. Y distingue por fin las voces que le responden:

— Ama, Guy, porque estás solo. ¡ Ama!

En la avenida de la Ópera se está experimentando un nuevo método de iluminación eléctrica, las bujías Jablochkov. ⁸⁶ Comienza a sentirse el invierno. Los árboles de los Campos Elíseos ya están sin hojas; un sol anaranjado brilla sobre los bulevares.

Es la noche libre de François, pero apenas ha partido cuando Guy lamenta haberse quedado solo en su apartamento. A las insistentes peticiones de Louis Le Poittevin, se ha mudado para instalarse en la calle Montchanin, en uno de los más elegantes barrios de París, no lejos del Parque Monceau. Louis habita en el piso superior. Esta mudanza es para Guy de una importancia particular, es un símbolo; a partir de ahora forma parte de la sociedad de los ricos, de los famosos, de aquellos que han triunfado.

Pero esa noche sabe que Louis ha salido y siente la inminencia de una de esas jaquecas a la que ahora se añade un malestar distinto del dolor. Cuando ha salido de Étretat, el doctor Aubé, el médico local, le ha recomendado frotarse la nuca con vaselina cuando note que las jaquecas comienzan. Lo hace durante diez minutos, luego se extiende sobre su sofá. Veinte minutos más tarde, su cabeza no

es más que un enorme dolor. Inundado en sudor, afloja el cullo de la camisa. Tiene la impresión de que sus ojos se salen de sus órbitas, rompiéndose en múltiples fragmentos. Gime inerte, incapaz de cualquier pensamiento impedido por el dolor, y sin embargo sabe que debe moverse para buscar ayuda.

El borde del sofá parece hundirse y de pronto se encuentra en el suelo. Se arrastra, la cabeza colgando. Pasa bastante tiempo hasta que encuentra la puerta. Se desliza penosamente, sus manos siguen la pared hasta un armario... La botella de éter no está allí. François la ha colocado en otro sitio. Se incorpora apoyándose sobre una cómoda; un gran jarrón se estrella contra el suelo. El portero... tiene que encontrar al portero. Consigue llegar a la puerta de entrada y sale a tientas. En la oscuridad, siente de repente el frescor de la lluvia. Tiene la vaga impresión de encontrarse en alguna parte del patio del inmueble. Unas luces bailan ante sus ojos y cree caminar por un laberinto de espejos que concentran esas luces sobre él. Trata de buscar un paso entre ellas, parecen alejarse... unos ruidos se dejan oír frente a él, como los de una calle. No puede ver en la confusión de las luces. De pronto un grito golpea su oído.

— ¡ Dios mío! ¡ Agárrenle!

Es la voz de una mujer. Unas manos salidas de las tinieblas lo aferran, empujándolo violentamente hacia atrás, mientras que le roza el tintineo de cascabeles y el rodamiento de un pesado vehículo.

- ¡ Idiota! ¿ No puedes ver por donde andas? grita una sombra que pasa.
 - ¡ Uff ¡ Ha escapado por poco. dice una voz amistosa.
 - Está enfermo.
- ¿ Podría conducirme a mi casa...? Es en el número 10.— articula Guy.

Esas simples palabras que murmura reavivan el dolor de su cabeza. — Avisen al portero... Gracias...

Una hora más tarde, el doctor Robin, recomendado por Louis, se inclina sobre sus talones junto a la cama. Guy lo mira, lleno de esperanza; la violencia de la crisis ha quebrantado su escepticismo. El dolor ha sido mitigado por una inyección, pero volverá cuando el efecto haya pasado.

— Padece usted una afección reumática que repercute sobre su corazón y su hígado.— dice el médico. Los síntomas de la cabeza

no son ninguna sorpresa. Los estremecimientos no tienen importancia. Es únicamente una cuestión de reposo y de régimen. Voy a prescribirle uno: pescado, legumbres cocidas y compotas de frutas

- ¿ Ve usted algún inconveniente en que pase el invierno en el Midi ?
- Ehhh... No. La idea no parece agradar al doctor. Guy tiene la impresión de que Robin considera favorable un tratamiento prolongado y... bien remunerado por un autor célebre, reputado y rico.
- Esto puede parecer una paradoja, pero me siento mejor después de una violenta ducha fría.

El doctor hace una mueca: — No, nada de ducha, bajo ningún pretexto. No hay nada peor en su actual estado.

El escepticismo de Guy renace enseguida y escucha los consejos del doctor sin ninguna convicción. Se sorprende al pensar en Clem. ¡ Si solamente ella estuviese allí ! Clem, te necesito, necesito tu cariño... Clem... Clem.

Goncourt gira lentamente su cuello envuelto en su fular de seda y dice con condescendencia: — Parece que usted se ha convertido de pronto en todo un personaje del gran mundo.

- ¿ Yo ? responde Guy riendo. Se han encontrado en el Bulevar y han hablado de la idea que comparten con Zola y otros, de levantar en Ruán un monumento a Flaubert.
- He estudiado una parte de su fauna en Cannes. prosigue Guy Debería usted hacer otro tanto, es un buen lugar para informarse sobre todo lo que es elegante. Los Alphonse de Rothschild han perfeccionado hasta tal punto el arte de vivir que, cuando la baronesa organiza una carrera de obstáculos, el terreno ha sido perfectamente allanado para que ella no se... afee cayendo.

La mandíbula de Goncourt no se mueve ni siquiera por un atisbo de sonrisa. Guy advierte la envidia tras esa mirada fija, una apetencia fanática de aplausos y alabanzas por parte de las altas esferas.

— Parece usted medrar en unos medios de alta alcurnia, joven.
— concluye Goncourt.

Es ridículo. Lo mejor es reírse. Él tenía una irlandesa, una tal O'Keefe, que cada noche antes de cenar refrescaba su cara en una palangana.

Goncourt asienta con la cabeza, poniéndose los guantes con esa expresión un poco forzada que toma cuando registra una conversación. Tiende los dos dedos tradicionales y blande su bastón como un cetro de mariscal, para hacer señales a un coche. — Adiós, adiós— murmura dirigiéndose hacia el vehículo. Entra en él para consignar todo en su diario.

Guy deambula alegremente haciendo girar su bastón. Un mes antes, el Gil Blas ha anunciado su novela « Bel Ami ». « Esta novela llena de vida contiene varias encantadoras y verídicos perfiles de parisinos tomados de la realidad. » Ahora, desde hace tres semanas, aparece en folletín, todo París habla de ella. Es un éxito enorme. Atrevidos jóvenes, del más puro estilo Bel-Ami, comienzan a dejarse ver por el Bulevar en la primavera, con sombrero de seda ligeramente inclinado hacia la oreja, acariciando su bigote y mirando insolentemente a las mujeres. Lo elegante está tomando auge en las correrías del guapo y descarado muchacho. Los hombres de cierta edad adoptan la expresión sardónica de Bel-Ami: « Es broma, ¿, eh? » para darse aires. Una buena mitad de los periodistas toman presuntuosos portes y pretenden haber servido de modelo para el héroe de moda. Y unas muieres llaman a su marido Georges, como Bel-Ami, pareciendo esperar que ese nombre les dotara de un poco de esta sexualidad cruel y sin escrúpulos.

Guy pasa a cobrar por el *Gil Blas*. La misma multitud sospechosa llena el vestíbulo, bloqueando la entrada de la estancia de abajo. Las mujeres ondulan sus riñones intencionadamente, sonriendo y arrimándose a él si pueden: — Guy... — ¿ Cómo estás, querido ?...— Buenas tardes... — ¡ Que guapo !

Logra pasar, acariciando aquí y allá una espalda, una nalga o un pecho arrogante. Maizeroy le hace una señal de desamparo, medio oculto por una mujer enorme, parece tener un talento particular para atraer a las más gordas. Guy le guiña un ojo. Consigue con dificultad llegar a la escalera. Alcanzado el último peldaño, tropieza con un caballero con bombín que quiere descender y parece de muy mal humor. De Vaux está sobre el rellano, con aspecto consternado.

- ¿ Qué ocurre ? pregunta Guy con una seña con la cabeza hacia la escalera mientras se estrechan la mano. ¿ Un cliente ?
- No me hables responde de Vaux, con aire contrito.— Está furioso. Le había organizado esta mañana un duelo en el Parque de los Príncipes, el nuevo velódromo en el extremo del Bosque. Un duelo de completo primer orden, verdaderamente perfecto. Cuatro balas intercambiadas sin resultado. Pero había por allí uno de esos ciclistas que se entrenaba y no juzgó necesario detenerse, continuó pedaleando durante todo el asunto y una bala ha debido silbar en sus oídos. de Vaux tomó el aspecto de un perro abatido. El resultado fue que mi cliente ha encontrado que eso menoscababa su dignidad.

Guy le golpea en la espalda en un gesto consolador.

- Maupassant... mi querido amigo. Dumont levanta sus cejas. El aroma de las últimas confidencias íntimas y altamente perfumadas de la condesa Batista flota todavía a su alrededor. Verdaderamente, su nuevo cuento para el suplemento del domingo....es imposible... No, mi querido amigo, francamente imposible... Nosotros nos jactamos de no ser mojigatos y mostrarnos bastante libres, pero aún así...
- ¿ No lo quiere ? pregunta Guy con unas enormes ganas de reír
- No, pero...; usted no puede entregar a una niña de ocho años como amante de un hombre! Incluso en un cuento. Y además a un oficial de nuestra marina nacional.⁸⁷
 - ¿ Por qué no ?

Dumont eleva los brazos al cielo: — ¿ Qué ? Aun incluso viniendo de usted eso es... eso es indecente.

- A mí no me lo parece. La historia muestra claramente que Châli es una niña hindú. Guy se divierte mucho con la vehemencia y reproches de Dumont, tanto que ha reído con la buena broma que le hacía enviándole ese cuento. No parece usted comprender, querido, que eso no tendría nada de extraordinario en la India. Las muchachitas están generalmente prometidas a la edad de seis o siete años. Dumont gime, llevando las manos ante sus ojos.
- De hecho. Guy apenas puede mantener su seriedad si yo le diese una edad superior, tendríamos protestas de los hindúes ofuscados... sin hablar de los marinos franceses escandalizados.

- Pero yo no puedo imprimir eso.
- Sus lectores se relamerán de gusto, Dumont... y usted lo sabe perfectamente. Y además, si usted no publica ese cuento, no tendrá a partir de ahora ninguno más.
- Oh, no, no gime Dumont retorciendo las manos. Aparecerá, de acuerdo. ¡ Oh, Dios mío !

En la planta baja Maizeroy lo retiene: — El intríngulis de la historia es que la Batista hizo a Dumont unas espantosas escenas a propósito de tu cuento.

— ¿ En serio ? — Ambos se retuercen de risa.

Guy y Maizeroy cenan juntos esa noche. Es medianoche pasada cuando se separan. Que hermosa velada, se dice Maizeroy regresando a su domicilio, espléndida cena en Voisin, agradable conversación, *maîtres* de hotel haciendo zalemas alrededor de ellos: « Sí, el señor de Maupassant... » esa mujer de la mesa vecina que había oído el nombre y prácticamente se había ofrecido.

¡ Y ese aguardiente! Eso es precisamente lo que se puede hacer cuando se tiene dinero. Maizeroy suspira; él nunca conocerá ese tipo de éxito. Puede ver años de folletines extendiéndose hasta el infinito, taciturnos y grises. ¿ Quién conocerá su nombre dentro de veinte años? « ¿Rene Maizeroy? Ni idea ». En fin, Maupassant lo merece sin duda, él se sale de lo ordinario. ¡ Que personaje! Maizeroy apaga su cigarrillo, acordándose de las historias contadas mientras degustaban el aguardiente. « Bel Ami », ese es el mismo Maupassant, por eso llega a las mujeres. Puede obtener a todas las de París... y parece en camino de conseguirlo. ¿ Qué había dicho? Ah, sí: « Creo que entre los dieciochos y cuarenta años, sin tener en cuenta los contactos esporádicos que no duran más de una hora, un hombre posee alrededor de trescientas mujeres ». Distintas, naturalmente. Maizeroy se ríe solo. ¡Ah, que personaje!

Gira por la calle Clapeyron, busca su llave y llama al portero, luego entra en su apartamento, un auténtico caos, dos habitaciones repletas de libros y papeles, ceniceros llenos, cafeteras ennegrecidas, un cisne disecado, negro de polvo acumulado, una gaviota y un flamenco, formando parte de la colección de pájaros disecados de su propietaria y que ella no ha querido permitirle llevar. El resto lo ha amontonado en los armarios, la cómoda y el escritorio, fuera de su vista. Una vez al mes esa dama, de largo cuello de avestruz, golpea a su puerta, entra en su interior y se

apresura a colocar cacatúas alborotadoras, colibríes, águilas y un búho ligeramente bizco, alguno un poco apolillado, al qué prefiere entre todos.

- Ah, por Dios... Él se aproxima suspirando desde su despacho. Debe entregar mañana un nuevo episodio de su folletín. En el fondo no es más que un hombre mediocre. Se sienta, toma una hoja... cuando de repente golpean violentamente a su puerta.
 - ¡ Mai-ze-roy! Da un brinco para ir a abrir la puerta.
 - ¡ Maupassant! ¡ Dios mío! ¿ Qué ha pasado?

En el umbral, Guy está curvado hacia delante, la mirada fija, el rostro lívido, temblando de pies a cabeza. Extiende la mano, se aferra al hombro de su amigo. Pensando que va a desvanecerse, Maizeroy le agarra pero Guy se agita y se libera, no pareciendo dueño de sus actos.

- ¿ Qué te pasa ? ¿ Estás herido ?
- ξ Algo no va bien, señor ? la figura asustada del portero aparece detrás de Guy.
- No puedo... el rostro de Guy chorrea sudor. Jadea tratando de hablar. Ha perdido su sombrero y el polvo de su ropa demuestra que ha debido caer.
- ¿ Hay que llamar a la policía ? pregunta Maizeroy sosteniéndolo. ¿ Te han atacado ?

Guy niega con la cabeza: — Hay... un... un fantasma.

- ¿ Qué? Maizeroy lo mira con atención y lo introduce en la habitación, cerrando la puerta en las narices del portero. Siéntate, necesitas un... Se detiene viendo a Guy oscilar sobre la silla con un movimiento que parece desprovisto de control. Quizás no necesite beber. No, es imposible. Maupassant no puede estar borracho. Se han dejado hace veinte minutos apenas y no tenía nada. Atraviesa la habitación, llena un vaso de coñac y se lo da. El vaso tintinea entre los dientes de Guy, el alcohol discurre por su mentón, pero eso lo reconforta.
- He entrado en mi casa... y en mi despacho... Estaba allí... Aún está allí...
 - ¿ Quién?

Guy eleva los ojos hacia él... Mi doble... Mi fantasma... Estaba sentado en mi silla... leyendo el libro que yo leía en el momento de salir esta tarde...

— Pero amigo, eso es la imaginación...

- No, en absoluto.
- Claro que sí. Bebe eso. Guy obedece. Maizeroy vuelve a llenar el vaso. Él se siente muy incómodo: Debe haber allí un espejo del que no te acuerdas y has visto tu reflejo en un resplandor de luz.
 - Allí no hay espejos. He entrado... y él estaba allí... inmóvil.
- Pero, viejo, eso es una ilusión pasajera, durante uno o dos segundos te ha podido parecer...
 - Me he quedado de pie... allí... mirándolo.

Guy tiene lágrimas en los ojos. Se produce un silencio. Maizeroy aplasta su cigarrillo en el cenicero.

- Acompáñame hasta allí, por favor pide Guy Tengo miedo a regresar solo.
 - Eso es natural.

Guy está sentado, rígido, apoyado en el respaldo de la silla. La angustia todavía lo atenaza, pero poco a poco se va adueñando de sus nervios. Al cabo de un momento Maizeroy pregunta: — ¿ Has visto esto ya antes... este tipo de cosas ?

- No... Guy bebe su vaso No es absolutamente exacto. Lo he visto una vez, a mi lado, en un espejo, en la calle Dulong. Entonces había creído que se trataba de un defecto del espejo... un juego de refracción; eso no había durado más que un segundo.
 - Pero eso no podía ser otra cosa. Esta vez también.

Al cabo de un cuarto de hora, Guy parece completamente restablecido. Maizeroy pregunta: — ¿. Nos vamos entonces ?

- Sí.— Caminan ambos en la oscuridad del bulevar de los Batignolles y llegan a la calle de Montchanin. Guy saca su llave y abre. Maizeroy enciende el gas en la entrada; el globo frío crepita bajo la acción del calor. Guy empuja la puerta del despajo y deja a Maizeroy pasar primero. La luz brilla, tal como Guy la había dejado.
 - ¡ Esto es todo! Quietud e intimidad dice Maizeroy.

Guy permanece en el umbral. — Sí. — Hay un breve silencio, no sabiendo cada uno que decir — Gracias por haber venido.

Maizeroy se toma el asunto alegremente, estrecha la mano de Guy y se va. Una vez solo, Guy enciende las demás lámparas y permanece plantado en el centro de la habitación, mirando a su alrededor, luego se sienta lentamente sobre su silla.

Subiendo la escalera de mármol de Emanuella, oye una animada conversación en el gran salón del piso de arriba. Un sirviente le ha llevado esa mañana una nota garabateada: « Ochenta personas al menos vienen esta noche. ¿ Quiere ser la ochenta y una ? »... es del puro estilo Emanuella, al mismo tiempo un favor y un insulto. Llega tarde. El salón está lleno; las lámparas brillan; una orquesta toca en sordina. La mitad del barrio Saint-Germain está allí, personas con títulos nobiliarios, ricos o pobres, nobles afectados, viejas damas severas cuyo salón no está abierto más que a un restringido círculo, barbudos miembros del Jockey Club, damas mayores de manos resecas cargadas de anillos, pareciendo conocer a todos los presentes y poderles recitar su genealogía.

Emanuella está deslumbrante de encanto y fría como un témpano. Su marido, el conde Nicolás, recibe junto a ella. — Querido amigo, pensé que usted conocía al marqués Guy de Maupassant. — ¿Esta presentación es un nuevo sarcasmo ? El conde Nicolás le tiende una mano flácida: — Oh, sí... claro... — luego pasan a otros invitados. Guy no ve más que a dos Macabeos... que guardan sus distancias. Evoluciona entre los invitados, en una espera torturadora hasta en el momento en el que pueda irse decentemente.

— Querido... — ella está a su lado, tan cerca que puede respirar su perfume — Nicolás tiene la costumbre de recibir a estos pesados una vez al año. — Tiene aspecto de enunciar algo totalmente diferente, una cortesía banal; ante esa duplicidad, Guy siente un toque de celos. ¿ Cuántas veces habrá dicho eso mismo a los demás? — Lo único bueno de todo esto es que se marchan pronto. ¿ Usted me esperará, verdad? — y se aleja sin esperar una respuesta.

La escena es inmediatamente transformada, puede considerarla con indiferencia y divertirse. Emanuella... no tiene parangón. Y su « ¿ Usted me esperará? » es una promesa. Albert Cahen d'Anvers, al que conoce ya, llega con Loulia, su encantadora esposa morena.

- Gervex⁸⁸ me ha dicho que usted escribe una novela sobre la vida en los bajos fondos de Nápoles. Besa la mano de la joven mujer.
- Marie, dice ella tomando por el brazo a una mujer que la acompaña, te presento al señor Guy de Maupassant, mi hermana, señora Kahn. Ella le prodiga una graciosa sonrisa. Es de

una notable belleza... pómulos elevados, grandes ojos negros, cabellos revoloteando por su delgado cuello. La comisura de su boca se retrae con una sospecha de curiosidad divertida.

- ¿ Ha tenido usted una aventura romántica en Nápoles ? Ella le mira de frente.
 - Naturalmente interrumpe su hermana.
 - No. dice él.— Esperaba a Pierre Loti. 89
- ¡ Oh! Son divertidas, pero Guy tiene la impresión que ambas lo atacan. Cuando se han alejado, sorprende a la señora Kahn mirándolo a los ojos, luego se vuelve hacia su hermana y a otras personas para hablarles; sospecha ser el tema de su conversación. Está acostumbrado, ya que eso sucede cada vez que se le reconoce en la calle, en un café del Bulevar o en un andén de una estación. Pero ahora se siente ligeramente a la defensiva; tal vez se trata del lugar... hay que estar siempre a la defensiva en casa de Emanuella. Se encoge de hombros, eso es poco importante.

Advierte que los invitados comienzan a retirarse. Algunos minutos más tarde, Emanuella se acerca.

- Baje... Iré a reunirme con usted dice ella.— Se encuentran un poco apartados, cerca de la puerta de un pequeño salón vacío. Puede usted bajar por allí.
- ¿ Marcha usted ahora ? se sorprende él, pues muchos invitados todavía permanecen allí.
 - Por supuesto. Nicky se ocupará de los demás.
 - Creía que eran muy susceptibles.
 - Querido, una no es educada más que con los pobres.

Se aleja. Desciende por las escaleras, toma su sombrero y su bastón, luego espera en la entrada, mirando partir a los invitados. Al principio se inquieta, preguntándose si no sería una broma; pero ella llega pronto, dispuesta a salir, un velo anudado bajo el mentón, tranquila e indiferente como si fuese una invitada más yéndose. ¡ Y está sola! En un instante, se vuelve más apasionado que nunca; se censura por sus sospechas infundadas. Tiene ganas de tomarla en sus brazos y huir con ella, triunfalmente, no importa a que lugar, dejando atónitos a los Macabeos y a todo París. Ella le mira por encima con un aire levemente malicioso.

- ¿ Emanuella, nos vamos---?
- Quisiera ir a algún lugar sórdido. Usted debe conocer alguno.

Es el tipo de broma insultante a la que es aficionada... y que uno acepta preguntándose si no desprecia esta sumisión aunque si usted actúa de otro modo, se las arreglará para encontrar, por pura perversidad, otra cosa, diametralmente opuesta, que expresará un grado de desprecio todavía superior, dejándole todavía confundido. Él pierde valor. — La verdad es que no conozco. — Enseguida se da cuenta de que se contraría. — ¿ No frecuenta usted entonces esos lugares ? Sin embargo escribe como si lo hiciese... Bel Ami. — Sus ojos lo escrutan. En su desconcierto y su decepción en la idea de que él jamás podrá poseerla, se somete al juego. ¡ Caramba! ¡ le dará lo que pide ! Algo que la perturbe. La toma por el brazo.

— Vamos a un lugar, tal y como usted desea.— dice.

Salen a pie en el patio entre los coches de los invitados que se alejan, eso corresponde bien a su sangrienta ironía. — ¡ Cochero!— la ayuda a subir en el vehículo — Bulevar Rochechouart, al Cabaret del Bagne.

- ¿ Qué es eso ?
- Ya lo verá.

El coche circula por la avenida de Friedland, gana la Trinidad y sube la calle Pigalle. Ella habla con animación durante todo el recorrido y cuando él deposita un beso sobre su nuca y se aproxima un poco, ella lo empuja hacia su lugar con un « mi querido amigo » reprobador, como si fuese su amante desde hace años.

En el linde de Montmartre, el bulevar Rochechouart no es precisamente uno de los lugares de alta alcurnia de París. Está mal iluminado, largas brechas se abren entre lúgubres inmuebles aislados, sobrepoblados de tugurios. Flota allí un tufo de coles, de rancio sudor, de frituras y vino barato. El coche se detiene ante un paso bajo un arco. Guy paga al cochero, luego pasan bajo el arco y caminan hasta una puerta detrás de la que llegan unas voces achispadas. Guy da una patada en el batiente; hay un ruido de cadenas, de apertura de cerrojos y la puerta se abre por una criatura desdentada, con los ojos parecidos a dos huevos amarillos rotos. Su entrada es saludada con una sarta de insultos y de gritos de todo tipo:

- ¡ Aquí están los cabrones !
- ¡ Rabos de carroña!

Guy advierte que Emanuella vacila... pero un segundo solamente. Desciende con él algunos escalones de la entrada. En la

difusa luz, distinguen a través del humo personas sentadas que los observan. El suelo es irregular y las paredes rezuman humedad. Están viendo las heces de París. Hombres, mujeres están repatingados sobre las mesas y los bancos en actitudes desarticuladas de borrachos, otros gritan y cantan. Los ojos amarillentos de huevo surgen al lado de Emanuella y los conduce hasta una mesa; su único ocupante, un hombre sentado al otro extremo, con una cabeza en forma de bala mira fijamente a Emanuella

- ¿ Que va a tomar ? sonríe Guy. El lugar es horroroso.
- No puedo sentarme... Permanece de pie mirando la mesa mugrienta, moteada de manchas de vino y de restos de comida. Se oye un alarido burlón y una arpía de mentón prominente le grita bajo su nariz:
- ¿ Qué ocurre, guapita, no está lo bastante limpio ? lo que hace redoblar los clamores. Ojos amarillos de huevo limpia la mesa con el antebrazo.
 - Es preferible no ser escrupuloso aquí. dice Guy. Emanuella se sienta: —; Qué es este lugar ?
- El Cabaret del Bagne. Lleno de delincuentes, como usted ve. Está regentado por Maxime Lisbonne, llamado el Coronel. Ha sido realmente un coronel durante la Comuna. Lo veremos pronto. Se dice que tiene en sus manos la sangre del arzobispo de París y de varios rehenes masacrados en el 71. En cualquier caso, ha sido condenado dos veces a muerte y deportado a Nouméa; cuando ha obtenido el indulto, ha abierto este tugurio con la intención de dar a los clientes la agradable ilusión de estar en la cárcel donde pasó siete años.

Ella enseguida vuelve a tomar su habitual seguridad. Y cuando él la ve recorrer con sus ojos toda la sala, comprende que su perversidad deseaba exactamente esto..., el estremecimiento que produce la canallesca, la excitación sexual exacerbada de relacionarse con seres peligrosos, de un físico grotesco, de encontrarse a merced de unos brutos. Un hombre en mandil viene a depositar sobre la mesa una botella de aguardiente con dos culos de botella retallados a modo de vasos. Apenas Guy ha llenado los vasos cuando cuatro colosos, con barba de varios días, se aproximan a la mesa con sus cubiletes improvisados y se inclinan frente a Emanuella

- Un traguito, Duquesa. Un aullido general saluda esta intervención
- Acabo de desembarcar, Duquesa. Me han echado diez años por cargarme a mi suegra.
- Yo he descuartizado a una rentista. Seis trozos y nunca se han encontrado las nalgas. Nuevo clamor.
- ¡ Eh, Pepin, dale un anticipo de la guillotina! exclama una voz. Unos alaridos de alegría se elevan. Los cuatro se van, con sus vasos llenos. Emanuella se estremece. Guy ve que su miedo se convierte en placer. Percibe a dos prostitutas de baja estopa en una mesa próxima; una con aspecto de posesión, pasa el brazo alrededor de los hombros de un hombre en camiseta rayada. su chulo, el que vive a sus expensas y al qué adora visiblemente. Parece tener apenas veinte años. Guy la ve tomar la mano del hombre, introducirla en su camisa, y frotar voluptuosamente sus senos contra ella. Con una colilla pegada en la comisura de los labios, el chulo la deja hacer, indiferente. Más cerca, en una esquina a la que no llega la luz de las lámparas humeantes, una mesa parece vacía, una mujer está arrodillada en el suelo, abrazando a un hombre tumbado a lo largo en el banco.
- Querido amigo... Emanuella atrae la atención de Guy sobre su vecino de la mesa que tiene los ojos fijos en las perlas de Emanuella. Sintiéndose observado, el hombre gira la cabeza.
 - El coronel le caerá bien. dice Guy.

Ella le fija los ojos, con esa mirada ligeramente insolente que despierta en Guy un ardiente deseo. Siente una tentación atroz de poseerla en esa atmósfera animal, de poner fin a su intangibilidad en un medio que la rebajaría todavía. Le acaricia la nuca, su piel es fresca y suave, ella no se mueve al principio, luego se aparta:

- Hábleme del Coronel.
- ¿ Qué ? Ah sí, Lisbonne. Es un viejo actor; representaba los papeles más brillantes que podía y naturalmente cuando sobrevino la Comuna, eso fue la realización de sus deseos. Ha representado su rol como en un melodrama de capa y espada... con unos efectos y una grandilocuencia sin límite. Ha saqueado los almacenes de vestuarios de los teatros, llevándose uniformes rechamantes, combatiendo en los lugares más expuestos, como si se tratase de una fiesta. No era simplemente valiente, estaba loco. Es un milagro que no lo hayan matado en cien ocasiones.

Los borrachos vociferan todavía, cuando, del otro lado de la sala, un grito ronco domina el jaleo.

— Dios mío, mire lo que hacen. — dice ella.

Dos hombres titubean alrededor de un tercero, extendido inconsciente sobre una mesa, la cabeza colgando; con una llana, extienden yeso sobre el mentón del otro, fijando una pipa en su boca desdentada

— Eche un vistazo a eso, duquesa — le sopla en la nariz una especie de hércules cuyos cabellos se funden con las cejas. Se trata de François la Bouteille; está tan borracho que no sabe lo que hacen. Se ríe tontamente, con un ruido de grava sobre una tela, y tiende su vaso. — Tienes necesidad de beber un trago, yo también, ¿ eh ?— Emanuella vierte el aguardiente. El hombre hace chocar el vaso contra el suyo, rozándole su coco desnudo... cuando de pronto, una mujer bajita sale de no se sabe dónde, profiriendo insultos, agarra al hombre por su fular andrajoso y lo arrastra.

Guy mira a la pareja en la sombra. La mujer es joven. Emanuella aspira intensamente. Guy vuelve la cabeza a ese leve sonido y durante un breve instante puede verla mirando fijamente a la pareja, abriendo la boca cada vez más, como si tomase parte en sus caricias, con una mirada animal, cargada de concupiscencia y de temor, el miedo del deseo. De pronto se vuelve con risa nerviosa:

— Deme un cigarrillo.

Se diría que quiere disimular ese paso en falso, levantar pronto su máscara de tentadora inaccesible, que provoca la desesperación de los hombres que la rodean. Sí..., es una calienta braguetas, sin más. Ahora está seguro. Ni él, ni ninguno de los Macabeos la poseerá nunca... nadie. Incluso duda de que el conde Nicolás Potocki haya ejercido sus derechos desde hace tiempo. Su gran arte es conservar hombres a su alrededor, persuadiendo a cada uno, sin prometer nunca nada, sin cometer un error insultándolos incluso a veces. Mientras la mira se siente despojado de toda emoción, la examina casi fríamente. No se puede amar a Emanuella... o, mejor dicho, un amor para ella es un estado tan complejo que no se parece a ninguna de esas pasiones que se pueden tener por cualquier otra mujer y de lo que se da cuenta fácilmente. Lo siente a pesar de toda su atracción física. Ah, uno no se liberará tan fácilmente de sus torturas. Tal vez la desea todavía más, la desea brutalmente. Otros

clientes habituales se acercan a ellos y los tutean, mendigando un trago.

Un personaje alto y delgado, con una nariz colgante, surge ante su mesa, titubeando ligeramente. — Caballeros-señoras — dice, inclinándose con un largo saludo.— Les presento a Arpolin, el rey de los borrachos, para serviles. Voy a tener el honor de presentarles mi número. Y eso solo les costará un litro de tinto, señor — acaba con un hipo.

Guy arroja una moneda de diez centavos encima de la mesa, Arpolin la recoge con una mano rugosa, larga como un pie, se endereza vacilante y saca de su bolsillo un pequeño ratón blanco. Lo deja subir a lo largo de su brazo, correr sobre sus hombros, luego lo atrapa, lo toma por el rabo, inclina la cabeza hacia atrás y deja caer al animal en el fondo de su garganta. Se producen exclamaciones en el público.

- IEE, Arpolin, trágatelo ahora.
- ¡ Nada de camelos, eh!
- ¡ Métetelo entre pecho y espalda!

Arpolin parece presa de una crisis de epilepsia. Sus ojos están fijos, golpea el aire con su larga mano, su rostro se retuerce y todo su ser parece concentrarse en su garganta donde el ratón lucha desesperadamente contra el engullimiento. Su nuez de Adán oscila, sus cejas se levantan, su cuello se extiende y de distiende a tirones. Con un violento sobresalto, Arpolin consigue hacerlo franquear el paso decisivo, su rostro se distiende poco a poco en una amplia sonrisa de alivio y se inclina de nuevo-

— Ahora, hace falta que ahogue a mi inquilino, señora, o sino va a cavar un camino en mi hígado. — Saca de su bolsillo un litro de tinto y bebe la mitad sin respirar, levantando las aclamaciones de la muchedumbre.

Una botella va a romperse contra la pared y una reyerta se inicia; dos mujeres se tiran de los cabellos, sus vestidos vuelan en pedazos, pero dura poco pues el coronel Lisbonne hace su entrada bajo una andanada de insultos; tiene el rostro sombrío, cabello largo, su bigote cuelga hasta su mentón. Con algunas patadas separa a las mujeres. El coronel escruta a la asistencia.

- ¿ Por qué arrastra la pierna ? pregunta Emanuella.
- Es la que estaba encadenada al grillete.
- ¡ Salud, ciudadano! exclama una voz.

El coronel emite un pintoresco juramento, comienza la ronda por las mesas profiriendo injurias, luego, con una voz que chirría como un viejo eje, entona un estribillo obsceno. La multitud lo acompaña con grandes puñetazos sobre las mesas. El coronel parece haber reservado las peores coplas para Emanuella; al llegar a la altura de su mesa, les arroja en plena cara una mirada cargada de salvaje ironía... ella se la mantiene, inmóvil, mirada contra mirada. Guy constata que a ella le produce placer, que experimenta un estremecimiento de alegría viéndose envilecerse tan crudamente. Es como una especie de posesión. Pasa la lengua sobre sus labios. Y Guy, tomado como los demás por lo inédito del cuadro, se asombra una vez más de la atracción que un crápula puede ejercer sobre una mujer. De todos modos debe admitir que Maxime Lisbonne es un crápula divertido.

El coronel se da la vuelta y arrastra su pierna más lejos. De pronto percibe la pareja en la sombra; la mujer se prepara a extenderse sobre el hombre, levantando su falda. Lisbonne la muestra con el dedo, con algunos comentarios groseros. Alegres risas saludan este descubrimiento. Algunos se aproximan titubeando y forman un círculo; un hombre se apoya sobre la mujer para mantenerla en posición.

— ¡ Vete ¡ ¡ Para!

Tras haber echado un vistazo, los demás no le prestan más atención. Emanuella se estremece, se levanta: — Deseo irme, querido.

Fuera, la noche es cálida. Emanuella se relaja de pronto y estalla con una risa burlona. — Puede decirse que usted conoce buenos lugares, ¡ Bel Ami!. Tendremos que repetir. — Y durante el trayecto de regreso mantiene una animada conversación, levantando su infranqueable muro de ironía. Al llegar a su palacete, lanza a Guy un breve: « Hasta mañana » y sube la escalera con una fría indiferencia. Él permanece con los ojos fijos en la gran puerta que se cierra tras ella, luego la ve en espíritu pasar ante los somnolientos criados y subir hasta su habitación.

¿ Una calienta braguetas ? Desde luego..., pero la idea de poseerla no deja de atraerle. Reúne en ella la misteriosa esencia de todas las mujeres. Emanuella... pero también es presa del tormento de todas, al que ninguna escapa.

La visita al coronel Lisbonne es el principio de toda una serie de nuevas exigencias. Cada semana Emanuella quiere que Guy la lleve a lugares todavía peores. De entrada descarta aquellos que son simplemente vulgares; los quiere ambiguos, con riesgo, incluso peligrosos. Y, sea que consigue cada vez mejor disimular sus sentimientos o por cualquier otra razón, Guy tiene la impresión creciente de que eso se está conviertiendo en un medio más rebuscado de ponerlo en ridículo. A pesar de todo, no puede negarse. Se da cuenta de que ella conoce sus sospechas, pero eso nada cambia. Cuando duda en complacerla, le dice sencillamente:

— Después de todo, querido, yo me comporto como esa mujer en « Bel Ami »... como una de sus heroínas. ¿ No es así ?

Cuando está solo, se promete no exponerse más a nuevas decepciones, pero es incapaz de llevar la cuenta de sus horas de duda y de celos. Llega una nota de ella, cargada de un poco de su perfume... y las resoluciones previas se evaporan; espera con impaciencia la hora de la cita y acude a la avenida de Friedland donde le esperan nuevas decepciones. Para echar más leña al fuego a sus tormentos, ella se muestra cada vez más íntima con Armand Le Pelletier

- Maravilloso, querido colegas, maravilloso.— Una sonrisa cruza el rostro de Arthur Meyer de una patilla a la otra mientras que, en el vestíbulo del *Gaulois*, acompaña a Guy y a Bourget. Hasta pronto. El muchacho cuyo uniforme está engalanado con suntuosas hombreras doradas, mantiene la puerta abierta mientras saluda.
- Oh... Bourget, no olvide sobre todo esa nota al duque de Luynes.— dice Meyer.
 - No se preocupe.

Descienden la escalera y llegan al Bulevar. La mañana es hermosa, sopla una ligera brisa. Bourget toma a Guy confidencialmente por el brazo. — Querido, vuelvo sobre lo que le dije. Era perfectamente inútil discutir en presencia de Meyer.

Se habían encontrado en el *Gaulois* y habían hecho el camino charlando. — No entiendo porque no tiene miras más amplias; porque se encasilla con esos paisanos, esas putas, esos personajes tan pobres; son torpes, brutos, en definitiva con ellos se arriesga a perjudicar su visión artística.

Guy lo mira de reojo. Bourget, dos años más joven, es un autor que está comenzando a medrar; sus novelas mundanas tienen por marco la vida elegante y la alta sociedad que tanto venera. Guy le tiene cariño... a pesar de su esnobismo.

- Que diablos, prosigue Bourget usted conoce sobradamente a personas para hacer una obra más elevada. Eso no quiere decir que sus crónicas para el *Gaulois* y el *Gil Blas* no sean objetivas, yo añadiré solamente que son más selectivas que sus cuentos y novelas. Y en « Bel-Ami » hay algunas partes verdaderamente brillantes... en efecto digo bien: brillantes.
 - En fin, Bourget, ¿ cuáles son entonces los temas auténticos ?
- Vamos, usted sabe bien lo que quiero decir. ¿ Acaso ese Naturalismo que atrae al arroyo, esa insistencia en disecar las formas más bajas de la vida, es admirable ? ¿ Es incluso necesario ? Oh, tal vez lo fue para Zola; con sus antecedentes él no podía probablemente sustraerse a ese modo de expresión y parece, obviamente, que, para un joven que quiere introducirse en el mundo literario, era sin duda un excelente medio para obligar a las personas a prestarle atención.
 - ¿ Y para las demás personas que quieren hacer otro tanto?
- No... Bourget le mira un poco molesto. No digo eso. La atracción de Zola fue inmensa para muchos de nosotros. Después de todo « Bola de Sebo » es una obra maestra. Pero, Dios mío, hay que salir de ese medio tan especializado.
 - ¿ Y uno debe escribir sobre la aristocracia?
- No, sobre el mundo civilizado. Bourget ha reconocido el tono irónico; desde hace años, se ha dedicado a descubrir el menor atisbo de ironía en la frase de una duquesa o en las palabras de un marqués.
- Simplemente digo, continúa Bourget— que usted se excluye voluntariamente de un medio que, como artista, no puede permitirse ignorar. Empleo « permitir » en el sentido estético de la palabra.
- No lo dudo responde Guy. Escucha caminando la voz clara y precisa de su interlocutor. Bourget no puede entender que no esté absorbido por las banalidades de la sociedad, que no sienta ganas de escribir sobre personajes clásicos de la elegancia, los ociosos, hastiados, la nobleza decadente del barrio Saint-Germain y de la Costa Azul. Sin embargo Guy piensa que Emanuella

pertenece un poco a ese medio. La imagen de Marie Kahn se dibuja en su espíritu... La belleza clara, fría, inteligente que no pude encontrarse en otro lugar. ¿ Será cierto ? Esta reflexión le golpea. ¿ Encontrará lo que busca en ese mundo que todavía no conoce ? ¿ dónde todavía no ha tenido el deseo de penetrar ? Marie Kahn... su imagen aparece más nítida... luminosa... seductora...

— Le aseguro — dice Bourget — que muchos de mis amigos únicamente leen sus libros porque usted les resulta simpático.

Guy advierte un atisbo de celos profesionales, pero debe haber en ello un fondo de verdad. Después de todo, las novelas de Bourget se venden a un ritmo impresionante. Tal vez tenga razón...

- Yo no estoy en contra de aquellos que se limitan a un género. ¡Dios Santo, cuanto ganaría la literatura francesa si algunos de nuestros conocidos lo hiciesen! Pero usted, con su talento...
- En fin, tal vez tenga razón.— responde Guy Sabe, Bourget, si hay algo...

Se interrumpen de repente; se produce un extraño silencio. Bourget se vuelve hacia él y se detiene viendo su expresión. Quedan inmóviles sobre el Bulevar atestado, los ojos de Bourget se fijan en el rostro de Guy.

— ¿ Qué ocurre, Maupassant?

Guy mira fijamente ante él, la frente arrugada, como si escuchase atentamente. Permanece un instante así, luego sacude la cabeza, pestañea y dice: — ¿ Qué ? Oh... nada. Gracias Bourget. — Ambos continúan.

Bourget lo examina con curiosidad. — Usted parecía escuchar algo.

Guy tiene una breve risa nerviosa. — No es nada. A veces tengo la impresión de gritar tan fuerte que mi acompañante debe taparse los oídos. — Habla más bajo que de costumbre, articulando cuidadosamente sus palabras. — Cuando me detengo, hay una extraña resonancia, como la mezcla de varias voces humanas gritando en el fundo de una cueva. — Ríe todavía.— Creo simplemente que estoy un poco cansado, eso es todo.

- Seguramente es eso, dice Bourget pero usted me ha asustado por un instante, viejo amigo.
- ¡ Eso no tiene sentido! Guy blande su bastón. Mire, Scholl y Mendès. Vamos a unirnos a ellos.

- Están ante el café Riche. Catulle Mendès, Cladel, Céard y otros dos rodean a Aurélien Scholl; abandonan la terraza para entrar en el restaurante. Acogen ruidosamente a Guy y a Bourget.
 - ¡ Hola, Maupassant! Venga a ver esto.
 - ¿ Qué sucede ? pregunta Guy. Un sirviente acude.
 - Scholl ha apostado un almuerzo al revés— responde Céard.
- Acaba de tomar dos coñacs como aperitivo, el café seguido de racimos de moscatel y un pastel de chocolate.
 - ¡Santo cielo!
- Falta el resto dice Scholl estrechando la mano de Guy. Mire usted, Maupassant, el conformismo... eso es lo que debemos combatir, en la vida, como en el arte.

Se sientan todos alrededor de la mesa. Guy y los demás toman un almuerzo « conformista », en el orden normal, mirando a Scholl levantar el estandarte contra el convencionalismo gregario. Es una escena épica. Con comentarios devastadores, pues es uno de los espíritus más afinados del bulevar, Scholl hace seguir al pastel de chocolate, con un queso de cabra acompañado de Saint-Emilion, un rollo de carne de buey sangrante, legumbres y paté; hay un murmullo de conmiseración cuando el *maître* del restaurante, atónito, le sirve una gran rodaja de pescado frío con mahonesa. Scholl la come sin pestañear, toma un consomé y remata todo con una absenta a guisa de licor.

- Ahora, dice Scholl acomodándose en su silla, no falta más que una mercader de amor que me toque el violón.
- Yo conozco una. exclama Cladel.— Una muchacha muy bien dotada. ¡ Camarero!
 - Cállate, Cladel.

Bourget se levanta. — Debo irme.

- —¡Camarero ¡ insiste Cladel. Envíe un botones a la señorita Rosa, pasaje de Antin, 3...
- Hasta luego, hasta luego. Bourget se aleja en medio del gentío.
- ...; y dígale que prepare su violón! acaba Scholl en medio de gritos de aliento.

El doctor Naquet-Tule es una lumbrera del mundo médico. No solo es una eminencia, sino que también es una autoridad, personifica al hombre de ciencia del siglo XIX, con todo lo que eso

implica de certitud total y de verdad absoluta. Dicho esto, el doctor Naquet-Tule vive y practica, o parece hacerlo, en el sancta sanctorum de la alta alcurnia. Es extremadamente dificil ser recibido por él y aquel que obtiene una cita es tal vez un candidato al otro mundo, pero seguramente « alguien » en este. Nadie conoce el montante de sus honorarios y durante un tiempo incluso era dificil saber donde vivía, de modo que muchos lo imaginaban reinando en las esferas superiores, en una actitud reprobadora que suscitaba en los pacientes un sentimiento mezclado de culpabilidad y pecado original... Por el contrario, todos conocen su rostro... debido a sus retratos. Es alto y barbudo, raros son aquellos que pueden decir más.

Durante tres meses Guy intenta en vano obtener una consulta, hasta el día en el que lo comenta en una carta a su madre. Ella responde desde Cannes, donde vive ahora, que los Naquet-Tule habían sido amigos de su familia en Fécamp, que ha conocido al doctor en su juventud y le escribirá. A la semana siguiente, Guy recibe una nota concediéndole una cita.

— Sí, sí, — dice el doctor examinándolo. Repite las explicaciones de Guy, como si ese contacto físico no fuese más que una simple confirmación de lo que ya sabe por vías misteriosas.— Sí, fatiga en el ojo derecho tras un corto periodo de trabajo, dificultad de acomodación. Sí, sí... digestiones penosas... palpitaciones... impresiones pasajeras de congestión de la cabeza... largas crisis de jaquecas... insensibilidad exterior del antebrazo... Sí, sí...

El examen dura bastante tiempo, luego el doctor se para bajo un busto de Napoleón, una mano detrás de la espalda, la otra acariciando su barba, un pie hacia delante, y se pronuncia.

— Usted tiene, querido señor, trastornos digestivos... un exceso de jugos gástricos que se complica con un leve, muy leve trastorno circulatorio, provocando de este modo una pequeña reacción nerviosa. El régimen que sigue es bastante responsable de ello. Será curado con una cura de azufre. Le aconsejo las aguas de Châtel-Guyon.

Guy no confía en él. Un mayordomo en librea abre la puerta. Se aleja, tratando de no pensar en el tiempo y en el dinero malgastado. En su domicilio, François le entrega una carta de la señora de Maupassant. Su madre ha escrito personalmente al doctor

e insiste para que Guy siga sus prescripciones. Naquet-Tule le escribirá con toda seguridad lo que le ha aconsejado.

Châtel-Guyon... un agujero perdido de Auvernia. Guy se estremece de solo pensarlo. Ve un pequeño hotel melancólico con una orquesta de tres músicos, personas aburridas, días intolerables de verano que ha de pasar bebiendo agua, un casino atroz... caminos de cabra... Pero su madre estará intratable y sabe que una negativa obstinada le daría un gran disgusto. Eso sería odioso. Se resigna por tanto gimiendo, dice a François que prepare sus maletas y toma el tren para sus veinticinco días de penitencia.

- ¿ Aburrimiento? Pronto se disipa. Hay en ese hotel dos hermosas mujeres que dicen ser viudas y confiesan también temer el aburrimiento... Pasa con ellas tres semanas desenfrenadas, para gran escándalo de los burgueses que se hospedan en el lugar. Obligan a la cafetería a quedar abierta hasta horas indebidas. Visitan juntos el burdel local, estableciendo una amistad chispeante con la dueña y sus pensionistas gordas y alegres. Guy dedica a todas ejemplares de «La Maison Tellier », en medio de entusiastas exclamaciones debidas a un sentimiento de confraternidad. Al cabo de la primera semana, Guy recuerda que su viejo compañero, Durand de Rochegude, vive no lejos de allí en su castillo familiar. Van los tres a hacerle una visita y Rochegude los invita a pasar algunos días en un pabellón del parque.
- Os ofrecería gustosamente que permanecieseis en el castillo,
 dice su anfitrión pero está mi madre... y tiene sus ideas.
- Es normal dice Guy feliz.— Lo entendemos perfectamente. Recuerda haber visto un día a la señora de Rochegude... una dama adusta, con unos sombreros monumentales.

A la tarde siguiente, Guy lleva a sus viudas a ver una curiosidad del parque, el Gour de Tazenat, viejo cráter que cubre un lago azul. La tarde es calurosa y ese perfecto círculo de agua en reposo, de un azul intenso, transparente como un cristal, se convierte pronto en una tentación irresistible:

— Bañémonos — propone Guy.

Las dos viudas están de acuerdo enseguida. Se desvisten en la orilla. Poco después en el agua fresca, Guy esta alegremente ocupado con una de las mujeres, ella trata de mantenerse derecha frente a él, abriendo las piernas y atrayendo a Guy contra su cuerpo

y su firme pecho, mientras que la otra nada lentamente alrededor de ellos, animándolos con muecas.

- Querido, por favor... Él siente de pronto que ella lo enlaza, anuda las piernas alrededor de su espalda; mientras él ejerce unos movimientos rítmicos, ella lo acompaña pegandose apasionadamente a él y crispando sus brazos alrededor de sus hombros.
 - ¿ Y yo? exclama la otra salpicándolos.

Ruidos sobre la orilla, murmullos, exclamaciones. Se separan bruscamente, mirando... y advierten a la señora de Rochegude, un sombrero como una pieza enorme sobre su cabeza, rodeada de un grupo de damas igualmente respetables y de un sacerdote; todos los miran, los ojos desorbitados. Hay un momento de silencio impresionante, luego los rostros volviéndose escarlatas y, con un gañido de desamparo, la involuntaria asistencia huye en un remolino de sombreros y sombrillas; el cura, arremangando su sotana, cubre la retirada.

En medio del pequeño lago, nuestros tres héroes se miran, presas de una risa loca que sube, irreprimible, y estalla de repente.

- ¡ Esa era la Sociedad Femenina Geológica e Histórica en paseo de estudio ! jadea Guy.
 - ¡ Ohé! ¡ Vamos, pues!

Durand los ha invitado a almorzar en el castillo para el lunes. La mañana transcurre sin que aparezca por el pabellón. Listos para todo, Guy y sus mujeres se disponen a ir, como si nada hubiese ocurrido, cuando advierten a través de los árboles una procesión de criados, llevando cubiertos, platos y cestas de alimentos. El mayordomo se inclina seriamente.

— De parte de la señora de Rochegude, señor. El almuerzo está servido.

Al día siguiente, cuando regresan al hotel, dos caballeros de considerable bigote llegan una hora más tarde. Guy encuentra una nota de sus compañeras, que se han ido con ellos. Sonríe leyendo. Esos caballeros han venido a buscar a sus « viudas » para ir a llevarlas a un lugar de mejores relaciones.

En el fondo, no esta descontento con este final; durante varios días ha debido contener sus ganas de trabajar. Desea escribir una novela sobre una villa hidrotermal como Châtel-Guyon... con una

galería de médicos. Se ambientará en el « mundo civilizado », con una historia de amor. ¡ Por nosotros, Bourget!

CAPÍTULO V

Una elegante multitud ha invadido los salones de la avenida de Friedland. Guy, de pie junto a una ventana abierta, aspira la ligera brisa estival. La gran lámpara brilla; en una estancia contigua una orquesta toca en sordina un vals. Emanuella, en vestido blanco, está rodeada de todos sus Macabeos. Representa su gran escena de intimidación, no prestando atención a los hombres que llegan, se inclinan y le besan la mano. Deambulan a su alrededor, pareciendo incrustarse y de aspecto más bien inocente; a veces se adelantan para esforzarse en atraer su atención y murmuran vagas palabras... luego se baten en retirada, mirando a los otros.

Guy se siente agarrado por la manga; se trata de Daudet. — Mire a Montesquiou con su tortuga. — dice acariciando su perilla. Robert de Montesquiou⁹⁰, poeta y esteta extravagante, amigo de Huysmans, circula entre los divertidos invitados, llevando consigo una tortuga atada a una cinta. La concha del animal está incrustada de piedras rojas y verdes.

- ¿ Quién está con él ?— pregunta Guy, indicando una cara mofletuda, empolvada de blanco, con pequeños labios que parecen pintados, cabellos rubios de cosmética, coronando un cuerpo adiposo.
 - ¿ Ese ? Ese es Oscar Wilde.

Daudet y Guy intercambian una mirada. — Buenas noches, querido. — Es Henri Gervex, el pintor, Macabeo sin entusiasmo. Pronto se forma un círculo alrededor de ellos. Al cabo de un momento, Guy se aleja discretamente cuando una voz dice junto a él: — Caramba, el mal transeúnte⁹¹ — Se vuelve, es Marie Kahn. Se detiene, deslumbrado por su belleza. El escote permite valorar

su cuello y hombros. Sus salientes pómulos contrastan con el encantador óvalo de su rostro; su sonrisa hechicera es una mezcla de inocencia y frío cinismo que Guy juzga sin parangón. Largos bucles persas en oro salpicado de color cuelgan de sus orejas, sus cabellos negros tienen reflejos azulados. Sus mejillas se aplastan ligeramente debajo de sus pómulos; sus senos se hinchan agradablemente, desbordando la blusa; su piel tiene un matiz dorado; no lleva collar.

— ¿ Eso es todo de lo que usted es capaz ? — pregunta ella.

Él se da cuenta entonces de que ha permanecido inmóvil con los ojos fijos en ella; roza la mano con sus labios — Quiere perdonarme. — Busca en vano la frase para restablecer la situación, pues se da cuenta de que ella hace alusión a su renombre.

- Pensaba que jamás la había visto en realidad. Es usted tan hermosa
 - Eso está mejor.
 - ¿ Cuándo ha llegado?
 - Ayer noche, y marcho mañana.

Están cerca de la puerta del pequeño salón donde la orquesta toca, él la ha oído muy poco hasta el momento.

- ¿ Me concede este baile ? pregunta. Ella le mira de frente; con un ligero giro de muñeca levanta su cola y le tiende los brazos. Él la toma por la cintura y pronto giran alrededor del salón. Ella se inclina un poco hacia atrás y él siente bajo su mano el peso de su cuerpo. Sus pestañas están maquilladas de negro.
 - ¿ Así que soy un mal transeúnte?

Echando la cabeza hacia atrás, ella ríe: — Oh, no.

- Había en el Sena un remero que me llamaba siempre señor Guillemot, el transeúnte.
- ¿ El pájaro bobo⁹² no es una ave que anida en la cumbre de las rocas inaccesibles? dice, los ojos pestañeando. Esas palabras la hacen reír. Le cuenta que no está en París más que de paso y va a reunirse con su hermana y un grupo de amigos en Florencia. Cuando el baile termina, regresan junto a la muchedumbre del gran salón; ella le habla alegremente, respondiendo a sus frases con visible placer. Sin embargo hay en algunas de sus palabras un cierto matiz de burla que suscita en él un poco de malestar; ella se da cuenta enseguida y se esfuerza en disiparlo. Acaba de pasar algún tiempo en el Midi.

- Entonces casi coincido con usted, estaba el viernes en Antibes. Guy sorprende una mirada irónica. No: compré un *ketch*, un excelente barco, setecientos kilos de plomo en la quilla y novecientos de lastre. A fin de que usted sepa todo, hay dos hombres en la tripulación, Bernard y Raymond.
 - ¿ Y usted lo ha bautizado « Bel-Ami »?
 - Ehhh...sí. levanta las cejas, sorprendido. Rompen a reir.

La encuentra increíblemente bella. Unos hombres vienen a besarle la mano. En dos ocasiones Emanuella envía a respetables viejas damas hacia el rincón en el que se encuentran, un poco apartados. Después de desembarazarse de la segunda yendo a bailar, Guy dice: — Desde luego se me quiere dar a entender que no debo acapararla.

— La Potocka debe considerar que es peligroso.— responde ella.— Usted está censado no para ocuparse de las mujeres más jóvenes, sino a dedicarse al mantenimiento de las esperanzas de aquellas que están pasadas.

Emanuella no lo habría dicho mejor y Marie pronuncia esas palabras mirándolo a la cara, con unos ojos donde un divertimento acerado se mezcla con inocencia.

No pueden impedir que se les separe. Emanuella, se dice él, no debe seguramente ignorar que ellos se conocen y es únicamente como desafío que ha invitado a Marie a esa velada, para hacerle ver su influencia, con su sorprendente modo de mostrarse intensamente personal bajo una apariencia de indiferencia. Eso es privativo de Emanuella, y debe procurarle una inmensa alegría demostrar su poder.

Entreve el cabello negro y brillante de Marie, su sonrisa, en el mar de cabezas y de hombros. Más lejos, Emanuella; su visión hace subir en él una oleada de deseo.

Las desea a ambas. Sus ojos van de una a otra. Las desea, como si quisiera dedicar a cada una otro cuerpo, otro poder, y estrecharlas en el mismo abrazo. Ambas están allí, más inaccesibles que nunca, e igualmente atrayentes. Emanuella, glacial, lo ignora.

Se sorprende espiando a Marie, extendiendo el oído hacia su voz y esforzándose estúpidamente en distinguir sus palabras. Cuando ella se va con un hombre con quién, por así decirlo, ha hablado, él advierte en ellos una especie de intimidad y siente una punzada de celos.

Al día siguiente, muy temprano, le hace llevar un mensaje, pero ella ya se ha marchado. Se instala en su estudio y se esfuerza en aprovechar la hora matinal para trabajar. Su nueva novela « Mont-Oriol », le preocupa; no marcha como desearía, no puede adueñarse de la atmósfera que creía haber captado en Châtel-Guyon. Es algo nuevo. Ha escrito otras veces relatos enteros sin tener que rectificar ninguna frase, hoy se debate durante horas con una página, para descartarla finalmente en un movimiento de humor exasperado.

Con la pluma en la mano, deja errar sus pensamientos, mirando por la ventana la calle de Montchanin. Hermine está evasiva; cuando le ha escrito, sugiriendo una visita a París, ella ha respondido con una letra incolora donde el tema no era incluso ni superficial. Y Clem..., piensa sobre todo en ella. Está de regreso en Étretat y se ocupa de La Guillette, escribiendo de vez en cuando para recordarle algunas cuestiones de negocios. Unas dificultades imponderables, poco a poco acumuladas, han llevado sus relaciones a su curso primitivo; no parecen capaces de superarlas. Clem ha aceptado esta situación con su dulce lealtad.

¿ Y ahora...? En esta luminosa mañana. se siente acosado por la soledad..., la soledad y ese aislamiento emocional contra el que nunca ha podido defenderse desde su infancia, desde la atroz escena en el camino, hace tanto tiempo. Llaman a la puerta; es François con el correo, lo habitual, sobre todo cartas de mujeres. Louis Le Poittevin escribe desde Londres, describe el último concierto del viejo Liszt, un éxito increíble, un triunfo extraordinario, « un delirio sin fin ». Otra misiva viene de Neuilly, el despacho de Havard lo ha hecho seguir. La firmante escribe que ha sabido de su presencia en París y estaría feliz de encontrarse con él, en Bignon, a una hora, el día 9 o el 16. « Soy alta, rubia con ojos marrones. Estaré con un traje marrón oscuro.» Firmado: Christine. Guy mira su calendario. El 16. A la una... divertida hora para una cita. Esto excita su curiosidad.

Se baña, se viste sin prisa y pasea hasta Bignon. Al cabo de cuarenta minutos, nadie pareciendo ser la autora de la carta ha aparecido todavía y debe pelearse con varios cazadores de celebridades. Se va furioso. Era una broma y ha sido un estúpido por caer en la trampa. Toma un coche en el bulevar de los Italianos.

— ¡ Calle Montchanin, 10!— Mientras el trote del caballo resuena

sobre el pavimento, de repente se pone a pensar en Marie Kahn... Marie

París está enfebrecida, París tiene su héroe, París lo aclama. El general Boulanger⁹³, el hombre que asumirá la revancha sobre Alemania, es la gloria del momento. Cuando a la cabeza del desfile del 14 de julio desciende la avenida de los Campos Elíseos, guapo, orgulloso y valiente, caracoleando sobre su caballo negro, es un triunfo, una ovación delirante del pueblo.

— ¡ Viva Boulanger ! ¡ Viva Boulanger ! aúlla el gentío agitando pañuelos en las aceras y en las ventanas. En algún lugar por donde pasa puede oírse un « bravo general », son aclamaciones ruidosas, alegres, entusiastas. Todo París, Francia entera retoma a coro la canción de Paulus, « Regresando del desfile ». ¡ Y las mujeres ! Boulanger tiene millares, cientos de miles de enamoradas. Cada costurera, cada lavandera tiene su retrato cogado en la pared de su habitación. Cada mujer de mundo quiere verle presente en su salón. El clavel rojo, símbolo de Boulanger, se luce en todos los ojales, en todas las blusas, como otros tantos corazones entregados al guapo general. Guy ve todo esto como divertido espectador.

De repente recibe una noticia inesperada: Hervé se casa.. La señora de Maupassant escribe desde Antibes: « Ella se llama Marie-Thérese d'Andon. Hervé había dejado de verla y yo creía que había roto, pero ha venido a anunciarme ayer noche que había hecho publicar las amonestaciones y se casará dentro de diez días. Creo que estoy feliz... pero no estoy segura. Ella no tiene dote. Es una buena chica que parece amarlo. Pero no sé como vivirán. Hervé depende únicamente de lo que tú nos envías y no muestra ninguna inclinación por el trabajo... salvo por la jardinería y sin embargo no puede emplearse como jardinero.»

¡ Hervé se casa! Permanece con la carta en la mano, presa de un sentimiento inesperado. Luego grita: — ¡ François! ¡ Un coche! Vaya a comprar unos billetes para Antibes. Salimos mañana para el Midi.

Encuentra a Hervé tranquilo, feliz y lleno de afecto. Marie-Thérèse es morena, baja, un poco tímida; la juzga encantadora. Hervé le ha contado todo sobre su infancia en Etretat, sobre el abad Aubourg y sus ejercicios memorísticos en el cementerio, se citan los nombres que todavía no han podido olvidar y sonríen a ese recuerdo

— Dios mío, lo que me gustaría tener a Josèphe aquí, — suspira la señora de Maupassant.— Hervé quiere invitar al menos a cincuenta personas a la recepción, que yo, ni nadie conoce.

La vieja Josèphe se ha jubilado en Étretat.

Guy tiene varias largas conversaciones con su madre y se circula con intensidad en la ciudad y en los alrededores durante los últimos días previos a la boda. La mañana de las nupcias, el sol está radiante. Marie-Thérèse está encantadora en su vestido blanco. Hervé transpira en su frac y está nervioso. Saliendo de la iglesia, Guy propone: — ¿ No os importa si pasamos por la ruta de Grasse? No será mucho desvío. Iré delante con mamá; vosotros seguidnos.

— Muy bien.— responde Hervé — luego, volviéndose hacia Marie-Thérèse: — Creo que hemos elegido el día más caluroso del año. ¿ No es así, señora ?

Circulan. El polvo sube bajo los pasos de los caballos y los rayos del sol reverberan sobre la superficie deslumbrante del mar. La vista se oculta un momento al tomar una curva, luego el camino vuelve hacia la costa a la que sigue. Al cabo de un instante, Guy dice al cochero: — Está bien. Deténgase aquí.

La señora de Maupassant mira a su hijo.

- ¿ Pero Guy... que ocurre ? Los invitados van a preguntarse dónde estamos.
- No te preocupes, mamá. Guy le da la mano al descender del coche. Esperarán. Ven conmigo.
 - ¡ Señor! No entiendo nada.

El coche de Hervé y de Marie Thérèse llega.

- ¿ Por qué te detienes ? grita Hervé.
- Me gustaría mostrarte algo.— responde Guy haciéndole una seña. Venid. Guy abre un portillón en el seto que bordea el camino, espera que la joven pareja llegue, luego los hace entrar. Es un gran vivero que se prolonga hasta el mar, las capas están trabajadas, los invernaderos brillan, el material está en su lugar, más lejos, las flores forman alfombras coloridas en los campos.

Hervé se seca la frente: — Pero viejo, ¿ qué idea tienes...?

- Mira bien, Hervé. Guy extiende el brazo. Esto es todo tuyo... con todo mi cariño.
 - ¿ Mío ? ¿ Eso ? Hervé lo mira sin comprender.

- Mi regalo de bodas, hombre. Ahora eres horticultor.
- Guy... esto no es cierto... Oh, Guy tiene lágrimas en los ojos. Cómo has... Abraza a Guy y lo besa en las dos mejillas. ¡ Pero esto te ha debido costar una fortuna! Radiante, corre para mirar más allá de los invernaderos. Marie-Thérèse besa a Guy a su vez.
- Gracias. Es usted tan bueno. Este era su sueño.— La señora de Maupassant se seca los ojos.
- Marie Thérèse. Îlama Hervé, muy excitado.— ; Ven a ver!

Exploran todo, apresurándose pues no deben olvidar a los invitados... y en el camino de regreso, mientras las fustas chasquean, Hervé no para de hablar.

- Es muy amplio. Podré vender flores a Antibes, a Niza, a Cannes. ¿ Has visto esas mimosas? Habrá bastantes durante toda la estación para enviar a París... Guy, viejo, solo falta que te cases tú también y vengas a instalarte a nuestro lado.
 - Por supuesto añade Marie-Thérèse.
- ¿ Entonces, Guy? pregunta la señora de Maupassant que se frota siempre los ojos. Guy ríe. Nunca ha sido tan feliz. Hervé merece bien todo esto; ha conocido momentos muy duros en el ejército. No ha tenido la misma suerte que él, pero nunca se ha quejado. Ya es hora de que conozca la independencia y tenga la ocasión de hacer lo que le gusta. Claro que han discutido antaño; Hervé había pasado su tiempo en endeudarse, pero tenía justificación... y además eso forma parte del pasado. Contempla los rostros radiantes de su hermano y de Marie Thérèse.
 - ... pero eso es una fortuna, Guy.

Sí, él gana mucho dinero..., muchos autores dirían que «enormes sumas ». Su situación económica nunca ha sido tan próspera. Las revistas, los periódicos se lo disputan por un simple artículo. Las ediciones de lujo se prodigan. Es rico y famoso a los treinta y seis años. Es feliz... sí, feliz de momento. Deja errar su mirada sobre el mar que brilla, oye las voces de Hervé y de Marie Thérèse que dominan los chasquidos de la fusta y el ruido de las ruedas. Es una felicidad a la que no podrá acceder. Hervé la ha encontrado; es la compensación que la vida le concede... Y eso es algo que el dinero no puede dar. Marie, Emanuella, Hermine, Clem... sus imágenes desfilan a sus ojos, amadas y deseadas,

intangibles, torturandoras. «¿ Qué buscas entonces, Guy ? » le había preguntado Hermine un día. La paz, tal vez, más allá del largo bulevar mal iluminado de su solitario corazón.

- Dime, Guy exclama Hervé dándose una palmada en la rodilla.— Hace falta que ahora tengamos la rosa de la familia. La Polyantha Maupassantiana.
- Guy se vuelve y dice: ; Y como variedad, la Bel-Ami Virginiana !

Todos ríen.

- ¡ Esa será la primera!
- Oh, llegan los invitados dice la señora de Maupassant cuando su coche se detiene ante la entrada de la villa, mientras sus huéspedes descienden de sus vehículos y se precipitan en una marabunta de felicitaciones.
 - Muy felices... Votos de felicidad... Encantadora...

La oscuridad se extiende sobre el Sena. Guy rema con firmeza hasta Chatou. Rodea una isla y luego deja irse a la deriva hacia la orilla donde hay una mata de rosales. No tiene necesidad de descansar, se siente lleno de vigor, extrañamente alerta. Hay en la atmósfera de ese lugar algo completamente particular; un cambio sutil que ha percibido casi inconscientemente incitándolo a levantar los remos y a dejarse llevar hacia la orilla. Mira la cara iluminada de la luna luciendo entre gruesas nubes. No oye más que el ligero chapoteo del agua y una vez la caída de un guijarro que una rata ha hecho caer de la orilla.

Regresando de la boda de Hervé, ha sido invadido por una violenta nostalgia del río, amor de su juventud y ha venido solo, para encontrar una vez más el viejo encantamiento.

Una misteriosa y envolvente niebla sube de la superficie del agua. La mira y sus ojos son de repente atraídos hacia el otro lado de la isla. La niebla no forma allí una capa paralela a la orilla, se levanta en espirales verticales, pareciendo modelar una forma, una entidad que se aproxima, deslizándose por la superficie del agua. Parece dudar un momento, se inclina de lado, Y Guy tiene la impresión de que va a atravesar la isla hacia él; luego cambia de ruta, se desvanece, como si se recogiese aproximándose. Guy percibe una dolorosa rigidez en sus miembros. Tiene el vago presentimiento de la « presencia » ya vista en su estudio. Sus ojos

arden a fuerza de fijar esta forma de la que no pueden desprenderse. Es el « Horla». Suscitada por la bruma y una luminosidad imprecisa. Guy solamente está seguro de que la impresión es totalmente diferente a la sentida en la calle Montchanin, cuando vio a su doble y llamó a Maizeroy para que lo ayudase. Después, ha aceptado la idea de un desdoblamiento de la personalidad... uno de esos misteriosos fenómenos revelados por el doctor Charcot⁹⁴ del que toda Francia habla últimamente.

Pero el Horla... ¿ Cómo ese extraño nombre ha germinado en su espíritu ? Ahora camina de un lado a otro por su habitación, los pensamientos acuden a él a una cadencia acelerada, su espíritu parece abierto a un torrente de impulsos, de impresiones, de percepciones. El vivo resplandor de la lámpara proyecta sobre la pared su desmesurada sombra. El Horla... ¡ ser odiado por esta presencia irresistible y atroz ! siente un atávico conocimiento deslizarse a lo largo de los corredores de su cerebro.

Tiene la súbita impresión de que, inmóvil y silencioso, un ser escucha detrás de la puerta. La abre bruscamente... Nadie. Va hacia su mesa y comienza a escribir la historia de un hombre acosado por el Horla. Su pluma corre rápidamente sobre el papel.

El viento se introduce por la calle de Montchanin provocando una especie de murmullo de voces atenuadas sobre los paneles de vidrio que forman el techo de la estancia. El cielo gris de febrero se oscurece. Sentado en su estudio, Guy escucha fuera el agua discurriendo deprisa por el canalón. Esta habitación, el invernadero como lo llama François, es cálido y confortable, pero se estremece. Como detesta este clima; le recuerda los días en el Ministerio de la Marina, su desesperación viendo los árboles de las Tullerías perder sus hojas, sintiendo el largo invierno abatirse sobre la ciudad. Desearía estar a bordo del Bel-Ami, en esos días de eterna primavera mediterránea. Pero esa cuestión debe ser arreglada con Havard y está resuelto a hacerlo ese mismo día.

Se levanta y toca la campanilla. François tiene órdenes tajantes de acudir solamente cuando se le llame, pues hay tantas situaciones... delicadas, sobre todo cuando las mujeres lo visitan. Y, Dios mío, qué fáciles son las mujeres. Parece que ninguna no sea accesible, no se resisten a dejarse caer elegantemente sobre la gran piel de oso blanco ante la chimenea, incluso aunque sean

casadas. Todas parecen esperar eso de él... y si no se muestra lo bastante atrevido y emprendedor, ellas hablan de su « reputación » de un modo que sus deseos no dejan lugar a dudas.

Le basta entrar en el salón de un senador, de un banquero, para sentir los ojos de las mujeres converger sobre él, y sus zalamerías, sus maniobras durante toda la velada son preámbulos de los envites que no formulan. Y está previsto que durante la semana siguiente se producirán numerosas extrañas « coincidencias ». De pronto encontrará a una de esas mujeres « pasando por casualidad » por la calle Montchanin; otra saldrá de un coche cuando él está sobre la acera delante del Café de Madrid o Tortoni; una tercera habrá recibido una carta de una joven prima viviendo en el campo con ambiciones literarias, y vendrá « de paso que hace sus compras » a pedirle consejo. Dos incluso han venido diciendo lo amable que había sido invitándolas a tomar el té... cuando no había hecho tal invitación

Las poseía a casi todas. La mayoría de las jóvenes se entusiastas amantes durante una hora o dos. abandonándose después del tiempo de duda conveniente. Por supuesto que tenía las inevitables complicaciones cuando querían que se prestase a nuevas citas, lo que deseaban casi todas. Con las más maduras, pero todavía apetitosas, experimentaba una alegría irónica al verlas medio desnudas, sobre la piel de oso, aferrándose a él jadeando de deseo, en actitudes totalmente diferentes de su solemnidad cuando recibían en su salón, gobernaban su familia o presidían las cenas de un marido muy bien situado. Esas dignas esposas tenían una estratagema para evitar ser descubiertas en sus amoríos clandestinos. Pasado el mediodía, ya tarde, tomaban el cupé familiar y se hacían conducir a las Galerías Lafayette, se perdían entre la muchedumbre de la entrada principal, llevando un pequeño paquete que desearían « cambiar », atravesaban rápidamente el almacén para salir por el otro lado y hacerse conducir en otro coche a la calle de Montchanin. El cochero, estacionado a lo largo de la acera, esperaba que la señora hubiese acabado « sus compras ». La veía surgir poco antes del cierre, llevando su paquete « cambiado ». Ella suspiraba: — Ah, como fatigan esos almacenes. A casa, Jules — y se dejaba caer sobre el asiento

François llama a la puerta y entra, trayendo varias cartas.

- Eche más carbón, François.
- Bien, señor. François activa el fuego con el tizón y vierte el resto del cubo sobre las brasas. Guy mira el correo. Una carta de Emanuella... cuatro líneas enviadas desde Carlsbad, casi impersonales, pero siempre llenas de la misma seducción. Su conclusión es típica: « Escriba ».

François vuelve con el cubo lleno.

- Espero al señor Havard.— dice Guy Hágalo entrar tan pronto como llegue.
 - Bien, señor.

Guy mira las demás cartas: — ¿ Qué ? ¡ Todavía ! — rompe uno de los últimos sobres, y extrae un mensaje ligeramente perfumado:

« ¡ Cruel! Lo he esperado una hora en nuestra última cita. ¿Por qué me trata de ese modo? Yo lo amo, lo adoro. Usted es toda mi vida. Me entrego a usted de corazón y cuerpo. Se lo suplico, venga a verme mañana, viernes. Estaré a las cinco en el salón de té de la calle Daunou. Christine.»

Arruga la carta y la arroja a la papelera, presa de una nueva exasperación. ¡ Oue el diablo se lleve a esa zorra, sea quién sea ! Las mejores bromas son las más cortas, él se ha reído la primera vez, pero ella tiende a prolongarla. Fue la mujer quién lo ha citó en Gignon hace varios meses... y no apareció. Después se las ha arreglado para conocer su dirección y bombardearle tres veces por semana con cartas de escolar. Son todas del mismo tipo: promesas de abandono, petición de encuentros. Una vez aun, ha sido tan estúpido para dirigirse a la dirección indicada... y, naturalmente, ella no dio muestras de su presencia. Eso debe divertirla mucho. Su mal humor no se calma. Esta carta y el pensamiento de su entrevista con Havard, lo irritan. ¿ Y por qué no ha escrito Marie? En cada correo le llegan cartas como la de la otra idiota, pero de ella, nada. ¿ Por qué ha tenido que partir para Rusia en el momento en que comenzaban a conocerse mejor? Desde la velada en casa de Emanuella se han visto a menudo; ha descubierto en ella un encanto que jamás había conocido en las demás. Ella parece responder a sus atenciones, sin embargo tiene un fondo provocador y burlón que él enseguida detecta. Se le hace mucho la corte. Quizás en Rusia...; Oh, Dios!

Mira el reloj de péndulo. Havard se está retrasando. ¿ Por qué no puede respetar una cita ? Y además no es diligente en los negocios, eso es irritante. Guy camina como un oso en cautividad. No ha querido discutir esta cuestión en el despacho de Havard; se habría sentido moralmente en estado de inferioridad. Uno nunca acaba con esos editores... siempre preocupados por las querellas. Y es necesario todo el tiempo espulgar sus cuento para no ser estafado. En fin, ¿ dónde diablos está Havard ? Va a tocar la campanilla cuando golpean en la puerta, luego François abre y anuncia:

— El señor Havard.

El editor entra, descuidado como de ordinario, su cabeza redonda se balancea sobre sus hombros, tiende el brazo: — Querido amigo... — se interrumpe— ¡ Caramba! ¿ Una estufa, y de fuego? ¿ Qué escribe pues? ¿ Un artículo sobre el Purgatorio? ¡ Esto es un auténtico horno!

- ¿ A usted le parece ? Yo tengo frío.
- ¿ Frío ? Havard se calla y lo mira, luego emite una breve risa como si tomase eso por una broma. Bueno, le traigo su último extracto, querido amigo. Muy satisfactorio, creo que usted será de mi opinión. Si quiere echarle un vistazo. Revuelve en su cartera; sus maneras son excesivamente desenvueltas y dan la impresión de que quiere eludir una cuestión desagradable que sabe inminente.
- Gracias. ya lo he visto en su despacho dice Guy. ¡Y si eso es satisfactorio, que el diablo me lleve! Escuche, Havard, ¿ qué sucede con « Mont-Oriol » ?
 - ¿ Qué ocurre ?
- ¡ Santo Dios! Ese libro tiene una buena crítica, casi todo el mundo lo ha puesto bien... y vea esas ventas... ¡ Lamentables!

Havard se mueve, incómodo. — Es que... es diferente de su género habitual... de lo que el público espera de Guy de Maupassant.

- ¿ Quiere usted decir que esto trata del gran mundo ? Pero las de Bourget también... y se venden muy bien.
 - No digo ...
- El *Gil Blas* la ha encontrado excelente. La ha publicado en folletín. Y mire estas ventas...; mírelas! Usted no hace nada por

ese libro, Havard. Usted no lo promociona; no lo considera en serio.

- Eso no es justo.
- No ha habido campaña de venta. ¿ Es necesario que tenga que convencerlo de que ese libro puede triunfar, como un principiante ? ¿ Debo empujarle a que llame la atención del público, como si fuese un desconocido ? Usted trata este tema como si le diese igual, y resulta que todo el mundo se retrae. Está furioso.
 - Yo no puedo obligar a las personas a comprar libros.
 - Pues hasta el momento han comprado muy bien los míos.
 - Este es diferente.
- ¡ Dios Santo! Esa es precisamente una razón para que se despierte el interés. Si siempre fuese lo mismo tendría usted razones para quejarse.

Havard parece desgraciado y herido. — Puede estar seguro que yo también tengo interés en que este libro se venda.

- En ese caso, olvide tanto su interés como el mío. « Este es diferente »... busque pretextos, Havard.
- Nada puedo hacer si el público no quiere. Francamente ¿puedo hacer algo ?
 - Sí. Es usted quién tiene que vencer esa mala voluntad.
- Lo hago lo mejor que puedo Havard, congestionado por el calor de la habitación, se aparta de la estufa. Hace un gran esfuerzo de conciliación:
- Querido, « Mont Oriol » es un caso muy especial, podríamos discutirlo más tarde. Deme un voto de confianza... deme « El Horla », esa historia obsesiva, que usted ha publicado el pasado otoño en el *Gil Blas* y verá la tirada que tendremos, un gran éxito como « Bola de Sebo » sonríe secándose la frente con su pañuelo. ¿ Le parece ?
- Lo lamento, Havard; pero he decidido dirigirme a otro lugar.
 - ¿ Va a tomar otro editor?
 - Sí, Ollendorf.
- Pero... Pero... Havard agita desesperadamente los brazos. Se adelante implorando Le pido que reflexione. Hace mucho tiempo que trabajamos juntos. Somos viejos amigos. Hemos conocido muchos éxitos juntos... desde el principio ¿ eh ? « La

Maison Tellier », « Una vida », « Bel Ami », todos sus cuentos. Es usted célebre. Me gusta creer que he contribuido un poco a ello. También me he arriesgado. Este contratiempo no es nada. Hay entre nosotros una asociación sentimental, una vieja amistad, ¿ no es así ?

- Ya he firmado con Ollendorf
- Ah, ya ha firmado. Sí...sí, ya veo... Havard aparta tristemente la mirada.

Diez minutos más tarde, la discusión está acabada, ni se despiden. Havard estrecha enérgicamente la mano de Guy y se va. Guy vuelve a su escritorio. ¡ Uff! Está arreglado. Era necesario; Havard no está ya al día, no es capaz de gestionar sus negocios de edición con la misma fogosidad, el mismo olfato. Guy oye la lluvia discurrir por el canalón, deseando poder olvidar esa mirada de Havard, cargada de reproches. Es una ruptura con el pasado; se siente incómodo. Toca la campanilla.

— François, un poco más de carbón.

François vacila viendo la estufa llena hasta la entrada. — Ehh...

- Esa estufa está a medio llenar, ¡ por Dios! aúlla Guy.
- Bien, señor. François agrega algunos trozos en la estufa de la que la parte inferior comienza a rugir.
- Y prepara mi ducha. La quiero muy fría... Deje correr el agua hasta que salga helada. Presiente una jaqueca.
 - Bien, señor. François sale.

Guy se echa sobre el sofá. Un malestar indefinible le invade; tiene que vencerlo, que aleje su pensamiento de Havard, del futuro, de su vaga inquietud respecto de Marie. Toma un libro que está a su lado. Bourget le ha dejado esa antología de historias marinas que le ha enviado una de sus amigas, una condesa cualquiera a la que él ha entusiasmado. Bourget le ha pedido que hable de ella en la Nouvelle Revue. Guy pasa la primera página, tratando de fijar su atención. Una hoja de papel se cae de su interior. La despliega. — Que el diablo me lleve... — deja caer el libro y se levanta, recorriendo esa carta que acompaña el envío del volumen que se le recomienda. La escritura... pero es la misma que la de esa « Christine » que lo persigue. Revuelve en la papelera, encuentra la hoja arrugada y compara. No tiene ninguna duda, esa escritura ligeramente extraña es fácilmente identificable. La nota a Bourget

está firmada por Lili de M. Una corona está grabada en la esquina superior derecha, y en la izquierda, una dirección en la calle de Courcelles. Pero..., por supuesto... Lili de Munes, la condesita española que ha conocido en casa de Emanuella. Entonces es ella. La recuerda, baja, delgada, pero con unas caderas en ánfora, una masa de cabellos negros y ojos ligeramente cerrados. Ha flirteado vagamente con ella dos o tres veces... como se flirtea con otra mujer en presencia de Emanuella. Bien, ¿ y entonces? De repente se siente envalentonado, su depresión se disipa. La condesa Lili tendrá su cita. Mira el reloj. Cinco y cuarto. La hora ideal para el amor. Tal vez la sorprenda a punto de escribirle un nuevo mensaje. Abre la puerta y se topa de bruces con François.

- La ducha del señor está lista.
- Déjelo, François. Vaya a buscarme un coche.

Llueve a raudales. Penetrando en el elegante vestíbulo de la calle de Courcelles, recuerda que la condesa debe ser independiente; no ha sido informado de que tuviese marido. Un criado aceitunado lo introduce en un confortable salón. Guy observa un sofá repleto de cojines y largo como una cama; servirá admirablemente para el asunto. Un minuto después, la condesa viene hacia él, graciosamente moldeada en uno de los nuevos vestidos de moda; le tiende la mano con una tranquila seguridad.

- Qué agradable sorpresa. dice.
- He recordado que le debía una visita.

Está todavía más seductora de como la recordaba; veintidós o veintitrés años a lo sumo, de grandes ojos sombreados. Pero la intangibilidad que su vestido de etiqueta parece conferirle, las circunstancias del encuentro y la seguridad que parece tener de su inmunidad la hacen todavía más excitante.

- Permítame ofrecerle esto, señora. Le entrega un ejemplar de « Mont-Oriol » No me acordaba ya... ¿, está bien asi, señora ?
 - Sí. Mi marido está ausente. Sus dominios...
 - Ah, sí, sus dominios...
- Precisamente escribía a Marie Kahn. ¿ La ha visto usted últimamente ? Siéntese, se lo ruego.
- No, viaja. Están sentados sobre el sofá y hablan de sus amistades comunes. Él prolonga la conversación por el simple placer de retrasar el momento. Su piel está ligeramente pigmentada y ella tiene un modo muy seductor de expresarse ayudándose de

sus manos; a veces muestra una pequeña sonrisa, como si se divirtiese interiormente de las bromas que le ha gastado. Pero se mantiene muy tiesa y un poco alejada de él, al cabo de algún tiempo guarda el libro. Guy le dice:

- Mírelo. Está dedicado.
- ¡ Oh ¡ Lo abre y mira la página de guardia. « A Christine... que no esperará más ». Ha escrito eso en el coche que lo traía. Ella levanta los ojos, su rostro enrojece un poco, está nerviosa: No comprendo. Esto es para otra.
- No, querida, es todo suyo. ¿ Tal vez no escribiese a Marie, sino otra carta para mí ? Algo como: « Lo he esperado una hora en nuestra última cita y usted no ha venido. Me entrego a usted. Estaré a las cinco en el salón de té de la calle Daunou ». Pero ella, aparentemente, ha decidido representar el papel del inocente: ¿Quiere decir que le han escrito y usted cree que he sido yo ?
- Si eso le divierte, le diré que he esperado un día en Bignon cuarenta minutos.
- ¡ Oh! En un instante su natural alegría queda eclipsada por el embarazo de verse desenmascarada y su sonrisa se apaga; pero enseguida se pone a la defensiva. Eso es ridículo, esto es una broma. ¿ Por qué iba a hacer tal cosa? ella se detiene Voy a llamar para que sirvan el té.

Parece desear claramente que venga el mayordomo, para tomarse tiempo en encontrar alguna solución. Se levanta, pero Guy interviene: — No, de entrada un poco de amor. Usted me lo ha prometido. — Cuando ella tiende el brazo hacia la campanilla, él la atrapa con un movimiento rápido, la agarra por la cintura y la atrae violentamente hacia el sofá.

— Déjeme — ella cae sobre él — Déjeme...

Se debate, tratando de soltarse. Guy encuentra deliciosamente excitante el peso de esas piernas y caderas sobre él. Ella lucha con todas sus fuerzas. Con una mano le inmoviliza sus dos puños, mientras que con la otra le levanta el dobladillo del vestido. — ¡No¡ — Grita, se retuerce, libera una mano y le golpea en el rostro. Él la vuelve a tomar.

- Dios mío. Deténgase...Pare... Jadea, se debate ... los criados van a venir. Usted...
- Si usted quiere que vengan, no tiene más que gritar ahora mismo...

Ella aprieta los dientes, sus ojos brillan de cólera. Él consigue remangar más su vestido, pero ella es más fuerte de lo que él creía y puede retenerle con dificultad sus dos puños con una mano; le muerde una mano y se libera, corre hacia la puerta. Él salta en su persecución, la atrapa. Ella le propina una furiosa patada en la tibia y escapa. Pero él está demasiado cerca de la puerta, ella atraviesa la puerta, el pecho jadeante y los cabellos alborotados. Lo fulmina con la mirada, separada de él por la gran mesa central.

- Bruto... Váyase...
- No antes de que usted haya cumplido su promesa, mi pequeña.
 ríe
 Vamos, Christine, venga, no se haga la mojigata.

Corre hacia la puerta del fondo, pero él le corta el paso. Mientras le golpea el rostro con sus puños, él la levanta en sus brazos y la arroja sobre el sofá. Ella se levanta, consigue casi evadirse

- Ah, ya está bien... Extiende un brazo, la detiene justo a tiempo, y con el otro la derriba boca abajo sobre el sofá.
 - No... No...

Agarrada firmemente por los hombros, no puede servirse de sus brazos. Luchan en silencio; luego se deja caer sobre ella.

Un largo estremecimiento recorre el cuerpo de la mujer. Se defiende todavía débilmente, luego, con un suspiro, como si toda su energía estuviese agotada, se deja caer hacia delante y deja de luchar. Guy cede la presión sobre sus hombros, rodea su cintura con sus dos brazos y la atrae hacia él. Ella gime dulcemente. Él la siente estrecharse contra él. — Guy... Oh Guy... cierre la puerta... los criados...

Se va dos hora más tarde. En la puerta del dormitorio, ella se abraza a su cuello, ofreciendo sus labios para un último beso. — Mañana... Vuelve mañana, Guy.

Como ya no llueve, regresa caminando, riendo solo y haciendo girar alegremente su bastón.

— ¡ Dios mío, que hermoso! — exclama Guy con un gran gesto. — Mire, François, ¿ no es espléndido?

La Gillette desaparece bajo las glicinas, las cortinas ondulan en las ventanas abiertas, el césped está segado y los macizos de Cramoysan son una explosión de color. Han ido a la estación de Ifs con un sol radiante, una ligera brisa sopla desde el mar y el señor Piffebigue los ha conducido a toda velocidad hasta Étretat.

Guy se siente despejado y dispuesto. ¡Cómo ama este lugar! ¡Oué paz! Debería permanecer allí más tiempo en lugar de pudrirse en el ruidoso pantano de París. París se ha abalanzado sobre ese «Horla », inspirado por su obsesión en el río. Paul Ollendorf, su nuevo editor, ha tocado pífanos y tambores, lanzando el libro con un gran despliegue publicitario, en el momento en el que todo París, presa de una fiebre de ocultismo, discute apasionadamente los misterios de la « posesión » y se entrega el martes en la Sorbona a conferencias del profesor Charcot. Ese extraño nombre, el Horla, extiende sobre toda la ciudad su poder siniestramente evocador. Anatole France⁹⁵ llama a Guy « el príncipe de los autores de cuentos ». Y durante la primera quincena, en el Palacio de Justicia, tres hombres juzgados por haber golpeado a sus mujeres hasta que éstas perdieron el conocimiento pretendido haber sido poseídos por presencia indeterminada.

Este éxito le llega a Guy en un periodo de duda y de incertidumbre. Emanuella se ha mostrado particularmente evasiva, más exigente e inaccesible que nunca. Marie ha regresado y se han visto varias veces durante breves instantes, luego ha partido para los Pirineos, donde debe pasar el verano con los Cahen d'Anvers. Marie... Guy se rinde a su encanto y cada vez que la ve tiene una vaga aprensión. Ella se comporta por momentos como si quisiera escaparle para no sucumbir a sentimientos más serios y más profundos que no quiere confesar. Hay en ella cierto misterio en el que él no puede penetrar. Desconfia de ella y sin embargo la desea. Desde el momento en que la ve, su corazón late como el de un colegial. Está celoso de ella... de lo que ignora de ella, incluso de sus ausencias. Hay momentos en los que es tan sencilla que él debe creer en su inocencia innata, un instante después tiene la certeza de que se burla de él. Ahora, en la Guillette, deja tras él todas sus incertidumbres.

— ¿ Siente el mar, François ? — exclama feliz. — Sí, señor,— responde François cargando un baúl sobre su hombro — y sienta muy bien.

Guy le lanza una mirada divertida. François tiene una tendencia a mostrarse paternal, él también prefiere verle aquí más que en París. Guy entra en la villa, todo brilla merced al mantenimiento. Clem se ha ocupado perfectamente de todo. Acude desde que Guy le ha hecho saber su presencia y ambos pasan una tarde agradable y sin preocupación, examinando su correspondencia y sus asuntos. Cuando se ajusta su sombrero para irse, él le dice: — Querida Clem, siempre serás la misma. — Ella lo besa tiernamente antes de dejarlo.

Una hora más tarde, François, al regresar de unas compras, dice que ha encontrado a la señora de Nouy. Hermine llega poco antes de cenar.

- Querido, dice todo Étretat cree ahora que esta casa está poseída.
 - ¿ Qué ? ¿ El Horla ? ríen de buen grado.
- Hermine, le dice él tomándola de la mano Qué bueno volverla a ver. Es como... como si regresase a su casa.
 - Pero eso es casi una declaración, señor de Maupassant.
- Sí. Y se siente poseído de su vieja pasión. Experimenta como el pasado surge a su alrededor. Hermine es algo único en su vida. Suscita sentimientos que ninguna otra mujer ha podido despertar y existe entre ellos una armonía que da a su camaradería una dulzura particular. Tal vez es porque sabe que ella comprende lo que hay en su corazón, aunque nunca hayan hablado... de los lamentos, una vana persecución y el miedo de la soledad.

Se queda a cenar y él le cuenta la nueva novela que escribe, la historia de dos hermanos, *Pierre y Jean*. François sirve con dignidad el maravilloso chocolate que sólo él sabe preparar.

- Díganos, ¿ cómo lo hace ? pregunta Guy.
- Oh, señor, responde prudentemente el doméstico lo hago cocer doce horas al baño-maría con una rama de vainilla. Eso es todo lo que le pueden arrancar.

La velada se prolonga. Guy mira a Hermine leer la primera parte de *Pierre y Jean*. En esta intimidad ambos se sientes sumergidos en tal ola de cariño, que se dan el uno al otro un aliento que anula cualquier otro pensamiento. Más tarde — ella ha quitado su vestido y se ha puesto una bata — dice: — Debería ir a París en otoño. André me ha escrito que probablemente venga para permanecer aquí tres meses.

— ¿ Cómo está?

- ¿ André ? Oh, como de costumbre. Habla a continuación de su marido con el tono afectuoso que parece reservarle, luego concluye: Tiene muchos deseos de que se le conceda la Legión de Honor... lo que parece ser un gran honor en Rumania.
- Pero es necesario que la obtenga. Querida, lleve una carta al Ministro de Asuntos Exteriores...
 - Guy no haga el idiota.
- No, es en serio. Tome... Coge sobre su escritorio papel y pluma, se los da y se pone a caminar a lo largo. Comience: « Señor Ministro... » no, tache... « Mi querido amigo, le escribo a propósito del señor André Lecomte de Nouy, arquitecto francés, empleado desde... » ¿ Desde hace cuanto tiempo?
 - No lo sé exactamente.
- Eso no tiene importancia. Continuemos. « ... desde hace numerosos años por el gobierno rumano para importantes trabajos artísticos. Últimamente el rey de Rumania a emitido la opinión de que el señor Lecomte de Nouy debería recibir la Legión de Honor. No sería conveniente que hable yo mismo de los méritos de ese... ehhh... de ese hombre tan sabio como artista, uno de las mayores autoridades de nuestros días en arquitectura bizantina, ha restaurado de un modo que hace honor a la ciencia y al gusto francés... » ¿Ha restaurado algo, no es así ?

Hermine, chispeante de alegría, sacude la cabeza, incapaz de responder.

— « los más bellos monumentos de ese estilo en el reino de Rumania. Simplemente deseo, querido amigo, pediros que tenga la gran amabilidad de prestar una especial atención a esta candidatura. El señor Lecomte de Nouy es uno de mis buenos amigos. » — Él se vuelve con un gesto amplio. — ¡ Ya está!

Ella escribe las últimas palabras, unas lágrimas de hilaridad colman sus ojos.

— Debo confesar, — dice ella — que la situación es bastante picante.

Su cara se descompone de repente, deja escapar las hojas de papel y se desmorona cerca del sofá. Guy no tiene más que el tiempo justo para retenerla.

— ¡ Hermine! — La levanta. Su rostro está pálido. La echa sobre el sofá, corre a buscar agua y trata de hacérsela beber. El agua cae por su mentón, ella permanece inerte, sin conocimiento.

Guy encuentra su pulso débil, le moja las sienes, le hace respirar unas sales. Nada consigue.

— ¡ François! — mira el reloj de péndulo, la una menos cuarto, François debe estar ya durmiendo en la gran barcaza que le sirve de alojamiento; Guy corre hasta allí, golpea a la puerta — ¡ François... venga aprisa... necesito ayuda! — La cabeza de François aparece, tocada de un gorro de noche. — ¡ Despiértese! La señora de Nouy se encuentra indispuesta.

Pero François tampoco puede reanimarla. El reloj da la una.

— ¡ Por el amor de Dios, François, es necesario que vuelva en si!

Guy se inclina sobre Hermine, atacado de ansiedad. François le toma el pulso, mira a su señor. Él es lo suficientemente avispado para comprender lo comprometida que estaría la señora Hermine siendo vista en esta situación, incluso por un médico.

- François... Vaya a buscar a la señora Brun.
- Enseguida, señor. François parte. Guy se arrodilla junto al sofá. La respiración de Hermine es débil pero regular. Pobre Clem... va a sufrir. Oh, ella conoce sus relaciones con Hermine; pero su afecto mutuo ha creado entre ellos una tierna discreción y por nada del mundo habría querido poner a Clem en una situación que, a pesar de su amplitud de espíritu, podría considerar como ofensiva. Ella se siente bastante segura de sus sentimientos para tener la certitud, él lo sabe bien... y ahora va a golpearla en pleno rostro, a decirle más o menos: « Te ruego que socorras a esta mujer, mi amante, como puedes ver, porque yo no te amo del mismo modo. Por otra parte, no quisiera verte aquí ».

Ahora lamenta amargamente haberla ido a llamar. No es todavía demasiado tarde... podría detenerla antes de que ella entre... le daría cualquier excusa a François. No... es necesario que pasen por allí.

Hermine no se ha movido todavía cuando él los oye llegar. Clem entra sin vacilar. — Buenas noches, Guy. — Luego ve a Hermine sobre el sofá. — ¡ Oh, pobrecilla!

— Clem, eres muy buena por haber venido.

Se arrodilla y comienza a cuidar a Hermine. Ha traído un pequeño botiquín y sin duda un remedio mágico, una pequeña anilla metálica que pasa suavemente sobre la piel de la enferma, justo encima del corazón. Está tranquila y segura.

- ¿ Es grave ? pregunta Guy.
- Es el corazón. Ya vuelve en si... mira. Hermine, siempre pálida, comienza a moverse. Sus párpados se levantan penosamente, ve a Clem, con Guy detrás de ella, y mueve los labios para decir algo.
- No intentes hablar dice Clem No te muevas. Estarás mejor dentro de un instante. Se vuelve hacia Guy:— Mantenla caliente, que no pase frío.

Veinte minutos más tarde, ambos están en la verja del jardín, bajo la difusa luz del cielo estrellado, esperando a que François enganche el pony al carruaje.

- Gracias, Clem dice Guy tomándola de las manos Nunca te habría pedido venir si no estuviera seguro de ti.
 - Estoy contenta de haber podido ayudarla... y a ti también.

Trata de humillarse ante ella, de atenuar la pena que siente de lo que le ha hecho, pero Clem lo detiene posando un dedo sobre sus labios

— Ya lo sé, Guy. — dice con una dulce sonrisa. Todo está bien como está. No me acompañes, quédate junto a ella.

François llega con el carruaje; besa a Guy en la mejilla, sube y el coche pronto desaparece en la oscuridad.

Guy se hunde en el trabajo. La historia de *Pierre y Jean* se adapta perfectamente a su nuevo estado de ánimo y escribe rápido.

Reflexiona paseándose en la sombra tornasolada de un camino de jóvenes fresnos que ha hecho plantar, escuchando el viento del oeste cantar en el follaje. En tales momentos se confunde con todas las criaturas del mundo, se siente en hermandad con todos los seres y con todas las cosas.

Las escenas de *Pierre y Jean* nacen sin esfuerzo, en la melancólica suavidad que siente a su alrededor, en el gusto de la vida que reina en él y en el amor de esta creación que ve en el verde campo normando. Raramente ha tenido un tal sentimiento de la armonía de las cosas y se agarra a la ruda y amarga concordancia de la piedad y la crueldad que Flaubert le ha enseñado a reconocer tan próxima siempre a la misma esencia de la vida y del arte. Cada mañana François pone un jarrón de flores frescas sobre su escritorio. Y un día, por la tarde, cuando las nubes de una tormenta se acumulan, oye llegar un coche. Atraviesa la casa silencioso.

— ¡ Marie! — Ella está en la entrada, deliciosa en su vestido de verano rayado... Ilumina la casa, apagando cualquier otro deseo, cualquier recuerdo. — La creía con los Cahen. — Besa sus manos.

Ella sonríe: — ¿ Mi llegada es... inoportuna ? — Esto es propio de ella, él no responde. Entra con él, fresca y maravillosa. — No imaginaba que esto estaba tan lejos. Oh, que bonito. — Se detiene mirando el salón.

- Un minuto... voy a pagar al cochero.
- Oh, no, Guy, debe esperarme, se lo he dicho. He venido solamente a saludarle. Ella está con un grupo de amigos ingleses que han llevado su yate al Havre; como se aburría ha decidido de pronto alquilar un coche e ir a verle. Guy pide a François que sirva el té, luego oye a Marie hablar con una matiz de ironía de sus compañeros de viaje; ella se da cuenta perfectamente de su mutua adoración. Guy se pregunta como puede existir a veces tanto formalismo entre ambos. Él se siente responder alegremente a su mordiente franqueza y, al mismo tiempo, desconfiar de las burlas que pueden disimular sus palabras. En otras ocasiones Marie volatiliza sus sospechas con una mirada sin afectación, en la que se puede leer su tierna comprensión. ¡ Es deliciosa!

La oscuridad comienza a caer, Marie se levanta. Guy le toma el brazo:

- No puede partir. Hay tormenta...
- Sí, sí... Es necesario.

Una luz violácea entra por las ventanas. Reina el silencio en el salón. Guy murmura: — Marie, la amo.

- No quiero oírselo decir.
- ¿ Sabe que es usted la única mujer a la que se lo he dicho desde el fondo de mi corazón ?
 - -- No
- Esto no es simplemente deseo, pues creo que el amor se compone siempre de temor... y yo tengo miedo de perderla.

Ella sacude la cabeza, pero todavía permanece cerca de él. Guy insiste:

- Le ofrezco mi vida y todo lo que puedo hacer.
- Guy... Cállese. Eso no puede ser... luego abdicando de repente toda resistencia Oh Guy, yo también lo amo. Él toma sus labios, siente sus brazos anudarse a su cuello, en uno de esos abandonos súbitos y absolutos, luego se separa. No... no.

- ¿. Por qué ?
- Sé bien lo que eso significaría, demasiados temores, demasiados sufrimientos, demasiados rencores.
- Eso no ocurrirá. Aceptaré sus palabras si descubre que esto es un error... para usted.
 - Pero yo también tengo miedo... ¿ No lo ve?
 - ¿ Miedo de amar ?
 - Sí.
 - Yo únicamente veo lo que he buscado toda mi vida, Marie.

Pero ella se ha liberado de nuevo de sus brazos. Queda un momento con el rostro cubierto con sus manos, como si luchase consigo misma, tratando de reponer fuerzas para resistir a lo que también desea. Por fin lo mira: — Mi amor, deme un poco de tiempo, se lo ruego. Quiero ser leal y digna de su cariño.

— Está bien, Marie. — Le toma la mano, ella se arroja en sus brazos. Él relaja su abrazo. — Le haré saber mi vuelta.

En el fin de semana, está sobre el puente del paquebote que se aleja de Marsella. François alinea el equipaje en el camarote. En Argel, alquila un apartamento en la calle Ledru-Rollin y pasa un mes muy activo, haciendo excursiones en los que se esfuerza por encontrarles interés, cenando con colonos y oficiales. Luego parte para Túnez.

Escribe a Marie unas cartas apasionadas en las que da rienda suelta a todo lo que su corazón acumula, expresa sus sentimientos hacia ella. El correo le trae una respuesta con un retraso de diez días en la que nada decide, está sellada en Cannes. La imagina rodeada, como la ha visto siempre. Por la tarde se dirige a Cartago, acompañado por François. Piensa en Flaubert, en ese día tan lejano de su primer encuentro en Croisset, en el que su viejo amigo había reído tanto hablando de ese funcionario de aduanas de Pekín que consideraba que *Salammbô* era la obra de un espíritu salaz y pervertido.

Le parece oír en el aire puro un eco atronador: « Es hhhhhhhenorme. » Pero en Cartago no ve más que un poco de hierba creciendo entre algunas piedras; nada queda del palacio de Salammbô, los sicomoros han desaparecido, los campos de rosas ya no están. El tiempo se mantiene bueno y suave. Guy desciende hacia el sur, bordeando el mar azul; se siente mucho mejor bajo ese

sol primaveral. La jaqueca reaparece por momentos; las duchas frías se convierten en una necesidad y cuando, de regreso a Túnez, François le habla de la existencia de unos baños indígenas, Guy se dispone enseguida a seguir todos sus ritos, siendo el último un masaje dado por un negro gigantesco que lo balda y lo amasa en todos los sentidos como a un vulgar conejo y, para rematar todo, salta sobre la mesa, agarra a Guy por las piernas y aplica su rugoso talón a lo largo de su columna vertebral.

Guy ha fijado el 1 de enero de 1888 como fecha límite para su marcha. Habrá estado ausente tres meses y concedido así a Marie el respiro que solicitaba. Sin embargo prolonga su estancia hasta el día seis, luego telegrafía desde el puerto: « Llegaré el miércoles. Mil cariños. Guy » A pesar de un mar bastante agitado, la travesía no dura más que treinta y seis horas.

El rápido de Paris parece arrastrarse, el caballo del coche tomado en la estación de Lyon es un rocín infame. Guy ve ante él los ojos oscuros de Marie sonreírle, siente el olor de sus vestidos. Calle de Montchanin, un telegrama lo espera. ¡ Ella le ha enviado un mensaje de bienvenida! Por un instante casi grita abriéndolo. Está enviado desde Cannes. « Hervé se ha vuelto loco. Ven inmediatamente. Mamá. » Queda helado, la hoja azul temblando entre sus dedos

Toma el tren nocturno y sigue con la mirada el pequeño cuadrado de luz amarilla de la portezuela, que corre a lo largo de los taludes, de los campos y de las barreras, engendrando súbitos monstruos nocturnos. Está sentado totalmente recto, sin moverse. El tren se detiene a veces, espera a no se sabe qué, en no se sabe dónde, en el silencio. Luego comienza de nuevo a circular, al son de chirridos, de gritos agudos y burlones. Las estaciones están llenas de ecos y resuenan con pasos anónimos, cabezas inmensas son proyectadas como sombras en las paredes.

Está fatigado pero no puede dormir. Con un esfuerzo de voluntad contiene una jaqueca. En la luz difusa, sus ojos arden. Atraviesa una zona de lluvias, las gotas discurren por el cristal trazando surcos oblicuos. El amanecer lo encuentra casi en la misma posición. Sale el sol, poniendo de relieve pequeños montículos sobre el fondo rojo de la tierra provenzal. Más lejos se extiende el mar, azul y plano.

La villa que su madre ha alquilado en Cannes para el invierno está apartada de la carretera, es tranquila y sombreada. La calle está desierta. Paga al cochero que lo trae desde la estación y entra. Hace fresco en la casa alicatada de rojo. Cuando la sirviente toma su maleta, su madre sale del salón.

- Guy él corre hacia ella y la besa ¿ has recibido mi telegrama ?
 - Sí. Ayer noche.

Su madre lo escruta con la mirada, tranquila, la voz pausada, pero siente su tensión nerviosa y el temor que la domina. Parece no haberse desvestido por la noche.

- Ven. Lo lleva al salón y cierra la puerta; él observa con incomodidad que la habitación está mal amueblada y es fea. No sabía cuando regresarías. Menos mal que has venido tan rápido, hijo mío.
 - Mamá...
- Hervé está con un enfermero. Está tranquilo y así se mantiene. El doctor va a venir enseguida. Los movimientos nerviosos de sus manos traicionan sus esfuerzos.
 - ¿ Qué ha ocurrido ?
 - Ha querido estrangular a Marie-Thérèse.
 - Dios mío. ¿ Cómo está ella...?
- Oh sí, ella está perfectamente. Hablaban ambos de la niña el sábado pasado; él fue presa de un frenesí y la atacó. Felizmente, dos jardineros se encontraban allí y pudieron dominarlo. Desde que lo supe, lo he hecho traer aquí. Se tranquilizó tan pronto como llegó el doctor.

Su dominio parece desvanecerse, bajo la impresión del temor, su voz se vuelve apremiante, temblorosa, se alza. — Cuando se ve su mirada, se sabe... — Se interrumpe.

- ¿ Está loco?
- Es una insolación, Guy... Una insolación. Lo mira, hablando con una extraña insistencia, como si quisiera aferrarse a esa idea, como si él fuese un extraño a quién debe negarle los hechos. La luz de un resplandor le da una cierta expresión, un tono particular que retrotraen a Guy a su infancia, a esos raros momentos en los que ella tenía esos bruscos cambios de humor y se encerraba en la oscuridad de su habitación. El doctor dice que es una meningitis. Ve a hablarle... Pregúntale...

- Claro, mamá. Le toma las manos, tratando de calmarla, luchando contra la inquietud que siente en ella y en si mismo. Desea aferrarse a la misma ilusión, engañarse del mismo modo y duda a pesar de todo del juicio de su madre. Voy a verle. Está...
- ¡ No, no ! Puedes entrar...entrar como quieras dice ella; la nueva comprensión despertada entre ellos le hace adivinar lo que él quiere decir: « ¿ Está encerrado ? »
 - Está en la habitación de enfrente.

Atraviesa el vestíbulo, duda un segundo, gira el pomo y empuja la puerta. Sentado en una mesa, Hervé clasifica unos granos; unas pequeñas bolsas negras están rotas y las semillas esparcidas por la mesa. Hervé queda un instante absorbido en su trabajo, luego levanta los ojos y su rostro se ilumina con una sonrisa.

— ¡ Mi viejo Guy! Que sorpresa. — Se levanta de un brinco, la mano extendida, moviendo la mesa de donde caen algunas semillas al suelo. — ¡. Cómo estás?

Guy siente el poderoso abrazo de esa mano y se esfuerza por responder a su sonrisa. — No mal, ¿ y tú? — Casi debe arrancar su mano. — Oh, va bien. — Hervé parece disculparse mostrando la mesa. — Estoy clasificando estas sagradas semillas... ¿ Sabes que voy a hacer dos mil quinientas cestas de mimosas esta temporada? ¡Dos mil quinientas! Tú sabes que eso es una de las mayores producciones de la costa.

— ¿ En serio ?

El choque que Guy esperaba no se produce. Hervé parece muy normal; se le ha quitado su corbata y su ropa está un poco en desorden... pero normalmente nadie lo habría advertido. Guy no puede quitar la vista de los ojos de su hermano. Hervé se da cuenta:

- ¿ Qué ocurre ?
- Ehhh... Nada. ¿ Está seguro ? ¿ No es más que una simple insolación ? ¿ Y cómo está tu familia ?
- Prospera. responde Hervé alegremente.— Espera a ver a la pequeña, Marie Thérèse jura que no hay nada más divertido en Francia.

Está claro que no recuerda nada. Esa extraña calma es más impresionante que la propia agitación. Guy dice: — Has trabajado demasiado. Quédate aquí algunos días descansando.

— No. — responde Hervé alzando el tono de voz. — Regreso esta tarde.

- Bueno, como quieras.
- ¡ Me encuentro muy bien! La voz es aguda. Un hombre robusto, con zapatos de goma, surge silenciosamente, como por casualidad, de la habitación contigua. Hervé lo ve y brama: ¿Qué es lo que quiere usted? El hombre no responde, pero Guy observa que le hace un discreto gesto. Durante un momento parece que va a producirse una violenta escena; sin decir palabra, Hervé y el hombre se miran a distancia. Guy se ve obligado a actuar para romper la tensión.
- Muy bien, mi viejo. Se adelanta y apoya suavemente la mano en el hombro de su hermano. Yo me quedo aquí. Vendré a verte más tarde. Hervé le dirige una mirada taladrante, se vuelve, regresa a la mesa, se inclina sobre sus saquitos.

Guy sale sin hacer ruido, su última mirada le muestra al enfermero vigilando a Hervé. Se apresura a cerrar la puerta y lleva las manos a la cara. Está temblando. En su pecho, el corazón late a gran ritmo.

El doctor llega al cabo de una hora, bajito, grueso y reticente; cuando habla, apoya el mentón sobre su pecho. Parece poco inclinado a dar su opinión y se comporta como si el caso implicase algún secreto en el que la familia no debiese tomar parte. « Hervé es peligroso, es necesario internarlo con urgencia.»

- Pero, dice Guy tratando aún de esperar ¿ no hay ninguna duda ?
 - Por desgracia no.— responde el doctor.

Solamente puede plantearse una cuestión, internarlo en una residencia pública o privada. La señora de Maupassant lleva sus manos a la boca, Guy se da cuenta de que ella no puede soportar la escena por más tiempo.

— Un hospital privado, naturalmente, se apresura a decir. El mejor que exista. Me gustaría tener la opinión del doctor Blanche. ¿Ve usted algún inconveniente, doctor ?

Ve un nuevo destello de temor en los ojos de su madre cuando oye ese nombre temible...., temible y bendito en toda Francia, pues el doctor Blanche es el más notable y humano de los alienistas del momento. Guy ya lo conoce, un hombre alto e imponente, nariz fuerte y frente amplia; es el padre del retratista Jacques-Emile Blanche, uno de los jóvenes Macabeos de Emanuella.

- Como usted quiera. responde el doctor. Comunicaré al doctor Blanche el resultado de mis observaciones, pero insisto en que el enfermo sea internado lo antes posible, en caso contrario declino toda responsabilidad. Es un hombre muy fuerte y no se le puede mantener aquí.
 - Telegrafiaré inmediatamente.

Durante los dos días de espera que siguen, Guy apenas duerme. La casa está mortalmente silenciosa. Viven como si el menor ruido fuese a provocar una explosión de violencia que temen. La fuerte voluntad de la señora de Maupassant cede y Guy padece todos los tormentos del mundo para impedirle que se desmorone ante Hervé con una demostración sentimental que ciertamente sería desastrosa. Pasa horas con su hermano, jugando al *piquet*⁹⁶, paseando con él por el jardín; Hervé se muestra generalmente tranquilo y cuando levanta la voz, síntoma de un acceso, Guy consigue siempre calmarlo. Hervé se enfada con su aislamiento y quiere conocer la razón, como lo haría toda persona normal. Después de haber dicho la verdad a Guy cuando llegó, la señora de Maupassant se aferra a la idea de la insolación; inventa los detalles, no cesando de repetírselos a Guy y a los demás, como para convencerse de su verdad

— Pobre muchacho. Ha debido permanecer dos horas a pleno sol en ese campo después de haberse desvanecido.

Con la connivencia del doctor, cuentan esta historia a Hervé y le persuaden de que debe descansar. Pero Guy está atormentado, visita al doctor en su consultorioi y le exige que le dé una explicación. El doctor se resiste al principio:

- Estoy atado por el secreto profesional.
- No hacia mí, i por Dios! Soy su hermano.

El doctor se levanta, va hacia la ventana. Al cabo de un momento habla:

- No quería decírselo. Prefería no tomar esa responsabilidad. En fin, en el momento en que usted insiste...: su hermano está loco debido a un estado sifilítico avanzado.
- ¡ Qué! ¡ Dios mío! La sífilis... la horrible palabra golpea a Guy como una maza, su corazón palpita. Ahora, no querrá saber nada. ¡. No hay...?
 - No hay curación posible.

Guy se va, roto.

Llega la respuesta del doctor Blanche, tal como Guy esperaba. Él ha tomado todas las disposiciones para que Hervé entre en una clínica particular en Ville-d'Avray. Añade: « ... sería preferible que usted lo llevase. Advertiré al doctor Meuriot de su llegada. Una vez allí el enfermo, me ocuparé personalmente. »

El médico de Cannes consiente en que el enfermero los acompañe, invisible, pero dispuesto a intervenir.

El sol se eleva en un cielo esmeralda la mañana de su marcha. La señora de Maupassant les hace compañía. Hervé está alegre, de buen humor, ríe descendiendo hacia el portalón de la entrada, dando el brazo a su madre y a su hermano. Se supone que Guy le conducirá a París para « descansar y cambiar de clima »; para su mayor temor, está obligado a representar la comedia y exagerar este tema a fin de evitar cualquier sospecha que Hervé pueda tener.

- ¡ Caramba! Es la primera vez que viajamos juntos desde hace años, ¿ eh, Guy?
 - Hace años, viejo.
- No esperes que estemos demasiado tiempo, mamá. dice Hervé besándola. — Volveremos pronto. ¿ Eh ? ¿ Cómo ? ¿ Lloras?
- Oh, las madres siempre son tontas, responde ella, sin atreverse a estrecharlo en sus brazos. Hasta luego, hijo mío.

Hervé le hace señales de despedida hasta que el coche ha pasado la curva.

El viaje en tren parece interminable. Hervé nunca ha estado tan alegre; habla, bromea sin cesar, establece un programa que, tras algunos días de descanso, los llevará a todos los lugares elegantes de París, se sentarán ante platos ideales, vinos maravillosos, los arrojará en los brazos de las mujeres más apetitosas. Guy debe darle réplica. En un cierto momento ambos ríen de tal modo con una broma de Hervé que una dama un tanto mayor, sentada al otro lado del compartimento, no puede impedir sonreír. En Lyon estiran las piernas por el andén. Guy advierte, no lejos de ellos, al enfermero que los espía; Hervé mira a su vez y el hombre se vuelve justo a tiempo. Guy prepara cuidadosamente a su hermano para la llegada a París. Está pintando su apartamento y al principio permanecerán en la gran villa de Jean Meuriot, en Ville-d'Avray, cerca del parque de Saint-Cloud, después irán a instalarse en la calle de Montchanin. Hervé acepta todo sin desconfiar.

A la llegada, el tropel y el barullo de la estación de Lyon lo excitan. Guy ve al enfermero abriéndose paso entre la multitud a su izquierda y hace un esfuerzo desesperado para tranquilizar a su hermano; por fortuna algo llama la atención de Hervé y puede hacerlo subir rápidamente a un coche; bajo pretexto de dar una órdenes al encargado del equipaje, Guy da la dirección al cochero, luego sube a su vez.

El atardecer es fresco y agradable. El paseo por las calles que la oscuridad va invadiendo poco a poco y luego a través del Bosque de Bolonia, parece agradar a Hervé. Está más tranquilo, más alegre y habla mucho, sobre todo de los árboles y de las plantas del Bosque.

- Mira Guy, un almez. Muy bonito como árbol. Podría plantarlo en Antibes. Quizás haga un vivero en otoño. ¿ Qué te parece ?
 - Sí, una excelente idea.

El Sena discurre con el cauce lleno cuando pasan sobre el puente de Saint-Cloud. Dos gabarras y algunos pequeños veleros se ven navegando. Cuando el coche desciende al trote hacia Ville-d'Avray, Guy se arma de valor. Toman por una avenida que debe ser sombría en verano y se detienen ante una gran verja de forja muy trabajada; en el extremo de un pequeño camino, pueden distinguir en el crepúsculo la fachada y las dos alas de una gran mansión. Guy nota a Hervé quedarse a su lado y decir: — No me apetece quedar aquí. Está crispado, hostil, descontento. Guy se ve obligado a hablar con naturalidad: — Pero querido, nada te obliga a ello.

- Marchemos. Díselo al cochero. Vamos, díselo.
- Meuriot quizás se haya tomado molestias para recibirte. Después de todo hemos venido simplemente para ver si la región y la habitación te gustan, ya que estamos aquí tanto da.

Él observa a Hervé lanzarle una mirada inquisidora, escrutando su rostro para asegurarse de que no hay engaño.

— Está bien, Guy. — Ha encontrado la seguridad necesaria.

Un hombre abre la verja y se abren paso entre los árboles deshojados hasta la casa. Guy teme que un grito o cualquier escena turbe la quietud de Hervé y, subiendo los escalones de la entrada, le habla tan alto como se atreve, a fin de apagar cualquier otro sonido.

Meuriot es un gran experto en plantas exóticas. ¿ Sabes que tiene aquí diez hectáreas ? — El mutismo repentino de Hervé lo desespera. ¿ Y quién vendrá a recibirlos ? La espera dura un largo minuto, luego se abre la puerta, aparece un hombre bajo, casi completamente calvo, el rostro enmarcado en largas patillas. Se adelanta con la mano extendida: — Querido amigo, ¿ cómo está usted ? — Ese debe ser el doctor Meuriot, el asistente de Blanche, representando, como se ha acordado, el rol de un amigo.

- Muy bien, Meuriot. Guy logra sonreír estrechándole la mano. Creo que usted no conoce a mi hermano Hervé... Jean Meuriot, tu anfitrión.
- O al menos si desea serlo, dice Meuriot con una buena mirada si usted quiere pasar algunos días aquí.

Se estrechan la mano.

— Por favor, entren.

Hervé se mantiene mudo pero parece tranquilo. La puerta se cierra tras ellos. Están en un vestíbulo muy sencillo y poco amueblado. Guy lee en la mirada del doctor que hay que apresurarse.

— Espero que nuestro clima no le haga echar de menos demasiado el sol de la Riviera. — dice Meuriot a Hervé — tomando ahora toda la iniciativa — He pensado que le gustaría ver una habitación con vistas al Sena, es la parte más soleada de la casa — sonríe amablemente guiándolos. — Pero es mejor ver de entrada si le gusta. ¿ No es así ?

Ascienden a lo largo de una escalera revestida de frisos de caoba, primero Meuriot, luego Hervé, Guy cierra la marcha. En el primer piso, Meuriot gira por un pequeño corredor y entra en una habitación que tiene la puerta abierta.

— Esta es.

Hervé entra lentamente, muy lentamente, mirando a Meuriot al pasar. Flota un ligero olor a medicinas que él parece advertir y mira la habitación desnuda... una cama, una mesa, una silla, ni un cuadro, ni un espejo, un armario en un rincón. Guy, sintiendo despertarse las sospechas en su hermano, se aproxima con rapidez, le toma por la mano y lo arrastra hacia la ventana: — Mira el hermoso horizonte que tendrás. — Quedan un momento codo con codo, contemplando el parque en el crepúsculo. Luego Guy advierte de reojo que Meuriot le hace una seña para que salga. Se

va apartando suavemente, sin dejar de mirar a Hervé. La habitación está silenciosa. Él prosigue su retirada, alcanza casi la puerta con Meuriot cuando Hervé se vuelve bruscamente. Un destello de comprensión aparece sobre su rostro, ellos lo oyen respirar con fuerza; en un desesperado esfuerzo, intenta seguirles.

— ; Guy!

De pronto surgen dos atléticos enfermeros. Hervé grita:

— ; Guy! ; Bandido! ; Miserable!

Meuriot arrastra a Guy fuera de la habitación. Hay lucha, pero los enfermeros no pueden impedir que Hervé pase los brazos fuera de la puerta gritando:

— ¡ Guy! ¡ Me haces encerrar!... ¡ Eres tú quién está loco, tú, entiendes! ¡ Tú eres el loco de la familia! ¡ GUY!

Sus gritos todavía se oyen, difuminados, cuando ya han bajado la escalera. Guy tiene el corazón destrozado.

Durante toda esa semana, hace buen tiempo, el aire es vivificante y un claro sol de enero alarga las sombras de los árboles. Guy está solo en la entrada vacía de los Verguies. El polvo se ha depositado por todas partes; quitando los muebles, los mozos de la mudanza han arrancado una tira de papel que cuelga de la pared. En un rincón, se agolpa un poco de paja, sobrante de las cajas del embalaje. A la izquierda, por una puerta, ve la viña sin podar desde hace tiempo, balancear sus ramas desnudas delante de la ventana, tapando el cristal, a merced del viento. Un postigo se bate siniestramente.

Recorre la casa, sus pasos resuenan extrañamente en las habitaciones vacías, los fantasmas del pasado le acompañan, fantasmas agonizantes que buscan en vano donde refugiarse, pues su marco habitual ya no existe. Sus cenizas forman este polvo que el sol ilumina sobre el suelo.

Se oyen unos martillazos; fuera, dos hombres colocan un cartel sobre el vallado del jardín; se lee con grandes letras: « EN VENTA». Esa es la razón de su presencia ahí. Desde hace tiempo la casa no está habitada, pero su madre la había conservado. Con la enfermedad de Hervé, parece que quisiera romper todas las ataduras para no vivir más que en sus recuerdos. — No quiero volver más para verla de otra modo que cuando estábamos todos allí. Guy, ponla en venta. — le había dicho ella.

Sube al primer piso. La luz de la tarde entra por las láminas de las persianas. Esta es su vieja habitación... donde tan a menudo ha estado tan lleno de excitación, arrojando su ropa al azar cambiándose para salir a pescar, donde caía rendido sobre su cama tras haber remado horas bajo el sol del verano, donde un día de carnaval él y Hervé se disfrazaron de piratas para abalanzarse sobre su madre y Josèphe emitiendo juramentos de Hermanos de la Costa. Allí, estaba la habitación de Hervé. Recoge un trozo de cartón...., el Napoleón, hoy decapitado, de esa colección que Josèphe había sacado milagrosamente, el día en el que sus padres habían dejado el Castillo Blanco.

Sale. Habría preferido no haber tenido que volver a esta casa vacía. Su madre tiene razón, es mejor conservar claras y luminosas las imágenes del pasado, como si prosiguiesen siempre en el tiempo y nada hubiese cambiado de su antiguo marco.

Fuera, el martillo todavía golpea. Se siente llegado al término de una etapa. Sus años de infancia, luego París, el Sena y su largo aprendizaje bajo la batuta de Flaubert habían formado esta primera fase. « Bola de Sebo » había marcado el final y el principio de otra. Ahora ésta se termina igualmente. ¿ Adónde lo llevará la siguiente? Piensa en Marie... con un ligero choque, como si reconociese algo después de un tan largo intervalo en el que se han producido tantos acontecimientos.

Desciende. Abajo, ve una araña sobre el friso, una gran forma gris que se mueve lentamente. Se aproxima, levanta el pie para aplastarla... ha desaparecido. Se inclina, busca el agujero donde se ha refugiado, pero no lo encuentra. Un malestar, un vago temor lo invade. Tiene la sensación de que si no se afana en descubrir ese agujero tendrá una importante, creciente, primordial obsesión. Se incorpora con esfuerzo. El frío parece invadir la casa vacía. Se estremece. Abre la puerta y sale apresuradamente.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

Las lamparillas de la araña de cristal brillan, los rostros se iluminan y numerosas voces resuenan en el amplio salón de la princesa Mathilde.

- No, no podéis negarlo... La Revolución fue la mayor explosión de ideas generosas que el mundo haya conocido.
- ¿ Generosas ? articula la voz dulce y un poco temblorosa de Taine. ¿ Un ciento de hombres llegados al poder por el fanatismo de ocho o diez mil, matarifes, tenderos, sacerdotes que han abandonado la sotana que se habrían podrido en su fango natal sin la Revolución ?

En el vestíbulo, Guy entrega al mayordomo su sombrero y su bastón, se mira en el espejo y se ajusta la corbata. Su rostro es más delgado, más broncíneo, su bigote se riza y sus ojos son claros; los bordes de sus párpados han perdido incluso un poco de su rubor. Sí, se siente más ligero desde hace años. Sonríe y entra.

- ¡ Maupassant ! Se produce un breve silencio, luego todos le hablan a la vez.
- ¿ Por qué no ha venido a cenar ? Erguida en su sillón, la princesa le tiende la mano; con cerca de setenta años, puede permitirse todavía un escote mostrando sus hombros. Hemos discutido acerca de « Fuerte como la muerte »... Pero, caramba, ¿ dónde ha tomado tanto sol ?

Guy le besa la mano. — Excúseme, Alteza; acabo de llegar de Argel y mi correo me llega a tres lugares diferentes.

Más de un año ha pasado desde su anterior regreso de Argelia y la enfermedad de Hervé... esos quince meses han pasado

rápidamente y de modos muy diversos. Sus amores con Marie no han comenzado por una escena decisiva, por una respuesta que él va esperaba. Durante varias semanas, después de la debacle de Hervé, ha estado sumergido en una profunda depresión, incapaz de cualquier tipo de trabajo, torturado por las jaquecas. Y cuando Marie y él se encuentran, la conclusión de sus primer acuerdo parece dar una cualidad muy particular a sus relaciones. Guy se encuentra más absorto por ella que por ninguna otra mujer. La adora. No obstante existe entre ellos algo inexpresable... tal vez lo que hay de enigmática, de huidiza en ella. Un día, se muestra enamorada, apasionada, y sin embargo lejana, inaccesible; otras veces es sencilla, dulce y tierna, él le abre entonces su corazón. Luego bruscamente, alegando unas obligaciones mundanas, unos deberes familiares, se niega a verlo; él no puede entonces impedir pensar en el desprecio que ella tiene de esas cuestiones en otros momentos. Un día le lleva un recorte de periódico: un hombre. acompañado de tres mujeres, había protagonizado un escándalo en un reservado y resistido a la policía, diciendo que era Guy de Maupassant.

Él lo lee y le dice mirándola: — Que estúpidas pueden ser las personas... Espero que no de a esto ninguna importancia.

Ella ríe. — A muchos les gusta representar su papel, querido.

Es cierto y debe admitirlo. Eso se produce casi cada semana. Marie le cuenta también la « última de Maupassant » que hace reír a todo París: Una noche, ya tarde, un marido furioso llama a su puerta. « ¿ Señor, dónde está mi esposa ? Sé que está aquí. » — «No está. Puede usted registrar la casa si lo desea. » El marido busca por todas partes, no encontrando a su esposa y marchando encogiéndose de hombros. « Entonces, — dice Guy — ¡ ella nos engaña !»

A principios de verano, ella parte con Loulia.

Hecho curioso, desde entonces la vida vuelve a sonreír a Guy; las jaquecas se atenúan, luego desaparecen; sus ojos están mejor y encuentra toda sus claridad de espíritu. Hoy, « Fuerte como la muerte », su nueva novela mundana, aparece en la *Revue Illustrée* y conoce un gran éxito. Siente que se ha liberado de sus obsesivos fantasmas. Y ha encontrado a Marie, más deslumbrante que nunca, que lo espera.

A su alrededor, la conversación alcanza su punto álgido. La princesa ha entablado una viva discusión con Taine respecto de su tío Napoleón I.

- Sin embargo usted debe entender que yo defienda al hombre a quién debo todo.— dice ella.— ¡ Sin el Emperador yo vendería naranjas en las calles de Ajaccio!
- Maupassant... Catulle Mendès se abre paso, un poco más gordo, su corbata de seda presenta una mancha de su última cena ... se ha convertido usted en un auténtico vagabundo.
- Querido, eso no tiene nada de sorprendente es Heredia⁹⁷, el poeta el príncipe de los cuentistas tiene un nuevo yate.

Le estrecha la mano con auténtico placer; que personas tan encantadoras, jamás un rasgo de mezquindad ni de envidia. Esos son auténticos artistas, viven por y para un noble ideal, la literatura.

- $\dot{\iota}$ Adónde va usted con un yate ? dice Mendès guiñando un ojo.
- ¿ Qué ? Imagínense un día de primavera llegando a un puerto desconocido y mezclarse entre personas a las que nunca volverá a ver ríen con él luego por la tarde, izamos las velas, gobernando nuestra fantasía, sin ganas de arrojar el ancla en ninguna parte... No hay nada igual.
 - Ya os he dicho que era un vagabundo.

Para gran sorpresa suya, Guy se ve abordado por Ferdinand de Brunetière⁹⁸, el director de la *Revue des Deux Mondes*. Brunetière ha sido siempre un crítico virulento del « grupo de Zola » y del Naturalismo en general, nada sorprendente por otra parte, teniendo en cuenta la naturaleza de la revista que dirige. Está con Théodore de Bonville y Bourget.

- Mi querido Maupassant, ¿ cuándo nos confiará una de sus novelas ?
- ¿ Qué ? Maupassant está atónito, es la última cosa que hubiese esperado. Brunetière debe conocer las opiniones despectivas que él ha emitido sobre su revista, habiéndolas repetido con frecuencia.

Banville, que sí las ha oído con toda certeza... y también compartido, lanza un guiño a Guy y dice:

— Ese es el camino directo a la Academia, querido. Los *Deux Mondes* y la Academia están fundadas bajo el mismo principio, que una buena educación, bellas relaciones y una cierta respetabilidad

dan lugar al genio. — Guy sonríe — Usted ha debido notar que cuando un autor aspira a la Academia, su primera prioridad es dar a *Deux Mondes* una novela en la que aquel que encuentra una cartera en la calle no toma el dinero sino que lo deja.

Brunetière ríe. — No, pero en serio, si usted quiere darnos una opción sobre su próxima novela, podríamos garantizarle una sustanciosa remuneración... muy sustanciosa.

- « Fuerte como la muerte » habría sido perfecta interviene Bourget.
- Sí, con toda seguridad— dice Brunetière Debo felicitarle por esta obra, Maupassant. Es muy buena. Nosotros hablábamos precisamente durante la cena de la nobleza de sentimientos que en ella están expresados, de la diferencia de ambiente, de personajes, de medio social con respecto a sus anteriores obras, usted me entiende, querido amigo.
 - Es decir, nada de putas interrumpe Banville.
- ... y por eso mismo es perfectamente adecuada para nuestra revista. prosigue Brunetière sin tener en cuenta la intervención.
- Comparto en su totalidad esa opinión dice Bourget. Taine también — Es con diferencia tu mejor obra.
- ¿ Son sinceros ? se pregunta Guy mirando sus rostros. ¿No hay en sus palabras un trasfondo de ironía, de malicia ? Los ojos de Goncourt están fijos en él. Pero se siente de muy buen humor para profundizar en esa cuestión. Acaba de salir de un año sombrío. Hoy conoce el éxito, es rico, famoso, ama y es amado. Alegremente se riza el bigote.
- ¡ Santo Dios !— dice Bourget, esta torre Eiffel⁹⁹ es monstruosa.
- $\dot{\epsilon}$ No es así ? Llaman a eso Arte Industrial... uno de los esplendores de la vida social. ¡ Puaggg !
 - ¡ Y Rodín hace escultura de la fotografía !

Guy se va un poco antes de las once, evitando el bullicio de la salida general. Camina a buen paso hacia la calle Montchanin. Su apartamento de soltero está en la calle Tocqueville, justo después de la esquina. Advierte que la luz está encendida. Entra.

— Marie. — Por la puerta entreabierta del dormitorio, puede ver las ropas de ella ordenadas sobre una silla y el extremo de la cama. Entra en la habitación. Marie está acostada, desnuda, la sábana la cubre hasta la cintura, la cabeza sobre la esquina de la

almohada, un magnífico brazo blanco cuelga hasta el suelo. Creyéndola dormida, se inclina y deposita un beso sobre sus hombros, sobre los rosados pezones. El brazo se mueve ligeramente. Ella se estremece.

— Te amo, Marie, te amo. — Pasa su mano a lo largo de ese brazo, acaricia su rostro. Ella gira un poco la cabeza, sus labios esbozan una sonrisa, sus ojos permanecen cerrados — Lo sabes perfectamente, además — acaba él.

Se levanta, camina por la habitación, se desviste: — Nunca adivinarás lo que me ha ocurrido esta noche, querida. ¡Brunetière me ha pedido que escriba para la *Revue des Deux Mondes*! ¿ Puedes imaginártelo? Estoy seguro de que Bourget lo ha presionado. Pero al oírlo se habría podido creer que ese era su deseo prioritario desde hace años. — Se vuelve hacia ella y la mira — Parece no sorprenderte.

Ella lo mira desde la cama: — Querido... que guapo eres.

— Conoces perfectamente a Brunetière y he creído discernir en su voz...

Ella ríe, de un modo un tanto extraño, cree él. Con un gesto lento, lleva hacia atrás sus cabellos que caen sobre su frente. — ¿Qué hora es? Pronto va a ser de día, sin duda.

— ¿ Día ? Si aun no son las once y media.

Ella ríe todavía, hace ondular voluptuosamente su cuerpo sobre la cama. — Guy... Ven... Tengo ganas de ti... La sábana se ha desplazado, dejando ver un largo muslo.

- ¿ Por qué vienes tan tarde ?— gime ella con voz un poco abotargada.
- Pero yo te había dicho después de las once. Su expresión lo golpea, ella parece un poco rara. Él se aproxima a la cama. Marie... Ella extiende los brazos, abre la boca, su cabeza vacila ligeramente, antes de que haya extendido los músculos de su cuello. Un objeto medio oculto bajo la almohada brilla a la luz. Él lo toma: un frasco conteniendo unas pequeñas píldoras.
 - ¿ Qué es esto ? ¿ Has tomado algo ? ¿ Qué ? Suavemente, la sienta.
- Eso no es nada, querido. Déjalo... Ven. Ella anuda los brazos alrededor de su cuello. Él la mira a los ojos y comprueba que las pupilas se han reducido a dos cabezas de alfiler. Está bajo la influencia de una droga. Vuelve a mirar el frasco.

— ¿ Qué has tomado ? ¡ Vamos Marie, espabílate ! ¿ Qué es eso ?

Marie sonríe, los cabellos caen sobre su rostro, su voz es pastosa: — Una pastillita... buena... buena. Mmmm, Guy, ¿ por qué te has tardado tanto... te he esperado horas...

- ¿ Es cocaína, no?
- ... horas... Quiere abrazarlo, sus labios húmedos erran por el pecho de Guy. — Tómame... es tan bueno...— Él la acuesta, la tapa con la sábana, luego se levanta, indignado, perturbado. Trata de persuadirse de que eso no tiene importancia. Sería ridículo echárselo en cara. ¿ Se debe tener en cuenta semejante hábito ? ¿Después de todo ella puede tener necesidad de esa droga del mismo modo que él del éter ? Lo único que lamenta es que haya continuado ocultándoselo. Desearía no haberla visto nunca así. Ahora cree conocer la explicación de esos cambios de humor que no podía comprender, el paso brusco de un estado de ánimo a otro, totalmente opuesto, su duro estallido en algunos momentos. Y sus ausencias cuando supuestamente iba a estar con su familia... ¿Seguía en realidad esos tratamientos ? La contempla... maravillosamente bella en su perversidad, ocultando los hombros desnudos, la melena extendida sobre la almohada, la sonrisa todavía en sus labios... Es la mujer que ama... y una nueva herida.
 - No eres amable... Te he esperado tanto tiempo murmura.
 - Voy a prepararte un café muy cargado dice él.

En una hermosa y dulce velada de principios de verano, el cupé lleva a Guy a casa de los Cahen d'Anvers. En el círculo luminoso de las farolas de gas, el follaje inmóvil de los castaños parece de bronce. El rumor de la ciudad se mezcla con los ruidos de los hierros sobre el pavimento, murmullos de las voces en las terrazas de los cafés, gritos de cocheros de ómnibus, sonsonetes de órganos de Barbarie, a veces la sirena de un barco sobre el Sena. Guy mira su indumentaria, un traje de etiqueta rojo. Se siente ridículo, pero ese será el furor de la temporada, una nueva moda que lanza Albert Cahen; Maríe se lo ha confiado: — Te lo digo para que puedas tener uno a tiempo; pero no se lo cuentes a nadie, Albert no quiere que se divulgue

— ¡ Pero esto será dantesco...!

- Querido, si yo te lo pido ella le pasa los brazos alrededor del cuello lo harás, ¿ verdad ? Quiero que estés bien.
 - En el momento en que tú lo desees...

Marie es en el centro de la nueva vida que lo absorbe... el medio de la *Revue des Deux Mondes*. Ella destaca entre esas personas y lo arrastra hacia ellas, sin que él piense en algún momento en resistirse. A despecho del desprecio que tuvo antaño por ellos, ahora experimenta un cierto placer con las alabanzas de los críticos, hombres eminentes y mujeres elegantes. « Fuerte como la muerte » es el gran éxito de los salones parisinos: de escritor célebre y buscado por todos, se ha convertido en el autor de moda, y eso es muy diferente. Ha sido admitido en la ciudadela del éxito mundano. Ha hecho bien haciendo caso a Bourget. Lo ha batido en su propio terreno.

El cupé está detenido en un atasco cerca de una fachada iluminada. Guy saca su agenda y mira sus compromisos. Esa noche, los Cahen; mañana por la mañana, Pierre Vergrand, almorzar con Marie en casa del conde de Luzé; por la tarde, teatro con los Brétigny, cenar con Marie, y quizás con Georges de Perthe. Cuadrado en el fondo sombrío del coche, debe confesar que está bien enrolado en la sociedad de alta alcurnia. Los días, las semanas transcurren en visitas, recepciones, paseos, cenas, toda la rutina a la que esa sociedad impone a sus miembros. Está la Exposición, la gran Exposición Universal a la que todo el mundo acude. Incluso ha adoptado la jerga de los clubs elegantes y las convenciones que, para la buena sociedad, deben respetarse. La consecución de los acontecimientos ha embotado su capacidad de criticar esta nueva vida. Tal vez con Marie no intente hacerlo.

Marie ya no disimula su pasión por la droga, y él se da ahora cuenta que había sido el único de sus íntimos en ignorarlo. Esta especie de complicidad les ha unido más; sus periodos de completa indiferencia son más espaciados desde hace algún tiempo, y aunque ese lado perverso en el que no puede entrar ni comprender siempre está ahí, parece ser menos molesto.

Las brillantes luces de un *music-hall* golpean dolorosamente sus ojos y lo obligan a girar la cabeza. Sus trastornos visuales no le dejan más que breves descansos. La reaparición de la jaqueca, sucediendo a su entrada en el año nuevo a su regreso de Argel, lo ha sumido en la desesperación y sus digestiones vuelven a ser

lamentables. La antipirina, medicamento nuevo que le ha recomendado un medico, le ha hecho bien y ha conseguido vencer su depresión, pero el pensamiento de que debe trabajar más lo agobia. Aparte de « Fuerte como la muerte », no ha escrito nada en el transcurso de estos últimos dieciocho meses excepto una media docena de cuentos y casi ha abandonado los periódicos.

Arthur Meyer, hoy pilar de los salones monárquicos, se acerca a menudo a él frotándose las manos. — ¿ Entonces ? ¿ Cuándo recibiré una nueva crónica ? Escríbame algo sobre la Exposición... París, la madre de las ciencias, de los artes y del progreso, acogiendo al mundo entero en la mayor de las Exposiciones Universales. ¿Qué me dice ?

- Gracias, querido, pero no cuente conmigo.
- —... o un cuento, entonces ? ¿ Una joven... la Torre Eiffel... desesperada de amor... un suicidio, quizás ? Usted sabe muy bien como hacer eso
- ¡ Por Dios! Ya debo escribir para la Guía de la Exposición y eso es más que suficiente luego tomando a Meyer por el brazo Ollendorf tiene una idea. Dice que usted debería arrojar unos ejemplares del *Gaulois* desde lo alto de la torre.
- ¿ Cómo ? la cara de Meyer se ilumina, sus hombros se alzan ¡ Pero es una idea magnífica !...¡ admirable ! Voy... su rostro se ensombrece volviéndose grave. No. No el *Gaulois*. El *Gil Blas* tal vez, pero no el *Gaulois*. Eso sería una falta de dignidad.

El cupé circula ahora hacia la Ópera, entre las aceras repletas. Sí, él pronto se pondrá al trabajo. Esa noche se siente mejor, y puede tener confianza en el futuro. Ama a la más hermosa de las mujeres y va a pasar una agradable velada entre las personas más cultivadas, en la ciudad más civilizada del mundo. De nuevo mira su traje rojo. Después de todo ¿ por qué no ? Cahen d'Anvers es un buen muchacho y su idea es bastante fantástica para reservarse unas diversiones

Unos gritos, unos clamores se elevan:

```
« ¡ Es Boulanger, Boulanger ; Boulanger ; Es Boulanger quién nos hace falta ! ; Oh – oh – oh – oh ! »
```

Acerca la cara a la portezuela. Una multitud excitada recorre la acera, mezclada con los visitantes de la Exposición, agitando banderas y blandiendo el puño. — ¡ Abajo el gobierno!

«¡ Es Boulanger quién nos hace falta!»

Dos meses antes el gobierno ha decretado el arresto del general Boulanger por complot contra la seguridad del Estado, se ha refugiado en Bruselas; sus partidarios tratan de reavivar la llama popular en su favor. Guy sonríe; Meyer a estado metido hasta el cuello en el Boulangismo, luego cuando el bravo general a puesto fin a sus años de extraña vacilación huyendo junto a su amante, ha gemido: — ¡ Dios mio ! ¡ Lo creía un César y solo es un Romeo !

El coche gira en la calle Chauchat y se detiene ante la casa de los Cahen d'Anvers. La hilera de salones está iluminada y hormiguea de figuras mundanas que él conoce bien ahora; la conversación es muy animada.

— Señor Guy de Maupassant — grita el mayordomo de la recepción.

Pero los ojos de Guy, buscando a Loulia y Albert, erran entre los invitados. Nadie está de rojo, todo el mundo está normalmente vestido, las mujeres llevan trajes oscuros, los hombres frac negro.

- Está aquí por fin Percibe la voz de Loulia que sale de un grupo para ir a su encuentro; observa al mismo tiempo que las conversaciones cesan y que los invitados más próximos a él intercambian fugaces miradas.
- ¡ Y bien, querido! Advierte la mano tendida de Loulia, se domina a tiempo y la lleva a sus labios. Ella se echa hacia atrás, mira el traje rojo con una sonrisa de sorpresa. ¿ Qué es esto? ¿Una nueva moda a lo Maupassant? ¡ Un poco sanguinario! Ella ríe, luego se gira: ¡ Albert! Ven a ver. ¡ O mejor dicho, no tienes necesidad de venir para ver!

El rubor sube al rostro de Guy; se siente molesto, ridículo. Se le mira como a un animal curioso, distingue los codazos que se intercambian, la diversión pintada en los rostros de los asistentes, el movimiento sarcástico de sus labios cuando intercambian reflexiones.

Después del primer movimiento de estupefacción, la conversación continúa, pero lo suficientemente baja para no dejar ninguna duda sobre su tema. En el fondo del salón, una mujer revienta a reír.

— ¡ Oh! ¡ Bonita sangre! — Es Albert Cahen quién afirma con la cabeza

— Bien puede decirlo — murmura una voz anónima que levanta unas risas sofocadas.

Guy busca en vano una frase, una broma que ponga las risas de su lado. — Creía que todo el mundo debía estar así.

Albert Cahen rompe a reír... y Guy comprende hasta que punto su frase ha debido parecer ridícula. Es evidente que Cahen no le cree, pero piensa como los demás que Guy se ha vestido así para llamar la atención, por vanagloria, en un grotesco esfuerzo de originalidad. Si explica que Marie se lo ha aconsejado, tendrá entonces un aspecto más idiota. ¿ Dónde está ella ?

— ¡ Jules ! — Cahen llama a su mayordomo. — Traiga champán para el señor de Maupassant.

La única solución es tomar esto como una broma y ser el primero en reír.

— ¡ Champán rosado, por favor! — precisa Guy — luego se mezcla con los demás, sonriendo a sus comentarios, empujándolos a reír, como si lo hubiese hecho con el único objetivo de divertirlos; pero siente que es demasiado tarde para hacer cambiar a las personas su primera impresión. Ellos son discretos, ríen con él, sacuden la cabeza, tocan la tela roja, pero siente que por detrás se burlan. La gente no quiere que se le quite su secreta diversión, la alegría de haberle visto hacer el ridículo.

De pronto ve a Marie acercarse hacia él, dándole el brazo a Loulia; dos hombres las escoltan, el banquero Henri Wahl y Georges de Perthe, propietario de una cuadra de caballos de carreras.

- ¿ No tiene un aspecto totalmente... digno?
- Mi sastre ha debido hacer milagros para que esté listo esta noche — dice Guy.
- ξ Se lo ha puesto para darnos una conferencia ? pregunta Marie.

Loulia y ella ríen de buen grado.

- Una costumbre de caza, sin duda... ¿ para que presa ? inquiere Wahl, con un guiño de ojo que hace partirse de risa a los otros.
 - Lo habría debido elegir tricolor...

Después, no busca unirse a él. La entreve con su hermana, codo con codo y pareciendo disfrutar mucho de su broma. Ellas han sido quiénes han maquinado todo.

- ¿ Y bien, Maupassant, cómo está? se vuelve oyendo una voz en falsete, casi femenina y reconoce a Jean Lorrain¹⁰⁰, crítico, autor y homosexual declarado. Alguien ha debido llevarlo hasta él.
- Encuentro su traje muy favorecedor... adorable.— Lorrain lo examina por todos lados. Guy puede ver las divertidas miradas alrededor de ellos. Los cabellos de Lorrain están teñidos de un rojo cobrizo, sus párpados azulados, se pinta los labios de rojo y se contonea un poco en su corsé; sus dedos centellean de sortijas. Es siempre así y le gusta serlo. Lorrain, al que Guy conoce desde hace años, pues es de Fécamp, se ha creado un lugar en la sociedad mundana gracias a su talante mordiente y al alarde de su ignominia.

Guy siente su mano flácida insinuarse en la suya. — ¿ Qué le ha ocurrido ? — pregunta él percibiendo sobre la nariz de Lorrain una pequeña venda disimulada bajo el maquillaje.

—¿ Esta herida ? Es esa vieja zorra, la baronesa de Chaises. Me ha golpeado con un manojo de llaves... en los servicios del Gymnase. — Luego continúa: — La baronesa de Chaises-Percées.

Llueven unas risas. En se momento, una mujer angulosa que Guy todavía no había percibido y que no debe conocer a Lorrain, comienza a abanicarse con energía.

— ¡ Puagg ¡ — dice ella — ¡ Qué olor ! ¡ Un hombre que se perfuma !

Lorrain se vuelve contoneándose, con rimel en los ojos:

— Señora, yo no le impido apestar — luego arrastrando a Guy — vamos a tomar una copa.

Guy consigue liberarse de él tras un cierto tiempo, luego se va. La noche fresca se extiende sobre la ciudad. Llama a un coche: — ¡ Avenida de Friedland! — Está furioso y siente que Emanuella convendría perfectamente a su estado de ánimo; la ve desde aquí, atravesando su salón para acogerlo con una sonrisa burlona.

— ¡ Cochero! — acaba de cambiar de opinión — ¡ condúzcame al Bosque, no importa el lugar!

No se siente con el valor de afrontar a Emanuella esa noche; está furioso de haber sido objeto de esta broma, a él, que había desdeñado las convenciones burguesas y se había mofado antaño en el Sena, ¿ por qué diablos tendría que preocuparse de lo que pueda pensar ese otro mundo, con su esnobismo y sus prejuicios totalmente ridículos? Había hecho suficientes bromas, y un asunto como aquel no debiera tener la menor importancia. Pero ha sentido

detrás de ella la malignidad, percibida en las risas alejadas de la buena compañía, de la simple o alegre broma. Un personaje tan grotesco como Lorrain triunfa entre esa gente, porque levanta contra ellos sus propias armas. Piensa en Flaubert; como los habría rehuido. «Desconfía de todo » le había dicho. « Procura ser franco, honesto. Desprecia la habilidad... Aprende a ser escéptico ». Querido Flaubert. — ¡ Mi buen maestro... si solamente pudiese ser como usted! — dice en la oscuridad.

Ahora el coche desciende al trote por la avenida del Bosque.

Marie ha maquinado todo con Loulia, está convencido; sin embargo nunca se ha mostrado tan cariñosa como estas últimas semanas. Marie... ¿ no habría querido persuadirse de que es su gran pasión ? ¿ No ha querido creerlo en su búsqueda perpetua de una armonía que no puede encontrar ? Su mirada se pierde en la masa negra de los árboles que bordea. ¿ Qué es lo que Clem le había dicho ? « Puede resultar tan difícil entender a las personas cuando se aman plenamente ». De pronto tiene el sentimiento del lugar más antiguo que Clem tiene en él. El lazo que lo ata a Marie es extremadamente tenue... también él debe hacerlo más firme. Oye un grito:

- ¡ Hop ¡ Que es lo...
- ¡ Deja paso, por Dios!

El coche da un bandazo, oscila y se detiene con un choque.

Guy mira por la portezuela. El cochero profiere una sarta de insultos, de la otra parte llegan todavía más incisivos, saliendo de la oscuridad próxima; hay una voz de mujer.

— ¡ Tú no puedes conducir, dominguero !

El coche oscila de nuevo, oyéndose el ruido de otro caballo, luego se detiene. Ha debido engancharse con otro coche. El cochero ha descendido, examina su caballo y dirige sus insultos a alguien. Guy baja. Ahora puede ver el otro vehículo, un viejo landau con los resortes deformados; sobre el asiento, un hombre agarra las riendas; una mujer ha descendido, la riqueza y abundancia de sus vituperaciones dejan al cochero atónito a pesar de su gran experiencia.

No parece haber grandes daños. Pero la mujer ha visto a Guy y vuelca su ira contra él:

— Y tú, monigote, te puedes ir a...; Jesús María!; Qué es eso?; Ven, Pierrot... si nunca has visto al diablo! — A la difusa

claridad de la linterna, ella ha distinguido el color del traje. Lo mira de arriba abajo, los puños sobre las caderas, luego inclina de pronto la cabeza hacia adelante.

- ¡ Caramba! ¡ Pero si es Prunier!
- ¿ Cómo ? Él la examina.
- ¡ Oh, mi viejito! y se arroja a su cuello.
- ¡ Annette! Es Annette Simbosel, una Annette de cuarenta años, rolliza, sus cabellos rubios recogidos en un moño, de mejillas sonrosadas y siempre el mismo olor.
- Ah... Ah... entonces... Se engancha a él, luego se echa hacia atrás para volverlo a examinar ¿ Adónde vas con esa pinta? Seguro que a remar no.— Estalla a reír.
 - No. Annette, estás resplandeciente.
- Ven pues al « Matelot ». Simbosel no querrá creerme nunca. Será como en los viejos tiempos. Señala con el pulgar al hombre que conduce el landau. —No te preocupes por él, está borracho añade con un guiño: pero es bueno. Debe venir de una aventura amorosa. Entonces, ¿ vienes ?
 - ¡ De acuerdo !— No tiene ganas de ir.
 - Así me gusta, Prunier, no tienes más remedio.

Cinco minutos más tarde, después de que Annette haya definitivamente pulverizado al cochero, circulan hacia Argenteuil en el landau. Ella ha tomado las riendas, con Guy a su lado sobre el asiento, mientras que Pierrot, joven de aspecto inocente, ronca sobre el banco del fondo.

- ¿ Cómo está Betry ? ... ¿ En qué se ha convertido la Hoja...?
- He visto en el periódico que tienes un yate. Bien, viejo, recuerdas un día...

Ella habla, ríe, evoca escenas épicas en el « Petit Matelot», recuerda tiempos heroicos de « la Hoja al Revés », aquellos que los habían hecho tan graciosos, patéticos o irreverentes. Este imprevisto encuentro ha eclipsado casi los amargos pensamientos de Guy sobre el comienzo de la velada, pero el malestar y la herida persisten en su ánimo. Lamenta haberse embarcado en esta aventura de Argenteuil.

El coche circula con un ruido de cacharrería agitada, parece en todo momento que va a deshacerse en fragmentos; el caballo ya olfatea la cuadra y trota, alargando el cuello, haciendo al vehículo tomar las curvas sobre dos ruedas; por fin se detienen ante el « Petit Matelot » con un chirrido final, como unos triunfadores en su carro.

— Ahora nos vamos a divertir — dice, tomándolo del brazo.

Entran. Se oye un grito ronco... y durante un instante Guy se ve transportado años atrás, entrando en esta misma sala, remero bronceado, en camiseta rayada, con su sombrero de paja, oyendo los clamores de la tripulación de « La Hoja » y los silbidos dirigidos a su última conquista aferrada a su brazo. Es el mismo olor a fritanga, la misma humareda en el ambiente, las mismas luces amarillentas... Luego ve que ese grito saluda el regreso de Annette, el grito tradicional en honor a la patrona... y quizás también a su traje.

- —; Betry! Simbosel dirige su masa hacia él, más obeso que nunca, sus ojillos enrojecidos brillan entre dos mofletes de grasa.
- ¡ Prunier... Es el señor Prunier! Sus largos brazos enlazan a Guy. Él responde a su abrazo. Sí.. es él. Ha venido usted a ver a los viejos amigos... Han pasado años... No ha olvidado el «Petit Matelot ». ¡ Caramba ¡... Lloraría... Una expresión de irresistible comicidad invade su rostro por donde discurre una gruesa lágrima.
 - Betry, eres indestructible. No has envejecido ni un día.
- Y usted... usted siempre tan buen mozo... Sí... espere un minuto. Esto hay que celebrarlo se aleja, gelatinoso oscilando sus carnes Voy a buscar el « Especial »...

Annette prepara una mesa, imparte ordenes. Guy recorre la sala con la vista... Después de todos estos años, ¿ qué puede quedar de antaño? Hay un montón de marineros y de descargadores, pocas mujeres, algunos remeros; no conoce a ninguno. Se oyen unos gritos achispados, pero pocas risas. Al principio había creído que la atmósfera era la misma, pero ahora se da cuenta de que ha cambiado. No es la ruidosa alegría de los tiempos de « La Hoja », todos los pintores han desaparecido, la chispa de antaño se ha apagado. Pero también se producido otra transformación... en si mismo. Se siente aislado, como en la reunión mundana en el domicilio de los Cahen d'Anvers.

— ¡ Prunier!

Se vuelve. La mujer es bajita y morena, sus ojos lo escrutan. De entrada no la reconoce; luego: — ¡ Mimi !

Ella titubea un poco yendo a besarlo.

- ¿ Qué es de tu vida ?— le dice ella con su arrastrado acento de Ménilmuche. Santo Dios, estás fantástico. Déjame mirar. Ella gira a su alrededor examinándolo.
 - Tú también tienes buen aspecto, Mimi.
- ¿ Eh ? Ella echa hacia atrás un mechón de su cabello y apoyándose con la otra mano sobre una cadera, le dedica una leve sonrisa. ¿ Tú crees ? Está mal vestida con un traje morado hecho seguramente por otra, lleva unos zapatos atroces y está más delgada, pero todavía subsiste algo de su belleza, sus ojos, la línea de su mandíbula, su poblada y brillante melena. Era joven en aquel tiempo, ahora tiene treinta años a lo sumo, pero la vida la ha marchitado.
 - ¿ Y cómo va esa vida Mimi?
- Oh, siempre lo mismo dice ella, burlona, colgándose de su brazo. Me han dicho que eras un caballero, que salía tu nombre publicado en el periódico. Entonces les he dicho que ellos no sabían nada. Señor Guy de Maupassant es Prunier. Yo lo tuve en un bote, el primer día que llegó.

Emite una risa ronca de mujer borracha.

- ¡ Eh, Mimi! Es un hombre sentado en una mesa que le hace señas con la cabeza para que vuelva; sin duda su amigo del momento.
- Tú, espérate, grita ella. Métete la nariz en tu vaso. Se vuelve hacia Guy: —Ese me había preñado y quería que lo tuviese. ¡ Qué idea!
- ¡ Ya está! ¡ Ya está! Se trata de Simbosel, haciendo gala de sus maneras de siempre, trae los vasos y el « Especial » en una bandeja. Se sientan. Hay un pequeño charco de vino en la silla de Guy, él lo seca. Annette y Mimi llevan la voz cantante de la conversación, dominando el jaleo. Simbosel hace brindis tras brindis, y beben solemnemente. Preguntan a Guy sin cesar. Llega una pequeña jorobada.
- ¡ Pero... si es la señora Prube! La fregona de suelos, que le proporcionaba su agua de clavo afrodisíaca, cloquea alegremente viéndole. Aún está acartonada pero sus ojos brillan.
- ¡ Oh, oh! Un caballero. Pero mírenlo cacarea la vieja ¿. Y que viene a hacer aquí este caballero?

Eso hace reír a Mimi. Guy cree que la buena mujer no lo ha reconocido.

- Veamos, recuerde... Jospeh Prunier. Eso no hace más que aumentar la alegría de la vieja.
- ¡ Siéntate, tía ! le dice Mimi.— ¡ Betry ¡ ¡ Sírvele un trago !

Siempre de pie, la señora Prube agarra el vaso y lo vacío de un trago.

— He, Simbosel — hipa ella — He oído hablar de él. Que tiene un yate. ¡ Caramba con el caballero ! — se vuelve hacia Mimi — Y tú, hija mía, siempre puedes preguntar si ha venido para invitarte a ir allí, a su yate. Tú eras una de sus pollitas, ¿ no es así ? Pídeselo al señor y él te llevara en globo con sus amigos... sí, señora condesa, no señora baronesa. ¿ Lo hará señor ?¿ Por qué no le entregas tu tarjeta de visita ? Así él no te olvidará. ¿ Allí tiene a muchas para rondar, eh ? Sí, señora duquesa. Vaya. — Le hace una reverencia cómica y se aleja.

Simbosel se apresura a servir otra ronda.

- Guy sonríe: Parece estar en plena forma, la tía.
- ¿ Sabes lo que le ha ocurrido a Henri ? la conversación continúa.

Parece ser que Henri, el remero cojo que les había vendido «La Hoja », ha encontrado una olla de luises de oro en la pared de una casa en la que se había instalado y se ha retirado. Ça Ira ha desaparecido.

— Ahora es una burguesa — dice Mimi con disgusto levantando su vaso.— Regenta una tienda de tabacos con su marido en el Cantal.

La señora Sidonie, la dueña del burdel local, de patriótica memoria, ha estado involucrada en un drama pasional y político; se ha provocado un enorme escándalo cuando se ha encontrado suspendido de una ventana del tercer piso de su establecimiento al alcalde de la región solamente con calcetines.

Ese drama fue contado con muchos detalles a Guy y con fuertes discusiones. La sala se vacía poco a poco. En un rincón, un hombre se pone a tocar el acordeón y algunos cantos vagos se elevan.

Guy dice: — Annette, debo irme. ¿ Dónde puedo encontrar un coche ?

- ¿ Qué ? ¡ Tú te quedas aquí!
- Lo lamento... me es imposible.

Mimi se enfrenta: — ¿ Entonces, esto no lo bastante bueno para ti ?

- No se trata de eso, Mimi. Quiero regresar a la ciudad porque...
- Sí, la tía Prube tenía razón. ¿ La señora condesa te espera, eh? No tienes tiempo para los amigos que te conocían cuando no eras nada
 - No seas idiota, Mimi.
- ¿ Qué es lo que has dicho ? Se levanta, llena de indignación de beoda. ¡ Jacquot !

El hombre se acerca, lanzando una mirada hostil a Guy, es un obrero de cierta edad, de aspecto mal encarado: — ¿ Qué ocurre ? ¿Qué le has dicho a mi nenita ?

- ¡Déjame en paz! ella lo ignora.
- ¿. Te ha ofendido?

Ella ataca furiosamente a Guy: — ¡ Eres un esnob ! ¡ Un cabrón de esnob ! Desde que has llegado, olfateas como si sintieses la mierda, como si estuviese aquí. Pues bien, sí. Somos nosotros, la mierda, yo y Betry, y la tía Prube, y los demás. Y la mierda era bastante buena para ti, cuando tú lo eras también, ¿ eh? Ahora, voy a decirte una cosa, tú sientes ahora más la mierda, tú eres un fantasma de esnobista, tú y tus amigos, y eso no te hace sentir mejor, eso sienta peor !

Se inclina sobre la mesa, con la cabeza entre las manos, sacudida por unos sollozos.

- Mimi... él no sabe que decir.
- Déjame en paz.
- Vamos, vamos... Simbosel se ha levantado. Hay un ruido de vasos rotos.
- —¿ No puedes ni mirar lo que haces, pedazo de torpe ? Annette, experta en el arte de las diversiones, ha hecho caer la botella.
- ¡ Santo Dios ! ¡ El Especial ! de pronto, la explosión de Mimi está olvidada.

Cuando se va, veinte minutos más tarde, la muchacha se ha calmado y está sentada, con un cigarrillo en los labios. ¿ Es cierto?, se pregunta él. Esnob... ¿ lo es realmente? La mira, todavía es bonita, siempre cariñosa y valiente. ¿ No había conocido mucho más amor auténtico a lo largo del Sena con muchachas como ella y

con las putas de la Grenouillère ?Y ahora la escisión esta consumada. Puede venir a pasar algunas horas aquí, después de tantos años; pero Mimi tiene razón, no volverá. Se ha roto la comunión con estas personas que tan bien había comprendido años atrás, sobre las que escribió sus mejores cuentos. Los personajes de « Fuerte como la muerte » a su lado suenan huecos.

Mimi levanta la cabeza y dice:: — Iré en tu dichoso yate. ¡ Al diablo si no voy !

- Haremos un crucero de verano, muñeca.
- Eso es exclama Simbosel, alegre.
- Sí Mira a Guy. Ambos saben que mienten.
- ¿ Entonces qué, de incógnito ? Aurelien Scholl, escoltado por Maizeroy, se abre camino a través de la multitud en Gruber, bulevar Poissonnière y avanza con la mano extendida.
- Como siempre... mis ojos. dice Guy que lleva unas gafas negras. Se estrechan la mano y, mientras se sientan, Guy prosigue: —París invadida por el universo, las calles llenas desde el amanecer, las aceras como rios crecidos. Todo va o viene de esa dichosa Exposición.

París nunca ha estado tan atestada, ruidosa, polvorienta, incómoda, imposible. Y como si la Exposición no fuese suficiente, las autoridades municipales añaden al desorden una serie de inauguraciones: la nueva estación Saint-Lazare, la Sorbona, el monumento a la República, la Bolsa de Comercio, el Museo Guimet e incluso la nueva iluminación eléctrica del Bosque de Bolonia.

— Miradles. — continúa Guy — Ni un coche libre..., ni un cochero que quiera llevaros a otro lado que no sea la Exposición, o al lado de su caballeriza cuando va a hacer el relevo.

Scholl y Maizeroy se ríen.

— Si se quiere tomar un cupé en el círculo, están todos ocupados por extranjeros más o menos desahogados. Imposible encontrar una mesa en un restaurante. Cuando invitas a alguien a cenar, éste acepta... a condición de que sea en la Torre Eiffel...; Es más divertido allí arriba, y puedes hablar de Buffalo Bill y de sus *cow-boys*! Es tan alegre que todo el mundo te invita a almorzar o cenar cada día de la semana..

- Precisamente nosotros contábamos con su presencia allí arriba esa noche. dice Scholl.
- Hablando francamente, encuentro absolutamente normal que se vaya una vez por curiosidad, para comer cualquier comida, hecha en serie, por un supuesto cocinero, en el calor, el polvo y la peste. Todavía es aceptable ir dos veces e instalarse allí, frecuentado por una multitud sudorosa, con papeles grasientos arrastrándose por todas partes o volando alrededor de uno, entre los tufos del salchichón al ajo y del vino barato exhalado por trescientas mil bocas, el olor de frituras mezclado con el sudor de los cuerpos cálidos, con personas que te trasmiten sus pulgas. Pero me resulta insólito que se quiera cenar allí cada noche... lo que comienza a ser de buen tono en la sociedad. Es un triunfo... y yo paso.

— ¡ Bravo! — Los otros aplauden riendo.

Guy se levanta, les estrecha la mano. — Les deseo buen apetito con el salchichón Eiffel.

Desciende por el Bulevar a pie. La escena en la recepción de los Cahen y sus consecuencias lo turban todavía un poco. La reconciliación con Marie ha sido rápida. Apareció la tarde siguiente en la calle Montchanin y le preguntó la razón de su marcha.

Esbozando una sonrisa, él había respondido: — Me encontraba un poco visto.

- Guy, fue un malentendido estúpido, Loulia y yo habíamos ideado eso desde hace tiempo, como te dije, y se había convenido que todos los hombres vendrían de esa guisa. Luego he estado bastante tiempo sin verlos y aparentemente han abandonado esa idea... sin decírmelo.
- Dios mío, eso no tiene importancia.— Él le había besado las manos, pero ella todavía había insistido, jurando no saber nada y sumiéndose en explicaciones complicadas; en el momento en que la vio riendo con Loulia, volvió a oír su irónico: « ¿ Lo ha puesto para darnos una conferencia ? » y a pesar de todo había sido completamente reconquistado por ella.

Ella había dicho:— ¿ Espero que no hayas creido en un montaje ? Eso habría sido demasiado severo.

— No, querida.

Y la otra noche, cenando con Octave Mirbeau¹⁰¹, el amo de la casa no había hablado más que de muertes causadas por

enfermedades oculares. Guy supo más tarde que, para gastarle una broma, Mirbeau había leído todo lo que había podido encontrar sobre dicho tema en los libros de medicina. Por supuesto había quedado muy afectado. Desde hace algunos años se le gastan muchas bromas.

Prosigue su camino en medio del tropel que circula por las aceras. Su afán es irse, alejarse de la muchedumbre de la Exposición, convirtiéndose en un deseo imperativo. Hace falta que se marche, debe poner una distancia entre él y su entorno inmediato. La evasión le ha resultando tan necesaria como el aire que respira. Llama a un coche, toma el tren del mediodía y, cuando llega François, éste se lo encuentra hablando con Cramoysan en el jardín de la Guillette.

- François, este lugar está atestado de arañas. Mi habitación está llena de esos bichos; en la otra habitación hay otro tanto. Hay arañas en todas las camas gesticula ostensiblemente Procure que las ventanas estén cerradas al caer la noche. Es el momento en el que entran trepando por el balcón. Cramoysan, mate cada araña que vea. ¿ Ha comprendido?
- Sí, señor. El jardinero se aleja, intrigado y frunciendo las cejas.
 - ¡ Hola! Es Hermine que lo llama desde el jardín.
- Ah, querida Guy se alegra de verla venga, vamos a hacer vela, llega justo a tiempo.
- Muy bien. En realidad he venido para despedirme. Debo irme mañana para Clermont-Ferrand.

Hay una buena brisa y navegan hasta el anochecer. Hermine está tranquila y pensativa. — ¿ Sabe quién estaba en Étretat hasta esta semana ?... La señora Chadrier.

- —¿ Noémie? Era una mujer que había conocido por Arthur Meyer y que lo había acosado sin tregua.
 - Contaba en todo el pueblo que había sido su amante.
- Querida, ¿ quién no dice eso ? París es un supuesto rechinar de dientes de todos los maridos encornados por Guy de Maupassant. Si lees los ecos de sociedad u oyes las habladurías, protagonizo un escándalo cada día de la semana. Se supone que he poseído a la mitad de las mujeres casadas de París, a la mayoría de sus hijas y a todas las hermosas viudas que tengan menos de cuarenta años.

— Bien, ha tenido usted las manos llenas — sonríe ella, luego, tras un silencio: — ¿. Se ha enamorado de cada una de ellas ?

La mira. Hermine es una persona diferente. Le besa la mano. — Me divierten. ¡ Hay una que, cuando la invito a cenar, no quiere comer otra cosa que pétalos de rosa! — se ríe — Nunca llegaré a comprender porque dos mujeres valen más que una, tres que dos, y diez que tres.

- Esa no es más que una parte de usted, superficial y no esencial
- Yo no puedo amar a una única mujer, ya que amaría siempre demasiado a las demás. Me gustaría tener mil brazos, mil labios, mil... temperamentos, para enlazarlas a todas a la vez en un mismo abrazo.

Ella sacude la cabeza: — El verdadero modo de considerar el amor es mostrándose irónico hacia él, ¿ no es así ?, o bien más fuerte que él. Tiene que ponerse una coraza, ¿ eh, Guy ? Oh, eso que dice es particularmente cierto, porque usted es un hombre extraño y complejo, — pone la mano sobre su brazo — Se extravía siempre en los asuntos de amor porque todavía lo está buscando...

— ¡ Cuidado...! — La hace agachar apoyándose sobre sus hombros, mientras que el larguero que sostiene la vela cambia de lado. Ella sonríe mirándolo de soslayo. Él ha virado para no tener que responder.

Cuando Hermine marcha después de cenar, Guy quiere dedicarse a toda costa a la caza de las arañas. Ha sentido producirse un cambio en él. Sus ojos le queman, está muy agitado: — ¿ Dónde están las lámparas, François ? Trae la grande, sí, la grande.

Suben. François a la cabeza, llevando dos lámparas, y se dedican a la caza. Las ventanas y los postigos están cerrados. En las tres primeras habitaciones no encuentran más que algunas pequeñas.

- Mátela, François. Mátela grita Guy; cuando el sirviente no lo hace, Guy la pisa él mismo. Por fin llegan a la gran habitación de invitados. Guy se precipita, sacude las cortinas y ven enseguida dos gruesas arañas esconderse tras el gran espejo encima de la chimenea. François mira a su señor; Guy tiene los ojos fijos en el espejo.
 - Voy a descolgarlo, señor, no es demasiado grande.

- No, no, podría romperlo. Ese espejo lleva en lo alto las armas de los Poittevin. Es la obra de un místico se vuelve hacia François: Ya sé, vamos a tenderles una trampa. Allí... Saca la cama fuera de la alcoba y se pone detrás.
- Ahora, François, escóndame. Tome esa tela negra y póngala ante mi. François obedece y disimula a su señor tendiendo la tela a través de la alcoba.
- Eso es, eso mismo. Ahora, ilumine detrás del espejo con su lámpara, yo voy a atraerlas. Comienza a cantar en sordina.

François, con el corazón encogido, arroja una mirada hacia la alcoba. El temblor de voz de su señor, procediendo de ese rincón negro, lo espanta.

- ¿ Por qué se detiene, François? ¡ Vamos, vamos!
- Sí, señor. Coloca su lámpara al nivel del espejo. Tras un largo momento, las arañas salen para refugiarse detrás del paño. François oye un grito de triunfo:
- ¡ Ya las tengo, François! ¡ Ambas! ¡ Mire! Guy, riendo a pleno pulmón, surge, grotescamente envuelto en el paño negro, blandiendo las dos arañas muertas en un pliegue de la tela. Traiga una escoba, François. ¡ Ah, los peces se van a dar un atracón!

Bajan a la oscuridad del jardín. François el primero, con una lámpara; Guy, portando las arañas, le sigue, pletórico de alegría. Las arroja al estanque y se fija en el agua con atención.

— ¿ Dónde están, François ? ¡ Ah... mire ! ¡ Aquella ha desaparecido ! ¡ Bravo pececillo ! También se han comido la otra, allí. Mire, no se comen las gordas. Hemos cometido un error, no deberíamos habérselas arrojado, son venenosas, los peces no las quieren; tal vez sientan el veneno, es muy posible. Son unos animales peligrosos, con sus pinzas y el veneno de sus glándulas. Si... — De pronto se calla, parece agotado.

François le ilumina el camino hasta la casa. Al subir la escalera pregunta: — ¿ Señor no va a cazar esta noche las arañas de su habitación?

- No, François, estoy demasiado cansado. Dormiré en una de las otras.
 - Señor, ¿ desea que lo ayude a desvestirse?
- Sí, François... estoy fatigado. ¿ Las hemos atrapado, eh ?... Atrapado todas... muy fatigado...

Al día siguiente cuando se despierta, todavía permanece en la cama, escuchando los ruidos de la casa y del jardín. El sol, luciendo a través de la parra, traza unos círculos de oro sobre la pared. No tiene ganas de moverse. Hermine... Ella se ha mostrado un poco reticente ayer noche, cuando anunció su partida para Clermont-Ferrand. Él sospecha una intriga. Después de todo no existe exclusividad mutua entre ellos, así lo habían convenido.

Se levanta, se afeita y se viste. Abajo, encuentra a Clem con el correo que examinan sin apresurarse; firma un contrato para «Fuerte como la muerte », luego la deja con una carta larga y complicada de Ollendorf y otra de Jacob, su abogado.

- ¿ Esto no te molesta, Clem ? Mis ojos no están bien esta mañana.
 - Claro que no, Guy. Yo me encargo.

La jornada transcurre tranquila, una bruma de calor se eleva y los sonidos llegan de muy lejos. Tras el almuerzo, él queda un momento sentado, mirando a Cramoysan, luego, invadido por un sentimiento de soledad, regresa a su despacho para trabajar en su libro. Hay en esa historia un dulce matiz de nostalgia del que no debe prescindir y escribe lentamente, sin prisa, deteniéndose a veces para aliviar sus ojos.

La noche se aproxima, la luz disminuye poco a poco; fuera, los mirlos silban sin cesar. Llaman a la puerta; es Clem.

- Buenas noches, Guy. Viene a despedirse.
- Clem dice él levantándose ¿ Vendrás mañana?
- Pero no hay nada que hacer. Ella entra en la habitación.
- Escucha responde él decidido Siempre podemos encontrar algo.
- Hemos despachado toda la correspondencia, incluso lo que Ollendorf y Jacob responden.
- Está ese contrato por los derechos en el extranjero de «Fuerte como...
 - Ya está hecho. Lo has firmado esta mañana.
 - Clem, tú siempre estás cuando te necesito.
 - Si lo piensas bien, eso es lo principal.— sonríe ella.
- No te imaginas hasta que punto me eres necesaria. Están de pie, cercanos.

- Puedo decir otro tanto, Guy, responde ella tranquilamente. — No tenemos necesidad de grandes palabras y comentarios.
 - Es aun mejor.

Ella levanta los ojos hacia él. Se produce un breve silencio. Sus miradas penetran al uno en el otro y la sonrisa surge sobre sus labios

- Clem... Se abrazan. Él siente sus labios frescos, su cuerpo estrechado contra el suyo.
 - Oh, Guy. Te quiero tanto.

Es tan sencillo. Parecen volver a esa antigua pasión que habían perdido y desean reencontrar, pero hay también la llama de un nuevo amor. Una vez más él comprueba lo alegre que es ella y sus claros puntos de vista sobre la existencia. Está dotada de una sensualidad diferente completamente de su habitual placidez, lo que la hace tan excitante. Recuerda todas las manifestaciones de afecto que le ha prodigado, su desinterés, y sus sentimiento hacia ella se vuelven todavía más tiernos y llenos de gratitud. Ella jamás ha tenido las exigencias de Marie o de Emanuella.

- Clem dice él nunca he oído quejarte.
- Quién se queja demasiado se atrae la desgracia, es una especie de venganza. La vida siempre da la mejor parte a los que tienen confianza.

Un día ella trae una carta de Noémie Chadrier, pidiendo reunirse con él en Vichy. Él está estudiando un presupuesto para el «Bel-Ami », una de las pocas cosas que nunca le abandona.

- ¿ Le responderás, Clem?
- ¿ Qué quieres que le diga ?
- No importa. Telegrafiale y dile que ya le escribiré.
- Ya lo estoy viendo: « Imposible ir. La mentira seguirá por correo. »

Ambos ríen y se miran, con una alegría de conspiradores.

Es práctica, generosa, franca, y expresa mejor su afecto que las demás. Con su gran dedicación ocupándose de su correspondencia, trata la marea de cartas de mujeres con indiferencia divertida.

— Mira lo que dice esta. Tiene doce mil libras de renta y quiere seis hijos... La cuestión del matrimonio no le preocupa.

Tiene un arte innato para hacer compañía. No hay que romperse la cabeza para distraerla, y sin embargo, sea cual sea el

lugar al que se la lleve, aprovecha completamente la ocasión para obtener el mayor placer. Hacen vela, nadan, pescan el bogavante, se pasean en coche a través del soleado campo, pasan horas en la sombra del jardín, discuten las plantaciones con Cramoysan, o enseñan a Jacquot nuevos juramentos. Le enseña a disparar con pistola y se muestra una excelente alumna.

— ¡ Caramba ¡ Podrías desafiar a la mitad de la terraza del Tortoni — exclama él

Ella le vaticina el futuro con las cartas o con el poso del café, y ambos se divierten con locura de sus predicciones.

Cuando sufre por culpa de sus ojos, ella le lee, y él siente desvanecerse su depresión ante la facilidad con la que los empuja a discutir de un modo extravagante.

Su trabajo avanza con regularidad; ha encontrado el título de su nuevo libro: « Nuestro corazón ». Brunetière, a quién se lo ha esbozado a grandes rasgos, insiste para publicarlo en *la Revue des Deux Mondes*.

- ¿ Has visto esto ? Guy tiene la última carta de Brunetière Me garantiza dieciocho mil francos al año si le doy una opción sobre mis futuras novelas. ¿ Que opinas ? La mira. Ella siempre ha apreciado a Victor Havard y reído mucho con las primeras historias en el Gil Blas. ¿ Desaprobará un compromiso ligándolo definitivamente a Brunetière ?
- Eso vale al menos veintidós mil francos... y te los dará. responde ella. Y sin hablar de los cuentos y relatos, tendrás las manos libres en ese apartado.
- Clem... la toma en sus brazos Eres maravillosa. Te amo con todo mi corazón y con todo mi sentido mercantil. Dejemos eso para ir a almorzar a casa de la Bella Ernestina.
- Oh, sí, me ha prometido la receta de ese lenguado normando del que hablas en tus sueños.
 - ¿ En serio que hablo durmiendo?
- La noche pasada, se trataba de una tal Marcelle y te creías en los Folies-Bergères responde riendo.
- ¡ Santo Dios, eso se remonta a la época en la que garrapateaba papel en el Ministerio!
 - Entonces no he de estar celosa.
 - ¿ Celosa, tú? la abraza. Clem, tú no tienes igual.

Las semanas pasan. Su intimidad crece. Él está relajado, la crispación que tenía en París se ha disipado, la inquietud ha desaparecido. Tiene un sentimiento de paz. Por la noche, descansan juntos, la brisa hincha suavemente las cortinas de la ventana abierta, aportando un aire tibio y las fragancias del jardín. Ha olvidado las arañas y acaricia la suave curva de sus senos.

- ¿ Oyes los árboles ?
- Sí
- El viento del oeste es nuestro vecino. Cuando sopla como hoy, sientes respirar la tierra.

Una noche se despierta. La luna arroja su luz pálida sobre la cama. Mira a Clem. Duerme, un brazo extendido hacia él, sus bellos cabellos desatados se esparcen sobre la almohada. Se levanta, se viste y baja. Por todas partes reina el silencio de la campiña. Su cabeza lo está haciendo sufrir; se sienta en su escritorio y respira un poco de éter. Permanece así mucho tiempo, mientras los rayos de la luna pasan entre las láminas de las persianas dibujando sobre la pared imágenes cambiantes a cada instante, subiendo sensiblemente y acabando por desaparecer. Sale; al este el cielo pálido, un viento ligero viene del mar. Camina hacia los acantilados.

Han dado las seis cuando regresa. François en pantalón y camiseta, hace sus ejercicios físicos ante la barcaza que le sirve de habitación

- Buenos días, señor, dice el doméstico sin turbarse. Que el señor me disculpe, pero no sabía que estaba levantado.
- Buenos días, mi buen François, responde Guy. Vaya haciendo el equipaje. Marchamos esta mañana.
 - Bien, señor.
 - ¿ La señora está levantada?
 - Aún no, señor.
- Gracias François.— Entra en la casa, deseoso de permanecer perfectamente lúcido y que todo esté en orden. Recoge sus manuscritos y sus notas, pasa cierto tiempo ordenando sus cartas, facturas y otros papeles de su escritorio, apartando algunos para llevarlos. François surge de pronto:
 - ¿ Señor, desea café? He pensado que con ese viaje...
 - No gracias, François. Sobre todo no olvide la antipirina.

Clem aparece en la puerta, descalza, envuelta en un ligero camisón azul, los ojos todavía somnolientos.

- Buenos días, Guy. Sonríe y lo besa. ¿ Ya levantado? Se estira y bosteza: ¡ Ah! Que bien he dormido. Lo dice todos los días, como un niño que degustara y saboreara el sueño con un apetito real. Su mirada se posa sobre los papeles amontonados..— ¿ Los he dejado... se interrumpe, su expresión cambia, como si todo su cuerpo y su espíritu se quedarán de pronto fulminados; acaba su frase con voz dulce: ... en desorden?
- No. Hay que decírselo. ¿ Cómo explicárselo ? Ella nunca ha pedido nada. Le ha proporcionado alegremente amor y quietud. Han conocido una paz deliciosa durante estas largas semanas de verano. ¿ Cómo podrá explicarle lo que le empuja a romper, ese sentimiento repentino de que sus relaciones lo mantienen demasiado encadenado ? Él detesta reconocerlo, ¿ podrá ella comprender que la paz, la quietud y el amor desinteresado que ella le ha proporcionado son la causa de su propia destrucción ? Él se da cuenta con un poco de malestar que experimenta por ella siempre la misma ternura, y su gratitud no ha disminuido. Querida Clem, no quiere que sufra por su culpa, y sin embargo va a herirla.

Él dice: — Clem, debo marchar. Habría debido decírtelo.

Ella lo mira cariñosamente: — Lo entiendo. ¿ Será pronto?

- Esta misma mañana. Quiero tomar el tren de las once.
- Bueno. Entonces prepararé esto por ti.
- No merece la pena, dice poniendo la mano sobre los papeles. Todo está listo, ya lo he hecho como si quisiera borrarla de su vida desde ese preciso momento.
 - Ah, sí.
- ¿ Cómo explicarlo ? Hay que mentir: Hay todavía algunos aspectos dudosos con Brunetière; debo hablarle. Si firmo su contrato, me encontraré atado. Los lazos se estrecharán cada vez más algún día, cuando quiera hacer otra cosa, creyéndome siempre libre, advertiría que ya no lo sería más. Eso suena falso y trata de buscar otra explicación. Clem, tengo miedo de la menor cadena...

Ella le sonríe: — Lo sé. Te entiendo.

- ¿ En serio Clem? Le toma las manos.
- Ninguno de nosotros tiene derecho sobre la vida del otro.

- ¿ Por qué ha dicho eso ? Guy de pronto vuelve a verse en la calle Dulong, hace ya años, cuando caminando al lado de ella le decía esas mismas palabras, hiriéndola por primera vez. Ella sigue hablando cariñosamente: Siempre supe que esto llegaría algún día, mi amor. Está bien así, y estoy agradecida por la felicidad que hemos disfrutado
 - Clem... Me he expresado mal. No quiero...

No. Tal vez seamos demasiado felices, Guy... Voy a ayudar a François a preparar el equipaje. A veces olvida unas camisas. — Se acerca a él, lo besa rápidamente y sale.

¿ Demasiado felices ? ¿ Era ese su secreto ? Clem conocía sus secretos

París está polvorienta, atestada y sucia; los visitantes de la Exposición que la han recorrido a pie durante todo el verano, le han dado el aspecto de una ciudad invadida por un ejercito derrotado, hambriento y maltrecho. Hay un ruido intolerable en la calle Montchanin, con las carretas y coches que circulan por ella, los turistas deambulando por los barrios típicos, cuando les dejan algún tiempo sus continúas visitas a los pabellones de la Exposición.

Su antigua inquietud ha regresado y, en su apartamento, se siente enjaulado. Al día siguiente de su llegada, se hace conducir a la avenida de Friedland. Su necesidad de volver a ver a Emanuella se ha vuelto de pronto imperiosa y ni la ha intentado racionalizar. Tal vez busque de este modo eliminar a Clem de su pensamiento, restablecer un equilibrio psicológico. ¿ Arrancándose a la simplicidad, experimenta sin duda la necesidad de hundirse en lo complejo?

Encuentra a Emanuella tendida sobre un diván, rodeada de su mutismo protector, como si esperase la visita de un Macabeo. Cuando le tiende la mano para ser besada, él tiene la impresión de que está más seductora, más dura, más intangible que nunca.

- ¿ Por qué no estuvo usted ayer en el Collège de France¹⁰²? Renan estuvo notable. Pero eso no le divierte.
 - No habría creído encontrarla allí.
- ¿ Por qué ? ¿ La Exposición ? Querido, llevo allí los perros a diario. Los olores son allí sin igual. Una auténtica delicia.

Aquí está... siempre tan mordiente. Su espíritu de contradicción aumenta aún más la necesidad que tiene de ella. — ¿ Emanuella,

por qué no viene... — Se detiene retomando la frase y destacando bien las palabras: — ¿ Por qué no ir al Midi ? París está insoportable. Tengo allí abajo el Bel-Ami...

- ¿ Cómo podría?
- Iríamos hasta Italia. El barco es grande. El tiempo será maravilloso. Deje todo esto y venga.
 - ¿ Habla usted en serio ?
- Nunca lo he sido más. Escúcheme, Emanuella... eso será una evasión, una aventura, usted se liberaría de este círculo. Podríamos ir a España, no regresar antes de la primavera. Le aseguro que no se arrepentiría.
- Aquí, Nicky dice ella a uno de sus perros como si no hubiese escuchado. Querido, eso es imposible. ¿ Cómo ha podido pensar...?
- ¿ Por qué no ? Usted nunca me ha dado a entender que yo pudiese ser indeseable en tales circunstancias.

Ella lo mira con una pequeña sonrisa, luego se encoge de hombros como si rechazase una idea sin haberla expresado. — Hay reglas que no debo olvidar... o que no resultaría útil que abandonase. Eso seguramente sería encantador, pero yo no experimentaría ningún placer.

- Estoy seguro de todo lo contrario y además usted no es una persona a quién le preocupen las reglas.
- El hecho de que se me suponga de ese modo es una parte de... deja la frase en el aire, sin finalizarla.
 - ... i lo que la protege ?... vamos, dígalo sin rodeos.
- Además todo el mundo pronto lo sabría y no valdría la pena disimularlo. La situación sería embarazosa, tanto para usted como para mí.
- Mi imborta un bledo... Esta vez el trabalenguas la hace estallar de risa, ella lo mira francamente a los ojos sin decir nada. Él se apresura a responder: Bueno, dado que no quiere, Emanuella... permítame que intente todavía convencerla... Le suplico que venga.
 - Mi querido Guy, no veo realmente como podría.
- Está bien. Después de todo si usted hubiese aceptado, habría sido probablemente demasiado peligroso... para mí, en cualquier caso. Me resigno a que no crea ni una palabra.
 - Venga a verme mañana, saldremos en coche.— dice ella.

— Marcharé sin duda mañana o como mucho, al día siguiente. Ella todavía ríe, luego: — ¡ Imposible! Esa partida puede esperar una semana. Yo lo quiero ver aquí.

Guy se va. En el coche se deja caer sobre el banco, con los ojos cerrados, llevándose las manos a la cabeza.

El telegrama recibido en Cannes decía: « Hervé está terminal. Ninguna esperanza ». Guy remonta el largo camino que llega a la casa, la gran verja se cierra tras él, sus pies se hunden en las hojas muertas. Estamos a mediados de noviembre, los árboles extienden desesperadamente sus ramas a un cielo que la tarde ensombrece. Su madre no tiene valor para ir. Está solo.

Hace un año que Hervé ha sido trasladado de Ville-d'Avray a un manicomio de Bron, cerca de Lyon. Mientras Guy se dirige hacia la sombría mansión y las cornejas vuelan yendo de un árbol a otro, la última visita que le hizo vuelve a su memoria, con toda su intensidad y todo su horror.

Hervé no tenía ninguna lucidez. Lo había encontrado completamente loco. Las dos horas pasadas junto a su hermano le habían destrozado el corazón, sometiéndolo a torturas peores a lo que jamás había padecido. Hervé lo había reconocido, había llorado y lo había abrazado numerosas veces sin cesar de desvariar. Cuando Guy hubo partido y los guardias no habían permitido que Hervé lo acompañase, no pudo contener las lágrimas. Se había dado cuenta de que su hermano sentía dentro de si algo atroz, irremediable, sin saber qué.

Encima de su cabeza, las cornejas continúan su ronda emitiendo lúgubres graznidos. Llega a la casa y timbra. Un hombre de rostro duro y cosido de cicatrices, un rostro acostumbrado a la violencia, lo hace entrar. Guy espera algunos minutos en una pequeña sala, luego llega el doctor. Estrecha la mano de Guy con una mirada seria.

- ¿ Cómo está?
- Si quiere venir. Dice el doctor.— Habría debido morir ayer. Lo ha esperado.

Suben por la escalera. Más allá del primer piso, en la parte visible del vestíbulo, las paredes están desnudas y con desconchones, repugnantes. Hay barrotes en las ventanas... para evitar que las pobres almas allí internadas en celdas pongan fin a su

miserable existencia. Como en Ville-d'Avray, todo está silencioso, todo sonido de vida o de un vivo está apagado. Siguen por un corredor, al final del cual el doctor abre una puerta y hace indicaciones a Guy de que entre. Hervé está tendido sobre una cama, flaco, en los huesos. La cara extrañamente rosada. Un enfermero está sentado a su cabecera. La lámpara deja un gran espacio sombrío en la habitación. Guy se adelanta suavemente, pero los ojos de Hervé están fijos en él.

- ¡Ah, eres tú, Guy! Una penosa sonrisa trata de formarse en su rostro.
 - Sí. Hervé.
 - No quería partir sin haber vuelto a verte, sin despedirme.

Guy se arrodilla a su lado. La voz de Hervé no es más que un débil murmullo, pero habla con normalidad.

- Te he traído algunas flores, mira. dice Guy tendiéndole un ramo de crisantemos.— Proceden de tu invernadero. Siempre te han gustado. Es necesario que vengas a verlos pronto, allá.
 - Oh, sí Hervé mueve la cabeza ¿ Habrá mimosas?
 - Montones. ¿ Sabes que son las más bonitas de la costa ?
- Me gustaría tanto volver a verlas florecer, una vez solamente. Son esplendorosas... con el mar azul al fondo.
 - Alli te esperan.

Guy se inclina y lo besa dulcemente en la mejilla.

; Guy!; Guy! — Hervé grita su nombre, como antaño, cuando de niños jugaban en el jardín de los Verguies. Ese grito resuena y repercute en el ánimo de Guy mientras estrecha a su hermano contra él, haciendo desaparecer los años, los dolores y las luchas, desvaneciendo la habitación sombría y taciturna, transportándolos a la playa soleada de Étretat, a la Puerta de Amont y a la Manneporte, llevándolos a los largos atardeceres adolescencia, saltando por las rocas, pescando, jugando a los piratas, ejercitando la memoria en el cementerio con el abad Aubourg. « A la sagrada memoria de Mathilde-Anne-Béatrice, buena esposa y buena madre... », ... los alegres combates de Hervé con los pescadores, los pasteles de la señora Fabre en el Hotel Blaquet, las manzanas que sisaban en los vergeles, los dulces años en los que la vida se abría ante ellos, perfecta, hermosa e infinitamente deseada

Guy seca los ojos velados de su hermano, cuyo hermoso destello azul se ha apagado. Una hora transcurre. Guy habla dulcemente y, de vez en cuando, Hervé asienta con la cabeza. Luego a una débil señal de su hermano, Guy toma suavemente su mano; Hervé la toca con sus labios, luego su cabez gira lentamente sobre la almohada. Guy ve entonces que ha muerto.

Fuera, en la noche, el viento sopla a raudales, la luna aparece por momentos detrás de las nubes que cabalgan y las hojas muertas revolotean alrededor de los tobillos de Guy, como restos del pasado.

CAPÍTULO II

¡ El trabajo! Se sumerge en él con una nueva intensidad; eso lo protege contra los ataques de los pensamientos y de los recuerdos. Uno de ellos llega incluso a taladrarlo. Mimi tratándolo de esnob, esa acusación de haber abandonado a las gentes sencillas que él comprendía y de escribir para la alta sociedad de la *Revue des Deux Mondes...* cosas vacías.

Él contesta a su manera; en tres horas, sin prácticamente haber corregido ni una frase, escribe la historia de Mouche, larga, dulce y escandalosa evocación de los días sobre el río, de la Grenouillère, de la Hoja Al Revés y de sus amigos remeros. Se dedica también a otra, el Olivar, la historia de un cura rural; las frases discurren bajo su pluma, claras y sin interrupción. Es una de sus mejores obras, él lo sabe. Pero su inquietud se tensa poco a poco como un cable presto a romperse. Una mañana deja su pluma cuando entra François: — ¡ Dios mío, ese ruído de zuecos, ese bullicio de coches en la calle, es intolerable ! Y tengo ese horrible terreno justo enfrente.

François dice: — Señor, habría menos jaleo en un piso más alto

- François, tenemos que salir de aquí. ¿ Dónde está esa relación de apartamentos que tenemos ?
- La he guardado, señor. Hay un apartamento en la calle Boccador que todavía no hemos visitado. Me he acercado ayer allí y he pensado que podría gustar al señor...

Guy da un salto. — François, busque un coche. Quiero verlo enseguida... Inmediatamente.

Una hora más tarde, se encuentran en el apartamento vacío. — Está muy bien, François. Admirable. He aquí una bonita habitación, esa será la suva.

— ξ Señor no cree que le convendría mejor como cuarto de aseo?

Es demasiado pequeña y mal situada.

— Lo sé, François; pero aquí usted estará a mi lado; me oirá si llamo

François lo mira y afirma con la cabeza, como de costumbre. Su señor lo llama últimamente muy a menudo, incluso dos o tres veces en el transcurso de una noche, bien para aplicarle unas ventosas en la región lumbar, bien para preparar una manzanilla, dos tratamientos que lo calman. Grancher, el nuevo doctor que trata a Guy, se los ha prescrito contra los insomnios y las pesadillas que el señor padece. Y además también tiene un régimen complicado que debe servirle en el orden prescrito: yema batida, queso, cremas, purés de legumbres. Su señor le ha dicho que el doctor le ha diagnosticado un « reumatismo normando » que ha paralizado en parte sus funciones y ha cambiado el mecanismo de sus ojos sin que nada hava podido hacerlo prever. Pero François tiene confianza en este doctor, le gusta, es una buena persona. Una noche, su señor le había referido una conversación con el doctor: « Yo le conté la vida que llevé en el Sena durante mi juventud, había dicho el señor. y lo que sentía ahora. Entonces me habló como un padre a su hijo, diciéndome las cosas más amables del mundo, luego me dio unos consejos muy duros y, cuando, a su marcha, nos estrechamos la mano, he visto dos lágrimas correr por su mejillas. Me he emocionado mucho. Este médico es un gran hombre, François. »

Ahora su señor toma sus duchas más frías que nunca, las quiere cada vez más heladas. Mientras el chorro le golpea, él grita: «¡Más fuerte, François. Todavía más fuerte! Aquí... ahora una buena fricción. Santo Dios...Así » Pero François puede comprender que el señor está irritable desde hace algún tiempo. Los editores son particularmente difíciles. Su señor ha montado en cólera cuando supo que en su ausencia, Charpentier había publicado una nueva edición de « Las Veladas de Médan » con los retratos de los seis autores sin haber sido autorizado. El Sr. Jacob, su abogado, fue convocado y el señor le dijo que exigía que la edición fuese retirada de la venta

« Odio ver mi retrato publicado... y Charpentier lo sabe, había exclamado. Havard ya había tratado de poner uno en « Mademoiselle Fifi », hace años, y no se lo permití. ¡ Diga a Charpentier que debe retirarlo todo sino lo demandaré!»

El Sr. Jacob había quedado callado. Luego había tenido complicaciones judiciales respecto de una obra que un grupo de autores quería versionar basándose en su novela « Pierre y Jean ». A este recuerdo, François enrojece de ira. Estaban todos junto al señor, lucrándose de su talento, agotándolo. ¡ Y las mujeres! Eran unas sanguijuelas, peores que los demás; aun viendo lo cansado y enfermo que estaba, no podían dejarlo tranquilo.

Acaban de examinar el apartamento.

- Bien, el asunto está arreglado, François. dice Guy mientras bajan la escalera.— Esto no exige muchos trabajos de decoración; ordenaremos hacerlos habitación tras habitación una vez que estemos instalados.
 - Sí, señor.

Suben la calle Marbeuf y, llegando a los Campos Elíseos, encuentran a Arthur Meyer que está pagando a un cochero.

- ¡ Querido amigo ¡ estrecha cordialmente la mano de Guy. Mis más cordiales felicitaciones. He leído « Mouche » en *l'Echo de Paris*. ¡ Encantador ! Y « La Belleza Inútil »... ah, que hermosa historia. ¿ Por qué no la he tenido para el *Gaulois* ? Ciertamente, querido, usted no ha hecho nunca nada tan bueno.
 - Gracias, Arthur.
- Y veo que los *Deux Mondes* anuncian una nueva novela, «Nuestro Corazón ». ¡ El camino de la Academia, querido ! Cuando usted sea miembro, espero que en su discurso de recepción hablará de su viejo Meyer, y dirá como él ha ido a buscarlo a aquella casa...a aquella casa con todas las muchachas más o menos desnudas en la escalera... para ponerle los pies en el estribo, ¿ eh ? Hará usted brincar a los Inmortales con esta historia, ¿ eh ?

Se separan manifestándose su mutuo afecto.

Ya de regreso en el apartamento, François prepara una manzanilla. Cuando la lleva al salón, Guy se gira bruscamente:

— François, no se porque no se lo he preguntado antes. ¿Dónde está el gato ? Hace días que no lo he visto.

- Él... François tose evitando la mirada de Guy él se volvía demasiado independiente, señor. Entonces lo dejé con una portera vecina.
 - Bueno, ¿ pero por qué no ha regresado?

François deposita suavemente la bandeja. — Comenzaba a comportarse de un modo raro, fue necesario sacrificarlo.

Guy mira fijamente al vacío. El silencio es extraño. Luego grita de repente: — ¡ Está bien... salga... váyase!

Una misteriosas fuerza parece empujarlos cada vez más.

Durante el verano cambian tan a menudo de dirección que François parece pasar su tiempo haciendo las maletas, consultar los indicadores y comprar billetes. Debían al principio ir a los Pirineos y todas las disposiciones ya estaban hechas cuando el señor ha cambiado de parecer y han ido a Plombières, en los Vosges, donde las aguas son, según parece, un gran remedio contra las jaquecas. No han permanecido allí más que algunos días, luego han partido para instalarse en el chalet de los Cahen d'Anvers, en Gérardmer; pero según lo acordado se habían reunido en la Riviera, para ir luego a Lyon a poner en su lugar la tumba del señor Hervé. De allí, habían tomado el tren con destino a Aix-les-Bains, a fin de continuar con la cura

En algunos momentos François tiene la impresión de que su señor está demasiado agotado para cambiar de tren; en otras ocasiones, está alegre, despreocupado y bromista sin cesar; en otras todavía, está de un humor execrable, maldiciendo a los editores y a los que publican sus cuentos, traándolos de banda de ladrones. Un día, en Aix, regresa al hotel en un estado de gran excitación:

- François, acabo de ver a un médico, ¡ esto no es más que un diente!
- ¡ Después de todos estos años, todas esas enfermedades... un diente estropeado !
- Sí, señor.— dice François tranquilamente. Es una excelente noticia.

El diente está arrancado. Esa misma noche François debe levantarse tres veces para aplicarle ventosas. Por fin, una mañana, Guy dice a su doméstico: « François, haga las maletas!»

- Bien, señor. ¿ Cuándo partimos ?
- Mañana por la mañana. Volvemos a La Guillette.

François afirma con la cabeza con una franca sonrisa: — Si el señor me lo permite, creo que es algo estupendo.

Salen en el primer tren, cambian en París y, a las ocho de la noche, están traqueteados en el coche del señor Piffebigue.

Es la primera vez que Guy vuelve desde su ruptura con Clem. No la ha advertido de su llegada. ¿ Estará ella allí ? ¿ Cómo lo recibirá ? ¿ Cuál será su postura recíproca ?

Una gran sorpresa lo espera a su llegada... La casa está abierta, llena de flores, aquí de rosas, allá unos girasoles, y Désirée, venida del pueblo, hace pasteles en la cocina, como si se le estuviese esperando de un momento a otro. Ellos entran, mirando a su alrededor, estupefactos. Luego Guy encuentra una nota sobre su escritorio: «Tengo el presentimiento de que llegarás esta noche. Clem » Eso es todo.

¡ Querida Clem! Envía enseguida a François a buscarla. Ella llega, contenta, encantadora en su vestido azul, los cabellos ondulados... tan maravillosamente despojada de complicaciones, sin escenas ni recriminaciones, nada de los rasgos acerados de Emanuella, de las maliciosas torturas de Marie. Se arrojan uno en los brazos del otro. — ¿ Cuántas veces has hecho esto aquí..., manteniendo la casa lista? — pregunta Guy riendo.

— Nunca... te lo juro. Es la primera.

Ella es natural a la perfección, sin afectación, feliz de volverlo a ver, de estar con él. Él tiene la sensación de volver « a casa » tras un largo y cansado viaje. Durante la cena está muy alegre. Después de haber insistido mucho, consiguen que François haga una imitación del señor Piffebigue que los divierte enormemente. Guy le habla de una princesa rusa que ha encontrado en Aix que vive con sus dos amantes en la antigua vivienda de la emperatriz Eugénie, la villa de las Flores. — Ellos no la dejan nunca. Cada uno duerme en una pequeña cama en su dormitorio. Al menos, eso es lo que François me ha contado.

Ya está avanzada la velada cuando Clem dice: — Guy, debo marchar. Mi hermana está sola en casa y... en fin, ella va a esperarme.

— Muy bien, Clem. — La besa. Ella es tan franca; nunca disimulará la menor cosa.— Te acompañaré.

François los conduce en el carruaje; Guy se despide de Clem, luego vuelve con el coche. A mitad de camino, se detiene y

- desciende: Siga usted, François, yo haré lo que queda a pie. La noche es hermosa. François obedece. Lleva el caballo a la cuadra, prepara todo para la noche y espera. El tiempo le parece largo. Cree oír por fin ruido cerca de la puerta; abre... y queda petrificado. Su señor está allí, la mirada fija, la mandíbula colgante, el rostro sucio, las ropas cubiertas de hojas y tierra.
- ¡ Señor ! François sostiene a Guy que se desequilibra Dios mio, ¿ qué ha ocurrido ?
- Ah, François, un combate terrible... Un perro... un enorme perro negro... François intenta en vano hacerle sentar, Guy se niega y queda de pie, inclinado hacia adelante, azorado. Ha saltado sobre mí, emergiendo de la oscuridad. Iba a devorarme... pero lo he tomado del cuello y hemos rodado por la acera... durante bastante tiempo... No podía evitar sus colmillos... y luego sentí una gran piedra bajo mi mano... se la hundí en la garganta... Se ahogó y ahora está todavía en la acera... He corrido hacia aquí a buscar mi bastón... Rápido... Deme mi bastón... Camina titubeando por la habitación. Horrorizado, François le toma por el brazo, no puede creer lo que sus ojos ven.
- Señor... espere. Se apresura a encender una linterna. Guy, ya está en la entrada, empuñando dos bastones. Está demasiado fatigado para caminar rápido. François llevando la luz, ambos siguen el camino; Guy, encorvado y su doméstico sosteniéndolo por un brazo.
- Regresemos, señor. Dejémoslo donde está repite François.
 - No... Ah.... está allí, no, allí.

Se paran diez veces, Guy, tambaleándose, indica con su dedo un punto de la acera. No encuentran nada. François no observa ninguna huella de lucha.

- Volvamos, señor. Su señor consiente por fin en dejarse conducir hacia la Guillette. Ha marchado, François... verá como mañana estará tumbado en el umbral de la entrada de la casa. Mañana vendrá servil. Y usted le dará un poco de leche, François. Su garganta le dolerá a causa de la pedrada. Leche, ¿ eh ?
- Sí, señor. Llegan a la villa. François ayuda a su señor a lavarse y a meterse en la cama. Luego baja a la cocina; la luz de la bujía hace bailar unas sombras sobre la pared; tiene miedo, que escena espantosa. Finalmente va a acostarse en su barcaza.

Al día siguiente, temprano, Guy baja como de costumbre. No habla del episodio de la noche anterior. Algunas horas más tarde dice: — Voy a vender la Guillette. Hace demasiado frío aquí, daría igual vivir en Siberia.

Los preparativos para el monumento a Flaubert han sido largos, por fin está listo y la inauguración va a tener lugar. El 23 de noviembre por la mañana, con un tiempo inestable y ventoso, Guy toma en Saint-Lazare el tren para Ruán. Goncourt y Zola también viajan, suben en el mismo compartimiento. Zola está, como siempre, cordial, locuaz y desbordante de proyectos. Guy lo envidia, experimenta una inmensa lasitud, como si arrastrase tras él un pasado sin límite. Goncourt, estirado y sobrio, habla poco. Guy siente como sus ojos lo escrutan. Goncourt parece más afectado que nunca, la gente dice que, decepcionado por su duro revés al ser rechazado por la Academia, quiere legar una suma para fundar una Academia Goncourt después de su muerte. Eso es bastante pretencioso, pero Guy no siente ninguna animosidad al respecto. Pobre Goncourt, él continúa insistiendo en no tener más que dos dedos para la gente e invitándolos a su « desván » como un favor supremo.

La conversación languidece pronto y se apaga. Guy acaba el viaje sin hablar ni siquiera moverse. Cuando, a la entrada de Ruán, el tren pasa sobre el puente, Guy ve el Sena tan amado centellear en la fría luz grisácea, con unos vapores arrojando penachos de humo y pequeños barcos amarrados a lo largo de las orillas, no puede impedir exclamar:

— Ahí está, ahí está el río. Que bien lo he conocido. Ahí es donde todo ha comenzado para mí. Al Sena le debo todo. — Goncourt tamborilea sobre su rodilla con sus dedos enguantados, no dice nada.

A la llegada, una delegación del municipio los recibe. Almuerzan en casa del alcalde, señor Leteurtre, en la calle Renard que Guy tan bien ha conocido en su época de estudiante en el Instituto. El prefecto está allí, así como otros notables personajes. Es un almuerzo típicamente ruenés, una de esas comidas a las que Flaubert le habría sacado el sombrero. Goncourt se apodera inmediatamente del menú, murmurando: — Ostras de Courseulles, ciervo Nesselrode, turnedós Rosini salsa Périgueux, pava trufada,

tostadas de foie gras, ensalada rusa, gambas, puding diplomatico.... postres. Vinos: Médoc en garrafa, Alto Sauterne, Saint-Emilion, Château Yquem 1874. Mouton Rotschild, Champaña Henri Goulet... Hum... Nada mal. — Se sirve copiosamente y toma de cada plato.

Después de una visita al museo de la ciudad, donde están expuestos los manuscritos de Flaubert, son conducidos al lugar de la ceremonia. El viento, que sopla por ráfagas, los empapa de lluvia. Una veintena de personas esperan junto al monumento: Céard, hoy formal, bibliotecario del Museo Carnavalet, se encuentra allí con varios escritores llegados de París, como Mirbeau y Bauer. Una « banda » local se congestiona y pierde el aliento tocando como para la fiesta del pueblo. Cuando ven el monumento, Goncourt se vuelve hacia Guy: — ¿ Bonito, eh ? La Verdad respondiendo a la llamada de la Naturaleza en un pozo.

Antes de que Guy haya podido responder, Goncourt ya se ha adelantado para leer su discurso. El viento lleva su hilillo de voz, aplasta su pelliza contra él y agita bajo su nariz las hojas. Ráfagas de lluvia pasan entre los asistentes. Guy piensa en Flaubert, en sus increíbles esfuerzos hacia el arte, en sus rugidos de alegría, en sus juramentos...; Triple nombre de Dios !... las mañana soleadas del domingo, en la calle Murillo... las lágrimas que vertió una noche en Croisset quemando delante de Guy sus viejas cartas de amor.

A continuación llega el turno del alcalde, luego el del delegado de la Academia de Rúan; las palabras zumban, la banda tiene un aspecto lamentable, con sus instrumentos goteando debido a la intensa lluvia. Como habría sonreído Flaubert ante este espectáculo, piensa Guy, y habría estado también extremadamente emocionado. Vuelve a ver a Flaubert en la cena de « Los que han sido abucheados », el rostro iluminado, contando sus recuerdos sobre Kuchiouk Hanem...

La ceremonia ha terminado. Pisotean el fango sin saber que hacer. Unos meses antes, durante los preparativos de este día, Goncourt había dejado entender que una buena colación le resultaría necesaria para soportar la fatiga del regreso a París y Guy había propuesto ofrecérsela. Pero ahora, en el último minuto, él no tiene ya ganas, y además después de semejante almuerzo. Goncourt no tiene en realidad necesidad. No... Goncourt tendrá ganas e incluso estará furioso... pero tanto peor. Se detecta un movimiento

hacia los coches. Guy deja a los demás alejarse. Permanece solo un instante, contemplando la magnífica fealdad del monumento.

Murmura: — Mi buen maestro... y gran hombre.

Luego se va bajo las ráfagas de lluvia.

Guy está sentado en la sala vacía del Teatro del Gymnase, vigilando el ensayo de la pieza. Es abominable. ¡ Mirad a esa muchacha! Se la creería de madera. No sabe entrar. Teme hablar demasiado bajo y vocaliza su diálogo con un tono artificial y declamatorio, como si recitase Athalie.

Él cambia de posición, incómodo. Se arrepiente de haber hecho caso a Havard.... Havard v Jacques Normand, ese muchacho anguloso que ha llevado a la calle Boccador, blandiendo un viejo número del Gil Blas y declarando: « ¡ Señor de Maupassant, esta historia que usted ha escrito hace tres años, es ideal para representar en el teatro! Nosotros podemos adaptar sus historias, se ajustarán perfectamente a la escena... ¡ Lo sé! » Normand estaba tan excitado, tan lleno de confianza, que Guy se ha dejado convencer por su entusiasmo. Habían adaptado dos, « Musotte » v « La Paz de la Pareja », y como para confirmar las palabras de Normand, el Gymnase había aceptado enseguida « Musotte » y comenzados los ensayos. ¡ Pero ahora ! En su sillón, Guy siente toda su antigua tensión de espíritu regresar. Lamenta esta aventura. Sobre el escenario, la actriz continúa gesticulando, ella lo pone de los nervios. Saltando de repente grita: — ¡ Haga salir a esa señorita, por el amor de Dios! ¡ Eso es de guiñol! Dé ese papel a otra.

Sobre el escenario todo se detiene. Algunos actores muestran la cabeza en los rincones de los bastidores.

- ¿ Cómo ? es el director; los puños sobre las caderas mirando a Guy. ¿ Qué es lo que no va ?
- ¿ Por qué dice sus frases como si estuviese en la cima de una montaña... ondeando una bandera tricolor ?
- Porque yo le he dicho que las pronuncie así. ¿ Quiere usted alguna cosa, señor ? se dirigen miradas asesinas Y puede ahorrarse sus comentarios en el futuro, señor.
 - Resulta que es « mi » obra la que usted dirige.
 - Sí... y resulta que soy « yo » quién la dirige.
 - ¡ Con mi autorización! Y si usted no puede...

Guy está a punto de estallar. Ve a Normand apresurarse a lo largo de la fila de sillones para venir a calmarlo. Él rechaza los argumentos que Normand le murmura. Muy bien, él no es hombre de teatro... pero sin embargo... Es un nuevo sector. Pero ese director es un borrico terco y la obra será un desastroso fracaso. La actriz vuelve a declamar. Guy sofocado, arrolla a Normand.

— Si usted puede permanecer viendo esto, yo no. — Sale, tieso como una estaca

Una semana más tarde, el 4 de marzo, tiene lugar el estreno. Guy no sabe como ha podido soportar esos días. Hermine le ha escrito desde Cannes: « ¿ Por qué no lo veo por aquí ? ¿ Dónde está usted ? ¿ Qué hace ? » Él ha respondido: « Mi cabeza tiene tantas anomalías que las ideas no pueden moverse en ella sin que no tenga ganas de gritar. El doctor Dumas, que me atiende ahora, opina que tengo el estómago en mal estado. Pero creo más bien que tengo un corazón, un corazón orgulloso y humillado, un corazón humano, ese viejo corazón humano del que se ríe pero que se emociona y hace daño, y del que nosotros sentimos los sufrimientos en nuestra cabeza. Las personas piensan que yo soy uno de los hombres más insensibles de este mundo. Creo más bien que soy un escéptico, lo que es distinto, un escéptico porque mi ojos ven claro; y mis ojos dicen a mi corazón: « Escóndete, viejo, eres grotesco.» Entonces él se oculta ». Los dolores de cabeza persisten, padece de los ojos hasta el punto de no poder leer y su memoria se queda en blanco por momentos. Cada página que escribe está cubierta de tachaduras y manchas que no parece poder evitar. Y los doctores, todavía los doctores... son unánimemente categóricos, afirmativos, a veces incluso reconfortantes... por un breve instante.

Pero, la noche del estreno, un cambio repentino se produce; no sufre ya y se siente lleno de vitalidad. Marie ha insistido para ir a un palco y ha llevado consigo a los Cahen d'Anvers y a un grupo de amigos. Guy los abandona para dirigirse al fondo del parterre, desde donde observa escena por escena. La sala está abarrotada de un público elegante. Al principio, la obra parece desarrollarse a tirones y el silencio de la sala le aterroriza. Luego comienzan a elevarse murmullos, aplausos durante algunas réplicas. Ahora que hay público, la petulante actriz parece más tranquila, su interpretación es más conforme a su papel. Cuando la cortina se

baja tras el primer acto, hay una fuerte salva de aplausos. En los pasillos Guy está rodeado.

- Querido, es excelente.
- Bravo, Maupassant. Si el resto es tan bueno, esto es un éxito.
- ¡ Guy... Oh Guy! Es Marie que, radiante, le estrecha las manos.
- ¿Entonces ?... ¿ Un nuevo Dumas ? Arthur Meyer, impenitente espectador de estrenos, le dedica una amplia sonrisa. Muy buen primer acto, lo que es más raro de lo que usted se imagina. Espero que lo que siga lo valga.

Y lo vale... Con creciente emoción, Guy ve la obra levantar la sala. En el último acto, la escena de la muerte está representada a la perfección. Cuando la cortina cae por fin, el público, en lágrimas, se levanta y aplaude a rabiar. Guy casi llora, él también. Es un gran éxito. Siente que acaba de vencer en un nuevo combate, ha alejado a los espantosos males de los que estaba poseído. Después, se desarrolla sobre la escena un espectáculo muy emotivo. Los amigos se agolpan para felicitarlo, le estrechan las manos, lo abrazan. El director ríe cuando ambos se congratulan. Es un triunfo. Marie le desliza en el oído:

- Te esperaré en la calle Boccador.
- Bien. él le besa la mano. Ella le parece más bella que nunca. En tres cuartos de hora se desembaraza con dificultad de la entusiasmada muchedumbre.

Ella en efecto está allí. François les ha preparado una cena. — Marie... — chocan sus copas de champaña y sonríen por lo bajo. — Nos hemos perdido el uno del otro.

- Sí. Pero ahora estamos juntos, Guy.
- Eres maravillosa.
- Y tú, tú conoces una vez más el éxito.— dice ella con el tono de antaño... él siente algo áspero, pero enseguida lo olvida.

Ella queda con él. Nunca ha experimentado por ella tal deseo, y ella responde, abrazándolo en una posesión absoluta y siente que ha abandonada esta reserva, toda esta conciencia de ella misma que ha suscitado en él esa duda, elevado esa barrera entre los dos.

Y después, a una hora de la noche que ignora, se despierta. Ella duerme a su lado. El fuego, que todavía está activo en la chimenea expande una suave luz sobre su rostro y sus hombros. Se levanta,

pone su bata y queda al lado de la cama contemplándola. Sí, sin duda es la mujer que ama. Y sin embargo... sin embargo...

¡Ah ¡ La vaga sombra de la soledad se levanta detrás de él, próxima e intangible. Llena sus pulmones, contiene la respiración y cierra los puños para tensar sus músculos. ¿ Cómo... cómo puede ser ? Siente en él toda la fuerza de la naturaleza, la totalidad de la vida... y sin embargo esta última cosa le escapa.

- Guy... ella ha abierto los ojos y lo espía ¿ Qué hay ? Él se echa sobre la cama junto a ella, sin mirarla.
- ¿ Conoces esta voz, Marie ? ¿ Esta voz que llama sin cesar en nuestro corazón, débil y dolorosa, torturadora, acosadora, implacable; esa voz que nos reprocha todo lo que hemos hecho y lo que no hemos hecho, la voz de los remordimientos, de los arrepentimientos sin posibilidad de volver atrás, de los días pasados, de mujeres que tal vez podrían haberte amado, de todas las cosas pasadas, las vanas alegrías y las esperanzas desvanecidas ? ¿Conoces la voz de todo lo que huye de todo lo que se escapa, que nos decepciona y se desvanece, de lo no hemos alcanzado ni nunca alcanzaremos, la vocecilla que gime ante el fracaso de la vida, la vanidad del esfuerzo y la debilidad de la carne?

« Esa voz me decía, en este corto instante, todo lo que yo he amado, todo lo que confusamente he deseado, esperado, soñado, todo lo que quisiera ver, comprender, conocer, disfrutar, todo lo que mi insaciable, pobre y débil espíritu solo ha podido esbozar con fútiles esperanzas, todo eso hacia lo que he intentado tomar y ha echado a volar, sin que haya podido alcanzarlo, estando atado por las cadenas de la ignorancia.

« Ah, he codiciado todo sin obtener nunca nada. Me habría hecho falta la vitalidad de la raza entera, la inteligencia de todos los pueblos, todas las facultades, toda la fuerza y un millar de vidas en reserva, porque tengo todos los apetitos y todas las curiosidades, y he estado contemplando todas esas cosas sin poder nunca hacerme con ellas. »

La necesidad de romper, de evadirse, de moverse, de desplazarse sin cesar, vuelve con terrible intensidad.

— Las maletas, François. Haga las maletas. — Van al Midi, a tomar el yate y navegar hacia España y más allá... Sevilla...

Tanger... En Niza, en la nueva villa donde está instalada la señora de Maupassant, hacen los preparativos de ese largo viaje. Guy va y viene con impaciencia por el puente de Bel-Ami, mientras que el patrón Bernard y el otro miembro de la tripulación, su cuñado Raymond, hacen el traslado de las provisiones, fijan un nuevo compás, instalan una nueva claraboya, reparan cuerdas y velas. Un día se acerca él mismo a la ciudad y compra una serie de fusiles americanos, nuevos mapas y unos instrumentos náuticos. Zarpan, una buena brisa los lleva hasta Marsella... donde se detienen. Durante ocho días quedan amarrados sin hacer nada en el puerto y cada mañana François ve a su señor bajar a tierra y volver sin haber tomado ninguna resolución. A finales de la semana, levan anclas y bordean la costa, para volver a ganar su punto de partida. Bernard y Raymond no se plantean ninguna cuestión; François tampoco.

Cannes...; Hermine está allí! Guy se apresura a bajar a tierra y encuentra su villa frente al mar.

- Guy...; qué sorpresa! Lo creía a en plena disputa con los directores de los teatros.
 - No me lo desee.

Ella está sentada en una terraza sombreada, todavía en ropa informal aun cuando la mañana ya está avanzada, sus cabellos están anudados descuidadamente. Deja ver sus piernas. Él tiene el convencimiento de que hay un hombre tras ese aspecto, tal vez incluso en la villa, puede que acabe de marchar; ella debe tener una intriga amorosa. Él no esta demasiado familiarizado con esa actitud satisfecha, indolente, descuidadamente voluptuosa de las mujeres. Sin embargo, con ella, eso le hace daño. En el fondo, tiene todo el derecho y él no puede quejarse...

Hablan en la tornasolada luz de la terraza.

- ¿ Se queda Guy ? Todo el mundo está aquí... parece que la ciudad está tomada de archiduques, duques y toda la sociedad parisina.
 - En ese caso, es muy probable que no me quede.
- Lo lamentaría. ¿ Recuerda que nos gustaba burlarnos de ellos ?

La pérdida momentánea de personas que ha amado es lo que más le hiere. Él la ha simplemente perdido... en esta parte de su vida. Ambos están sentados allí, juntos, sin embargo ella está completamente aislada y lo estará hasta que esa nueva intriga haya finalizado y renueven su vieja amistad, como si nada hubiese pasado.

Le gustaría hablarle de su soledad, sin ningún espíritu de censura. Le gustaría decirle: « Hermine, compréndeme; siento a mi alrededor la nada, el insondable vacío en el que mi corazón se hunde, en el que mis pensamientos vuelan, en el que camino con los brazos extendidos, buscando, abrazando a una mujer aquí, a otra allá, al azar, sin saber, sin comprender... simplemente para no estar solo. Ellas parecen decir desde el momento en que mis manos las tocan: « Ahora usted me pertenece un poco, me debe una parte de si mismo, de su vida, de sus pensamientos, de su tiempo » e imaginan que eso es amor, cuando no sabemos nada el uno del otro, porque camínanos juntos de la mano, los labios sobre los labios, sin haber tenido tiempo para mirarnos. Comprende que si yo amo así, es para no estar solo, pero que incluso soy un solitario, aunque no estemos separados, a pesar de los dulces momentos que hemos conocido. »

Eso es lo que le gustaría decirle, pero no puede.

Ella se estira perezosamente y enciende un cigarrillo: — Guy, ¿quiere quedarse a almorzar?

— Gracias — le toma la mano — pero debo regresar a bordo.

Se hace conducir primero a la consulta del doctor Fremy, al que ya ha consultado.

- Tengo pesadillas.
- El doctor permanece reservado: ¿ De que tipo ?

Guy está sentado, casi sin fuerzas.

— No lo sé. Oh, Dios mío, esas no son pesadillas... Mi espíritu parece seguir sombríos valles e ignoro a donde me llevan. Salgo de uno para entrar en otro, y no sé lo que me espera al final del último — levanta los ojos.— Tengo miedo...de esa vana peregrinación. Olvido las palabras, los nombres... Me gustaría que usted me lo dijese: ¿ Piensa que me estoy volviendo loco? Si es así, me mataré. Entre la muerte y la locura, mi elección está hecha.

El doctor juega con su reloj de cadena, camina hasta la ventana, luego se vuelve: — No estoy seguro de que este clima convenga a su estado. El sol es demasiado fuerte. Tiene usted un reumatismo crónico y ha afectado su sistema nervioso. Le aconsejo ir a tomar los baños a Bagnères-de-Luchon.

- ¿ Baños ? Guy fija sobre él dos ojos suplicantes ¿ Lo cree usted, doctor... lo cree ?
 - Sí.
 - Bien, saldré mañana.
- Mire, François. Todo esto es excelente. Guy está en el balcón de su habitación del hotel, mirando el paisaje de los Pirineos
- Han dado al señor la mejor habitación dice François deshaciendo las maletas.

La noche es bella, el hotel confortable. El director y los criados se han afanado en torno a Guy: — Sí, señor de Maupassant... Por supuesto, señor de Maupassaant.

Entra en la habitación: — Voy a dar un paseo. Encargue una cena ligera, François. — El sirviente levanta la cabeza, vigilando a su señor que toma su bastón, su sombrero y parte. Está vagamente inquieto; en varias ocasiones ha visto al personal mirando curiosamente al señor. Vuelve a las maletas, saca los accesorios de plata, el pisapapeles de cristal, regalo de Flaubert que el señor lleva consigo a todas partes. El vestido gris tiene necesidad de un remiendo... Continúa alineando los objetos cuando golpean a la puerta y un empleado del hotel entra presa del pánico.

- ¡ Rápido... baje, por el amor de Dios! ¿ Qué le pasa a su señor?
 - ¿ Qué ? François siente su corazón encogérsele.
- Está montando una terrible escena en la entrada. Quiere golpear a alguien con su bastón. ¡ Rápido !

François baja la escalera. Tras sus talones el hombre musita unas explicaciones: — Dice que dos de nuestros clientes le han empujado. Está furioso... no quiere atender a razones... dice que los va a vapulear...

Una vez abajo, François oye los gritos de su señor. Hay un barullo en la entrada. Guy, temblando de cólera, blande su bastón hacia dos caballeros, enrojecidos de ira, que le responden; el personal, asustado, está agolpado alrededor de ellos, dispuesto a intervenir

— ¡ Tendré vuestra piel, bandidos! — aúlla Guy.— ¡ Venid aquí, ladrones! ¡ Carteristas! ¿ Me oís? ¿ Cómo os atrevéis? ¡ Os he visto, lo habéis hecho a propósito! Habéis tratado de...

— ¡ Está usted loco, señor ! ¡ Esto es un insulto ! ¡ Llamen al director !

François se abre paso y toma a su señor por el brazo.

- François, míreles... a esos dos. ¡ Han querido insultarme, robarme!
- Subamos, señor. dice suavemente François. Todo se va a arreglar.
- ¡ No !... ¡ No !... Quiero darles una lección. Son... son... pero se deja llevar por François. El personal se aparta para dejarles paso; los dos caballeros continúan protestando energicámente, reclamando la presencia del director. François lleva a su habitación a Guy que enseguida se tranquiliza, cena como si nada hubiese pasado y se acuesta pronto; parece haber olvidado el incidente.

Al día siguiente, el empleado de la recepción es correcto y hermético

— ¿ Los baños, señor de Maupassant ? Debería ver usted al jefe del servicio médico, el doctor Tavilla, un especialista español. Le prescribirá un tratamiento.

Guy encuentra al doctor en su despacho, en los baños sulfurosos. Es un hombre gordo, calvo, la cabeza oval, está de pie detrás de su escritorio y se frota las manos.

- ¿ Señor de Maupassant ? sus ojitos están fijos sobre el rostro de Guy que espera un flujo de palabras de bienvenida de ese hombre cuya profesión e interés son preconizar las bondades de la cura del lugar... « muy honrado de tenerlo como huésped... autor célebre... completamente a su entera disposición...»
- He sabido que usted estaba aquí. dice simplemente Tavilla con una voz aflautada. Estrecha y afloja sus manos sin que el resto de su grueso cuerpo se mueva.
 - Me han dicho que debía verlo para el tratamiento.
- En efecto soy el encargado. Soy el jefe del servicio médico... para todos los tratamientos. Guy se pregunta cuando va a pedirle que se siente, aunque eso no tenga importancia. Está contento de haber sido eximido del discurso de bienvenida.
 - Desearía comenzar lo antes posible.

Tavilla avanza, los ojos siempre fijos en Guy. — Esta cura no le convendría en absoluto, señor; sería incluso más bien perjudicial. No puedo recomendársela; francamente no. Le haría daño. Soy yo

quién soy aquí el responsable. — Ha tomado a Guy por el codo y lo reconduce hacia la puerta.

- Pero se me ha recomendado... expresamente... De repente se siente muy cansado.
- Sí, sin duda, pero erróneamente. Esto le haría daño, señor. Siga mi consejo. Vaya a otro lado... a Vichy... a Plombières... Para las aguas... Evian, eso es lo que le hace falta, las aguas de Evian, en la frontera con Suiza.

Ha llevado a Guy hacia la puerta y lo deja suavemente fuera. Guy puede ver el sudor perlarse sobre su rostro lampiño. — Vaya a la frontera suiza. Buenos días, señor, buenos días... La puerta se cierra. A través del cristal esmerilado, Guy puede distinguir la sombra del doctor que se aleja en la pieza, llevando una mano a su rostro

Se va. Tiene dolor de cabeza. Humedece sus labios, su garganta está seca. Camina lentamente hasta el hotel. El discurso de bienvenida, que no fue pronunciado, zumba en su cabeza: « Muy honrado con su presencia entre nosotros... Todavía no se conoce lo suficiente los efectos benéficos de nuestras curas... si usted nos permite autorizarnos a dar a conocer su presencia... » y mezclándose con las palabras del doctor « ... sería más bien perjudicial, señor... perjudicial. »

El director del hotel lo recibe en la entrada. — Estoy absolutamente desolado, señor; se ha cometido un error. Su habitación... ehhh... estaba ya reservada desde hace algún tiempo. El empleado no se fijó. Estamos al completo y... ehhh... si el señor no ye inconveniente en marchar...

Guy echa la cabeza hacia atrás y ríe ruidosamente, luego se detiene de repente, aturdido por su propio ruido. Distingue vagamente el rostro pálido del director. — Sí, naturalmente. — Arriba le entra un ataque de tos. Dice a François: — Este lugar es abominable. Por todas partes este olor a azufre. Mire el horario de los trenes, nos vamos.

Divonne, ese es el lugar elegido. Tan lejos como sea posible. Eso es lo que necesita. Se ríe de él mismo; tal vez el médico español no se equivocaba cuando le recomendaba la frontera suiza. Pues bien, ¡ seguirá su consejo! Han dejado Luchon esa misma tarde y, en trenes desesperadamente lentos, paradas innumerables e

infinitos transbordos, llegan por fin a Divonne, ya avanzada la mañana

— ¡ En la ciudad no ! ¡ Sobre todo no en la ciudad ! — dice a François.

Tras numerosas búsquedas, se instalan a tres kilómetros, en pleno campo, en una granja regentada por la señora Remblat, viuda de un médico. Guy la saluda locuazmente. El lugar es muy rústico y la señora Remblat se ocupa activamente de todo. Está un poco desorientada cuando François le pregunta donde están las duchas.

- Aquí no hay. Tendrá que ir a Divonne, al establecimiento de los baños.
 - Es para mi señor, necesita su ducha dos veces al día.
- ¿ Ah ? ella lo mira de reojo Dígame pues ¿ Siempre habla tanto su señor ?

François no responde.

Cuando al día siguiente, Guy se acerca a Divonne, encuentra la ducha tibia y no arrojando más que un débil chorro. Lo que él necesita es sol y duchas heladas, ambas cosas al mismo tiempo. Pregunta en la recepción de los baños la dirección de un doctor. — Doctor Collot, avenida Kléber. — Allí se dirige.

Collot es delgado como una mantis y lleva quevedos. — Quisiera que me prescriba usted una ducha. La ducha de Charcot¹⁰³. Ha oído hablar de ella ? Helada. Potente como para derribar un buey; eso es lo que necesito.

El doctor farfulla, carraspea, se aclara la garganta, lo lamenta y le tiende la mano. En la alcaldía, Guy encuentra otras direcciones de médicos. Los visita a todos con el mismo resultado. Camina por el pueblo hasta tarde y regresa a pie a casa de la señora Remblat mascullando: — La ducha de Charcot... Santo Dios, encontraré una. Iré a buscar al mismísimo Charcot.

Esa noche, de nuevo apenas puede dormir. La antipirina no es eficaz, ahora la toma hasta estar aturdido, pero la jaqueca persiste. En el correo de la mañana le llegan unas cartas de París que lo persiguen desde hace varias días. Hay una de Céard. La responde brevemente, pero le ese trabajo le lleva dos horas. « Querido, algunos perros que aúllan expresan perfectamente mi estado. Emiten un aullido que no se dirige a nadie, ni va a ninguna parte, no dice nada y es en la noche un grito de angustia encadenado que me gustaría poder emitir. Si pudiese aullar como ellos, saldría en

ocasiones, con frecuencia, a una llanura o a la profundidad de un bosque y aullaría durante horas de pie en la oscuridad... »

Sin embargo ha comenzado una nueva novela, « L'Angelus », pero no ha podido escribir más que cincuenta páginas. Tras algunas líneas, se levanta, al límite del agotamiento, el corazón palpitando, el cuerpo dolorido y tembloroso. Pero sin duda será una obra maestra

François se muestra tranquilo y paciente, vigila a su señor, tratando de prevenir los accesos. Se divierte buscando tréboles de cuatro, seis e incluso ocho hojas.

 Tenga, señor. Se creería que los encuentro siempre por pares. — Mira a su señor — Es un símbolo de suerte, señor.

El tercer día, después de su llegada, el tiempo se vuelve malo y tormentoso, confinándolos en la casa. Guy escribe a Henri Cazalis¹⁰⁴, un médico parisino de sus amigos al que le ha enviado unas palabras desde Ginebra: « No pienso que pueda permanecer más tiempo en tierra o en mar. Estoy cada vez más enfermo de espíritu y cuerpo. No he dormido desde hace cuatro meses. Tengo necesidad de ejercicio y no puedo hacerlo sin sentirme abatido. Y además, ¿ qué tipo de ejercicio ?¿ Caminar ? ¿ Viajar ? ¿ Adónde ir? Ya he visto todo y me niego a comenzar de nuevo. Mi cuerpo es robusto pero mi cabeza está más enferma que nunca. Hay días en los que estoy endiabladamente tentado a meterme una bala en ella. No puedo leer. Cada carta que escribo me exige un verdadero esfuerzo. Dios, que harto estoy de la vida.»

Esa misma noche, François se despierta por unos golpes en su puerta. Ha dormido poco desde su llegada a Divonne. Se siente agotado, los nervios a flor de piel, incapaz de fijar sus pensamientos.

- ¡ François ! ¡ François !
- Ya voy. Es su señor. Abre la puerta.
- François, esta casa está llena de ratas. ¿ No las oye ? Las ratas. Venga, tenemos que atraparlas.— Mientras se deslizan por el entarimado oscuro, la imagen de la caza de las arañas de la Guillette vuelve al espíritu de François.
- Tome su bolsa de provisiones...; aquel que tiene una cremallera! Yo tomaré este bastón. Espere. Se calla, casi poniéndose en cuclillas, mirando a su doméstico ¿ Está la casa infestada? ¿ Cree usted que está infestada de ratas, François?

- No lo creo, señor. Necesitamos dormir.
- Eso es, dormir. Atrapar a las ratas y luego dormir.

François no sabe durante cuanto tiempo se prolonga esto; toda la noche, cree. Atrapan dos ratones. Su señor cuenta cada golpe que asesta. — ¡ Ah ¡ Esto hace veintinueve. Métala en su bolsa, François. Aquí está. Espere, ahora, cuidado... — se paran en treinta y dos. Fuera un gallo canta. Guy mira en la bolsa. — Ah, vamos a quemarlas, ¿ eh ?... — su voz se apaga — y luego... a dormir.

Por la mañana, Guy se levanta tarde. Acaba de recordar que Dorchain se aloja no lejos de allí, en Champel. Auguste Dorchain, el poeta que ha encontrado hace años antes en París, con Hérédia, de la edad de Zola. Y además Taine le ha recomendado Champel como uno de los mejores balnearios curativos. Van en el carruaje de la granja y encuentran a Dorchain que se está tratando de una fatiga nerviosa adquirida en la febril vida literaria de París; su rostro fino, con gran nariz y la barba puntiaguda, está todavía pálido y delgado. Recibe a Guy con alegría: — Así que por fin está aquí. ¡ Ya era hora! Estoy ansioso de noticias.

Almuerzan juntos, hablando mucho y alto. Uno de esos cambios imprevistos se producen y Guy está de excelente humor, desbordante en anécdotas sobre el medio literario de París que Dorchain ha abandonado hace algún tiempo. Eso se prolonga durante la tarde. François echa de vez en cuando una discreta mirada; ve que su señor continúa hablando con profusión. El señor Dorchain, silencioso, parece un poco turbado. Por fin se levantan. Han decidido que quedarán allí algunos días. François regresa a recoger el equipaje a casa de la señora Remblat.

Por la noche, François ayuda a servir la cena y su señor continua vertiendo un chorro de palabras; oye explicar al señor y la señora Dorchain que habían debido abandonar Divonne.

— El lago se ha desbordado. Ha inundado la villa hasta el primer piso, — dice Guy muy excitado mientras que la señora Dorchain mueve educadamente la cabeza. — Y el doctor que dirige el establecimiento me ha prohibido la ducha de Charcot. ¡ Valiente asno! Naturalmente me he ido.

Una hora más tarde, cuando la señora Dorchain se va, su señor parece seguir con su cháchara; cuenta locuazmente una ascensión en globo que había hecho en París, aunque unos meses antes instigado por Ollendorf. Luego, cuando François prepara todo para pasar la noche, llegan todos al dormitorio donde su señor intenta enseñarles sus frascos de colonia.

— Aquí están, como les he dicho. Toco con ellos sinfonías de perfumes. ¿ No es así, François ? Aquel de allí no es un perfume, sino éter. No les he contado la sensación que me procura. Debo tratar de expresarlo, querido Dorchain. Uno siente su cuerpo aligerarse, disolverse, uno no es más que una alma; se sube... sube...

Y así continúa. El señor Dorchain mira el suelo; su esposa escucha pacientemente, sin decir nada más. Por fin se van. Guy los acompaña, explicando, hablando sin parar, pero François se interpone y le pone la mano en el brazo.

- ¿ Sí, François ? Ah...sí. Buenas noches, querida señora; buenas noches, viejo amigo. Sabe usted... todavía hay una cosa...
 Pero se han apresurado en desaparecer. Al día siguiente François encuentra a su señor en la entrada; Guy ha salido solo desde la mañana temprano. François lo ayuda a desprenderse de su sombrero y de su paraguas en el momento en que el señor Dorchain regresa del jardín.
- ¿ Adónde ha ido usted ? pregunta Dorchain. Guy se aproxima y le cuchichea al oído:
- A Ginebra...; Una mujercita !... He estado brillante.; Estoy curado ! Y los Rothschild... Dios mío, que suntuoso recibimiento me han hecho, casi real.— Dorchain no emite palabra. François, deme mi paraguas. Se lo enseña triunfalmente a Dorchain: Este tipo extraordinario de paraguas no se vende más que una determinada tienda del barrio Saint-Honoré. He comprado trescientos y he regalado unos cincuenta en el entorno de la princesa Mathilde.
 - Sí, amigo. Creo que...
- A propósito, Dorchain, ¿ le he mostrado mi bastón ? Tiene usted que verlo. Con él me he defendido un día, contra tres chulos por delante y tres perros rabiosos por detrás.

Acompaña a Dorchain, explicando, explicando...

Y de pronto, por la noche, una gran calma. Guy toma el manuscrito de « l'Angelus » y, después de cenar, lo lee a los Dorchain y se recrea en el detalle. Esto le lleva dos horas; en las últimas palabras, sus ojos están llenos de lágrimas y los anfitriones

también lloran. Dorchain no se presenta al día siguiente para el desayuno; su mujer transmite sus excusas, prefiere quedarse en la cama. A mediodía, Guy dice a François que se van. Hay un poco de resquemor en la partida, pero la señora Dorchain abraza afectuosamente a Guy cuando sube en el coche.

— Que Dios lo acompañe. — dice ella.

Guy le toma un momento las manos: — Gracias... — Ellos parten: — ¡ François, a Divonne ! Conozco allí una agencia. — François no sabe que decir, mientras el coche circula. Lo más extraño es que es cierto; se detienen en casa del agente y en una hora les ha mostrado una pequeña villa, con una cocina, un salón y, para Guy, un gran dormitorio con vistas al sur.

François no lo puede creer: ¡ quedan allí! El tiempo se despeja y vuelve el calor. Guy alquila un triciclo y hace excursiones por los alrededores. Trabaja un poco en « l'Angelus » y, aunque sus ojos están en mal estado, parece recuperar poco a poco su salud en el vivificante aire de la montaña. Extiende sus excursiones cada vez más lejos, llegando hambriento y lleno de ánimo. François le sirve sus platos favoritos. Y luego, otro día, extravía su manuscrito, lo busca febrilmente durante media hora, lo encuentra abierto sobre su escritorio para volver a perderlo un instante después.

- ¿ François... dónde está mi manuscrito ? ¡ FRANÇOIS! François se precipita, ve el manuscrito sobre la mesa y se lo tiende.
- ¡ Esto no debe salir de esta habitación ! ¡ Pueden leerlo ! ¡Piratas ! Vuelve a visitar a los médicos en la búsqueda de la ducha de Charcot, pero sigue fracasando, no parecen escucharlo. Una mañana, ve en el periódico, entre las personas llegadas a Ginebra, el nombre de la condesa Potocka. ¡ Emanuella !

Toma su triciclo y pedalea los veinte kilómetros. El sol quema. Cuando llega se entera de que es un error; Emanuella no ha llegado ni lo ha anunciado. Los accidentados kilómetros del regreso le parecen interminables, el sol es más ardiente que nunca. Lucha, jadea, sus piernas tienen grandes dificultades para empujar los pedales en las subidas. Todavía una cota y Divonne está a la vista. Un círculo de hierro estrecha sus sienes. Su corazón palpita, el horizonte vacila, se cae pesadamente en la carretera.

Gime, la boca abierta, tratando de respirar. No se puede mover, los agudos guijarros de la carretera muerden su rostro y no consigue apartarse. El círculo de hierro se hunde en su cráneo. Sus oídos zumban, el silencio del entorno parece transformarse en voces que murmuran: « Potocka... Potocka... E-ma-nuel-la... » Todo se convierte en un rojo negruzco, como de sangre; su saliva discurre por su mentón. Está confusamente avergonzado. El tiempo pasa, el sol parece haber bajado. Hace acopio en su espíritu de lo que le queda de voluntad, y consigue moverse. Un dolor traspasa todo su cuerpo, debe cerrar los ojos. Ahora titubea sobre la ruta.

Al fin se para, agarrando su cabeza hasta que el paisaje ya no se mueve. Sus ojos se contraen bajo la luz. El triciclo está caído en la cuneta, nadie ha pasado por allí. Tambaleándose, levanta su máquina, la monta y, con un terrible esfuerzo de voluntad, retoma su camino pedaleando. Llega a la villa, la cabeza apoyada en el manillar, apenas sabiendo hacia donde va.

François acude ayudándole a ir a la casa rodeándolo con sus brazos... La noche es fresca. Guy se estremece bajo sus sábanas.

Cuando en el reloj repican las dos de la mañana, François, despierto, agudiza el oído. — Es la hora mala, se dice. Poco después, su señor lo llama.

Dos días más tarde, Guy está a pie. Y, pese al extraño modo en el que los acontecimientos se desarrollan, no toma más precauciones. El tiempo se mantiene suave y soleado. François ve a su señor retomar sus colores de antaño, engordar un poco y llamarlo menos durante la noche. Pasa su tiempo yendo a la oficina postal. Su señor gestiona personalmente todo el correo que llega de París y se muestra menos irritable con la lectura de los artículos hostiles que aparecen en la prensa parisina. Hace tiempo que no han permanecido tan estables. La vida parece por fin haber entrado en una apacible rutina.

- El 17, François limpia el salón; recoge una carta inacabada cuando su señor entra.
 - ¿ Qué es eso, François ?
- Creo... François echa un vistazo a la hoja Parece ser un carta del señor al señor Taine. Perdóneme señor, pero estaba en el suelo.
- Ah, sí su señor coge el papel Tiene que venir a la inauguración del monumento a Flaubert. Voy a firmarla y a echarla al correo.

— ¿ El monumento a Flaubert...? — dice François sorprendido; mira a su señor a hurtadillas.

Guy añade: — Puede hacer las maletas, François. Nos vamos.

CAPÍTULO III

Con la cabeza descubierta, Guy mira el mar. El mistral hace revolotear las verdes olas del Mediterráneo y canta en los pinos que cubren el Estèrel. Tras un corto paso por París, han viajado al Midi buscando el sol. Se han instalado en su casa, en el Chalet del Isère, sobre el camino florido de Grasse. El lugar es tranquilo y soleado, con un jardín cerrado; Guy espera allí encontrar el reposo que tanto necesita.

¡ París! Regresando a la calle Boccador, Guy se había sentido feliz al principio, fuerte y ardiente. Había dicho: — Vea usted, Grancher; estoy restablecido. Divonne ha sido un lugar maravilloso, justo lo que me hacía falta. — Grancher le había dado unos golpecitos en los hombros diciendo: — Me alegro.

Pero poco a poco este vigor se iba difuminando. París era ruidoso y estaba atestado, más fastidioso que nunca. El frescor encontrado en la montaña escapaba de él. Periodos de agotamiento y dolores de cabeza reaparecen. Y más doctores, todavía más doctores. Aparte de Grancher, contaba con una docena más aconsejándole de un modo o de otro: Pozzi, Périllon, Panas, Magitot, Dejarine, Bouchard, Robin, Lannelongue, Cazalis, Daremberg... A mediados de octubre, tras una mala noche, Daremberg y Grancher, ambos amigos, le habían examinado en la calle Boccador y se habían consultado. No habían dicho gran cosa a continuación. Necesitaba reposo, mucho reposo; le habían prescrito sedantes, y luego una cura mediante uvas, comer muchas uvas, régimen muy eficaz y calmante.

Noémie Chadrier, aquella que, según Hermine, se vanagloriaba por todas partes de haber sido su amante, venía a verle regularmente. En ocasiones se la veía llegar desde el salón advirtiendo al mismo tiempo la mirada hostil de François. Parecía saber que François la detestaba, pero jamás lo demostraba, pasando ante él, con el rostro inexpresivo, sin dar su nombre, como un autómata gris, color habitual de sus vestidos. Era insaciable; incluso en los malos días se pegaba a Guy, sin ninguna retención, perpetuamente trabajada por su silencioso apetito sexual, concentrando todo sobre ese objetivo sin más, por asi decirlo. Jamás habían mantenido una conversación juntos. Lo dejaba agotado. Él acababa temiendo su visita.

Ahora, en ese lugar tranquilo donde vive con François, no hay vecinos ni arriba ni abajo, ni piano exasperante en la casa de enfrente, ni camiones haciendo sonar el pavés, sino el gran mar brillando bajo sus ojos; cree haber encontrado la paz a la que aspira. El mistral sopla, pero el sol brilla en un cielo azul turquesa. ¡ Qué buen tiempo para hacer vela! — ¡ François! Diga a Bernard que prepare el barco. Vamos a salir.

A veces toma la gabarra y, con Bernard o Raymond, boga sobre las alegres olas hasta más allá de las islas y regresa a través de los barcos de guerra anclados en la rada. Por la mañana, toma su ducha en el establecimiento de baños de Cannes. Durante dos o tres días, va a almorzar con su madre a Niza. Lleva a François con él.

— No es que mi madre no sepa cocinar, François, pero estoy acostumbrado a sus comidas, y usted sabe perfectamente lo que me gusta. El único problema es que usted pone demasiada sal de un tiempo para acá, vigile eso. Demasiada sal.

— Sí, señor.

El doctor Daremberg está en Cannes durante la temporada y viene a verlo con frecuencia. François advierte que el médico plantea a su señor preguntas inesperadas, sobre datos, lugares, nombres, acontecimientos; y su señor puede responder casi siempre.

A pesar de esa aparente calma, Guy no puede dormir. A las dos es el peor momento; despierta a François. A veces a las tres se adormila un poco. Todo su cuerpo es presa de un sufrimiento persistente, destructor sin remisión y tiene paroxismos en los que se queda rígido sobre la cama, incapaz de moverse. Sus ojos, atrozmente enrojecidos, son causa de abominables torturas. Como le gustaría que Clem estuviese cerca de él. Hay tantas cartas que

escribir, y cada línea es un suplicio de una hora. Garabatea unas palabras al doctor Cazalis: « Estoy casi ciego. No soporto la menor luz por la noche, incluso ni una bujía. Los mosquitos me devoran. Si continúa este mistral, me veré obligado a partir. No tengo ninguna idea de a que lugar podría ir.»

Ahora los acosos de París llegan hasta el tranquilo Chalet. Cierto día, un agente teatral viene a verle de parte de Jacques Normand con quién él ha escrito « Musotte ». François lo hace entrar. Es un hombre de cráneo calvo y brillante, con los brazos colgando; despliega y presenta obsequiosamente las palabras de introducción de Normand y se pone de pronto a hablar de «nuestros proyectos para la temporada... » y de « aquellas de sus historias que nos gustaría adaptar ».

Guy monta en cólera. Se dirige hacia la puerta, manteniéndola abierta:

— Jamás permitiré que se adapten mis libros al teatro. ¿ Me entiende, señor ? ¡ No comprendo que alguien se atreva a proponer eso a los autores que respetan su obra !— El hombre mira, con sonrisa forzada, manoseando su carta. Guy le grita: — ¿ Cree usted que se puede reproducir la atmósfera de un libro sobre la escena ? ¿Eh? ¿ Con sus actores de tercera fila que farfullan en jerga? Un autor que permite que uno de sus libros sea transformado en pieza teatral se deshonra, señor. El dinero... es su único objetivo. ¡ El dinero! Yo no lo permitiré nunca. Puede usted ir a decírselo al señor Normand.; ¡ François! — François está en la puerta. El hombre se apresura a salir. Luego es Havard... Havard. Las molestias no cesan. Havard ha dejado agotarse la tirada de « La maison Tellier ». ¡ Falta a la venta desde hace tres meses! Le ha escrito una carta a Jacob para que ordene a Havard imprimir una nueva edición en veinticuatro horas, sino deberá tomar medidas drásticas. Cuando termina esa carta, la habitación flota a su alrededor, un penetrante dolor lo acribilla. El exceso de sal que François parece echar a los alimentos le deja una amargor salino en su boca seca. Al día siguiente hace una extraña comprobación. Escribe a Cazalis: « Ayer, he descubierto que todo mi cuerpo, carne y piel, está impregnado de sal. Ya no tengo saliva... la sal lo ha secado completamente todo. Estoy perdido. Estoy en el último suspiro. Tengo un reblandecimiento del cerebro provocado por el lavado de los conductos nasales. Estoy loco. Mi cabeza naufraga. Adios, no me volverá a ver.»

Pero al día siguiente está mejor. Y el cartero le trae una carta de Marie anunciando que vendrá para Navidad a cenar con él. Llora de alegría, lee y relee la carta llena de frases cariñosas: « Como te he echado de menos. Hemos estado tan miserablemente separados estos últimos meses, mi amor... » Sí, en el fondo todo va bien. Esta vez él lo sabe... Ahora lo sabe: ama como no sabría amar nunca a otra mujer. Aspira a verla otra vez. ¡ Oh, Dios mío, que error ha cometido! ¿ Por qué han perdido estos preciosos meses? Ellos se aman. La carta tiembla entre sus dedos. Ahora no la volverá a dejar marchar nunca.

Muy exaltado, se absorbe en los preparativos. Beberán champán en la villa, luego irán con el Bel-Ami a las islas Sainte-Marguerite, allí pasarán la Noche Buena tranquilamente cara a cara, lejos de todos y de todo. Al principio de la velada, oye el coche a su puerta, acude de inmediato.

- ¡ Marie! Allí está, radiante en su vestido de lentejuelas; un collar brilla en su cuello.
 - Guy, que alegría volverte a ver. ¿ Me has huido?
- No, no. Siente su perfume cuando besa su mejilla. Ella es de una belleza deslumbrante.
 - He traido a Loulia. añade ella.
- Ah, bueno. No la había advertido. Loulia aparece detrás de ella, él la saluda, un poco decepcionado. Pero después de todo, ¿por qué no ? Y Marie, muy cerca de él, murmura tomando su mano: Querido, esto será maravilloso.

Entran en la casa y él les expone sus planes. — Será una deliciosa noche sobre el agua; la luna está en su pleno apogeo y el mistral ha parado. — Marie está entusiasmada; Loulia no presta gran atención, camina alrededor de la sala, examinando los objetos. Llega François con el champán y brindan.— Por nosotros.— dice Marie alegre. Loulia y ella cuentan una serie de historias sobre sus amigos parisinos. Hay algunos silencios y risas inexplicables de las dos hermanas que Guy no puede comprender. Pero es demasiado feliz, se siente liberado de una gran prueba. Ahora todo será distinto; después de ese descanso estará curado y con Marie su vida tomará un nuevo giro. La enlaza con sus brazos, indiferente a la presencia de Loulia. Ella ríe. La noche cae, suave, el momento de

marchar ha llegado. François anuncia que Bernard los espera en el barco. Descienden hacia el mar: — ¡ Mira esta luna !

El astro se eleva, brillante y rosada, baja en el cielo. Bernard lleva la mano a su visera y ayuda a las dos hermanas a embarcar. El Bel- Ami está un poco alejado de la costa. Guy nota que el mar está más encrespado de lo que habría creido, la chalupa que los va a transportar baila sobre las olas. Cuando tiene lugar el abordaje, él no lo consigue. Levanta la pierna más alto, pero la barca vuelve a bajar. Espera a que remonte, tropieza con el pie y se tambalea. Lo vuelve a intentar, pero sus rodillas obedecen mal y la barca baja antes de que lo consiga. Bernard da un salto hacia adelante, agarra a Guy y lo ayuda. Guy está humillado, nunca ha tenido necesidad de ayuda para embarcar. Siente nacer un dolor detrás de sus ojos, pero trata de disimular.

— ¡ Voy a remar! — Empuja a Bernard y toma su lugar en el banco. Las dos mujeres están sentadas detrás.— ¿ Adónde vamos ahora?... Yo sé.— Se echa a reír solo tirando de los remos.

Bernard indica un punto opuesto: — El Bel-Ami está allá, señor. — Guy continúa a remar riendo, pero los remos le obedecen mal y en dos ocasiones salpica agua dentro de la chalupa. Bernard se acerca para reemplazarlo. — A estribor, señor. Al otro lado. Nos hemos pasado. — Guy lo rechaza violentamente.

- ¿ Guy...adónde vamos ? pregunta Marie.
- ¡ Al mar! responde él con una enorme carcajada.
- No bromees parece asustada ; Quiero regresar al barco, Guy!
- ¡ A alta mar ! rema con furor, alargando los brazos pero maniobrando tan mal que la barca zigzaguea y pivota. El mar se encrespa cada vez más y el mistral se levanta. Bernard, en cuclillas, trata de contrabalancearlos a base de mantener el equilibrio.
- ¡ Cuidado, señor ! Va usted a... se interrumpe, recordando la presencia de las mujeres.
- ¡ Por el amor de Dios, Guy, detente ! ¡ Volvamos ! Ahora ambas gritan, agarrándose una a la otra. Él tira de los remos, jadeante, boquiabierto, luego para de repente, dejándose ir, el barco se pone perpendicular a la ola y da un fuerte bandazo.
 - ¡ Señor! Bernard se precipita.

Guy lo rechaza maquinalmente; se fija en el fondo de la barca, con la mandíbula colgando. — Hay un congrio... Ha hecho un agujero. Mirad. Un congrio... Nos vamos a hundir... ¡ Ahhhh!

— ¡ Oh, Dios mío! — Las mujeres se abrazan la una a la otra, se agarran al borde de la barca que oscila fuertemente, temblando de terror. En una inclinación más fuerte, una gran cantidad de agua entra. Marie da un grito y Bernard se abalanza delante de su señor, le arranca los remos y, con un gran empuje, hace virar la barca que consigue retomar su equilibrio. Se ocupa de la maniobra. Guy ya no presta atención; abandona el banco principal sin decir nada, la mirada siempre fija en el fondo. Marie y Loulia se ocultan el rostro con sus manos. Bernard las lleva a tierra, las ayuda a desembarcar y las ve alejarse en dirección a Cannes. Pasa el brazo alrededor de su señor. — ¿ Quiere regresar, señor? — Guy levanta los ojos: — Sí, Bernard. Me duele la cabeza... — Lentamente, regresan juntos al Chalet

A la mañana siguiente, día de Navidad, se despierta tarde y pasa una mañana tranquila. Marie ha partido. Sabe que ya no volverá. Penosamente, le escribe una carta que pronto rompe. A las tres llama a Bernard y salen en el yate, pero el viento amaina y regresa; Guy cuenta una nueva historia que quiere escribir. « El Monje de Fécamp » que los hace reir a todos.

Al día siguiente, François comienza a preparar el almuerzo cuando llega el viejo pintor y poeta Claudius Popelin, acompañado de tres amigos. El doctor Daremberg se une a ellos. Cuando sirve los refrescos, François oye decir a su señor: — He ido a visitar a la escuadra fondeada el otro día. El almirante Duperré me ha pedido subir a bordo de la nave de mando. Me ha saludado con cicuenta cañonazos. Un saludo de ese tipo es muy caro.

Popelin lo mira a hurtadillas: — Sí... un gran honor.

Después de su marcha, Guy toma su bastón y comunica a François que va a dar un paseo por la ruta de Grasse. Diez minutos más tarde, lo oye gritar:

— ¡ François! ¿ Dónde está usted? ¡ Rápido, François! — François se precipita fuera de la cocina, con las manos todavía embadurnadas de harina; en la entrada, su señor, azorado, sin sombrero, se tambalea hacia él: — François, he visto un fantasma. Está allí... en el camino del cementerio.

- No, no, señor. François puede ver el sudor resbalar por su frente.
- Horrible... Está allí. Bajo el árbol. Me ha mirado, François.
 Tiembla. François lo tranquiliza.

Durante el almuerzo, tose un poco. François, sirviendo, llena un vaso de agua. — Ha sido un rayito de sol — dice Guy — Lo he sentido perfectamente. Ha entrado en mis pulmones.

François le ofrece el vaso: — Beba, señor, eso lo hará bajar.— Guy continúa tosiendo: — Esto puede matarme, François. — Su rostro está rojo, François le dice dulcemente: — Voy a hacer un té muy caliente, señor. Ya verá usted...eso no será nada.

El resultado es eficaz, una hora después Guy baja por el camino que conduce al puerto y da un bonito paseo en el Bel-Ami.

Los últimos días del año se pasan de ese modo. El tiempo es espléndido. Al atardecer, Guy llama a François en el jardín y ambos contemplan las rutilantes puestas de sol. El 1 de enero, François oye a su señor agitado. No son más que las siete de la mañana. Le lleva agua caliente. Guy está en su cuarto de baño. — No nos retrasemos François. Mi madre nos espera para almorzar. Tomaremos el tren de las nueve para Niza.

- Bien, señor.

Mientras François prepara su camisa en el dormitorio, su señor entra: — François, no puedo ver para afeitarme, una niebla flota ante mis ojos. — François lo afeita, luego le sirve unos huevos con su té habitual, lo que parece sentarle muy bien. Llega el correo, un montón de cartas y de felicitaciones de año nuevo llegan de todas partes, de París, de Étretat, de Cannes, incluso de Túnez y Argel.

Bernard y Raymond llegan, un poco molestos, aplastando sus gorros marinos en sus gruesos dedos.

— Feliz año, señor.

Guy les estrecha cordialmente la mano, mirando afectuosamente sus curtidos rostros. — Gracias Bernard, gracias Raymond. Mis mejores deseos también para el nuevo año.

Luego llega el turno a Rose, la gorda mujer de rasgos duros que hace las labores de día. Lo besa en las dos mejillas.

— Gracias, Rose.

François es el último: — Que el señor acepte todos mis votos para un buen año y un pronto restablecimiento de su salud.

Guy le estrecha la mano moviendo la cabeza, demasiado emocionado para hablar. François ve unas lágrimas en sus ojos.

No han tomado el tren de las nueve. A las diez su señor dice: — Vamos, Françóis, ¿ está usted listo ? Marchemos. Si no vamos, mi madre creerá que estoy enfermo.

En el vagón, la mirada de Guy no abandona el mar azul, crepitante de luz bajo el sol. — Qué tiempo ideal para navegar, François. Un buen viento de Levante.— Llegan a Niza a tiempo para almorzar.

En la villa de Ravenelles, François les sirve. En torno a la señora de Maupassant están reunidos su hermana, la señora de Harnois, Marie-Thérèse y la pequeña Simone, hija de Hervé. La conversación es animada y François es feliz viendo a su señor comer con apetito. En medio de la comida, la señora de Maupassant habla de una villa frente al mar:

- ¿ Recuerdas, Guy ? La villa de los Rosales que tanto te gustaba. Hemos querido comprarla, pero el propietario no quería venderla. Acabo de saber que se ha decidido.
 - Sí. Me lo dijo el otro día una píldora.

Se produce un silencio. François gira alrededor de la mesa, recogiendo los platos. Ve a su señor enrojecer profundamente, dándose cuenta de que se ha delatado. La señora de Maupassant mira a su hijo, François ve que ella también se ha dado cuenta, que sabe que eso no es un lapsus, ya no puede dudar.

La pequeña Simone deja caer su cuchara y la señora de Harnois se apresura a hacerle una observación; su madre dice: — François dele una cuchara. La atención es desviada de ese modo.

A partir de ese momento, su señor guarda silencio. Los demás hablan bastante alto de banalidades con una seriedad afectada. A las cuatro, un coche viene para llevar a Guy y a François a la estación. Guy besa a todo el mundo.

— Mi querido hijo. — Su madre lo abraza como si no quisiera dejarlo partir; pero no dice nada más. De camino, compran una gran caja de uvas balncas para continuar la cura. Una vez ya en la villa, Guy se baña y cambia de traje. Cena como de costumbre; Françóis le sirve una ala de pollo y un suflé de vainilla.

François recoge la mesa y queda en la cocina con Raymond. Oyen a Guy caminar por el comedor, sin detenerse nunca. Las puertas de comunicación están abiertas, a veces Guy llega hasta el umbral de la cocina luego da media vuelta, continuando su caminata de oso enjaulado. Ambos hombres permanecen silenciosos, escuchando los pasos resonar; inmóviles, intercambian rápidas miradas, como si temiesen comunicarse sus pensamientos. Su señor continúa su alucinante paseo; su sombra se agiganta sobre la pared, luego decrece. Pueden distinguir el tic-tac del reloj de péndulo. Finalmente el ruido de pasos cambia. Con esfuerzo, François se vuelve sobre su silla y mira. Su señor ha subido a su habitación. Tras una inquieta vacilación, prepara con rapidez la manzanilla y se la lleva al piso superior. Guy está desvistiéndose.

- Tengo violentos dolores en la espalda, François. ¿ Puede hacer algo ?
- Enseguida, señor. Busca las ventosas y le aplica una serie. Una hora después, su señor parece tranquilo y dispuesto al sueño. François lo ayuda a meterse en la cama, va a la habitación contigua donde espera a que Guy se duerma; deja la puerta abierta. Es medianoche. Raymond se ha ido a acostar. La casa está en calma. François se adormece, sus ojos se cierran. De pronto se sobresalta. El timbre de la entrada ha sonado. Desciende. Se trata de un telegrafista. François regoce el despacho y sube. Mira en la habitación de su señor, ve que duerme profundamente con la boca entreabierta. Deja el telegrama en la mesilla de noche y sale sobre la punta de sus pies hacia la habitación donde duerme. Está fatigado; que bueno es deslizarse entre sábanas limpias. Baja la intensidad de la lámpara sin apagarla y no tarda en quedarse dormido.

Un ruido lo despierta. Mira su reloj, las dos menos cuarto, la hora mala. Tiene la impresión de que algo pasa, sale por el rellano y se echa hacia atrás. Su señor se tambalea en lo alto de la escalera, un gran corte rojo cubre su cuello, está cubierto de sangre y tiene todavía una navaja de afeitar en la mano.

- Oh, Dios mío, señor... ¿ Qué ha hecho? Corre hacia él.
- ¡ Mire, François ! Me he cortado la garganta... Esto es un caso de absoluta locura.
- Oh, señor... François le sostiene llamando a Raymond. Un minuto después, Raymond aparece, está pálido. Ambos transportan a Guy a una habitación y lo tienden sobre la cama.
- Rápido, ve a buscar al doctor de Valcourt. Date prisa, Raymond. El marinero parte corriendo. François trata de detener

la hemorragia de la garganta, colocando una venda sencilla. Raymond ha sido rápido y ha regresado al cabo de veinte minutos con el médico.

De Valcourt está tranquilo y diligente. — Ilumíneme — dice a François poniendo la lámpara en sus temblorosas manos — Ahora, Raymond, va usted a agarrar a su señor, con fuerza, con todas sus fuerzas. Es necesario que no se mueva. — Raymond se estremece viendo al médico limpiar la herida y hacer la sutura.

Una vez finalizado el vendaje, de Valcourt da instrucciones para la noche y se va. Ambos quedan junto a la cama, su señor los mira:

- François, Raymond... Siento mucho haber hecho semejante cosa y haberos causado tantas molestias.
 - Oh, señor, se lo suplico, no hable.

Les tiende las manos que toman con respeto, luego dice aún:

- ¿ Me perdonáis?
- Nada tenemos que perdonar, señor.

François se sienta a su cabecera: — Usted se curará, señor. Dentro de algunas semanas todo estará olvidado. Todo, señor, todo.

Repite numerosas veces sus palabras de consuelo y cree por fin que han dado sus frutos, pues un rayo de esperanza aparece en los ojos de Guy fijos sobre él: — Piense en Bel-Ami, en sus libros, en todas las cosas hermosas que le faltan todavía por escribir, señor...

— Sí, François... cosas que escribir... — La cabeza de Guy se inclina, sus párpados de cierran y se duerme. Raymond, apoyado al pie de la cama está desolado, al límite de sus fuerzas, y con una palidez horrorosa, François teme que vaya a desmayarse: — Raymond, ve a tomar un vaso de ron, eso te hará bien. — Raymond afirma con la cabeza y se aleja, incapaz de hablar; su pecho de coloso está sacudido por sollozos.

Pasan la noche junto a Guy. Una de sus manos está apoyada en el brazos de François que no se atreve a moverse por miedo a despertarle. No hablan. Bajo la pálida luz de la lámpara, piensan en su irreparable desgracia. François desearía que todo se acabase. Se obliga a esperar; su señor todavía es capaz de razonar, ha reconocido el mal que había hecho, su espíritu no está todavía muerto... aun quedan esperanzas. Se persuade de que él podrá ayudarle a recuperar la salud, con el tiempo esos trágicos recuerdos se desvanecerán. No, su señor no puede morir de ese modo; les

hablaba tan lúcidamente hace dos días aun, contando sus historias, « El Monje de Fécamp » y otras... Y además su cuerpo es robusto.

Guy se despierta a las ocho de la mañana. François lo encuentra mejor. Raymond se sobresalta cuando ve al enfermo, al que François tantea con su mano en la frente para comprobar si tiene fiebre, la mano está fresca. Le lleva un huevo pasado por agua y se lo hace sorber. Guy permanece todo el día en un estado de postración, indiferente a lo que le rodea.

La señora de Harnois llega a la una, la madre de Guy se ha desmoronado al conocer la noticia, Maríe-Thérèse la cuida. Cuando la señora de Harnois abandona la habitación de su sobrino, François observa que ha abierto el telegrama que estaba en la mesilla de noche. Él lo mira; contiene unas felicitaciones de Nuevo Año y está firmado por Noémie. François siente aflorar su cólera. ¡Esta mujer! ¡ Que daño le ha hecho a su señor con sus incesantes acosos! Se aprieta los puños. ¿ Hay que creer en la Fatalidad, en un azar natural de las circunstancias o en una secreta acción de fuerzas hostiles? ¿ Por qué los buenos deseos de la enemiga más implacable de la existencia de su señor han llegado en el momento preciso en el que su inteligencia estaba amenazada? Queda allí, mirando al vacío

Hacia las ocho de la tarde del día siguiente, Guy se incorpora sobre su almohada y dice con animación febril: — ¡ François! ¿Está listo?... Se ha declarado la guerra... Partimos.

François responde: — La marcha no tiene lugar hasta mañana, señor. Descanse esta noche... Duerma.

— ¿ Qué ? ¿ Acaso quiere usted retrasar nuestra partida cuando es urgente ir lo más rápido posible ?... ¡ Hemos convenido que para la venganza, iríamos juntos ! ¡ Usted sabe bien que tenemos que hacerlo y... lo haremos !

François recuerda que su señor le había hecho prometir seguirle para defender Francia en caso de necesidad y que le había confiado sus documentos militares, temiendo extraviarlos entre sus manuscritos.

- Lo haremos, señor dice Partiremos mañana... juntos.
- Muy bien, François. Confío en usted. Su señor vuelve a caer sobre su almohada, apaciguado. Pero durante la noche vuelve a estar agitado. Repite y repite a François que deben ir a la frontera.

- Debemos partir, es necesario. ¿ Dónde está mi uniforme, François ? ¿ Dónde ha puesto mi fusil ? François experimenta una creciente dificultad en tranquilizarlo, Guy no atiende a razones.
 - Nos esperan, François. ¡ Suena el clarín! ¿ No lo oye?

La gruesa Rose llega, esta rústica y canosa mujer ha ejercido siempre una extraña influencia en él. Ella enseguida se hace cargo del problema.

— Vamos, señor, acuéstese y cálmese. Nosotros estamos todos aquí, no le puede ocurrir nada. — Guy se vuelve subitamente obediente, no vuelve a discutir y no tarda en dormirse.

Al día siguiente llega el enfermero enviado por el doctor Blanche. François vive como un autómata, pero cada vez que vuelve al lado de su señor, se sumerge en la atroz realidad. El día seis salen para París. Por la mañana tiene una crisis de violento paroxismo : ¡ han tenido que poner a su señor una camisa de fuerza! Ve atar asi a este pobre cuerpo torturado; su señor no protesta. Ayuda a llevarlo al vagón-cama bajo las miradas de los curiosos y permanece sentado a su lado mientras el tren, que los lleva al norte, atraviesa el Estèrel.

En un determinado momento, François sale al pasillo, ante él una portezuela se abre bruscamente. El aire penetra en el vagón; François puede ver los railes huir debajo de él. Fija sus ojos en ellos, aturdido de cansancio. El ritmo de las ruedas le martillea el cerebro. El vacío lo atrae: un simple paso... un solo paso... Se echa hacia atrás y no sabrá nunca que fuerza de su subconsciente actuó en ese momento. Aparece el revisor y cierra la puerta. Mientras se limpia las manos, mira a François y dice tranquilamente: — Su señor tiene aún necesidad de usted... ¿ No es así ?

— Sí. — François vuelve a entrar en el compartimento.

En la estación de Lyon, la muchedumbre se agolpa para ver. La noticia ha llegado a Paris y ha sido ampliamente difundida. Lo que no se ha publicado se cotillea.

- Maupassant está loco... muere de sífilis, querido.
- ¿ De sífilis ?... ¡Oh!

Mientras se le transporta en la ambulancia, los curiosos se apretujan, se oye murmurar:

- Mirad, está atado bajo su manta.
- ¡ Santo Dios! Es una camisa de fuerza.

Los periodistas se abren paso tomando notas. Ah, es un acontecimiento que no se produce todos los días, un gran autor reducido en camisa de fuerza, loco furioso. Guy está tranquilo, sus ojos parecen no ver nada. Llegan por fin a Passy, a la clínica del doctor Blanche, gran edificio al que se accede por un camino a través de un jardín. Un hombre con aspecto dulce y cabellos blancos los recibe, es el doctor Blanche, Meuriot está con él. François se estremece viendo la mansión... es terrible. Se queda con Guy hasta que se lo autorizan.

- Volveré mañana dice marchando.
- Sí. responde Meuriot. —Vuelva mañana, François. Ocúpese de él.

François vuelve cada día. Realiza su servicio junto a su señor, casi como antes, ayudándole a vestirse, procurando que tenga la ropa limpia, sirviendole sus comidas en la habitación, haciéndole compañía por las tardes hasta que Guy se siente cansado y pide acostarse. Los enfermeros se mantienen discretamente apartados. Baron, el enfermero que se ocupa de su señor, es muy comprensivo. Guy está tranquilo, no tiene más que raras alucinaciones; incluso hay días en los que parece aflorar su antigua vitalidad y los hace reir con recuerdos de su vida sobre el río, de la clalle Clauzel, del *Gil Blas*, del Bulevar y de los días pasados.

Llega la primavera. Una tarde en la que François le hace compañia escribiendo una carta a la señora de Maupassant, Guy grita de repente:

— Sé que usted ha tratado de suplantarme en *Le Figaro*. Peor aún, usted ha ido contando historias sobre mi a Dios. Salga de aquí enseguida. No quiero volver a verlo.

François lo mira atónito, dolorosamente herido a su pesar. Deja la pluma en lo alto. Baron entra, hace una discreta señal. François comprende que debe salir. Pasa la noche angustiado. No, no hace falta que su señor esté confinado allí. Escribe de inmediato a la señora de Maupassant. Ella responde: « Mi buen François, tiene usted razón. Es necesario que lo saquemos de allí, haré todo lo posible. Es urgente. »

Al día siguiente, François regresa como de costumbre. Guy lo recibe calurosamente. — Tenemos que volver a la calle Boccador, François. Tengo allí todos mis papeles y mis libros. Podrá

cocinarme de nuevo algo bueno y curaré pronto. Aquí jamás me pondré bien.

François tiene el corazón roto. — Nos iremos pronto, señor.

Pero el verano pasa y François ve fracasar los esfuerzos de la familia. Sabe que todo París habla de Maupassant el loco. Pero una tarde habiendo llegado a su domicilio, toma uno de los libros que imagina casi haber vivido, « Mademoiselle Fifi », « La casa Tellier », « Miss Harriet » u otro, y esa lectura hace revivir a su señor ante sus ojos, oye su voz decirle: « François, lleve eso al *Gil Blas*. Es un nuevo cuento. Creo que les gustará... puesto que solo los quieren buenos »... y se ríe francamente.

Continua sirviendo a su señor de ese modo casi hasta el final. Pero el martirio de Guy se hace muy largo. El Verdugo de la Muerte lo ha golpeado con una hacha roma y debe repetir varias veces su golpe. Hermine viene a verle; despues de haberse abierto camino a través de todos los obstáculos, consigue llegar a la habitación vacía donde él permanece. Está tranquilo, taciturno; ella no está segura de que la haya reconocido.

Su encierro terrestre todavía dura dieciocho meses aún. Crisis furiosas alternan con una profunda depresión. Después de varios días de tranquilidad, se la autoriza a jugar al billar y un día ataca con furia a otro enfermo. Ya no ve por un ojo. Hermine le envía uvas, él las rechaza riendo y repitiendo varias veces: — ¡ Son de cobre! — Vuelve a ver en su imaginación a todas las mujeres que ha conocido, les habla, ríe con ellas. Hasta Pascua, puede tomar solo sus comidas, luego es Baron quién debe dárselas. Es una afrenta pero Baron es dulce y paciente.

Entra en estados coléricos, acusando a François de haberle robado seis mil francos, luego sesenta mil. Habla a Baron de millones, de millares, Su cuerpo, antaño tan robusto, se ha vuelto delgado y débil. Los músculos de las mandíbulas están distendidos, su boca abierta y sus mejillas que dibujaron tantas risas, cuelgan en flacidos mofletes. Ahora lame las paredes de su celda. Ollendorf y otros vienen a verle, él está entonces generalmente calmado. Un día, Albert Cahen d'Anvers es autorizado a visitarlo; al cabo de un rato, en un momento de lucidez, Guy le dice: — Haría usted mejor marchándose, pues ya no seré yo mismo dentro de un minuto — y llama para solicitar la camisa de fuerza.

Estos son los últimos días con François, su fiel servidor. Se pasean por el jardín, como tan a menudo han hecho al principio, Guy apoyándose en el brazo de François; está tranquilo y parece liberado de inquietud. Caminan lentamente, pues su marcha en menos segura, luego se sientan en un banco. Es una bella jornada soleada, la primavera ha llegado a su fin, sopla una ligera brisa.

- Todo está tan verde.— murmura Guy Sí, el invierno ha pasado.
- Mire ese pequeño arbusto dice François tocándole el brazo Brilla al viento.
- Sí, ese arbolito está bien... Pero no es comparable a mis llorones blancos de Étretat. ; Recuerda usted, François ?
 - Sí. señor.
 - ¿ Sobre todo bajo el viento del oeste, eh?
 - Sí, señor.

Y el susurro sibilante de las hojas les llega... desde muy lejos... desde Normandía. La tarde, en la que él se dirige hacia la verja por el largo sendero, François todavía lo oye.

Guy muere el 6 de julio de 1893, a los cuarenta y tres años. Su muerte es lamentable, lucha sin tregua. Durante tres meses se ha debatido en crisis de atroces convulsiones, casi permanentes.

El amor y la locura habían sido los principales temas de su existencia. Es enterrado sin ataúd en el cementerio de Montparnasse. Había expresado la voluntad de ser sepultado en la misma tierra que lo había alimentado, es respetada. Zola pronuncia su oración funebre. Entre los que le rinden los últimos respetos a sus despojos carnales, hay dos mujeres que lo han amado: Hermine y Clem. Se van, silenciosas, tomadas de la mano.

NOTAS DEL TRADUCTOR

- ¹ Castillo de Miromesnil. Según muchos biógrafos se trata del lugar donde nació Guy de Maupassant, aunque otros discrepan, sospechando que su madre se inventó esta localización para ennoblecer el nacimiento de su hijo.
- ² Alphonse Karr (1808-1890), periodista y escritor de corte romántico, impulsor de Étretat como destino turístico.
- ³ Alfred Le Poittevin, hermano de Laure de Maupassant y a la sazón tío de Guy. Fue el mejor amigo de la infancia de Gustave Flaubert y una especie de mentor literario.
- ⁴ Argumento del cuento titulado *Pierrot*, publicado en *Le Gaulois* el 9 de octubre de 1882 y recogido posteriormente en la antología: *Les contes de la bécasse*.
- ⁵ Jacques Offenbach (1819-1880), Compositor francés. Nació en Colonia, Alemania, y su verdadero nombre era Jacob Ebers. Adoptó el seudónimo de su padre, un judío nacido en Offenbach del Main, cerca de Frankfurt. Estudió violonchelo en el conservatorio de París y en 1837 trabajó como violonchelista en la Ópera Cómica de esta ciudad, donde en 1853 se estrenó su primera opereta en un acto, *Pepito*. En 1844 se había casado con Herminie d'Alcain tras convertirse al catolicismo. En 1849 fue nombrado director del Théâtre Français y más tarde dirigió el teatro Bouffes-Parisiens (1855-1861) y el Théâtre de la Gaité (1873-1875).
- ⁶ Jules Massenet (1842-1912), Compositor francés, autor de oratorios, cantatas, obras instrumentales y suites orquestales. Nació en Montand, cerca de St. Étienne, se formó en el Conservatorio de París, donde estudió piano con Adolphe Laurent, armonía con Henri Reber y composición con Ambroise Thomas.
- ⁷ Benoît Constant Coquelin (1841-1909), actor francés y crítico dramático que triunfó con su interpretación de *Cyrano de Bergerac* de Edmond Rostand.
- ⁸ Gustave Courbet Pintor realista francés (1819-1877) tomará como modelos de sus cuadros a campesinos y trabajadores, convirtiéndose en un artista socialista. Es famoso su cuadro *El origen del mundo*, de naturaleza erótica, encargado por el embajador turco en Francia Khalil Bey.
- ⁹ Hortense Catherine Schneider (1833-1920), cantante y actriz francesa, protagonista de las operetas de Jacques Offenbach.
- ¹⁰ Duque de Grammont-Caderousse, vividor parisino, fiel cliente del Café Inglés.
- ¹¹ Ernest Pinard (1822-1909), procurador del Imperio que pasa a la historia de la literatura por ser el acusador en el proceso contra Gustave Flaubert, incriminado de atentado a la moral y a las buenas costumbres por su libro *Madame Bovary*.
- ¹² Robert Pinchon, uno de los amigos íntimos de Maupassant durante su juventud, también llamado La Toque dentro del grupo de los remeros.
- Maxime du Camp (1822-1894) viajero impenitente, fue uno de los fundadores de la Revue de Paris que publica Madame Bovary. Fue amigo de los románticos, de Gautier y de Flaubert.
- ¹⁴ Adrienne Legay. Prostituta de Ruán protagonista de la aventura que daría lugar al relato *Boule de Suif*.
- ¹⁵ Thérèse (1836-1913) Cantante popular francesa, cuyo verdadero nombre era Emma Valendon. Se dedicó a la canción de estilo tirolés obteniendo un gran éxito.
- ¹⁶ Baron Georges-Eugène Haussmann (<u>1809</u> -<u>1891</u>) Funcionario del Segundo Imperio francés que dirigió las grandes reformas urbanísticas de París.
- ¹⁷ Virginia Oldoini "La Castiglione" (1837-1899), noble florentina de gran belleza que desempeñó un papel importante en las intrigas políticas de la Francia del Segundo Imperio.
- ¹⁸ Badinguet.- Apodo de Napoleón III puesto por sus adversarios, cuyo origen no está muy claro, aunque la explicación más verosimil proviene de un dibujo de Gavarni aparecido en Le Charivari (periódico satíciro) representando un personaje más o menos desenvuelto, que el artista llamo Bandinguet al azar.
- ¹⁹ Thérèse Lachmann (1819-1884), después Sra. Villoing, después Marquesa de Païva, por último Condesa Henckel von Donnersmarck). Nació en el ghetto judío de Moscú. En 1852 se casó con el conde Guido Henckel von Donnersmarck quién le construyó el magnífico palacete en los Campos Elíseos, conocido hoy como el palacete de La Païva con la famosa escalera de ónice de la que habla Flaubert.
- ²⁰ Henri Herz (1806-1888), compositor y pianista austriaco, nacido en Viena, muy famoso en su tiempo por sus Conciertos.
- ²¹ Émile Augier (1820-1889), poeta y dramaturgo, varias veces candidato a la Academia y elegido miembro en 1857, nombrado senador al final del Imperio y Gran Oficial de la Legión de Honor. Era un asiduo al salón de la princesa Mathilde.
- ²² Guido Georg Friedrich Graf Henkel Fürst von Donnersmarck, (1830-1916),
- ²³ Boson de Talleyrand-Périgord, príncipe de Sagan (1832-1910) A la muerte de su padre heredó los títulos de duque de Talleyrand y de Sagan, y que en ese fin de siglo estaba considerado como árbitro de la elegancia mundana.
- ²⁴ Arsène Houssaye (1815-1896). hombre de letras francés. Habiéndose enriquecido gracias a fructíferas especulaciones inmobiliarias, habitaba una propiedad situada en la avenida de Friedland, En las viñas del jardín se celebraban fiestas que eran célebres.
- ²⁵ Charles de Viel-Castel (1800-1887) Diplomatico bajo la Restauración de Louis-Philippe, colabora en la *Revue des Deux Mondes*, publicando unos estudios sobre el teatro español y una Historia de la Restauración en cinco volúmenes. Battu à l'Académie par Émile Littré, il fut élu le 1^{er} mai 1873 en remplacement du comte Philippe-Paul de Ségur et reçu par Xavier Marmier le 27 novembre 1873. Mort le 6 octobre 1887
- ²⁶ François Marcellin Certain de Canrobert (<u>1809-1895</u>) Promovido a mariscal de Francia en 1856, se distinguió en la batalla de Magenta y contribuyó a la victoria de Solferino. A principios de la guerra de 1870, fue hecho prisionero en la rendición de Metz. Elegido senador bajo la III República, fue uno de los jefes del partido bonapartista.

- ²⁷ Anatole Demidoff, príncipe de San Donato (1813-1870), talentoso y excéntrico príncipe ruso nacido en San Petersburgo. En 1840 se casa con la princesa Mathilde Bonaparte.
- ²⁸ Khalil Bey, embajador turco en Francia. Fue un famoso coleccionista de arte erótico.
- ²⁹ Edmond Leboeuf (1809-1888), mariscal francés, nombrado mayor general del ejército del Rin, tras la declaración de guerra contra Prusia en 1870.
- ³⁰ Léon Dierx (1838-1912) poeta francés. En 1867 se publica su antología "*Les lèvres closes*", obra que es considerada como su obra cumbre. A partir de 1879 se emplea en el Ministerio de Instrucción Pública, con la ayuda de G. de Maupassant. En 1898, a la muerte de Mallarmé, Dierx es designado como el nuevo "príncipe de los poetas ". El siglo XX lo celebra como un gran poeta.
- ³¹ Robert Pinchon, llamado La Toque en el círculo de amigos de francachelas y remo de Maupassant.
- ³² Alfred Sisley (1839 1899), pintor francés, uno de los creadores del impresionismo.
- ³³ Paul Signac (1863-1935). Entre 1887 y 1895 pintó sus mejores obras, muy ligadas a <u>Seurat</u>, cuya muerte en 1891 puso a Signac al frente del grupo neoimpresionista. Una de sus obras más interesantes de esta época es El Sena en Asnières, del año 1885.
- ³⁴ Gustave Caillebote (1848-1894), Pintor y coleccionista francés. Arquitecto naval de profesión, fue también un prolífico pintor de temas contemporáneos, vistas urbanas y campestres, bodegones y barcos. Su hermano era fotógrafo.
- ³⁵ *Ça ira* es la protagonista del relato del mismo título, traducido al español por "La querida", publicado por primera vez el 10 de noviembre de 1885 en el *Gil Blas* y posteriormente en la antología *Monsieur Parent*.
- ³⁶ Camille Pissarro (1830-1903), Es una de las más atractivas personalidades entre los impresionistas. Debido a su mayor edad con respecto a los demás compañeros, siempre procuró mantener la estructura unitaria del grupo impresionista.
- ³⁷ Edouard Manet (1832-1883) Resulta difícil situar la obra de Edouard Manet; si es cierto que introdujo grandes novedades temáticas y técnicas en sus lienzos que le sitúan en el <u>Impresionismo</u>, todo su deseo fue triunfar en el Salón de París, el lugar oficial del momento, aleiándose de los foros independientes.
- ³⁸ Pierre Auguste Renoir (1841-1920) uno de los grandes maestros del <u>impresionismo</u> que con sus obras ha cautivado a una legión de admiradores en todos los museos y colecciones donde se pueden contemplar.
- ³⁹ Argumento del cuento *Ça ira* ("La querida ")publicado por primera vez el 10 de noviembre de 1885 en el *Gil Blas* y posteriormente en la antología *Monsieur Parent*.
- ⁴⁰ Jules Grévy (1807-1891)hombre Estado francés, Presidente de la República desde 1879 hasta 1887.
- ⁴¹ Ivan Sergueyevich Tourgueneff (1818-1883), escritor de origen ruso afincado en Francia. Sus ideas siempre defendieron los principios liberales. Los bolcheviques, sin embargo, nunca le aceptaron por no creer en sus propuestas y acusarle de no emprender acciones y apoyarse sólo en palabras.
- ⁴² Moneda rusa cuyo valor es la centésima parte de un rublo.
- ⁴³ Émile Zola (1840-1902), novelista francés. Su fijación en la sociedad y el detalle con que analiza las situaciones le convierte en el fundador del naturalismo. Una tendencia literaria con que se adentra en la sociedad con el mismo rigor que cualquier fundamento científico.
- ⁴⁴ Paul Alexis (<u>1847-1901</u>), novelista, autor dramático y publicista francés. Discípulo de Zola. Es uno de los componentes de las "Veladas de Médan".
- ⁴⁵ François Coppée (1842-1908), poeta Parnasiano, novelista y autor dramático, miembro de la Academia.
- ⁴⁶ Edmond de Goncourt (1822-1896), escritor francés que junto con su hermano Jules, muerto prematuramente, es autor de uno de los Diarios de la época que permiten conocer datos acerca de la vida social y artística del momento.
- ⁴⁷ Alphonse Daudet (1840-1897), escritor y poeta francés.
- ⁴⁸ Catulle Mendès (1841-1909); Escritor francés. Fue uno de los animadores del parnasianismo. Es autor de poemarios, de obras de teatro, de novelas y relatos y de libretos de óperas.
- ⁴⁹ Théophile Gautier (1811-1872) Escritor francés. Antes de decantarse por la poesía se dedicó a la pintura y frecuentó los ambientes bohemios de París. Defensor del movimiento romántico encabezado por Victor Hugo, cultivó los géneros más diversos. Escribió así mismo novela histórica y relatos de viajes. Cultivó, por último, el ensayo de crítica literaria.
- ⁵⁰ Philippe Burty (1830-1890), conocido sobre todo como escritor y crítico de arte, fue también un coleccionista avezado, un diseñador y un litógrafo.
- ⁵¹ Hippolyte Taine (1828-1893) Educado en París, pasó a la historia como uno de los grandes críticos e <u>historiadores</u>. Entre sus primeros libros cabe destacar "Filósofos franceses del siglo XIX", donde critica los métodos de otros historiadores y propone una nueva forma de tratar la materia. Esta visión coincide con la corriente naturalista que surge en literatura a finales del XIX.
- ⁵² Jules Husson, llamado Fleury Champfleury; (1821-1889) Escritor francés. Amigo de Baudelaire, Banville, Courbet y Nadar, fue partidario del realismo artístico. Como crítico de arte, revalorizó la obra de los Le Nain y escribió una historia de la caricatura.
- ⁵³ Claude Oscar Monet, (1840-1926) Pintor francés, jefe del movimiento impresionista de rebeldía contra la tradición académica de los siglos XVII y XIX. Monet había estado investigando nuevas técnicas pictóricas, pero sólo cuando vio el famoso *Déjeuner sur l'herbe* de Manet se afilió a la escuela que más tarde había de conocerse con el nombre de impresionismo.
- ⁵⁴ Paul Cézanne (1839-1906) Pintor francés. En 1886 su obra fue rechazada por el Salón de Otoño por vez primera, lo que se repetiría una y otra vez hasta el final de sus días y provocó en él un profundo resquemor. Pintó paisajes y bodegones en los que se aprecia una mayor fluidez y vivacidad de los colores merced a la influencia de los

impresionistas. En 1878 se estableció casi permanentemente en Provenza, alcanzando progresivamente la madurez expresiva que iba a configurar uno de los estilos más representativos e influyentes del arte del siglo XX.

- ⁵⁵ Mathilde-Letizia Bonaparte (1820-1904), Se casa en <u>1840</u> con el conde Anatole Demidoff del que se divorcia en <u>1847</u>. En 1846 se instala en París donde mantiene un salón literario importante, recibiendo en su casa a escritores de toda tendencia política. En 1870, tras la caída del Imperio se exilia en Bélgica, luego regresa a Francia, casándose en 1873 con el poeta Claudius Popelin.
- ⁵⁶ Georges Charpentier (1846-1905) editor de novelas.
- ⁵⁷ Baruch Spinoza (1632-1677) filósofo holandés, descendiente de una familia judía de origen portugués.. Su pensamiento hay que inscribirlo en el más puro <u>racionalismo</u> de Descartes.
- ⁵⁸ Se refiere al esposo de la sobrina de Flaubert, Caroline, hija de su hermana, que fue adoptada por éste a la muerte de sus padres, y que a la sazón sería su heredera universal.
- ⁵⁹ Potaje ruso a base de col, remolacha y crema agria.
- ⁶⁰ Léon-Alpinien Cladel (1834-1892), escritor francés.
- ⁶¹ Joris-Karl Huysmans (1848-1907) Novelista francés. Después de estudiar leyes ingresó en el ministerio del Interior, del que fue empleado civil durante 30 años. Durante algún tiempo apareció vinculado a la escuela de Zola y el grupo de Médan.
- ⁶² Henri Céard (1851-1924) Escritor francés. Discípulo de Zola y miembro del grupo de Médan.
- ⁶³ Paul Bourget (1852-1935) Escritor francés,. Se dio a conocer por sus artículos y sus poesías.. Su producción se caracteriza por la penetrante descripción de estados psicológicos y por su naturaleza decadente. Llegó a emplear argumentos y personajes como simples instrumentos para expresar puntos de vista cada vez más reaccionarios.
- ⁶⁴ Léon Hennique (1850-1935) escritor naturalista del grupo de Médan. Comienza su carrera como pintor pero después de la guerra de 1870 se dedica a la literatura. Fue, junto con Daudet, el ejecutor testamentario de Edmond de Goncourt ocupándose activamente de la fundación y de la Academia Goncourt de la que fue presidente de 1907 a 1912.
- 65 Novela de Zola, titulada en castellano "La taberna".
- ⁶⁶ Léon Dierx (1838-1912) Poeta francés. Frecuentó el grupo de poetas parnasianos. Su producción se caracteriza por el tono elegíaco y nostálgico. Dierx, quién no dejó de ocupar un modesto empleo en una oficina, durante toda su vida, fue elegido « príncipe de los poetas » a la muerte de Mallarmé.
- ⁶⁷ Agénor Bardoux (1829-1897), estadista francés republicano. Fue elegido Ministro de Instrucción pública en 1877. Un descendiente suyo, Valérye Giscard D'Estaing fue presidente de la República desde 1974 hasta 1981.
- ⁶⁸ James Pradier (1790-1852) Escultor nacido en Ginebra, en una familia protestante refugiada en Suiza después de la revocación del Edicto de nantes. Hará en Francia una carrera brillante merced a los encargos de la corte.
- ⁶⁹ François-René de Chateaubriand (1768-1848) Escritor y político francés.
- ⁷⁰ Pierre Corneille (1606-1684). Dramaturgo francés, cuyos dramas son obras maestras de la literatura clásica francesa
- ⁷¹ Émile Bergerat, alias Caliban, (<u>1845-1923</u>) poeta, autor dramático y periodista del Voltaire y del Figaro. Miembro de la Academia Goncourt y yerno de Théophilo Gautier
- ⁷² Théodore de Banville (1823-1891) Poeta francés de la escuela llamada Parnasiana.
- ⁷³ Arthur Meyer (<u>1844</u> <u>1924</u>) Fue el director del *Gaulois*, prestigioso periódico conservador y mundano que sería absorbido por *Le Figaro* en 1929. Personaje importante en el mundo de la prensa y la política bajo la III República, ese pequeño nieto de un rabino, se convirtió en monárquico y católico.
- ⁷⁴ Hermine Lecomte du Nouy (?-1915), Amante de Maupassant y madre del prestigioso filósofo Pierre Lecomte du Nouy.
- ⁷⁵ Paul Ferrier (<u>1843</u> <u>1928</u>), dramaturgo francés.
- ⁷⁶ Édouard Drumont (<u>1844-1917</u>) antisemita y profascista francés. Su libro, escrito en 1886, *La France Juive*, ataca a los judíos en Francia y propugna su exclusión de la sociedad.
- ⁷⁷ Clémence Brun-Chabas. Fue una especie de secretaria de Maupassant durante sus estadías en Étretat, sobre todo a raíz del agravamiento de sus trastornos visuales que no le permitían prácticamente leer.
- ⁷⁸ René Maizeroy (Baron René Jean Toussaint) (1856-1918), periodista francés.
- ⁷⁹ Dícese de los escritores que trabajan para otros más reputados, siendo estos últimos los que firman las obras. Alejandro Dumas, entre otros, se servía de *negros*.
- ⁸⁰ Joséphin Péladan (1859-1918) Escritor francés. Novelista, dramaturgo, ensayista y aficionado al esoterismo, fundó el Salón de la Rosa Cruz (1892).
- ⁸¹ Aurelien Scholl (1833-1902) Periodista y novelista francés.
- ⁸² Emanuella Potocka (? 1943) Llamada condesa Potocka, fue célebre por su belleza y el salón literario frecuentado por grandes personajes de la época. Murió en plena indigencia.
- ⁸³ François Tassart (1856-1949) mayordomo de Guy de Maupassant desde 1883 hasta su muerte. Autor de unas memorias tituladas *Souvenirs sur Guy de Maupassant*, de gran interés para los biógrafos, aunque de caracter muy hagiográfico.
- ⁸⁴ Oscar Wilde (1854 -1900) Escritor británico. Oscar Wilde combinó sus estudios universitarios con viajes (en 1877 visitó Italia y Grecia), al tiempo que publicaba en varios periódicos y revistas sus primeros poemas, que fueron reunidos en 1881 en Poemas. Al año siguiente emprendió un viaje a Estados Unidos, donde ofreció una serie de conferencias sobre su teoría acerca de la filosofía estética, que defendía la idea del «arte por el arte» y en la cual sentaba las bases de lo que posteriormente dio en llamarse dandismo.

- 85 Argumento del cuento *Le bûcher* (La pira) publicado en Le Figaro el 7 de septiembre de 1884.
- ⁸⁶ Paul Jablochkov (1847-1894) científico ruso inventor de las lámparas que llevan su nombre, que constaban de dos carbones entre los cuales saltaba la chispa eléctrica y producía una luz mucho mas viva que la del gas y menos peligrosa.
- ⁸⁷ Se trata del cuento titulado Châli, publicado por primera vez en el *Gil Blas* el 15 de abril de 1884 bajo el seudónimo de Maufrigneuse y posteriormente en la antología: *Les soeurs Rondoli*.
- 88 Henri Gervex (1852-1929), pintor francés.
- ⁸⁹ Pierre Loti, seudónimo de Louis Marie Julien Viaud; (1850-1923) Novelista francés Gran parte de su obra aparece tocada de melancolía y pesimismo. Su arte en la descripción de matices de carácter y ambientes extraños hicieron sin embargo de él uno de los escritores más populares de su tiempo, inaugurador de un largo período de exotismo en la literatura francesa
- ⁹⁰ Robert, conde de Montesquiou-Fezensac (<u>1855</u> <u>1921</u>), poeta simbolista francés. Con otros amigos homosexuales fue fuente de inspiración para las *Esencias* de Huysmans, así como para encarnar al Baron de Charlus en la obra de Proust *En busca del tiempo perdido*.
- ⁹¹ Juego de palabras intraducible con la fonética del apellido de Maupassant, mauvais passant significa mal transeúnte.
- ⁹² Guillemot en francés significa pájaro bobo.
- ⁹³ Georges Boulanger (1837-1891) Militar francés. Es en la guerra franco-prusiana donde pone de manifiesto sus cualidades como estratega. Gran defensor del nacionalismo, actuó en contra de <u>la Comuna de París</u> y en 1880 fue nombrado General de Brigada. En 1886 es nombrado ministro de Guerra. Se suicidó ante la sepultura de Madame de Bonnemair, su amante.
- ⁹⁴ Jean Martin Charcot (1825-1893) Neurólogo francés. Entre sus discípulos se encontró <u>Sigmund Freud</u>. Son esenciales sus <u>investigaciones</u> sobre la neurosis, determinando que no obedecen obligatoriamente a causas orgánicas sino psicológicas, como trastornos de la personalidad o traumas. Como terapia halló la utilidad de la hipnosis, si bien erró al suponer que los sujetos que padecían de histeria eran susceptibles de ser hipnotizados más fácilmente.
- ⁹⁵ Anatole France, seudónimo de Anatole François Thibault; (1844-1924) Escritor francés. Comenzó su carrera literaria como poeta de la escuela parnasiana. Pronto abandonaría la poesía por la prosa, siendo los dos fundamentos de su filosofía el amor a la razón y el amor a lo bello. Su instinto era hedonista, pagano, escéptico y humanista. Personalmente era alegre, ingenioso, afable, parlanchín y cínico
- ⁹⁶ Juego de cartas similar al chinchón.
- ⁹⁷ José María de Heredia (1842-1905) Poeta cubano-francés, hijo de padre cubano y madre francesa. Sólo publicó un libro de poemas: *Les trophées* (1893), colección de 120 sonetos que ha hecho inmortal su nombre en la poesía francesa. Académico en 1894, Heredia vertió a un francés arcaico, para hacer más real la traducción, *la Verdadera historia de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo (1877-87).
- ⁹⁸ Ferdinand de Brunetière (1849-1906) Crítico literario francés,. Perteneció a la redacción de *la Revue des Deux Mondes* (1875) Miembro de la Academia Francesa desde 1893, ocupó también la dirección de la *Revue* hasta su muerte.
 ⁹⁹ Gustave Eiffel (1832-1923) Ingeniero y arquitecto francés. Se incluyen en su haber obras tan diversas como el domo móvil del observatorio de Niza o la estructura metálica de la célebre estatua de la Libertad, en Nueva York. Sin embargo, su mayor logro fue la impresionante torre de acero situada en París y que fue bautizada con su nombre.
- ¹⁰⁰ Jean Lorraine, seudónimo de Paul Duval, (1856-1906) Escritor francés. Escribió una novela, *Tres russe*, donde hace una descripción de Maupassant que haría que éste último lo retase a duelo.
- ¹⁰¹ Octave Mirbeau (1850-1917) Escritor francés.
- ¹⁰² Este lugar de saber privilegiado, situado cerca de la Sorbona, organiza conferencias públicas dadas por universitarios y especialistas mundialmente conocidos. A pesar de que depende del Ministerio de Educación nacional, el "Collège de France" no es una universidad y no otorga diplomas.
- ¹⁰³ Baño de Charcot: baño tomado de pie con el agua caliente hasta el tobillo y mojando el cuerpo con una esponja embebida en agua fría, frotando enérgicamente con una toalla. La ducha era otra variante que se hacía arrojando un chorro a gran presión.
- 104 Henri Cazalis (1840-1909).- Médico y literato francés. Bajo el seudónimo de Jean Lahor, es el autor de la antología L'Illusion (1875) y autor L'Art nouveau. Es uno de los impulsores de la crreación, en 1901, de la SPPEF (Sociedad para la Protección de los Paisajes y de la Estética de Francia).